JOOST DEVRIES

La república

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LA REPÚBLICA

JOOST DE VRIES

PANORAMA DE NARRATIVAS

Título de la edición original:
De republiek

Edición en formato digital: abril de 2017

© de la traducción, Julio Grande, 2017

© Joost de Vries, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3795-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

PRÓLOGO

—Es un paisaje muy bonito, Asterios, pero te lo has inventado todo. ¿Por qué no pruebas a dibujar del natural?

—No me gusta dibujar del natural. Las cosas siempre están donde no deben.

DAVID MAZZUCCHELLI,
Asterios Polyp

—Comprendo la música, comprendo las películas, comprendo incluso hasta qué punto los tebeos pueden revelarnos cosas, pero aquí hay profesores hechos y derechos que no leen otra cosa que los envases de cereales para el desayuno.

—Constituyen la única vanguardia con la que contamos.

DON DELILLO,
Ruido de fondo

Diego Velázquez (1599-1660), *La rendición de Breda / Las lanzas* (1634-1635), Museo del Prado, Madrid.

No hay mucho que pueda decirse en contra de un hombre como Josip Brik. Con regularidad fluctuante dejaba su idílica casita de campo para visitar Gomorra, como llamaba a nuestra pequeña universidad. Iba a ver a un par de colegas, se cortaba el pelo, se comía un sándwich en la cafetería del campus para dejarse ver por allí y, al final del día, invariablemente entraba arrastrando los pies en las oficinas de *El Sonámbulo. Revista de Estudios sobre Hitler desde 1991*, que había sido fundada, entre otros, por Josip Brik.

—Sé franco, Friso, ¿tú eres mi delfín o mi Robespierre?

Su presencia exigía que abandonaras de inmediato lo que estuvieras haciendo y centraras toda tu atención en él, como un foco. Para mí, redactor jefe de *El Sonámbulo*, Brik era una mina de oro inagotable, alguien que cada dos meses, sin falta, te entregaba un artículo de cinco mil palabras sobre el tema que quisieras. Mi despacho se encontraba en una planta baja que daba a un pequeño patio, con puertas que, cuando él se presentaba, me lanzaba a abrir de par en par, colocando después dos sillas de hierro forjado y una mesita auxiliar a modo de terraza improvisada. Empezaba a hablar como si nada, de su sándwich, de los Yankees, que habían tenido un estupendo verano, y de los Obama, de quienes lamentablemente no se podía decir lo mismo. Yo atendía a mi magnífica cafetera exprés, con molinillo de café y vaporizador de espuma incorporados, mientras él hacía unas imitaciones buenísimas, vocal y gestualmente, que iban desde los antiamericanismos de Hugo Chávez hasta la coqueta indignación Oxbridge de Emma Watson, a la que acababa de ver en la última de Harry Potter.

—*We could all have been killed, Harry — or worse, expelled*.

Quería saber qué tal estaba Pip, si me encontraba a gusto y gozaba de buena salud, qué podía hacer él por *El Sonámbulo*, si había visto alguna película que estuviera bien, y luego la conversación iba derivando, de forma lenta pero segura, hacia algo que debía ocurrir, un pequeño favor que podía variar desde cuidar a sus dos schnauzers durante el fin de semana hasta, como en este caso, un viaje a Chile de un mes:

—Estuve en Chile y allí me encontré con un hombre que se llama Hitler, y, ¿sabes, Friso?, en mi opinión ése sería un buen artículo para ti.

A Pippa y a mí siempre nos reservaba un lugar en la primera fila

de sus clases magistrales, que acaso impartía una o dos veces al mes ante un auditorio repleto. Ya hablara de Freud o de las *Hitlerian Revenge Plays* (un género que, en mi opinión, era invención suya), siempre parecía nervioso ante el público, por muy acostumbrado que estuviera, con manchas de sudor que se le extendían desde debajo de las axilas como heridas de bala. En cualquier caso, estaba allí como Jabba el Hutt, 125 kilos de carne no apta para el consumo; la cabeza, los ojos, los brazos y las manos, todo era enorme, una tripa y unos hombros colosales; en su camisa había algodón suficiente para hacer una funda de nórdico. Exagero. El micrófono minúsculo sobre el atril del púlpito sólo le llegaba a la altura de los pezones, por lo que no tenía más remedio que inclinarse hacia delante, lo que le trastocaba la respiración, haciendo que su forma de hablar resultara más jadeante de lo habitual.

(Sobre su forma de hablar, o su defectuosa forma de hablar, se especulaba: hablaba rápido y con una inconsistente fricativa posalveolar sorda, en una especie de acento checopolaco-yidis imposible de identificar; había nacido en Belgrado, Yugoslavia, pero desde los ocho años había vivido sucesivamente en Brooklyn, Chicago, Groninga y París, así que el acento, en teoría, no tenía ninguna razón de ser.)

Josip Legilimens Brik. 2 de abril de 1955. Hijo mediano, dos hermanos y dos hermanas. En realidad, su apellido se escribía con un acento agudo, Brík, pero en algún momento a mediados de la década de los noventa se lo había quitado para ponérselo más fácil a editores, periodistas y americanos en general. Los profesores a menudo no podían verle ni en pintura, pero los alumnos de doctorado de esos profesores le tenían en un pedestal. Junto con el difunto Jake Gladney, fue uno de los fundadores de los estudios hitlerianos, pero él era algo más: psicoanalista diplomado, lacaniano, secretario de la liga de los antiderridianos, marxista tardío y presentador de televisión no del todo esporádico. Su obra más popular y más odiada era un estudio comparativo entre Robespierre y Hitler: *La máquina roja, o por qué las cosas cuestan dinero* (2005), cuyo tema subyacente era que Occidente se había dejado anestesiar y adormecer demasiado para llevar a cabo los cambios sociales y culturales que se sabían necesarios. Queremos revoluciones sin revoluciones, guerras sin víctimas, coches de carreras sin accidentes, cerveza sin alcohol, refrescos de cola sin azúcar, café sin cafeína: la decadencia del libre mercado a todos los niveles psicológicos. Queremos tantas cosas como sea posible al precio más bajo posible, y eso nos deja indefensos ante la aparición de nuevos Robespierres o Hitlers.

Desde un punto de vista técnico, le habían dispensado de sus obligaciones docentes, podía ir, venir y estar donde quisiera, pero a

sus clases magistrales siempre acudía el mismo núcleo duro de estudiantes que se quedaban prendados de lo que decía, algo de lo que se jactaba la universidad en sus folletos: se respiraba un clima intelectual que «no se veía constreñido por las clases presenciales», un intento admirable de disimular el hecho de que su profesor de más renombre no daba clase. Él mismo creía de manera inquebrantable en su influencia y presumía de que una vez el padre de un estudiante se había abalanzado sobre él y le había dicho: «*If you turn my kid commie, I will sue you*!»

Se moría de la risa con este tipo de cosas, con esa manera tan bella que tenía de reírse, echando la cabeza atrás con aire de suficiencia, como si estuviera haciendo gárgaras con un colutorio, a la vez que le temblaba todo el cuerpo.

Mi novia, Pip (*God bless her*), había dado pie a una de las más populares anécdotas de Brik en el campus cuando se levantó, mientras éste estaba dando un discurso sobre Edipo y el sexo en las películas de Hitchcock, y le planteó la legendaria pregunta de si él aún practicaba sexo de vez en cuando, a lo que Brik ofreció una respuesta todavía más legendaria:

—¿Sexo? No. *Never*. Ésa es una actividad demasiado cognitiva.

Ahora nos encontrábamos sentados en las pequeñas sillas de hierro forjado ante mi despacho. Pendía algo cortante y pesado en el aire de septiembre, un aviso del primer frío desde la primavera. Brik recogía minuciosamente con la cucharilla los últimos restos de espuma de su taza de café e intentaba eludir mi mirada. Así pues, Chile.

—Este señor Hitler pinta murales. Pinturas muy grandes que se hallan en el marco del pensamiento socialista.

No dije nada de momento.

—Muchos trabajadores, campesinos, niños, indios. Con colores vivos, rojo y amarillo. Un arte muy malo, en mi opinión, muy antiestético, pero no por eso menos interesante.

Seguí sin decir nada. Se miró inquieto las manos, las uñas, los pies, tal vez de la talla 41, tan pequeños que los dedos apenas le asomaban por debajo de las perneras del pantalón y más de una vez llegué a preguntarme cómo podían mantener en equilibrio aquel torso monumental.

—He hablado con este señor Hitler y está dispuesto a colaborar en el artículo. «Hay muchos más Hitlers en Chile», me dijo. Podrías quedarte en la universidad local, conozco gente allí y…

Llegado este momento le interrumpí, con calma:

—Pero, y de esto ya hemos hablado otras veces, ¿no acabaría siendo uno de esos artículos en los que lo único divertido es que podemos emplear el nombre de Hitler en situaciones triviales y

cotidianas? «Hitler nos está esperando a la puerta de su casa decorada con motivos escandinavos. "¿Té o café?", pregunta Hitler.» Esa gracia ya no tiene gracia. Es una gracia sin gracia.

Meneó la cabeza:

—Se trataría de convivir con la historia. Friso, tu nombre, ésa es la historia más inmediata y más personal que tienes y que tendrás jamás.

—El padre de Hitler se cambió el nombre.

—Herr Alois Schicklgruber.

—Stalin no se llamaba Stalin en realidad, ni Trotski se llamaba Trotski.

—Lev Davídovich Bronstein.

—Michael Keaton se cambió el nombre. ¿Sabes cuál es su nombre auténtico? Michael Douglas.

—Increíble.

—Y Heydrich se cambió la ortografía del nombre, la hizo más aria.

—*Yesch*. Paula, la hermana de Hitler, se cambió el nombre después de la guerra.

—Se puso Wolf. Lo que no deja de ser un homenaje.

—¿Lo ves? Son precisamente las máscaras que elegimos las que muestran lo más profundo de nuestras almas. —Ahora hablaba con voz tímida y dulce, casi sobreactuando—: Aquí tenemos a una persona que ya bien entrado el siglo XXI firma sus exuberantes murales con su propio nombre. Nada de iniciales. Su nombre propio, completo, en la esquina, bien legible: «Hitler». Ese hombre o bien no tiene miedo de la historia, o bien está totalmente desconectado. ¡Ése es nuestro tema, ahí está la noticia!

Respondí sonriendo a su sonrisa.

—¿Y sabes qué es lo bueno? Cuando tienes un hijo. *Yesch*. Ésa es la única posibilidad de deshacer el entuerto; de vivir a la contra, como si pudieras ponerte otro nombre, como si pudieses comenzar una vida, hacer que empiece una vida, un *yourself 2.0*. Adivina cómo se llamaba de nombre el padre de este Hitler. En efecto: Hitler.

—A propósito, *Pippa sends her love* —dije, haciendo aparecer desde debajo de mi mesa de despacho una fuente recubierta de plástico sobre la que había una docena de galletas de mantequilla caseras. Brik las devoró en dos bocados, y cuando al cabo de un rato apareció nada menos que el decano Chilton, le ofreció la última como si estuviera entregando a Spinola las llaves de la ciudad de Breda.

—Caballeros, caballeros —nos saludó Chilton mientras retenía con sus largos dedos la mano de Brik un poco más de lo necesario.

Walter Chilton era un par de años mayor que Brik y sentía una increíble devoción por él, devoción que era recíproca. Si, como muchos suponían en la facultad, Chilton era el tipo de hombre que

prefería estar rodeado de perros antes que de personas, Brik era la excepción. Se reía de todas las gracias que hacía Brik, y cuando hablaba, se le veía tamborilear con las yemas de los dedos («Igualito que el señor Burns de *Los Simpson*», advirtió Brik una vez).

—¿De qué estáis hablando tan animados? —preguntó.

—De nazis —respondí yo.

Estallaron risas cordiales. Chilton tenía una cabeza estrecha y una sonrisa de labios finos. Provenía de una de esas familias antiguas cuyas raíces podían remontarse o no al *Mayflower*, esa aristocracia de Nueva Inglaterra en la que hacer carrera no era de buen tono, y cada vez que le veía pasar por delante de mi despacho con su chaqueta de tweed como la del oso Ollie B. Bommel, me parecía que tenía el aspecto de ser el primer sorprendido de estar allí.

—Yo tuve una vez un profesor en la universidad que abatió a dos nazis con una sola bala —dijo Chilton impertérrito.

Brik y yo nos quedamos paralizados.

—De veras. Fue cerca de Remagen. Corrían el uno detrás del otro por una callejuela. Me lo contó en mi fiesta de graduación. No sólo existieron en las películas, *you know*.

Me reí, pero Chilton nunca significaba buen rollo, y con el gesto de un brazo que sólo se ve en un portero de discoteca profesional, invitó a Brik a que se levantara de la silla y se lo llevó a algún asunto de relaciones públicas. Brik se dio la vuelta una vez más:

—Chile, Friso. Piénsatelo.

Éramos amigos. Había compartido con él vuelos intercontinentales, viajes por los Alpes en pequeños coches de alquiler, había estado en el ochenta y cinco cumpleaños de su madre. Por lo que yo sabía, en su armario no había corbatas. Aunque no le hacía de contrapunto intelectual —para eso ya tenía una camarilla de filósofos y pensadores de otra especie—, yo era el primero que leía sus textos, y si le decía que contenían cosas imprecisas y descuidadas, me tomaba muy en serio. Yo no era un erudito; mi talento residía en darle la vuelta a los párrafos, en la mejora de la puntuación. No me di cuenta de lo profundo que era nuestro afecto hasta después de trasladarme a los Estados Unidos a instancias suyas y tras llevar quizá medio año viviendo allí. Íbamos caminando por el campus una fría mañana de invierno cuando pareció tropezar. Desde su segunda o tercera hernia discal le pasaba algo en el pie izquierdo, una suerte de problema neurológico por el que de vez en cuando apoyaba el pie de una manera extraña. Era como si apoyase una pezuña, o como si se cerrase una trampa para ratones; de repente, el pie se le movía más rápido que la pantorrilla, un ¡clac!, como si se le torciera el tobillo.

Le agarré enseguida, con una mano bajo la axila y la otra

rodeándole el hombro. Pero no fue nada, no llegó a caer; sin embargo, le tenía en mis brazos y de repente me vi sorprendido por lo agradable que era: su cuerpo, su humanidad física, el hecho de que existiera, de que estuviera en el mundo.

De: Fr.Devos@cornell.edu
Para: J.L.Brik@cornell.edu
Fecha: 11 de enero
Asunto:

Querido Brik:

Dijiste que no hacía falta que te escribiera, pero te escribo. Y para decirte lo siguiente: tú tenías razón y yo no; ¿no te causa ninguna admiración que todavía siga sorprendiéndome de algo semejante al cabo de todo este tiempo?

Me habías advertido y yo no te escuché: estúpido, estúpido. A pesar de todo, comencé mi discurso con chistes, muchos chistes. Ya me advertiste que, si nos basábamos en el orden de los oradores, tal vez fuera demasiado pronto, y, en efecto, mi turno llegó después de un rabino que estuvo hablando de los chistes que se contaban él y sus hermanos y hermanas en el gueto de Varsovia, un hombre con unos pulcrísimos ojos azules y una voz de barítono melodiosa con la que podría llegar a inducir al sueño a todo un orfanato.

Después yo, muy chulo, murmuré que si organizas una conferencia en torno a «Hitler & the sick joke; on Holocaust and humour», tienes que ser concreto. Así pues, empecé: ¿Por qué se suicidó Hitler? Porque le llegó la factura del gas. ¿Habéis oído hablar de la comedia romántica sobre Hitler? ¿*Qué les pasa a los judíos*? Eso no es gracioso; mi padre murió en Auschwitz. Estaba borracho y se cayó de la torre de vigilancia. Un par de días atrás fui a una fiesta de disfraces vestido de Hitler. A todo el mundo le pareció tronchante. Hasta que encontraron a los tres judíos muertos metidos en el escobero.

En la sala no se oía ni una mosca. Doscientos cincuenta rostros clavándome la mirada. Yo no tengo tu expresividad, Brik, ni tu entonación, ni tu ritmo. Esa teatralidad. Lo que deben de haber visto esas personas no era a alguien que demostraba con elegancia que la figura de Hitler es una línea roja obsoleta, sino a un muchachito que intentaba desesperadamente hacerse el duro.

Cuando concluyó el acto, todo el mundo paraba al rabino de los ojos azules, las mujeres le abrazaban llorando y los hombres le estrechaban la mano como si acabara de conseguir un récord

mundial. A mí, entre tanto, me evitaban como a la peste, así que entré solo en la sala del bufé. No había cogido todavía un plato cuando la mujer del catering, mientras miraba de manera ostensible hacia el otro lado (como si se hallara en un casino y estuviera haciendo señas a su compinche tahúr), me señaló en silencio un cartel que decía que sólo se tenía derecho a una napolitana de chocolate por persona, gracias.

Nos habíamos fijado el uno en el otro en Utrecht, en el claustro del edificio principal de la universidad, en la plaza del Dom. Él había dado una conferencia con motivo de la inauguración del curso académico, y yo me encontraba allí porque mi hermana iba a cantar un aria, algo de Händel. Más tarde, en el tren de regreso a Groninga, donde yo aún tenía que terminar mi carrera y a él le tenían entre algodones como profesor invitado extraordinario, entablamos conversación. En un momento dado, conté un chiste. Un rabino le pregunta a su estudiante: «Es verde, cuelga de la pared y silba.» El estudiante se queda pensando un momento y dice que no lo sabe. «Un arenque», le dice el rabino. «Pero», replica el estudiante, «un arenque podría ser verde, podría colgar de la pared, pero un arenque sería incapaz de silbar.» «Bueno», le dice el rabino, «pues entonces no silba.»

Ya no paró de reír. *So it doesn't whistle*. Lo gracioso estaba en el encogimiento de hombros.

De: Fr.Devos@cornell.edu
Para: J.L.Brik@cornell.edu
Fecha: 2 de marzo
Asunto: Uy.

Mi queridísimo Josip:

Rápido cuatro líneas. No te sientas obligado a responderme, oye. Encontré en mi despacho tu carpeta de anillas con lo que supongo es tu conferencia para la sociedad O'Neill de Harvard. Seguro que te la olvidaste sin querer, pero tal vez (pensé) te daba corte pedirme que la leyera (por todo el trajín de *El Sonámbulo*, que la semana que viene tiene que ir a la imprenta) y así lo dejaste en manos del azar. En fin, ya me la he leído, muy por encima. ¿Quieres que la corrija? Podría enviártela pasado mañana, o mañana si corre prisa.

Metedura de pata enorme, ayer. Probablemente ya lo sepas, pero ayer por la mañana me pasé un momento por tu casa para buscar los DVD de los que hablaste (Pip está preparada para hacerte el PowerPoint); en fin, estaba revolviendo un poco en la

cocina cuando oí algo arriba —uno de los gatos, pensé—, por lo que subí y abrí la puerta del dormitorio y me encontré una espalda desnuda con el tatuaje de una mariposa; en fin, probablemente tú conocerás la somatología mucho mejor que yo… Di media vuelta, salí corriendo de la habitación y proferí un «¡Perdón, señor!».

Creo que salí airoso del trance. De repente me encontraba dentro del argumento de la película *Besos robados* de Truffaut (que me prestaste hace dos años, *remember!?*) en la que Delphine Seyrig explica a su joven amante la diferencia entre la cortesía y el tacto. Imagínate: entras en un cuarto de baño donde hay una mujer desnuda duchándose. Lo cortés sería cerrar la puerta rápido y decir: «Perdón, señora.» El tacto sería cerrar la puerta y decir: «Perdón, señor», lo que implica que no has visto nada íntimo, ni siquiera el sexo de la persona que está duchándose.

Sea como fuere, es embarazoso, pero espero que no creará ninguna situación incómoda entre la señora (¡y por tanto tú!) y yo, si confiamos en la paradoja del espacio público: todo el mundo puede conocer un hecho desagradable, siempre y cuando nadie lo exprese en voz alta.

Aquí también existía un toque de diplomacia, porque no era una mariposa, sino un delfín, lo que había en la espalda y me confirmaba el secreto mejor guardado del mundo universitario, a saber, que Brik sí tenía vida amorosa. Si lo había visto bien, se trataba de una mujer del departamento de francés. Tópico. Dos días más tarde, Pip y yo estábamos sentados al sol, delante de mi despacho, cuando ella pasó por delante y nos ignoró olímpicamente. Estupendo. Pero sí que tenía buen culo.

Great ass.

Esa tarde fui andando por el campus, pasando por el paraninfo, la biblioteca, el rectorado…, todos diseños federalistas y simétricos que se veían doblemente reflejados en el estanque que había en medio del césped cortado al ras de la plaza de la universidad, a la que al consejo universitario le gustaba llamar «el *carré*». Después seguían las residencias de los estudiantes junto a dos o tres patios, construidas con mirada previsora a base de cemento armado, que amortiguaba la música pop y el vocerío estudiantil.

Pippa vivía ahora en la pequeña ciudad que se asocia a nuestra universidad pero que en realidad se encontraba a tres kilómetros, dos si atajabas por un sendero forestal y tomabas el puente para peatones que cruzaba el río. En diciembre de 1776 estos bosques habían sido el

lugar en que el ejército revolucionario había ahuyentado por primera vez el poder invasor británico de Cornwallis, y los paseantes y aficionados a la historia seguían encontrando todavía balas de mosquete y puntas de cuchillo. Árboles viejos, animales grandes, aunque nunca los vieras. Me sorprendió lo oscuro que estaba ya: el invierno se acercaba. Demasiado frío para mis mocasines. Me metí las manos en los bolsillos y seguí caminando.

Ella abrió la puerta en silencio en pijama, con las gafas puestas, el rubicundo pelo recogido en un moño. La agarré y la aupé. Olía a ella, al aroma dulzón de regaliz que siempre me penetraba cuando hacía la colada o husmeaba entre sus cosas sin buscar nada en concreto. Se quitó las gafas y las dejó en el aparador, se restregó los ojos cansados de tanto leer y volvió a abrazarme, un abrazo largo que se convirtió en un beso en la mejilla. Yo le besé el cuello que me ofreció, para mi sorpresa, dejando caer la cabeza hacia atrás. Le besé el rostro, justo en el lugar donde la línea del pelo le descendía por la frente, formando un pequeño corazón. Me precedió hasta el dormitorio y, sentándose en el borde de la cama, se quitó con un solo movimiento el pantalón del pijama y las bragas, lo que me llevó a ponerme de inmediato en cuclillas y buscar con la boca y la lengua el epicentro de su olor.

No quería quedarme a dormir, pero al concluir me demoré en nuestra familiar y perezosa calidez demasiado tiempo para poder levantarme. Ella se cepilló los dientes (una inveterada costumbre después del acto) y, a continuación, volvió a acurrucarse a mi lado bajo las mantas, con las blancas nalgas frías y condenatorias.

—¿Vas a contárselo tú?

—¿Los dos juntos?

—Juntos —dijo ella.

Presioné suavemente y a conciencia la boca contra el delta de líneas de expresión que le rodeaba los ojos y formulé un beso con los labios, como si estuviera haciendo *playback*. La tenue luz interior hacía que sus ojos parecieran más oscuros de lo que eran en realidad.

El resto de la semana estuve dándole vueltas al asunto de Hitler en Chile, bastante convencido de que esta vez se lo denegaría a Brik. Era el tipo de objetivo que me fijaba a mí mismo con cierta regularidad: yo era el redactor jefe de *El Sonámbulo* y no él, jerarquía, *stand your ground*. Por supuesto que le debía mi existencia cotidiana, él me había traído a los Estados Unidos, me había propuesto al consejo de la facultad como nuevo redactor jefe de *El Sonámbulo* y, al proponerme, me había nombrado *de facto*, había procurado que consiguiera un apartamento en el corazón del campus, gratis, y el contenido de su agenda de contactos era el que llenaba nuestras columnas cinco veces al año. Me permitía mantener correspondencia electrónica con Daniel Mendelsohn, BHL y Jonathan Littell. Un domingo por la mañana cogí

el teléfono y me encontré con Steven Soderbergh al otro lado de la línea, que quería considerar con Brik la posibilidad de realizar una película biográfica (Von Stauffenberg). Ni hablar, dijo Brik. Nuestro fichero de abonados pasó de apenas unos dos mil profesores universitarios norteamericanos y europeos dentro del ámbito de los estudios hitlerianos a casi diez mil, abriéndonos hacia los estudios culturales y los mercados literarios; y Brik siempre me concedía a mí el mérito, cuando —eso debía de saberlo todo el mundo— yo era a lo sumo un pequeño vagón detrás de la locomotora Josip Brik.

El tiempo cambió rápidamente después, frentes nubosos deslucidos llegaron rodando por las montañas como aludes a través del cielo, se acumularon y, para sorpresa incluso de los oriundos del lugar, tuvimos las primeras nieves antes de octubre. No cuajarían, decían los meteorólogos, pero al cabo de dos días seguían allí. Llamé a Brik para preguntarle si debía pasar a recogerle en el caso de que el tiempo volviera a cambiar bruscamente y las carreteras regionales que comunicaban su pequeña granja del norte del estado con la civilización se volvieran poco transitables o se interrumpiera el servicio de autobuses. Tal vez fuera una proyección, pero me pareció callado al teléfono, distante, y empecé a parlotear un poco, intentando ganármelo. Hice algunas observaciones sobre la inestabilidad climatológica que le parecieron en primera instancia carentes de interés —«Tú con tu charleta sobre el tiempo, ¡ni que fueras una escritora victoriana!»—, pero le sugerí en el momento adecuado que esa clase de cambios bruscos podrían tener que ver con el cambio climático y picó:

—¡Calla ya! ¡Determinista meteorológico! ¿Sabías que en el siglo XVI hubo una pequeña glaciación en los Países Bajos? Por supuesto que lo sabías. ¡No puedes convertir cualquier nubecita de lluvia en teleología climatológica!

He was spoiling for a fight. Esperaba con ilusión el debate con un catedrático de la London School of Economics, un hombre con una columna semanal en uno de los diarios más conservadores.

—Me gustan los ingleses bien educados, Friso. Ya puedes decirles lo que sea, que ellos siempre reaccionarán con un «*Oh really*?». Nada más empezar pienso decirle: «La mayor parte de mi investigación la realicé cuando me hallaba recluido en una institución por comportamiento pedófilo criminal.» Y él dirá: «*Oh really*?»

Al cabo de tres días volvió a cambiar el tiempo bruscamente y volvieron las temperaturas de finales de verano, que derritieron la nieve. No me fui a Chile. Ese sábado estaba sentado en un banco junto a la estación de autobuses con la americana en el regazo y la camisa remangada. En otros bancos había sobre todo ancianos, hombres y mujeres mayores que leían el periódico o se tomaban un helado de

cucurucho, mientras otros estaban allí sentados sin más, con los ojos cerrados y calentándose los huesos tan ricamente al sol.

Aquello me recordó a mi padre, esperándome cuando volvía a casa los viernes por la tarde en el autobús de línea. Las gafas de sol puestas, el periódico en las manos. Siempre decía que utilizaba mi llegada como excusa para salir antes del trabajo, y hasta más tarde no me pregunté si era verdad; yo me arrellanaba en el viciado olor familiar de su coche mientras él, con tono triunfante, seguía hablando sobre el periódico y las noticias que conocía tan bien, de manera llamativa mucho mejor que yo, el hijo moderno. Me restregaba en la cara su conocimiento del Presente, de la misma manera que hablaba sin cesar de ordenadores y cosas de internet y hacía demasiadas referencias a la cultura pop. Le encantaba demostrar que era un hombre de su tiempo. El orgullo paterno funciona en dos direcciones.

El autobús de Brik entró en la estación y ya de lejos le vi a través de la ventanilla tintada, agitando con vehemencia la mano a modo de saludo, como un niño que llega de una excursión con el colegio. El autobús se vació, de jubilados sobre todo, y después apareció él por la puerta, con un traje de lino claro en el que ya se intuía una mancha de sudor bajo las axilas.

—¡Friso!

Miró a derecha e izquierda y cruzó la calle a mi encuentro. Sus andares contenían un humor fatídico, como si hubiese aprendido en una escuela de mayordomos; la espalda recta, paso a paso, como si quisiera demostrar a un agente de policía que estaba lo suficientemente sereno para andar en línea recta. Cambió la maleta de la mano derecha a la izquierda, tendiéndome la derecha, y no se dio cuenta de que la maleta daba un buen golpe al parachoques de una de las rancheras que estaban aparcadas en la acera. La alarma empezó a sonar de pronto, inesperadamente, justo en el instante en que Brik ponía el pie en la acera; asustado, se le resbaló el pie y, como una suerte de patinador artístico, en el último momento dio media vuelta sobre su eje y cayó hacia delante, aunque a pesar de todo aterrizó sobre el culo, agitando las piernas en el aire como si fueran tijeras. Uno de los zapatos, el izquierdo, salió disparado y lo cogió al vuelo un transeúnte con un exagerado sentido del espectáculo.

Acudí a toda prisa para ayudarle a levantarse:

—¡Eh, chaval! ¿Qué haces?

Brik se partía de risa. La gente miraba desde las terrazas.

Slapstick. En una semblanza de la revista literaria *De Groene Amsterdammer*, un periodista escribió:

> Casi no te queda más remedio que aferrarte al tópico de Brik como el profesor chiflado o despistado y colocarle en la

categoría de Timofey Pnin o Moses Herzog, «*thoughts shooting all over the place*». El profesor Barabas, cuyas continuas cavilaciones le desconectan del mundo real que le rodea; el *slapstick* puede aparecer a la vuelta de cualquier esquina.

Éste es el tipo de prosa que Brik me habría corregido: «"Casi no te queda más remedio que…" No, es al periodista al que "casi no le queda más remedio que", es el periodista el que reduce la realidad a un estereotipo de cartón piedra.»

O: «Esas referencias literarias quizá parecen eruditas, pero ¿no sugieren también una falta de originalidad?»

Sus allegados sabían que su torpeza era hasta cierto punto una pose. Yo le había visto en el despacho leyendo y escribiendo correos electrónicos en silencio durante horas, manteniendo tranquilas conversaciones telefónicas y, cuando entraba un colega con excesivo celo, empezar de pronto a tartamudear y caérsele los papeles al suelo. Tenía sus mecanismos de defensa, sabía lo que hacía.

Mientras nos encaminábamos por la calle comercial al pequeño restaurante donde Pippa estaba esperándonos, me iba fijando en nuestras imágenes reflejadas en los cristales de las tiendas de ropa; al deslumbrante sol de mediodía su traje parecía del color de un golden retriever y, con sus pequeñas piernecillas, era como si pasase por delante un enorme helado de vainilla.

—¿Me quedaría bien?

Se había detenido ante el maniquí de un escaparate. Hasta hacía poco llevaba camisas *easy iron*, el tipo de camisa que no necesita plancha. Por pura irritación de volverlo a ver con una de esas camisas deslucidas y amorfas, Pippa lo había arrastrado un día a una tienda *tax free* del aeropuerto (yo no estaba para ir a recogerle, como era lo habitual) y le había comprado cuatro camisas de Brooks Brothers. Estaba tan contento con ellas que ahora solía tirar de la americana a la gente y le preguntaba de qué marca era.

—¿No me quedaría bien esa camisa con esta americana?

La americana que llevaba era color vainilla; la camisa tenía una franja vertical morada.

—No deberías copiar las combinaciones de colores que ves en los paquetes de caramelos —le dije.

Volvió a reírse.

(En una de las semblanzas de Brik, la periodista del *New Yorker*, una mujercita jadeante, con aspecto de pajarito y de casi ochenta años, me incluyó a mí también en persona:

> Durante la mayoría de nuestras conversaciones en el apartamento de Brik en Cornell, Friso de Vos, alto, atractivo, de

un rubio furibundo, pasea por los despachos del piso de abajo como un guardia pretoriano unipersonal, *primus inter paresen* el entorno académico de Brik, siempre listo para traer café, té o cualquier tipo de trabajo, artículo o libro que Brik pueda necesitar. «Mi pequeña Schutzstaffel particular», sonríe Brik.

Fin de la cita. Son palabras literales tanto de ella como de él.)

Pip y yo lo cuidábamos. Trabajaba para dos *think tanks*, era profesor invitado en dos universidades (de dos continentes distintos). y en este sistema servil de flujos de salarios y permisos de trabajo necesitaba a personas que simplemente pudieran acompañarle a ver alguna vez un partido de fútbol (yo) o quisieran servirle una comida casera (Pippa). El año anterior se había quedado dos veces dormido en el sofá de nuestra casa y le habíamos echado una manta encima; a la mañana siguiente nos lo encontramos a la hora del desayuno feliz y relajado.

Debió de tener esa sensación de seguridad cuando abrazó a Pippa en el restaurante y la felicitó por su conjunto.

—Friso, espero que no te moleste si digo que tu amada vuelve a tener, como siempre, el aspecto de una de esas francesas elegantes y serenas que te puedes cruzar en un café del Boulevard St. Germain. En los Estados Unidos las mujeres sólo llevan capas superpuestas: sujetador, top, camiseta, jerseicito, chalequito, chaquetita. Ocultan tanto, resultan tan inseguras. Pippa, en cambio, se viste incuestionablemente a la francesa: pantalones, blusa, *voilà*.

Llegó la comida y, después de dar cuenta de su filete con ensalada, Brik cogió el plato de Pippa y empezó a devorar los restos de *risotto* tras haberle echado tres cucharadas de queso rallado por encima. Pippa me miró y me hizo un breve guiño, a modo de señal. Parecía tranquila.

—Tenemos que decirte algo —empecé yo.

—En efecto —convino ella—. Algo importante.

¿Qué debía de esperar él? ¿Qué era lo más lógico: una boda, un embarazo? Brik levantó la vista del plato con la ingenuidad infantil de que no puede haber nada malo en el mundo.

—Friso y yo hemos decidido separarnos.

—Eso es —confirmé.

Pippa contó que ya había encontrado un pequeño apartamento en la ciudad, que ya habíamos arreglado con la facultad que yo me quedaría en nuestro apartamento del campus.

—No nos perderás a ninguno de los dos.

Me di cuenta de que contenía la respiración. Brik había estado casado una vez en un pasado gris. *It didn't work out, no big deal*. Pero

yo nunca le había hablado de ninguno de los problemas domésticos que pudieran afectarnos, y ahora me preguntaba si tendría la sensación de que había estado ocultándole mi vida o una parte de ella, si se sentiría dejado de lado. Siguió masticando un poco más, tal vez demasiado despacio, como si quisiera ganar tiempo; tragó y se quedó mirando el mantel:

—¿Es definitivo?

Miré a Pippa y Pippa asintió con un movimiento de cabeza. Y eso fue todo. Brik murmuró algo: *yesch, yesch, yesch*, que recordaba el resoplido de un motor que intenta arrancar, era su manera de poner en marcha el cerebro, se le notaba que buscaba, como siempre hacía, un argumento, algo en lo que no hubiéramos pensado nosotros, que se nos hubiera pasado por alto.

—¿No será por la cantidad de viajes que se ha visto obligado a hacer Friso para la revista? —preguntó.

—Escucha —le dijo Pippa, resuelta—, no queremos que pienses que esto tiene algo que ver contigo, ¿entiendes? No puedes hacer nada para evitarlo.

—De verdad —recalqué yo—, Hitler no tiene nada que ver.

—Y tampoco ha ocurrido *nada* —dijo Pippa, tal como habíamos quedado. Ella descartaría el adulterio por la evidente razón antifeminista de que en estos asuntos se creía más a la mujer que al hombre.

Habíamos llegado a acuerdos, Pip y yo. Habíamos tenido buenos y malos momentos, nos habíamos peleado y nos habíamos retirado la palabra, y aunque los últimos meses terminamos obsesionados por los ronroneos de nuestros propios corazones y habíamos estado repasando minuciosamente nuestros sentimientos, diseccionando nuestras palabras como exégetas y culpándonos de dobles fondos, compartíamos una responsabilidad. Había personas, aquí y en los Países Bajos, que tenían fotografías de los dos juntos colgadas en sus paredes, que escribían nuestros nombres en sobres para enviarnos felicitaciones de cumpleaños y de Navidad. Los dos nos habíamos integrado en la vida de amigos y familiares, y ahora era nuestra obligación —nos parecía— contarles personalmente nuestra desintegración. Ése era, lo repetíamos con frecuencia, el comportamiento más maduro.

Y, sin embargo, veía a Brik allí sentado y me invadía una sensación de vergüenza, como de haber incumplido una promesa.

Asintió con la cabeza.

Me sentí casi aliviado, hasta que levantó la vista por primera vez y, en contra de cualquier cosa que me hubiera esperado, vi manar dos lágrimas de sus grandes ojos azules y, con una voz que crujía como

una puerta vieja, gimió una pregunta crucial y esencialmente inteligente:

—¿Por qué?

¿*Por qué*? Como un cuchillo en la oscuridad. Pippa era quien estaba sentada más cerca y le puso una mano en el hombro sin mostrar sorpresa, y le explicó que nos encontrábamos en diferentes puntos de nuestras vidas, y yo escuchaba a medias o no escuchaba en absoluto, y miraba la cara de Brik, que iba perdiendo poco a poco la expresión interrogante, que perdía cualquier expresión, como si tuviera clavada la mirada en un vacío profundo y yo hubiera olvidado por qué.

De: Fr.Devos@cornell.edu
Para: J.L.Brik@cornell.edu
Fecha: 16 de septiembre
Asunto: ¡Chile!

Querido Brik:

Confío en que el viernes pasado no te asustaras demasiado. Y también confío en que no te tomes a mal el hecho de que no te pusiera al corriente antes de nuestra/mi situación. Sea como fuere, esa tarde te vi hablando en el salón de actos y poco a poco fue surgiendo algo conocido y agradable en mi interior, como el regreso del apetito después de una enfermedad prolongada: ¡Chile! Desde luego que iré a Chile, *change of scenery*, allí seré más útil que aquí, etc. ¿Te sigue pareciendo bien que vaya?

En uno de sus primeros documentales para la BBC sobre la guerra en el cine hay una toma fabulosa de Brik. Se le ve flotando solo dentro de un bote en un lago suizo, con agradables copos de nieve al fondo y una suave brisa recorriéndole el cabello gris arena que le queda; se ve que intenta ofrecer un aspecto simpático y apacible. Procura mantener el rostro en calma e intenta sonreír pasivamente, pero le tiran las comisuras de los labios y puede vérsele algo tras los ojos, una máquina en funcionamiento. Sigue siendo Brik. La cámara graba desde muy lejos. La nariz aguileña, la mandíbula ancha y fuerte. Su rostro parece algo que podrías atar al parachoques del coche para ir quitando la nieve mientras circulas.

Esto fue lo que ocurrió:

Nada más llegar a Chile, me resbalé al bajar por la escalerilla del avión y, aunque unos cuantos equipajes de mano y un matrimonio de jubilados amortiguaron la caída, di con mis huesos de mala manera en el áspero asfalto. Me resultó, sobre todo, embarazoso. Una azafata se

apresuró a ayudarme y me llevó a la sala de primeros auxilios de la terminal, donde un médico joven me limpió y vendó la rozadura del brazo. Sin problemas. Diez minutos más tarde, estaba sentado en un taxi.

Al cabo de tres días, me desperté por la mañana mucho más temprano de lo normal, con fiebre. La rozadura había adquirido un color rojo encendido y sentía un hormigueo frío cuando la tocaba. A través de la secretaría de la facultad me dieron el nombre de un médico que podía recibirme esa misma tarde. Antes de que me atendieran, estuve esperando tres cuartos de hora en una sala que estaba absolutamente vacía. El médico, un hombre un poco mayor con pajarita, se encogió de hombros una vez me hubo examinado el brazo. «Esto es algo que ocurre a veces», dijo, y me mandó de vuelta a la calle con un blíster de paracetamoles. Me sentí como si se me hubiera sacado de encima, pero aliviado. Esa tarde llamé a Hitler Lima júnior con el fin de concertar una cita para comer al día siguiente, pero él me invitó esa misma noche a tomar algo en su bar habitual.

Encontré a Hitler júnior en un local con paredes de hormigón pintadas de amarillo y verde; en la barra había cestas de mimbre con nachos. La música de guitarra de la radio se sobreponía al sonido del televisor y todo se correspondía a la perfección con lo que me había imaginado de Chile.

Nos sentamos bajo un cuadro enorme de un caballo morado al que unos indios azules observaban desde cierta distancia; no eran incas, sino indios norteamericanos, indios como los de las películas de *cowboys*. Un suave ronroneo vibraba en nuestros oídos, se parecía al sonido de un aire acondicionado, pero hacía calor y todas las ventanas y puertas estaban abiertas. Hitler júnior me contó que el cuadro del caballo morado era un donativo de un artista amigo que iba mucho por allí, como iban muchos *émigrés* de la intelligentsia de la capital, dijo señalando una por una a las personas estribadas en la barra: aquélla era una periodista, aquél un abogado, aquél un escritor, aquél un antiguo actor, él enseñaba en la universidad, ella daba clases de canto en el conservatorio. Hasta hacía poco, frecuentaba también el lugar el gran poeta chileno López Truijla, me contó, pero la semana anterior se había colgado de una higuera del jardín de sus vecinos. La noticia había recorrido el mundillo como una fiera asustada.

Pregunté si había algo específicamente depresivo en la vida de Truijla, pero Hitler negó con la cabeza. Nada especial, simplemente lo había arrastrado la vida.

Me habló un poco de sus modelos, de sus fuentes de inspiración, y por fin me preguntó quién era mi artista favorito. Como neerlandés, seguro que me gustaría el temperamento ardiente de Rembrandt o, por el contrario, la serenidad celestial de Vermeer, ¿no?, pero después

de pensármelo un poco dije que apreciaba a Vermeer no por la serenidad, sino porque en sus cuadros siempre tenías la sensación de estar mirando un decorado del que acababan de quitar algo. Le dije que, más allá de las nacionalidades, siempre me había gustado mucho la obra de Damien Hirst.

—Pero, dime, ¿eso es verdaderamente arte? ¿O es arte sobre el arte?

Siguió contándome más cosas. Estaba divorciado y tenía una hija a la que le permitían ver una vez cada dos semanas. ¡La ex le había puesto los cuernos con alguien que había conocido por internet, pero era a él a quien no le dejaban ver a la niña! ¡Y ahora ella estaba viviendo en la casa que él había comprado, con ese tío nuevo! ¡Un teleoperador! Lo contaba todo con una alegría contagiosa, sin avergonzarse de nada. Dijo que había conocido a Josip Brik y que le había causado una «muy profunda» impresión. La única vez que guardó silencio su cara pareció encogerse. En lugar de darle volumen, la barba le remarcaba precisamente las hundidas cuencas de los ojos, las mejillas huesudas; a cierta distancia, parecía el cadáver del Che Guevara. Le dije que ya había llamado por teléfono a un par de Hitlers chilenos. Acordamos que iría a visitarle al taller a finales de esa semana para que me enseñara sus obras de arte, y cuando me levanté, fue como si mi cabeza fuera tres veces más pesada que el resto del cuerpo y me caí sobre la mesa como un tontorrón, aplastando en el camino hacia el polvoriento suelo botellas de cerveza, tortillas y patas de mesa. Hitler y el abogado (¿o era el antiguo actor?) me ayudaron a ponerme de pie. Dije que me había levantado demasiado rápido, que la cerveza no me había sentado bien, que estaba cansado, el jet lag, etc., pero a pesar de todo Hitler, preocupado, siguió sujetándome por debajo de la axila, me acompañó a buscar un taxi y le dio al conductor la dirección donde me alojaba.

El apartamento se encontraba en el extremo del campus, al este de la ciudad, y tenía que compartirlo con un francés de mi edad cuya única presencia visible durante los primeros días consistió en un ambientador en la mesa de la cocina. Lo empleaba para insuflar marihuana en una bolsa de plástico, para poder fumar sin fumar realmente. Jean-Philippe bajaba pocas veces —o nunca— de su buhardilla y estaba escribiendo la tesis, sí, sobre las *Hitlerian Revenge Plays*, que se basaba en no más de dos piezas de un acto de unos dramaturgos ya olvidados que Brik le había indicado. En la bolsa de plástico, o globo, había dibujado con rotulador una cara que, cuando la bolsa estaba hinchada, se reía feliz, y, cuando la bolsa estaba vacía, se arrugaba y daba la impresión de haber salido de un geriátrico.

El apartamento era pequeño y le escribí a Pip un correo electrónico diciéndole que era acogedor, pero en realidad era demasiado

acogedor, demasiado pequeño. Mi cama estaba a dos metros del váter, así que oía gotear la cisterna toda la noche; era como un niño pequeño moqueando. En los días que siguieron apenas salí de mi húmeda cama, ni siquiera para descorrer las cortinas o entornar la ventana. La primera noche tuve el sueño febril de que se me venía encima un flujo incesante de grandes formas geométricas que tenía que apartar a un lado una a una, como si hubiera ido a parar a un Tetris viviente. Mientras estaba soñando otra cosa, me meé en la cama, como un idiota, y cuando me desperté, seguí un par de horas tumbado en la miseria nauseabunda antes de levantarme. Me pasaba horas escuchando con plena entrega y concentración el goteo del váter. Los latidos del corazón se me desbocaban por encima de las 120, 130 pulsaciones por minuto, a pesar de que estaba tumbado en la cama sin moverme, como si estuviera escondiéndome de algún peligro, como si mi corazón saltara a otro ritmo del que indicaba mi cuerpo, como para sugerir que no era mi cuerpo.

El segundo día me arrastré hasta el sofá y me quedé allí sentado durante horas con la mirada perdida. Era consciente de mis desvaríos y me asaltó la idea de que debía seguir el juego y representar el papel de paciente enfermo y delirante que pierde el control de la realidad, y empecé a canturrear bajito: dónde estoy, quién soy, dónde estoy, quién soy…, dos preguntas cuya respuesta conocía, Chile y Friso, pero que era incapaz de dejar de plantearme, porque había algo de autohipnosis en la entonación repetitiva dónde estoy, quién soy, algo adictivo. Estaba solo.

El tercer día Jean-Philippe pasó por mi habitación a ver qué tal me iba. Le había dejado un post-it pegado en la puerta del frigorífico preguntándole si tenía antibióticos en casa, pero le había resultado imposible entender lo que había escrito. Y, en efecto, era una escritura infantil diminuta que casi no reconocía ni yo, con letras que se pisaban como latas de Coca-Cola vacías. El francés me trajo un vaso de agua helada. «¿Estarás bien?», me preguntó, y yo le respondí que tenía que estarlo, porque el jueves había quedado con Hitler, *the one and only*, y Jean-Philippe se arrodilló ante mí y me tocó la frente. Parecía transparente. Ésa era mi impresión. Desde tan cerca. Pensé que estaba traspasándole con la mirada.

—Pero si hoy ya es sábado —me dijo.

En el hospital deseé que me despojaran de mi identidad y no existir más que como caso o como número de paciente, eximido de razón o de voluntad propia. Mi médico era una mujer tipo Susan Sontag, con un rostro suave pero atormentado, que dejó escapar un prolongado y melodioso «Aaayyy» cuando vio la irritación roja alrededor de mi rozadura que, entre tanto, había doblado o triplicado el tamaño de la herida, en cuyo interior podían verse pequeñas zonas

de un morado intenso. A la altura del codo parecía que me había salido un huevo bajo la piel. Me hizo preguntas y dijo que me tomara todo el tiempo que quisiera para responderlas, y yo quería responderle con frases bien construidas —¿por qué?, ¿para demostrarle mi cultura?, ¿mi dominio del idioma?, ¿que la enfermedad no iba conmigo?—, pero de mi boca salió un flujo de palabras ininteligible antes de darme cuenta de que lo único que estaba haciendo era parlotear sin sentido. Sabía que lo que decía no tenía sentido y, sin embargo, no podía parar, y Susan Sontag me miraba cariñosa, *illness as a metaphor*, y yo estaba demasiado exhausto para seguir hablando. Quería saber de dónde era, mi fecha de nacimiento, y yo sabía que eran preguntas fáciles, pero tuve que arrebatarle mi pasaporte de las manos para poder darle las respuestas. Estoy aquí por Hitler, le dije, *I'm here to see about Hitler*.

Hubo protocolos y controles y diagnósticos. La situación era demasiado grave para repatriarme, me dijo un doctor; tenían que avisar a mis personas de contacto «en caso de necesidad» y se informó a la embajada. Otro doctor me comentó que me habían administrado un tratamiento intravenoso que era muy similar a la quimioterapia. Susan Sontag me dijo que, si lo deseaba, los tejidos cicatrizados de la herida podrían disimularse en una fase posterior mediante un injerto de piel. Todo el mundo aseguraba que se trataba de una infección muy extraña. Muy extraña. Yo asentía, Sisisí, y estaba agradecido y muerto de miedo porque no tenía ni la menor idea de cuánto miedo exactamente se suponía que debía tener.

Recuerdo también que alguien de la embajada neerlandesa vino a valorar la situación, un muchacho encanecido antes de tiempo con unas gafas redondas. Me contó que ya habían puesto al corriente a mi persona de contacto en caso de necesidad y que la embajada le había adelantado el billete de avión. Todo saldría bien, me aseguró. Había una cosa que debía saber, y me dijo que había tenido sus dudas sobre si debía contármelo, pero tenía la sensación de que no estaría bien ocultármelo: Josip Brik había fallecido. Se había caído por una ventana en Ámsterdam. Todavía estaban investigando el cómo o el porqué, si se trataba de un accidente o de algo distinto. La noticia había aparecido en todos los periódicos.

Esa tarde continuó la *blitzkrieg* entre mis glóbulos blancos y la infección, siguió subiéndome la fiebre y en un delirio prolongado sólo conseguí traer a la memoria al muchacho de la embajada, no a Pippa ni a Brik, y tampoco recordaba si había dicho que me había muerto yo o se había muerto otra persona, porque lo tenía todo mezclado en la cabeza.

Superé las semanas siguientes, pero ni siquiera retroactivamente puedo decir cómo. Se me cayó casi todo el pelo, tanto que al final una

enfermera me afeitó toda la cabeza con una maquinilla para eliminar los mechones revoloteantes. Cada día debía beber de cuatro a cinco litros de agua y en cada vaso echaban una pastilla de sal. Había que sudar la infección, me decían. Dejé de hacer preguntas sobre lo que iba a pasar ahora, y después, y después de después. Adelgacé ocho kilos. Todavía recuerdo que levanté la mirada y vi el rostro cariñoso, familiar y asustado de Pippa; se me acercó muy despacio, se sentó en la cama y los dos nos pusimos a llorar juntos, sin poder evitarlo.

Me pregunté cuándo había sido la última vez que había visto a Brik. Fue poco antes de salir hacia el aeropuerto. Me puso entre las manos un fajo de pesos chilenos: «*¡Hasta la victoria siempre, Friso!*» Mientras mi taxi se alejaba, él se quedó mirándolo un rato y luego hizo una especie de movimiento con el brazo, como si estuviera indicándole a un camarero que le trajera la cuenta.

1. EL PRIMER MUNDO

1

El día siguiente a la reelección de Obama me llamó la oficina del *sheriff* del condado de Onondaga para informarme de que habían entrado a robar en la casa de Brik. Habían forzado la puerta trasera y encontrado huellas de neumáticos en el jardín. A primera vista no habían robado mucho, poco más que el televisor y algún aparato de DVD. El Lincoln estaba intacto dentro del garaje. Probablemente unos chavales, dijo el agente. No iban con intenciones serias, añadió, y me pregunté qué querría decir con eso. Un vecino había oído mucho griterío procedente de una pickup que pasó por delante y había visto luz en la casa, que sabía que en teoría estaba deshabitada.

—Si pudiera venir por aquí —me pidió el agente sin pedírmelo realmente—, podríamos tomar nota de lo que se ha sustraído.

Telefonearon temprano, todavía era de noche fuera, pero yo ya llevaba un tiempo despierto en la cama, como si estuviera esperando la llamada telefónica. Tenía la voz clara y me sorprendí a mí mismo saliendo disparado de la cama sin titubear ni un momento y poniéndome la ropa; al cabo de tres minutos, ya estaba conduciendo el Toyota Prius de Pippa por la desierta carretera provincial que, de puerta a puerta, iba serpenteando ciento cincuenta kilómetros exactamente a través de un bosque susurrante.

En el camino de entrada a la casa de Brik había un fornido hombretón con sombrero apoyado en un coche de policía verde y sujetando una taza entre las manos. Cuando bajé del coche no me saludó, o tal vez hiciera una mínima inclinación de cabeza no perceptible a simple vista. Llevaba oculta una gran parte del rostro tras el cuello de piel de su uniforme. Sólo cuando estuve mucho más cerca vi que era más joven que yo, tal vez tuviera veinticinco años, un rostro liso cuyo único rasgo característico era un mentón monumental, uno de esos mentones norteamericanos que bien podrían servir de puente entre dos placas tectónicas. En el parachoques había una pegatina: SMITH & WESSON IS MY PRESIDENT.

—Buenos días —dije con contundencia.

—Bonito Prius —dijo él.

—Bonito resultado electoral —dije yo.

Él no se rió y comprendí cómo estaban las cosas en realidad; ése era el tipo de persona de la que Brik solía hablar a menudo, el *townie*, el lugareño, el paleto que apenas disimulaba que los neoyorquinos harían mucho mejor quedándose en Nueva York y que toda la población universitaria, en su mayoría, haría bien no aventurándose demasiado lejos del mundo del campus. Cuando Brik entraba en el supermercado del pueblo, todos se callaban y eran amables con él, educados; en la cafetería local —Mickey's o Marcy's o Marshall's— no tardaban más de la cuenta en servirle los huevos con beicon, pero él los veía mirarlo con el rabillo del ojo. Una vez estaba saliendo de la cafetería y se detuvo un momento en la puerta para colocarse bien la chaqueta; suponiendo que ya había salido y que se encontraba fuera, Brik oyó a un cliente habitual decirle a otro: «Menudos profesores asquerosos. Lo único que les interesa es que se la chupen las chicas de diecinueve años. Como te puedes imaginar, yo no dejo que mi hija vaya a uno de esos colegios.»

Sí, claro, seguro que ésa es la razón de que tu hija no haya ido a una universidad de élite, y haya elegido en cambio hacer carrera de… de ¿qué? ¿De reponedora de supermercado? ¿Recepcionista en un garaje? Exacto, *right on brother*, lo que tú digas. Pero a Brik no le interesaba en absoluto mi cinismo; él disfrutaba. *All they care about is getting their cock sucked by nineteen year olds*. Era un ejemplo de la pura idiosincrasia yanqui sin pulir, no los oías hablar así nunca en tu presencia. Le encantaba este país.

—¿Puedo entrar? —le pregunté (iba demasiado poco abrigado)—. ¿O todavía no han llegado los expertos en huellas dactilares?

—Esto no es *CSI*.

—¿No van a venir los expertos en huellas dactilares?

—Sólo habrá papeleo, muchísimo papeleo. Le tengo reservada una enorme pila de formularios.

—¿Y los daños?

—El televisor ha desaparecido, probablemente también el equipo de música y el reproductor de DVD. Hay algunos libros rotos aquí y allá. Santo Dios, en esa casa hay libros por todas partes.

Fue cómo dijo la segunda vez «libros», todo radicaba en la entonación de la palabra.

—¿Esos formularios son para el seguro o para la policía científica?

—La «policía científica», ¿eh? Sí, seguro que estarán encantados de recibir esos papeles. Dígame, usted no es de por aquí, ¿verdad?

Por un instante se me pasó por la cabeza no decir que era de los Países Bajos, sino de Alemania —los norteamericanos saben algo de Alemania, una industria fuerte, ciudadanos disciplinados—, pero dije que era de los Países Bajos, y añadí Ámsterdam.

—Vaya, vaya, Áms-ter-dam.

De nuevo la manera en que lo dijo.

—¿Tú has estado alguna vez en el extranjero?

—Estuve en el ejército.

—¿De verdad? ¿Estuviste en Vietnam?

Sin decir más, entró en el coche patrulla, aceleró y tiró el café por la ventanilla. No me dio ningún formulario y me quedé riendo, y seguí riéndome hasta que probablemente me viera por el espejo retrovisor, aunque tampoco sabía yo muy bien cuál había sido mi victoria.

La casa de Brik era un armatoste victoriano a lo Norman Bates, rodeada por una parcela de casi un kilómetro cuadrado. Lo primero que hizo cuando la compró fue diseñar una piscina cubierta y antes de que el contratista hubiera podido dar la primera palada los vecinos ya habían redactado una protesta. Temían que su panorama rural, sobre todo por la noche, fuera alterado por una caja luminosa de cristal. Ésta no era la Norteamérica de las piscinas en el jardín trasero, ésta era la Norteamérica donde habían vivido los indios, donde las estaciones mantenían un significado pleno, donde seguía vigente la primacía de la naturaleza. Aquí había zorros, ciervos, tejones y cerdos, aquí todavía se avistaban lobos y osos. Qué te creías.

Cuando el contratista hubo terminado, no vieron nada, sólo una suave pendiente en el césped. Brik invitó a los vecinos más cercanos, que vivían a un centenar de metros, a que fueran a verlo. Sólo sobresalía del suelo el techo inclinado, que había sido cubierto con tepes. La piscina en sí, de un azul más oscuro de lo normal, sólo se veía desde la parte de atrás, en el extremo del terreno de Brik, donde se había excavado el suelo; tenías que ponerte en el bosque colindante y entonces veías una fachada acristalada de tres metros de altura.

Brik les juró a sus vecinos —y más tarde a mí— que, mientras estaba flotando en el agua, había pasado justo por delante del cristal un ciervo tan grande como un rinoceronte, se había detenido, había mirado adentro, clavándole la mirada en los ojos, y después había salido corriendo de vuelta a lo más intrincado del bosque. Le creyeran o no los vecinos, a partir de entonces no volvieron a quejarse.

—Imagínate: lobos, osos, tejones, *yesch*; como si estuvieran enumerando esa galería de especies animales exterminadas del Museo de Historia Natural.

La puerta principal se abrió diligente emitiendo un clic cuando giré la llave; ¿me había esperado algo distinto? Tal vez sí. No me sentía con pleno derecho a estar allí, solo. Percibí una absurda suerte de adrenalina que tal vez no había vuelto a sentir desde que, a los diez años, me deslizaba por la crujiente escalera del desván para jugar con

el pequeño capital en trenes eléctricos de miniatura que tenía mi padre: Zona Prohibida sin supervisión paterna. Era la misma tensión dulce que me embargaba cuando giraba el interruptor y los trenecitos empezaban a circular al ritmo de su nostálgico sonido del chucuchucuchú; como si estuviera poniendo en funcionamiento mi propia silla eléctrica, pues en cualquier momento podría agarrarme mi padre del pescuezo, como Brik seguramente podía surgir de improviso en cualquier momento del escobero, riendo de oreja a oreja embutido en su traje vaquero: «¡Ja! ¡Te pillé! ¡Inocente!» Y en algún lugar brillaba también esa incapacidad infantil de entender la muerte que sentí cuando falleció mi primera abuela; estaba en el ataúd, pero seguro que no se hallaba de verdad en el ataúd, ¿no? No pude evitar ir de puntillas por la casa, por el vestíbulo, pasando por delante de la cocina hasta el salón que daba a la calle para comprobar que, en efecto, estaba allí como una Jerusalén Conquistada: todos los aparatos estaban desenchufados, aquí y allá colgaban todavía algunos cables inútiles fuera de los enchufes, como goteros de suero junto a una cama de hospital desalojada. En el sofá había huellas de zapatos fangosos y un detective mínimamente competente podría haber iniciado con ellas de inmediato un caso (material probatorio: un zapato de la talla 44), averiguar cuántos jóvenes del vecindario tenían una pickup (dos) y esperar tranquilamente a que en una casa de empeño local apareciera el televisor de pantalla plana de última tecnología 3D que le había costado diez mil dólares a Brik (tres). Pero oye, tranqui, sobre todo no te hagas demasiadas ilusiones. «Esto no es *CSI*.» Espera al seguro. Qué sabía yo de las investigaciones policiales: yo «no era de por aquí».

Tenía un sofá en forma de L en el que cabía cómodamente una familia de seis miembros, encargado en la única tienda de muebles que había en la comarca; contrató a un ebanista del pueblo para proveer a su biblioteca de librerías hechas a medida; se había sacado un abono en la floristería del lugar por el que le llevaban cada semana dos ramos de flores frescas, que terminaban marchitándose irremediablemente un promedio de veinticinco semanas al año, cuando Brik estaba en algún lugar del extranjero grabando programas de televisión o dando conferencias. Un muchacho del vecindario le cortaba el césped una vez por semana a cambio de unos ridículos veinte dólares la hora. ¡Tantos esfuerzos para ganarlos! ¡Tantas ganas de establecer vínculos con el entorno! ¿Y qué había sacado él?

Las manchas del sofá se quitarían fácilmente, las lámparas podían enderezarse, volví a colocar de forma chapucera la cortina en el riel y el jarrón volcado ni siquiera se había roto. Los dos mapas topográficos antiguos, uno del Hudson (alrededor de 1800) y otro del estado de Nueva York (alrededor de 1850), colgaban todavía en la pared con impecable simetría, intactos. Era la sala de estar de un hombre de

éxito, alguien con objetos de suprema calidad que se tomaba en serio la decoración, el confort y el bienestar cuando veía la televisión. Si te parabas a pensarlo, era como para volverse loco. ¿Para qué necesitaba aquello? Todos aquellos trastos, ese cajón con todos aquellos mandos a distancia, la instalación Dolby Surround de diez componentes. ¿Qué familia de seis miembros se dejaría caer alguna vez en su sofá? Brik nunca recibía visitas, prefería ver las películas en su portátil, con auriculares, avanzando la mitad a toda velocidad porque no tenía paciencia. ¿De qué intentaba convencerse con aquel decorado, de que para él también la felicidad consistía simplemente en un sofá, un televisor y una fuente con nachos? Qué inocente pensar que todas aquellas cosas fueran suficiente para alguien como él.

Me dirigí con cautela al estudio, un poco más grande que el cuarto delantero y con un desorden considerablemente mayor. Como si hubieran mantenido una guerra de bolas de nieve con los libros, por todas partes se veían ejemplares de tapa dura mancillados, cuadernillos descosidos, sobrecubiertas. Una librería vencida hacia delante y apoyada en una pared, como si se hubieran colgado de ella. El marco del póster de *El gran dictador* estaba hecho añicos en el suelo. Y, sin embargo, noté que también me sentía aliviado en cierto sentido; aquélla ya no era *su* casa, unas manos extrañas la habían tocado y por eso su presencia se había alejado. El reencuentro para mí se hizo así más impersonal, menos brikiano, y, por tanto, más ligero, más fácil.

Pensé. Me lo aseguré. A mí mismo.

Los dos schnauzers entrecanos de Brik ya no estaban, el decano Chilton se los había llevado a su casa. Todos los ordenadores, portátiles y demás soportes informáticos los había recogido Pippa, poniéndolos a buen recaudo en el despacho de *El Sonámbulo*. También eso se me pasó por la cabeza: yo tendría que recogerlo todo, tendría que ordenar todos los libros, tendría que etiquetar todas sus posesiones, tendría que leer todos sus textos incompletos y sin publicar y tendría que hacer el inventario de su herencia. Yo. Mi tarea. Cuando regresé de Chile, estaba esperándome una hoja de papel de cartas con marca de agua, firmada no por el señor sino por la señora Chilton, en la que me comunicaba que le gustaría hablar conmigo, «aclararlo todo sobre la herencia de Brik»; era una persona que me producía cierta curiosidad: había sido profesora de algún campo de la economía y después había conseguido un empleo que englobaba una serie de conceptos abstractos, dentro de todo ese ámbito de las altas finanzas jurídicas que hacía imposible imaginar qué tarea identificable comportaba. El Senado la había obligado a abandonar su cargo con la crisis bancaria de 2008. Tenía una fortuna de unos ochenta millones y me recibió en su azotea ofreciéndome una mano fláccida. Una mata de cabello secado hacia atrás con el secador.

Boca seria. Edad imposible de adivinar. Parecía tener los pechos demasiado elevados, como una niña que se pone el sujetador de su madre lleno de pelotas de tenis. *Friso, qué estupendo conocerte*.

—Me gusta este lugar, esta universidad. Los estudiantes son como… como un mobiliario que cambia cada estación; los árboles, los edificios antiguos, la plantilla, eso es igual cada año. Intactos a lo largo de la historia, ¿no crees?

—Una rareza —dije.

Se quedó mirándome y evaluándome abiertamente. Yo intenté devolverle la mirada con dureza y responderle con mi propia evaluación, pero pensaba en mí mismo y no en ella. En mi escuálida caja torácica, mi carita demacrada. Me puso la mano en el rostro, como si fuera lo más natural del mundo, y me acarició la sien con el pulgar:

—Vi tu foto en el último *Sonámbulo*. Un joven Edward Fox.

—Perfecto —dije mientras iba ampliando poco a poco mi sonrisa —. Justo como yo siempre me veo.

—Puedes llamarme Liddie. A veces te veo allí sentado. Vuestra oficina está en uno de los lugares más bellos del campus. Siempre con las persianas a medio bajar, en la oscuridad, como un pequeño espía.

—La historia la hacen los hombres en pequeñas habitaciones.

—Tú eres una especie de Josip Brik portátil, ¿no? *The Quotable Brik*?

—Eso suena como todo un cumplido.

—Qué pena que te perdieras sus exequias y el funeral.

—¿Qué se siente al ser un personaje conocido? —pregunté rápidamente—. Brik era conocido, a su manera, en su círculo de colegas y lectores. Usted es famosa para todo el mundo que esté abonado al *New York Times*.

Le dio una calada a su cigarrillo y respondió:

—A veces estoy en la cocina friéndome un huevo o sirviéndome un zumo de naranja y veo que mis manos se mueven, que mi cuerpo sigue los impulsos del córtex. Y pienso: sí, ahora también soy famosa, aunque no haya nadie a mi alrededor.

—Siempre me resultó agradable ver la amistad que había entre Brik y su esposo; también sorprendente, en vista de que de carácter parecen tan…

—¿… diferentes? Una vez, ¿quizá cinco años atrás?, me di de bruces con Brik en el vestíbulo de un hotel, en Chicago. Yo no estaba sola. No tenía sentido negar nada. Mi primer marido trabajaba en publicidad. Muy guapo. No había sido mi intención ir a visitarle, estaba por otros motivos en la ciudad, pero de repente nos encontramos allí, en mi habitación del hotel. Sientes una lealtad. Un

patriotismo hacia tu pasado. Quieres seguir sintiendo ese vínculo, con esas personas, esas cosas, esos lugares.

—Esa sensación no hace más que reforzarse —dije yo.

—Siempre he sido muy discreta con mis aventuras, cuidadosa. Más cuidadosa que con mis matrimonios, al menos los dos primeros. ¿Has destrozado alguna vez un coche muy caro? Yo no lo sé.

—¿Y Brik?

—Después me tomé una copa con él en el bar. Tenía uno de esos destellos asustadizos en los ojos. Ahora le cedía yo también la iniciativa poniéndome demasiado a la defensiva. Le dije que no significaba nada, que no debía ir contándolo por ahí, que fue un momento de locura transitoria. Él estaba allí sonriendo un poco y, en lugar de guardar un silencio discreto, empezó a hacerme preguntas: qué habíamos hecho, cómo había sido, si había llegado al orgasmo. Me quedé perpleja ante sus preguntas. Estaba allí ruborizándome como una adolescente, las gotas de sudor producidas por la angustia me resbalaban por la espalda. Y entonces, de repente, me sobrepuse y se lo conté. Desde luego que ésa no había sido mi primera intención, pero se lo conté, con detalle, y él lo disfrutó. Y yo lo comprendí; si compartes un secreto, compártelo del todo, dilátalo, profundiza en él. Se lo conté todo. No pudimos evitar reírnos los dos, partirnos de risa. Siempre ha sido nuestro secreto, algo de los dos. Como si esa aventura la hubiera tenido con él.

—Un secreto compartido es el mejor secreto.

—Fue como si tuviéramos un mundo propio, un segundo mundo, de cuya existencia sólo supiéramos él y yo.

—Y su ex.

—Él falleció poco después.

—¿Por causas naturales? —le pregunté.

Ella se rió:

—Nunca han encontrado el cuerpo.

También eso me rondaba por la cabeza en la casa descerrajada de Brik: que podía tropezarme con un cadáver en aquel caos, los ojos en blanco, salpicaduras de sangre en la pared como un cuadro expresionista; pero la habitación de invitados en la parte posterior de la casa también estaba impecablemente ordenada. Veía demasiadas películas, no podía evitarlo. En el pasado, una confederación de madres, tías, novias, confidentes, tutores y entrenadores de tenis ya habían llamado la atención sobre mi talento para la exageración. Me senté a los pies de la cama y de pronto surgió ante mí la imagen de dos brazos pesados que salían disparados hacia arriba desde las sábanas, como salían de la tumba los zombis en las películas, «¡Friso, te pillé!», acompañada de su incontenible risa sonora.

Miré la hora en mi reloj: tenía que llamar a la señora Chilton, como habíamos acordado. Mientras sonaba el teléfono, me descubrí unas cuantas manchas pequeñas en la camisa, y al tiempo que intentaba pensar de qué podrían ser, ¿manchas de grasa?, vi que se hacían más grandes. Tardé un rato en darme cuenta de que era yo mismo, que el sudor me estaba traspasando la camiseta y la camisa, que hasta podía enjugarme el sudor de la frente.

—¿Qué tal por ahí? —preguntó Liddie Chilton sin mayores preámbulos.

—Bien. Un desastre, pero bien. Podría ser peor. Muchos libros revueltos, muchos papeles. Han robado algunos aparatos electrónicos.

—¿Tienes alguna idea de si han sustraído algo concreto?

—¿Algo concreto?

—¿Iban buscando algo? Has dicho que había muchos papeles revueltos.

—No lo creo. No eran más que muchachos que tenían ganas de cargarse algo.

—¿Hay muchos daños?

—No muchos, me parece. Es más…, esta destrucción inútil, este absurdo destrozo de cosas sin propietario… ¿Para quién resultará divertido? ¿Sabes quién podría escribir un estupendo ensayo de cuatro mil palabras sobre el tema?

—Josip Brik —dijo ella justo en el momento en que respondí a mi pregunta retórica con el mismo nombre.

Se rió, guardó silencio un instante y luego preguntó con otro tono más suave de lo que me esperaba:

—¿Y cómo estás tú, Friso?

—Debo ordenar todo esto. Es lo mínimo, dejarlo todo recogido, como él lo quería.

Aparté el teléfono de la oreja y dejé caer la cabeza. La oí desde cierta distancia por el auricular.

—No te quedes mucho tiempo ahí. Suenas terrible.

—Me iré enseguida —dije mientras carraspeaba para quitarme el nudo de la garganta.

—Y mira tu correo. Te he reenviado un bonito viaje con todos los gastos pagados.

En mi buzón de entrada encontré el siguiente correo electrónico:

De: ldmhchilton@usaonline.com

Para: Fr.Devos@cornell.edu

Fecha: 7 de noviembre

Asunto: FW: participación en el congreso End of History

Querida señora Chilton:

En primer lugar reitero mis condolencias por el fallecimiento inesperado de Josip Brik. Una persona inspiradora. Coincidía con él todos los años en nuestro congreso End of History y seguro que voy a echarle de menos. Le deseo a usted mucho ánimo.

Fue todo un placer poder hablar con usted un rato durante el acto conmemorativo en Nueva York; hubo oradores interesantes, especialmente Philip de Vries, discípulo de Brik, que tenía una tesis muy original sobre la visión de Brik de la historia y los estudios hitlerianos. Naturalmente, estamos pensando cómo podemos «honrar» a Brik en nuestro congreso, que tendrá lugar del 3 al 11 de diciembre en Viena. Enseguida se nos ocurrió la idea de organizar una mesa redonda en la que su Friso de Vos, redactor jefe de *El Sonámbulo*, se enfrente al señor De Vries; ¿le parece bien? ¿O piensa usted que son personalidades de diferente calibre? En el caso de que no sea así, si pudiera enviarme la dirección de correo electrónico actual del señor De Vries (cuando le escribí para comentárselo a su dirección de *El Sonámbulo* recibí un mensaje en el que ponía que se encontraba ausente del trabajo), podría ponerle en contacto con nuestro departamento de logística y finanzas para los gastos de viaje, estancia, etc.

Quedo a la espera de su respuesta,

MARIA KARSCH, MA.

Llámalo intuición. Un par de días antes había recibido un correo electrónico de Felix Westerveld, un colaborador ocasional amigo con el que había estado un breve espacio de tiempo en una asociación universitaria:

¿Qué pasa, tío? Creía que estabas medio muerto en el hospital con una de esas bacterias espectacularmente extrañas en ese cochambroso cuerpo tuyo. Porque hoy he hablado con ese profesor invitado indio, Patiradja no sé qué, que estuvo este fin de semana y dijo que había estado hablando con un tal «*Frisian or something*» en el funeral de Brik en Nueva York. Me suena como si fueras tú, ¿no? Bueno, sí, en fin. Espero que te vaya bien. (¿Qué tal le va a Pippa?)

¡Abrazos!

FELIX

La única que había estado allí había sido Pippa, para poner a buen recaudo materiales valiosos y hacerse cargo del correo. Se había sentado a la mesa de la cocina (podía imaginármela perfectamente: el ceño fruncido, la espalda recta, las piernas cruzadas como practicando

una llave de estrangulamiento) y había empezado a escribir de nuevo con un rotulador azul claro en la parte superior de las cartas el nombre de los remitentes, para que yo pudiera archivarlas más fácilmente. La mayoría de las tarjetas eran breves y educadas, contaba ella, alguno que se aventuraba a relatar alguna anécdota. Casi siempre se trataba de una firma bajo un mensaje ya impreso. ¿Y por qué no? Las tarjetas habían sido enviadas al propio cadáver. ¿A quién deberías informar a falta de esposa e hijos? Sólo hubo una tarjeta que Pippa me leyó por teléfono mientras de manera inesperada se le quebraba un poco la voz. Era de un conocido historiador de arte australiano: «*What a terrible fucking waste.*»

La cocina. Todo estaba todavía allí. Por lo visto, ni siquiera habían entrado, no habían robado nada para arrojarlo al ebrio fuego de la celebración. En la mesa, justo como lo había dejado Pippa: dos pilas. Correo y periódicos. Pippa también había seleccionado suplementos de periódicos, una selección de artículos sobre el fallecimiento de Brik. Esa misma mañana me había dicho mientras me marchaba: no te olvides de mirar los periódicos.

También eso había sido una pista, porque Pippa no era el tipo de persona que decía las cosas con énfasis. Así pues, ignoré el nuevo aluvión de tarjetas orladas de negro y empecé a repasar los periódicos como un perro que desentierra un hueso. En menos de un cuarto de hora ya había recortado quince noticias y las había dejado sobre la mesa de la cocina. Me quité la camisa e hice café; también me quité la camiseta y me la volví a poner, y me senté en la mecedora junto a la ventana con los periódicos sobre el regazo.

En opinión del *New York Times*, el sorprendente punto culminante de la ceremonia en memoria de Brik fue el discurso de un investigador neerlandés, un tal Philip de Vries. «Entre tantos pesos pesados del mundo intelectual, el joven De Vries fue quizá el que mejor logró apropiarse del tono mordaz pero jovial de Brik, elegir sus observaciones, tan profundas como graciosas y toda su alegría de vivir.» El artículo ofrecía una buena enumeración de los presentes y señalaba que el encuentro en la biblioteca pública de la Quinta Avenida fue un verdadero quién es quién de filósofos, novelistas, cineastas de filmoteca y de Hollywood y una selección de redactores jefe de publicaciones nacionales e internacionales, una colección de pesos pesados que sin duda este año no volvería a superarse.

El *New York Post* a primera vista sólo había publicado una fotografía de un marfileño Anthony Hopkins y un rollizo Bruno Ganz tras el púlpito, con un pie en el que se decía que ambos actores se habían sometido a una entrevista maratoniana sobre sus interpretaciones de Hitler (en *El búnker* y *El hundimiento* respectivamente) por parte de Brik en uno de sus primeros programas

de televisión. Sin embargo, oculta en lo más profundo del periódico aparecía una columna en la que el autor evocaba un par de recuerdos de sus años de universidad, cuando estuvo junto a Brik en un consejo de redacción parisiense; y, por último, citaba —sí, claro— a un tal Philip de Vries, que «dio extraordinariamente en el clavo» cuando describió a Brik en su discurso como alguien que tenía la energía «de una avispa atrapada en un vaso de limonada puesto boca abajo».

El *Wall Street Journal* no nombraba a ese Philip de Vries ni una vez en su información, que era considerablemente más breve y superficial. En el artículo había un retrato grande en blanco y negro de Brik y una foto en la que estaban reunidas unas cuantas personas algo desmañadas pero alegres, conspirativas, como un pequeño grupo de colegiales que han de juntarse a toda prisa para la foto de la clase. El *Journal* identificaba a los compañeros de clase en el pie de foto, de izquierda a derecha: «Walter Chilton, decano de la Cornell University; su esposa Liddie Chilton; Orhan Pamuk, ganador del Premio Nobel, y Philip de Vries, discípulo de Brik.»

En la pequeña foto, De Vries no miraba directamente a la cámara: tenía una nariz alargada que encajaba perfectamente entre sus pómulos pronunciados y bajo sus grandes ojos azules de ángel de la muerte. Sonreía ausente, llevaba una corbata de punto, tenía una frente elevada de la década de los cincuenta y pelo rubio ceniza que se le ponía de punta sin dificultad, como si alguien fuera de imagen le hubiera apuntado con suma precisión con un ventilador.

¿Por qué diantres le nombraban en el pie de foto? En el artículo no aparecía su nombre ni una sola vez, yo nunca había oído hablar de él. Para *El Sonámbulo*, en cualquier caso, nunca había escrito nada. No tenía página de Facebook (¿quién no tiene hoy en día página en Facebook?), y a través de Google sólo conseguí llegar a una página web de una asociación de estudiantes y a la página web de *Blondie. Revista de Estudios Hitlerianos* (Universidad Estatal de Groninga/ Universidad Católica de Lovaina) para la que había escrito una sola vez un breve artículo, una reseña que no llegaba ni a las quinientas palabras, además de un libro irrelevante. ¿«Calibres diferentes»? ¿Quién diablos le conocía? Pippa tendría que darle algunas respuestas. Ella sí que había estado en el acto conmemorativo de Nueva York. ¿Qué había dicho?

—Nada.

—¿Nada?

—Bueno, sí, que Brik era uno de esos hombres amables e inspiradores, uno de esos pensadores independientes.

—Pero ¿qué es lo que dijo exactamente? El *New York Times* le nombra, fíjate tú.

—Fue una de esas ceremonias llenas de lugares comunes, discursos

que sonaban bien pero que, si te ponías a transcribirlos, no encontrabas nada sustancial. Así que no, no lo recuerdo todo al pie de la letra, Friso.

—Porque de ninguna manera podías llegar a pensar que tal vez yo también pudiera estar interesado, aunque fuera un poco, en lo que se dijo allí, ¿verdad, Pippa?

—Sé amable, Friso. Sé amable.

Sé amable. Tal vez. Lo realmente chocante, lo realmente sorprendente, era que allí en casa estaban esperándome pilas de correo que no tenían nada que ver en absoluto con Brik. Tenía 269 correos electrónicos. *Freelancers* que ofrecían artículos, abonados que enviaban cartas al director, trabajadores con preguntas sobre honorarios, invitaciones a mesas redondas, a colaboraciones con medios de comunicación, intercambios, sorteos, congresos en lugares de poca importancia. Un doctorando suizo creía ser el primero que ofrecía un análisis detallado de *Malditos bastardos*, una periodista canadiense proponía escribir sobre el diseño y el montaje del búnker del Führer en un plató de Vancouver. Por enésima vez, el agente de un conocido historiador de televisión británico nos ofrecía un reportaje sobre el bosque de Białowieża, donde no se sabe si Hitler llegó a ir a cazar una vez con Hermann Göring.

—¿Qué te pareció su aspecto?

—¿El aspecto de quién?

—De ese Philip de Vries.

—¿Volvemos otra vez al mismo tema?

—Seguimos con el mismo tema.

—Qué cruz. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Quiero saber si tenía un pollón enorme. No, ¿tenía carisma, era alto, derrochaba gracejo al hablar, qué te pareció a ti?

—Bueno, sí. Normal.

—¿«Normal»? Joder, Pip, «normal». Tu vocabulario desciende sobre nosotros como una lluvia dorada.

—Al igual que mi amor, pequeño. ¡Puf!

No respondí a nadie. Los correos se acumulaban. Estuve viviendo entre mis hombros encogidos esas primeras semanas. Cuando salía de casa, caminaba mirándome los pies, de manera compulsiva, para escapar al mayor número de impresiones posible, ya que me sentía incapaz de asimilarlas, la vida del campus me importunaba como una página de internet que va escupiendo ventanas emergentes a mayor velocidad de la que puedes eliminarlas cliqueando, *get laid now*!, *enlarge your member*! Volvió a crecerme el pelo cortado al cero, pero despacio y, en mi opinión, sin la densidad de antaño. Ante el espejo me examinaba las entradas que de repente salían a la luz y con un

bolígrafo negro marcaba dónde me crecía para poder ver si la raya iba cubriéndose con el paso de los días. Aunque no pensase en Brik, tenía una sensación de vacío justo debajo del diafragma, como si estuviera reteniendo continuamente el contenido de mi estómago. *When he is sick, every man wants his mother; if she's not around, other women must do*. Pip tuvo que cargar con las consecuencias, querida Pip, de volver a mudarse temporalmente a nuestro viejo apartamento para ejercer de sostén. Ella cocinaba, hacía la colada, hablaba con mi madre por teléfono y, si me despertaba asustado y sudando por la noche —los sofocos formaban parte de las secuelas pronosticadas de mi infección —, me la encontraba tumbada a mi lado, roncando suavemente, con el vientre como siempre caliente como un horno. Procuraba salir de la cama de tal manera que ella se despertara un momento para que se sintiera culpable mientras yo iba arrastrándome hasta el sofá.

Sin duda tendría que haber mantenido más tiempo lo de ir a tumbarme al sofá, lo de ir exclusivamente en albornoz todo el día, lo de comer como un niño pequeño, ese interminable zapeo por canales con dibujos animados y vídeos musicales…, pero mi cuerpo ya no quería: mi cuerpo quería volver a comportarse de manera normal y, rebotando por la energía nerviosa, me envió de vuelta al mundo donde no podía hacer otra cosa que dedicarme a Brik y, como hoy, repasar los periódicos.

¿Quién cojones había oído hablar de Philip de Vries?

Volví a llamar a Pippa.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Pip tan pronto como cogió el teléfono—. ¿Has comido algo? Ya sabes lo que el doctor…

—Muy bien, muy bien. Voy a recoger todo esto y enseguida iré a buscar algo de comida.

—Pero ¿tú cómo te *sientes*?

Decidí interpretar el verbo «sentir» en su significado físico.

—Me has dejado salir de casa con ropa demasiado fresca.

—Estaba medio dormida cuando te has ido.

—Estabas completamente dormida cuando me he ido.

—¿Y ahora tienes mucho frío?

—Tengo frío.

—No es tu ropa la que es demasiado fina, Friso. Eres tú, que estás demasiado delgado.

Muchos de los restantes artículos eran las mismas noticias estandarizadas de agencia de prensa y unos cuantos de redactores de cultura que con un trabajo de corta y pega llegaban a un perfil que apenas se diferenciaba de lo que aparecía en la página de Wikipedia de Brik, que, por lo demás, yo me había encargado de editar y reelaborar infinitas veces. Me encontré con otras tres menciones de

Philip de Vries: en el *Harvard Crimson* le citaban brevemente («Y así trabajaba su cerebro; mientras daba un discurso podía estar pensando en cien cosas diferentes, resolviendo rompecabezas»), en un artículo de la sección «Talk of the Town» en el *New Yorker* sólo le nombraban en una lista, mientras que en un artículo breve en la web del *Atlantic Monthly* le presentaban (*«the promising young Dutch publicist»*) como un ejemplo de la influencia de Brik en una serie de jóvenes pensadores emergentes.

Difícilmente se podría encontrar a alguien que mereciese más un puñetazo que ese Philip de Vries, pensé, y me pareció que Pippa debía de estar de acuerdo conmigo:

—Suenas como si necesitaras que te aplacaran un poco.

—Tal vez.

—Escucha, mi querido y pequeño Vos, zorrito mío: ¿a quién llamaron después del allanamiento? ¿Llamado a Philip de Vries? ¿Phil de Vries? ¿Chilly-Philly para los amigos? ¿A quién llamó el *sheriff*? En efecto. No a Philip. Sino a Friso.

Pippa, que se imponía a sí misma tantas restricciones, cuyos extremos siempre se hallaban envueltos en ambivalencias diplomáticas, que no deseaba nada tanto como estar a bien con todos en este mundo. Pippa la de Color de Rosa, Pippa la Benévola. Era un bicho raro que no hablaba y raras veces desaprovechaba yo sus silencios para terminarle las frases, o, nuestro chiste recurrente, terminar sus frases con lo diametralmente contrario de lo que quería decir. Yo era una suerte de esos susurradores de caballos, pensaba algunas veces, sólo que con Pip en lugar de con caballos. Pípara popapí papá. Raras veces decía en voz alta sin más lo que pensaba realmente, pero siempre que lo decía, como ahora, me calmaba.

La noche después de ir a recoger material a casa de Brik, mientras Pippa se remojaba tras haber ido a correr, me metí con ella en la ducha y pareció comprender de inmediato, sin mover una ceja, que su papel de enfermera se había convertido en otro.

Vi que mi irritación me había llevado a teclear mal las palabras de búsqueda, había escrito en Google PHILPI DE VIRES. Hice una nueva búsqueda, obtuve 5.720.000 entradas (0,9 segundos) y sentí algo anestesiante cuando bajé con el ratón y vi los resultados de vídeo. Reconocí enseguida al presentador, el decorado rojo, el globo terráqueo iluminado alrededor del cual giraba el nombre del programa de televisión.

—Friso, ¿sigues ahí?

—Tengo que colgar.

Hice clic como si nada, enseguida, de manera que me puse a rumiar primero sobre lo que Philip de Vries podía estar haciendo allí,

aunque lo supe de inmediato, naturalmente, al instante, de golpe, al igual que supe que era yo quien tenía que haber estado allí. La emisión era del lunes posterior al fallecimiento de Brik. Estaba sentado a una mesa ovalada a la derecha del presentador, aguardaba impecable con las manos entrelazadas, como un perro labrador bien adiestrado, hasta el momento en que le concedieran la palabra.

Philip de Vries, tú eres discípulo de Josip Brik. Tenías mucho contacto personal con él. ¿Cómo te enteraste de su fallecimiento?

Había ido a recogerle dos días antes al aeropuerto de Schiphol. Iba a dar dos conferencias, una en La Haya y otra en Groninga. Ese día le llevé a su hotel en Ámsterdam. A la mañana siguiente, a las ocho y media en punto, me llamó por teléfono el personal del hotel. «Lo sentimos mucho. No sé cómo decírselo, pero desgraciadamente anoche el señor Brik sufrió una caída en nuestro hotel y falleció aquí mismo…» Sí, es entonces cuando realmente se te viene el mundo encima.

¿Podrías explicarnos, muy brevemente, qué clase de filósofo era Josip Brik?

Uno muy… rebelde. Era justo lo contrario de todos los filósofos clásicos y apolillados. Le interesaba más Woody Allen, por dar un ejemplo, que Schopenhauer y Wittgenstein. Le obsesionaba mucho nuestra fantasía: en el arte, en los libros, pero sobre todo en las películas. Él creía de verdad que lo que ocurre en nuestra fantasía es esencial para comprender nuestros resortes más profundos.

¿De ahí también su fascinación por la guerra y las películas bélicas?

En efecto. Es justo lo que acabo de decir: él pensaba que si querías saber qué enseñanzas pueden sacarse de la guerra, debías fijarte sobre todo en el papel que ésta desempeñaba en nuestra fantasía.

¿Cómo conociste a Brik?

Cuando era becario en Groninga tuve que ir a recogerle en una ocasión en que vino a dar una conferencia. La organización temía que se retrasara, que no recordara el camino o que, debido a su pésimo sentido de la orientación, fuera a dar con una puerta equivocada y luego con otra, otra más y, finalmente, terminara por llegar a la red del alcantarillado. (Risas.) Llamé a la puerta de su habitación del hotel, me dijo que entrara y allí estaba, en calzoncillos, tumbado en la cama cuan largo era y rodeado de libros y periódicos abiertos. Me preguntó alegre: «¿En qué puedo ayudarle?»

¿Y eso era algo típico de Brik?

Desde luego. Tenía un componente muy grande del profesor Barabas de los cómics de *Suske y Wiske*. A veces se obsesionaba tanto que perdía de vista el mundo que le rodeaba, en verdad el paradigma de profesor chiflado o despistado. Sin duda.

¿«Obsesionarse», «el paradigma»? Tú también suenas como uno de esos intelectuales, un pequeño Brik en ciernes, me parece a mí.

Bueno, eso es un honor excesivo.

Lo que más me gustaba de él —porque yo era un gran fan suyo, que esto vaya por delante, sobre todo de sus documentales para la BBC, eh…, sobre la guerra en las películas— era también su majestuosidad. Su manera de hablar. Su, digamos, ostentación dramática, con la que podía arrastrarte al interior de una historia.

¡Naturalmente! Muchos tendrán una imitación de Brik grabada en la memoria. Por supuesto, el propio Brik era la mejor imitación. No podemos excluir que fuera una imitación de sí mismo. Yo disfrutaba de sus imitaciones, como si estuviera representando una obra de teatro en exclusiva para ti. Siempre me sentía muy honrado. El día anterior a su muerte mencioné de pasada a Marlon Brando y enseguida tuvo su imitación preparada: «*I could have been a contender.*» Bueno, sí, mucho mejor de lo que lo estoy haciendo yo ahora aquí. Pero ya entiendes a qué me refiero.

Tenemos un fragmento de su documental Gone with the wife, *sobre Hollywood y… el feminismo…*

Di al botón de silencio y me quedé viendo la película hasta el final, sin sonido, como si al estar así no se estuviera diciendo nada, como si al estar en silencio no existiera, sólo una obrita de teatro entre dos actores de cine mudo. Tenía el cabello perfectamente moldeado, la frente sin arrugas ni manchas. No había lunar ni peca alguna. Y había algo en su cara: era totalmente simétrica, al parecer, y eso le daba una carga extrañamente vacía, como si las partes no sumaran nada juntas. Era guapo, creo, en el caso de que te gusten los hombres muy aburridos.

Me puse de pie y fui al mirador de la parte trasera de la casa. Tenía la camiseta empapada; me la quité y la colgué en el respaldo de una silla. Y mientras miraba a la piscina camuflada como un búnker, a la linde calma y gris del bosque y no oía ni un solo ruido al fondo, algo fue borboteando hacia arriba en mi interior, como alguien que acaba de salir ileso de un accidente de tren o de un terremoto y desde cierta distancia ve la devastación que se extiende a su alrededor y no se da cuenta hasta entonces del peligro mortal al que se ha visto expuesto.

Tenía también algo extraño en la boca, pensé. La tensión de quien quiere demostrar que no le tiembla la mano. Reprimía una sonrisa, eso era, se esforzaba por no sonreír, porque desde luego estaba muy orgulloso de poder colgarse el cartel de «el Brik en potencia», con su tupé y su americana, ante su padre y su madre y su hermana y su equipo de hockey y esa chica que tal vez le había permitido que le metiera mano en una fiesta de clase… (y, según la Fundación de Sondeo de Audiencia), ante uno coma dos millones de telespectadores

más. Dos días después de su muerte. Y reaccionar de una manera tan modesta. «No, no, eso lo considero un honor excesivo.» Así que él era el primero al que llamaban. «Es entonces cuando realmente se te viene el mundo encima»: la elocuencia de un futbolista profesional. No tendría que extrañarme, porque si palabras como «obsesionarse» y «paradigma de profesor chiflado o despistado» (cosa que Brik desde luego no era) son prueba de intelectualidad, ese público ya no tiene remedio.

¿Podrías explicarnos, muy brevemente, qué clase de filósofo era Josip Brik? ¿Por qué no me entrevistaban? Brik sólo tenía a su nombre un ensayo sobre Woody Allen que debía de remontarse a 1981. Podría haberlo sabido si hubiera leído el apartado «bibliografía de Josip Brik» en la Wikipedia, que había redactado yo en su totalidad. Y no estaba interesado en nuestra fantasía, sino en nuestra imaginación, que son dos cosas muy distintas. En el cine le interesaba la forma de revisitar el pasado, eso era lo importante: la representación de un asunto concreto. El desembarco del día D de Spielberg o el Schindler de Spielberg. «Primero fue la guerra, después la narración de aquella guerra. La guerra fue mala, pero la narración la hizo aún peor.» La diferencia entre la guerra y la historia era coloreada por nuestra imaginación. Con todas las ampliaciones, los matices de azul y blanco y silencios que llevamos dentro y tanto dicen de nosotros. De eso se trataba. No de la fantasía. La fantasía es el quidditch y la Torre Blanca de Gondor y los unicornios galopando bajo los arcoíris, y a Brik no le interesaban los unicornios.

Regresé a la cocina, hice clic en el vínculo del vídeo que no mostraba sólo ese fragmento, sino la emisión completa. Debido a un impulso consumadamente sadomasoquista, quise verlo todo, la introducción en la que el presentador anunciaba a sus invitados con el tono animado de un humorista, sin que se materializara nunca un solo chiste saliendo de su boca, y las intervenciones para observar a Philip allí sentado al fondo, educado, sonriendo ante las cámaras, seguro de sí mismo. Tengo que llamar a Pip, pensé mientras recuperaba el vídeo. ¿Por qué no me habían llamado a mí? ¿Quién iba paseándose por aquí con el torso desnudo entre las fotos de familia de Brik, entre su colección de DVD? ¿Quién podía, cuando quería, meter la cuchara en uno de los quince botes de helado de plátano y chocolate que le aguardaban en el congelador?

Pero me mantuve apartado de la cocina, como los animales que presienten un tsunami ya antes de que el agua avance y huyen hacia tierras más altas. Instintivamente. No sentía náuseas, pero de repente me tiré de cabeza al inodoro, de rodillas, y me aferré al polvo que se había ido pegando al linóleo pringoso a lo largo de las últimas semanas. No pude resistirme; era más fuerte que yo.

Con una virulencia que no había experimentado desde Chile, se me comprimió el cuerpo, vomité una bilis apestosa de proporciones industriales mientras oía de fondo el tararí de las trompetas de la sintonía introductoria, la erre sonora del presentador, y en una nueva arcada mi cuerpo expulsaba de su interior el veneno como una sarta de injurias… ¿Quién tenía la cabeza colgando sobre la mugrienta taza del váter de Brik? ¿Quién sentía que se le escurrían los dedos y se le llenaban las uñas de lo que sin duda eran las salpicaduras resecas de la orina matutina de Brik? ¿Quién? En efecto. No era Philip de Vries, sino Friso de Vos

2

¿Que qué sentido tenía? ¿Qué sentido? En sí, la pregunta del taxista que me llevaba del aeropuerto de Viena al centro de la ciudad ni siquiera era tan extraña; los congresos tenían un sentido, sobre todo si trataban del cambio climático, la lucha contra la enfermedad, la paz mundial, las Cosas Grandes y Relevantes…, pero ¿nosotros?

Para empezar tenías a los hitlerianos de Linz, que tal vez ni siquiera se merecían el título de hitlerianos; a menudo eran poco más que germanistas que publicaban cosas sobre los típicos temas socioeconómicos mortalmente aburridos: «El Servicio Postal en la monarquía dual: una interpretación» o «Ilumina nuestro espíritu: cambio de paradigma en el sistema escolar de la Alta Austria, 1867-1938», y lograban nombrar como de pasada en algún lugar a mitad de camino al padre Alois Schicklgruber y así entraban en nuestra corriente. Después estaban los hitlerianos vieneses, la primera categoría seria de biógrafos en los que nunca podías confiar del todo, ya que con demasiada frecuencia emergía el posadolescente Adolf en su obra como un Leopold Bloom vienés, menesteroso, bohemio, fracasado estrepitosamente en los estudios de arte reglados, deambulando por las postrimerías de la dinastía Habsburgo, donde los historiadores devoraban agradecidos a continuación la lírica ensayística sobre Mahler y Schönberg y Schnitzler y Freud, de cuya existencia ni siquiera se sabía a ciencia cierta que Hitler hubiera tenido alguna vez conocimiento. Había hitlerianos de la Cruz de Hierro, obsesionados con la cuestión de cómo había ganado sus medallas en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, pero ésa era una categoría razonablemente autónoma, como también tenías a los hitlerianos del Putsch de Múnich o los hitlerianos del búnker, que se ocupaban de un único incidente o una única fase aislada de su vida, sin vincularla con el resto. *A day in the life*. Las dos categorías que descollaban por encima de todas las demás eran las dos últimas: los hitlerianos de Weimar y los hitlerianos de Berlín, que se llevaban a matar como dos grupos de *hooligans* y coreaban tan fuerte como les era posible los eslóganes sobre quién era el más importante. Los hitlerianos de Berlín, desde 1933 hasta la muerte en el búnker, reclamaban el trono, lógicamente, porque su Hitler era el del poder, el

de las decisiones, el de las consecuencias, mientras que los hitlerianos de Weimar, o los hitlerianos de Múnich (1918-1933), apelaban a un Hitler menos poderoso, pero precisamente por ello más interesante, porque su Hitler era el inacabado, aún inmerso en un estirón espiritual e ideológico, descubriéndose a sí mismo mientras entraba en contacto por primera vez con el poder y sus seguidores.

Había otros ejes de abscisas y coordenadas en los que se podían clasificar estas categorías, y yo me las conocía todas: una trama con un compartimento para los intencionalistas, que pensaban que toda la destrucción del Tercer Reich (la guerra, el genocidio industrial) había sido planeada por Hitler ya desde el principio (ver el mito etiológico de los estudios hitlerianos: *Los últimos días de Hitler*, Hugh Trevor-Roper, 1947); un compartimento para los funcionalistas, en cuya teoría el antisemitismo de Hitler ni siquiera era cierto al cien por cien y el Holocausto era la consecuencia de una organización política bizantina en la que los ministros, los *Gauleiters* y los subordinados actuaron siguiendo su propia iniciativa e hicieron razias y construyeron cámaras de gas para tener contento así a su Führer y subir más peldaños en el escalafón nazi (¿por ejemplo? *Hitler: estudio de una tiranía*, Alan Bullock, 1952); entre los compartimentos había diferentes zonas grises, los campos de los historiadores que a su vez volvían a conciliar: que Hitler era ante todo un político de la *Realpolitik* y que, una vez que comprendió que la Operación Barbarroja se estancaba en el invierno ruso, que los norteamericanos se movilizaban tras Pearl Harbor y que el general Montgomery expulsaba de El Alamein al mariscal de campo Rommel, supo que todo estaba perdido y se concentró sólo en la política de tierra quemada y en el Holocausto (*Anotaciones sobre Hitler*, Sebastian Haffner, 1978, un libro que todos los que se dedicaban a los estudios hitlerianos habían leído dos o tres veces y lo odiaban, aunque sólo fuera porque con 220 páginas informales te convencía y socavaba toda una rama académica). Y luego también había un compartimento que debía estar apartado del resto de la trama, el metacompartimento para los teóricos de la Gran Abstracción o «inevitabilistas», que creían que Auschwitz habría existido de cualquier manera y que si Hitler nunca hubiera nacido otra persona habría ocupado su lugar (véase *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, A. J. P. Taylor, 1960).

De la página web www.thingsthatlooklikehitler.com.

Pero la mayoría de las manos que iba a estrechar durante los días venideros pertenecían a los pequeños comerciantes, los aficionados, los historiadores de andar por casa que, pertrechados de una pasión lindante con el fetichismo, desentrañaban y clasificaban pequeños hechos sin que realmente nadie se lo hubiera pedido nunca. Tenías a los genealogistas que, entre tanto, podían rastrear los espermatozoides de Hitler hasta antes de la batalla de Lepanto. Había exégetas que volvían *Mi lucha* del revés. Estaban los médicos forenses, obsesionados con los datos odontológicos y el material residual de ADN, y, derivado de esto, tenías a los psicólogos forenses, que confiaban en aclarar algo a partir de esos datos físicos: «¿Tenía sólo un testículo? ¿Qué representaba ese hecho para su imagen masculina?» Había hitlerianos acidalios, los Inmaculados, que especulaban con su amor a las mujeres, con su afecto sin par hacia su madre, por qué se suicidaron cuatro de sus seis amantes conocidas y si él en verdad había experimentado alguna vez el amor físico. Estaban los hitlerianos de Edelweiss, que se concentraban en su papel como anfitrión del Berghof, su residencia alpina donde recibía a sus colegas y amigos para disfrutar de fiestas nocturnas y caminatas por la montaña. Tenías a los epistemólogos, que se especializaban en cada carta y documento en los que apareciera su firma; tenías a los cinéfilos, que comprobaban de manera exhaustiva qué películas encargaba y cuáles eran las que veía realmente; tenías a los bibliófilos, que intentaban averiguar el tamaño y contenido de su biblioteca para llegar a conseguir una gran lista de lectura hitleriana; tenías a los patronistas, que hacían patrones de costura y podían reproducir el corte exacto de todos sus uniformes;

tenías a los peluqueros, que partiendo de material fotográfico lograban calcular los formatos de su bigote con una exactitud milimétrica; tenías a los acuarelistas, que compusieron el canon hitleriano a partir de las 1.300 acuarelas que había pintado antes de 1914; tenías a los comisarios, un grupo que crecía rápidamente y que, de vez en cuando, llamaban a la puerta de *El Sonámbulo* con reportajes y críticas sobre obras de arte y esculturas (*where were they now?*) que habían formado parte de la colección personal de Hitler. Mucho Böcklin, mucho Julius Paul Junghanns. Naturalmente, también tenías a los hollywoodianos, que en hojas de cálculo y prolijos ensayos llevaban el recuento de los actores que habían interpretado a Hitler y con qué resultado; a Brik le encantaban. A partir de un estudio sobre el vegetarianismo de Hitler (que no se debía tanto a su amor por los animales como al miedo de engordar), tres mujeres vinculadas a la Universidad de Temple escribieron un libro de cocina hitleriano al que siguió una animada discusión en las diferentes revistas académicas: conocíamos sus platos favoritos, pero ¿sabíamos también cómo le gustaba que se los prepararan? Y, más globalizadores, tenías a los cronógrafos —tal vez, en cierta manera, era la categoría a la que pertenecía todo el mundo—, que no hacían ni más ni menos que poner en orden impecablemente toda la información disponible, hasta el punto de registrar qué había hecho cada hora y cada día de su vida. Habíamos recibido un comunicado de prensa en el que se anunciaba que un tal Erich Mariah Maier, un investigador de la Universidad Humboldt desconocido hasta la fecha, había firmado un contrato con una importante editorial norteamericana para publicar una biografía monumental en la que describiría cada día desde marzo de 1919 hasta el 30 de abril de 1945 a las 15.30 horas. El anticipo era de seis cifras; la editorial aspiraba a llegar a un público masivo. (Desde noviembre de 1918 hasta marzo de 1919 era el terreno de los teóricos del Agujero Negro, el periodo que transcurrió entre el momento en que le dieron el alta en el hospital de campaña y su llegada a Múnich, el último periodo de la vida de Hitler, sobre el que todo tipo de fuentes se contradicen y nadie puede decir con seguridad dónde se encontraba: yo había visto pasar ante mis ojos todas las fantasías posibles, que se había retirado a un monasterio ortodoxo o que se había ido a la aventura junto con Himmler, en busca de la Lanza Sagrada.)

De la página web www.thingsthatlooklikehitler.com.

Le expliqué al taxista que el congreso lo financiaba la Unión Europea, que venían historiadores de decenas de países, de todas las especialidades, desde el Renacimiento hasta nuestros días…, sin mencionar a Hitler. En la penumbra, apenas pude verle la erupción en el cuello. No me gustaban los taxis, pensé entonces; me parecía una idea extraña dejar tu vida en manos de un completo desconocido. A Pippa le pasaba justo lo contrario, era precisamente esa entrega a un desconocido lo que le daba una sensación de distancia, decía, la sensación más agradable que había después de la de seguridad.

—*You like car*? —preguntó el taxista.

—Sí, son unos coches muy bonitos estos Mercedes.

—*I play for Fenerbahçe, now I drive this Mercedes from airport to city and back*.

—Vaya —dije—, el Fenerbahçe, entonces seguro que eras muy bueno.

Del bolsillo superior se sacó una foto doblada que me entregó echando el brazo hacia atrás. Aparecía un muchacho en cuclillas con el uniforme de un equipo de fútbol, las manos sobre el balón y la mirada alzada hacia la cámara, con los ojos infantiles abiertos de par en par que rebosaban incredulidad, como si a él tampoco le entrara en la cabeza que era futbolista profesional, como si de un momento a otro alguien pudiera pellizcarle y despertarle del sueño.

—*I play in Turkey, with Fenerbahçe football club*.

—Sí —le dije.

—*Twenty five years. Someone kick on foot. Kaputt*.

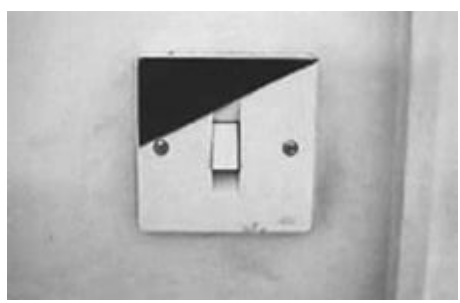
—*Foot is kaputt* —dije yo.

—*Yes* —dijo él—, *I come from Turkey to Austria. Drive taxi. I never*

play football no more.

Volvió a coger la foto y se calló, y yo me pregunté por qué me lo había contado todo de repente y si era verdad; ¿esperaba una propina mayor, por compasión? Decidí seguir con la boca cerrada y miré hacia fuera. De pronto, el paisaje parecía de Mordor; la carretera del aeropuerto recorría campos de industria pesada, máquinas umbrías y montañas de basura industrial levantadas sobre el telón de fondo de un sol poniente rojo.

Naturalmente, había aún otra categoría dentro de los estudios hitlerianos, una que iba adquiriendo cada vez mayor popularidad, a la que pertenecíamos personas como Brik y yo, que ni siquiera estábamos interesados en los hechos, desde luego no en los hechos descubiertos recientemente. ¿De qué te sirve la información que nadie más tiene?, le gustaba decir a Brik. «¿De qué te sirve saber cosas que nadie sabe?» Los fantasmas que ve todo el mundo como realidad son más valiosos y potentes que cualquier verdad real. Se trata de cómo las ideas encuentran un suelo fértil y siguen viviendo en nuestra imaginación —¿quién de nuestra generación podría pensar en el día D sin visualizarlo con las imágenes de *Salvar al soldado Ryan*?—, y si esas ideas se basan en la verdad o no, es algo que ya ni siquiera importa.



De la página web www.thingsthatlooklikehitler.com.

Josip Brik: «Las verdades son brumosas y transparentes y llegan multiplicadas, como los fantasmas. Puedes creer en ellas, pero nunca podrás ponerles justo el dedo en la llaga.»

Y así podría estar citando todo el día a Brik.

Entre tanto, no lo había visto venir, pero de repente estábamos cruzando un río y aparecían los primeros caballos sobre pedestales. Ringstrasse, decía un letrero de la calle. Kärntner Ring, decía el siguiente. Los edificios se volvían más grandes, más opulentos, y el taxi se detuvo justo delante del edificio de la ópera, exactamente al lado de Maarten van Rossem, que estaba hablando a la cámara con las

manos metidas en los bolsillos.

Enseguida crucé la puerta giratoria, pasando por delante del portero con el sombrero de copa, y ya no hubo manera de escapar. Había llegado el circo. En el vestíbulo se encontraban dos hombres a los que conocía ligeramente de un congreso anterior; uno de los dos me saludó. Matthew nosequé. Vi a un hombre metiendo con dificultad en un ascensor un foco que me pareció de los que se utilizan en televisión, seguido por alguien con algo en las manos que debían de ser diez metros de cable, a quien a su vez seguía una *señora* muy maquillada: Mathilda Wilson, presentadora en la BBC de programas nostálgicos sobre casas señoriales y dinastías aristocráticas. Una mujercilla pequeña y alegre, proveniente directamente de la Comarca, mascarón de proa para lesbianas de provincias con sus eternas chaquetas de tweed y el pelo corto y gris, permanentemente desorientado en su cabeza, como si tampoco él supiera hacia qué lado debía crecer. Estar aquí…, ¡en Viena, en el Hotel Sacher! El hotel de las famosas tartas, sitio frecuentado por los Habsburgo, por sahs y reyes y por los mandos aliados nada más terminar la guerra. Estar aquí con una tarjeta de crédito sin límite. Había sido la señora Chilton —«llámame *Liddie*»— la que me había enviado aquí —de repente, apareció ante la puerta abierta de mi pequeño despacho en *El Sonámbulo*, rodeada por los dálmatas de su marido, con unas gafas de sol con cristales tan grandes como raquetas de ping-pong—, pues me dijo que conocía al director del hotel desde hacía años y, además, tenía que pegarme la gran vida a sus expensas: ella lo pagaba todo.

—Friso, créeme, no hay nada que te haga sentirte tan inmortal como la riqueza total e indiscutible.

Pero ahora esa riqueza palidecía al ver a tantos de nuestro campo que, por lo visto, también querían escapar del destino de las cadenas anónimas de hoteles donde pernoctaban la mayoría de los participantes del congreso. Me hubiera gustado estar solo, ya que cuantas menos personas comparten el lujo, tanto más lujoso parece. Pero no tenía motivos para quejarme, claro. Todavía me pesaba el vuelo en las piernas. Había pagado un poco más para tener un vuelo directo, y tras once horas de viaje había llegado al límite de mi paciencia cuando el avión comenzó el descenso a través de las turbulencias de los Alpes y un bebé a mis espaldas empezó a gritar como los Nazgûl. Me sorprendió comprobar que el breve trayecto desde el taxi hasta el vestíbulo me había hecho jadear. El día antes de salir hacia Viena, Pippa vino a sentarse a mi lado en uno de sus mayores accesos de abuela y me obligó a nombrar al menos tres cosas que pudieran hacerme ilusión de Austria (y, de paso, se respondió a sí misma: «Una: nunca has estado en Viena. Dos: volverás a ver a Felix.

Tres: en la variación está el gusto»). O cuatro: una multimillonaria te había deslizado bajo mano una tarjeta de crédito como si fueras un poli corrupto y, por tanto, tus posibilidades eran infinitas.

De la página web www.thingsthatlooklikehitler.com.

—Considéralo como si te estuviera dando una gran manzana verde llena de vitaminas —me dijo la señora Chilton—. Te sentirás mejor con cada bocado que le des.

—¿No le dijeron lo mismo a Blancanieves?

Mientras esperaba al empleado de recepción, la puerta giratoria se desplazó noventa grados y, como la bola de un bingo sale rodando del bombo, un hombre entró en el hotel con un sombrero fedora y una gabardina larga, y al menos durante tres segundos creí sinceramente que era Sir Ian McKellan, *by the flame of Udûn*…, entonces se dirigió a mí el empleado de la recepción, un muchacho con frac que se había desprendido con esfuerzo de una chica con un traje de chaqueta. Mi alemán —¿o hablaban austriaco?— estaba demasiado poco entrenado para comprender los matices, pero estaba claro que flirteaban. Le deslicé la confirmación de mi reserva:

—Veamos…

—Seis noches —dije yo.

—Aquí aparece usted en nuestro sistema, veamos, seis noches para el señor… ¡Vos, De, Friso!

La chica que estaba tras él le dio un golpecito con la palma de la mano en el hombro y me pidió disculpas con una media sonrisa. El

muchacho continuó imperturbable con una mueca en el rostro:

—Le hemos reservado la habitación 262, señor Vos, De, Friso.

Me di la vuelta con la llave y casi choco con el hombre del sombrero y la gabardina, que se había colocado detrás de mí en la fila. No era el actor, comprobé, y al mismo tiempo no me había dado cuenta hasta ese momento de que iba acompañado por una mujer, una muchacha que llamaba enseguida la atención como la llaman las chicas guapas de pelo rubio dorado con labios carnosos y grandes ojos azules. Tenía el cabello ondulado y lo llevaba peinado a la antigua, con secador, y debía de llegarle al contorno de la mandíbula inferior, resaltando así su largo cuello. Era increíble, si te fijabas, y yo me fijé, la perfección impecable de su piel, su rostro, su cuello, su discreto escote del jersey azul celeste, como si no se tratara de la masa de células atrofiándose y renovándose que somos nosotros, personas mortales, sino de un cálido material sintético fundido y vertido en un molde.

Se detuvo un momento y se quedó mirándome, una mirada de reconocimiento. Se le abrió despacio la boca, como si quisiera empezar a decir algo, pero antes de que tuviera la oportunidad, sentí una mano en la muñeca y vi el rostro acalorado de Vikram Tahl.

—Oye, tío, ¿has leído ya mi artículo?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque he estado realmente muy…

—… muy ocupado. *Bizzy-bizzy*. Por supuesto. Eso fue lo que dijiste la última vez.

No había manera de sortearlo, aunque fuera dos cabezas más bajo que el europeo medio; entre todos los huéspedes del hotel entregados a la molicie, que entraban y salían relajados, él estaba allí derecho e intranquilo, un recipiente de energía que busca descargarse. Me había encontrado con él un par de veces con anterioridad: llevaba un peinado gris al estilo militar y tenía una cabeza que parecía desproporcionadamente grande; los ojos redondos, grandes y salientes como los de un animal capaz de ver en la oscuridad. Hablaba en una absurda mezcla de ceremonia Oxbridge y calma de taxista de Bombay (aunque yo no había puesto un pie nunca en Bombay):

—He estado muy enfermo y, además…

—… Brik acaba de morir, su defenestración, qué pena… Más aún: me enteré de que habías hablado muy bien en su funeral, así que pensé: ¡vaya, entonces no estará tan enfermo Friso…!

—No fui yo.

—… así que seguro que habrá leído mi artículo. Quizá te parezca ingenuo que piense así, pero ¿puedes seguir al menos mi corriente de

pensamiento?

—¿Te quedarás toda la semana en Viena? —le pregunté.

—¿De verdad? ¿Vas a prometerme ahora que leerás mi artículo antes de que termine este congreso? ¿Lo único que te impulsa a leer es la amenaza de mi presencia física? Porque te lo digo en serio, Friso: *I'll take it.*

Tahl no era alguien a quien te pudieras permitir cabrear. Había creado en la Universidad de Delhi un currículum dedicado a los estudios hitlerianos que, a pesar de su completa mediocridad, debía su estatus al presupuesto con el que hacía volar desde sus países de origen a profesores occidentales y los metía en suites del Hilton (esposa o amante incluidas) para dar una clase o dos. Desde entonces no se perdía ni un solo congreso e iba vendiendo a todo el mundo estudios y artículos en los que nadie estaba muy interesado, pero que nadie quería rechazar de manera demasiado clara, por miedo a perder esas invitaciones lujosas y estupendas. Llevaba ya medio año intentando venderme un ensayo en el que se creía muy original comparando a Voldemort con Hitler.

—¿Lo has traído?

—¿El qué?

—Mi artículo. ¿Qué va a ser?

—Lo tengo en el mail.

—Pero seguro que no te has traído ninguna impresora, ¿a que no? ¿Eh? ¿En el equipaje de mano? ¿Y te gusta leer siete mil palabras en la pantalla?

—No, eso no le gusta a nadie, Friso. *No problem*.

Tahl le hizo un gesto a una chica de aspecto serio que se encontraba un poco más adelante y acudió enseguida. Veinte años, como mucho, con gafas, asiática, pero no del todo —¿se había traído en el avión a su propia ayudante?—. Ella empezó de inmediato a apuntar lo que le decía Tahl: que *first thing in the morning* tenía que ir a una copistería, imprimir el artículo y entregármelo a mí, no dejarlo en recepción, sino dármelo a mí en mano. Yo le sonreí amablemente, mostrándole cierta solidaridad, porque siempre sientes vergüenza ajena cuando ves que le están dando órdenes a otra persona, pero ella no me devolvió la sonrisa, o apenas lo hizo. Tahl la presentó y la muchacha se aseguró de ar-ti-cu-lar claramente su nombre:

—Yuki Hausmacher, ¿cómo está usted?

—Bonito nombre —le dije.

—Mi padre es alemán y mi madre japonesa.

—Vaya, ¿se conocieron en una fiesta de confraternización entre las potencias del eje?

Nadie se rió. Intenté moverme despacio hacia el ascensor, hacia

atrás, como un lacayo que sabe que nunca puede darle la espalda a su señor. Tahl comenzó a hablar más alto a medida que la distancia entre nosotros aumentaba:

—¡Claro que lo entiendo y te acompaño en el sentimiento por lo de Brik y esas cosas, pero sería realmente estupendo que pudieras leer mi artículo antes, porque así podríamos hablar sobre él, porque en mi opinión encajaría a las mil maravillas en *El Sonámbulo*! ¡Y una vez más: me han dicho que estuviste verdaderamente fantástico en el funeral!

—¡Ése no era yo! —le contesté gritando.

—¿Estás seguro? ¡Lo publicaron en el periódico!

Mi habitación estaba oscura y fría y tardé un rato en encontrar la ranura en la que debía meter la tarjeta para que todas las lámparas se encendieran. Me quité los zapatos con los pies y comprobé satisfecho que, en efecto, era la habitación de hotel más grande en la que había estado jamás. El minibar estaba lleno —¡botellas de cristal de Coca-Cola de las de antes!— y en las paredes colgaban retratos enmarcados: Vivaldi, Haydn. Quizá fue la fatiga, que me asaltó de repente, la cercanía de una cama después de haber estado tantas horas despierto; quizá fue la reacción al séquito de caras conocidas que me había encontrado en el hotel inesperadamente. Hasta entonces no me había dado cuenta, al verme en un espejo de cuerpo entero, de que tenía los hombros tan encogidos que parecía que intentaba ocultar el cuello. Tiré la americana con un raro movimiento sinuoso, porque de pronto ya no podía aguantarla más, como si todo aquel rato hubiera llevado a alguien colgado a la espalda. Tuve la sensación de que el cuello se me había convertido en un bloque de caucho que no podía masajear, y lo único que me apetecía era agarrarme el pellejo del pescuezo y atravesarlo con una aguja de hacer media, pues sólo entonces saldría disparada la tensión, ¿no? Pero cuando ya llevaba mucho tiempo masajeándomelo, empecé a sentir un hormigueo en los dedos, lo que me llevó a pensar que iba a sufrir un infarto, aunque los síntomas de un infarto se manifestaban de otra manera.

En el cuarto de baño me desabotoné la camisa y la colgué en una percha. De pie ante el espejo, vi que en el vientre, a la derecha del ombligo, me sobresalía algo, un abombamiento que no había en el lado izquierdo. Lo apreté; era blando y se amoldaba fácilmente a mis dedos. En el espejo no veía nada, pero desde arriba era imposible no apreciarlo. Debería hacer simplemente lo que me había prescrito la señora Chilton, tomármelo con tranquilidad y por la mañana solicitar los servicios de un masajista. Pero ¿podría ser de alguna ayuda contra el tumor? Porque ¿no era eso lo que tenía en el estómago? ¿Cáncer de esófago? Van muy deprisa. El cáncer es algo que ocurre a otras

personas, como las enfermedades venéreas o el fraude informático, y no podía ni imaginarme que ahora fuera yo uno de esos casos que, de repente, se había convertido sin comerlo ni beberlo en terminal. Seguro que era grasa…, pero ¿por qué se había acumulado así en ese sitio?

El silencio era tan profundo en la habitación que parecía que no había nadie en el hotel. Eso era lo que yo quería.

Seguía teniendo los hombros ladeados, como las alas de un avión que está girando. Estiré la espalda, volví a enderezar los hombros y el abombamiento del vientre desapareció. Ajá. Abrí el grifo de la ducha y, antes de meterme debajo, me tumbé en el suelo al lado de la cama e hice cincuenta abdominales.

El silencio era agradable, como para no hacer nada más que seguir tumbado en aquella fabulosa alfombra de pelo largo, mirar los ornamentos del techo, permanecer despierto; se estaba tan bien que ni siquiera quise pensar en Viena, o en casa, en Pippa, ni en Brik. Vi ante mí la cara de la enfermera Susan Sontag chilena, amable y autoritaria. Relájate, Friso. Cierra los ojos un momento sin más. Deja que siga saliendo el agua de la ducha.

Friso de Vos, ¿podrías explicar, muy brevemente, qué clase de filósofo era Josip Brik?

¿«Muy brevemente»? No sé si podré hacerlo muy brevemente. No sé si quiero. Tal vez quisiera, por el contrario, pasarme mucho tiempo explicándolo.

En dos frases, tú puedes.

Un filósofo, decía siempre Brik, no es alguien que tiene una tesis concluyente para el mundo…, alguien que piensa así no es un filósofo, sino un ideólogo o un político. Lo que le fascinaba a Brik era cómo la ideología parece haber desaparecido del arte, el cine y la literatura, pero si te fijas bien no es así. «El mejor truco del diablo es convencer al mundo de que no existe», le gustaba citar.

¿*Y de quién es esa cita*?

Venga ya, deberías reconocerla: es de… *Sospechosos habituales*.

Muy bien. Se te consideraba su mano derecha. Tenías una relación muy íntima con él, solías acompañarlo en sus viajes. ¿Te sientes responsable de su accidente?

Sí y no.

¿*Por qué «sí» y por qué «no»*?

«No» porque Brik era un hombre adulto muy capaz de organizar sus viajes, llegar a tiempo a sus vuelos y registrarse en los hoteles. El que este hotel de Ámsterdam tuviera un marco de la ventana podrido, que se vino abajo cuando se apoyó, no podíamos haberlo sabido con antelación ni él ni yo ni nadie. Podría haberse caído también por una

escalera, o podría haberle atropellado un taxi.

¿*Y «sí»*?

Porque si yo hubiera estado allí nunca se habría quedado en ese hotel; yo reservaba hoteles mejores. Yo sabía mucho mejor en qué lugares se sentía como en casa. Y si yo le hubiera acompañado no habría comido y bebido solo, ni tampoco habría estado solo en ese momento de la noche en su habitación. Me siento responsable porque si hubiera estado allí, las circunstancias habrían sido distintas. Pero todo eso son especulaciones. Quizá le había llegado su hora, si crees en ese tipo de cosas. Quizá le tocaba y no había nada que pudiera hacerse. Mi madre era ama de casa, cuidaba a tiempo completo de mí, de mi hermano y de mis hermanas, y sin embargo mi hermano tiene una cicatriz en la mandíbula de una vez que se cayó y se dio contra la mesa de cristal del salón, y mi hermana tiene una quemadura en el hombro de una tetera que se le derramó encima. Las cosas pasan.

¿*Le echas de menos*?

Antes de venir aquí me senté a la mesa de su despacho en la universidad, por la tarde, cuando todo el mundo ya se había ido. Nadie sabe que tengo las llaves. Sólo quería estar allí sentado un momento.

¿*Y cómo fue*?

Estaba oscuro.

¿*Tuviste miedo*?

No. Era un tipo de oscuridad bueno, como también hay un tipo de frío bueno y un tipo de dolor bueno.

¿*Dónde estabas durante el funeral*?

En una cama en la tercera planta del Centro Médico Universitario de Santiago, en Chile, donde un equipo de especialistas por fin había conseguido diagnosticarme y tratarme una septicemia, denominada variante Nubulae-O'Higgens.

¿*Eras consciente de lo que en ese momento estaba ocurriendo al otro lado del mundo*?

Dormía.

¿*Estuvo tu novia en el funeral*?

Pippa estuvo en el homenaje de dos semanas después. Estaba conmigo en Chile, pero le dije que debía regresar, sobre todo para asistir al memorial. Me pareció lógico, ya que había desempeñado un papel muy importante en nuestras vidas y ella también era muy amiga suya. Por supuesto que debía ir. Al final resultó que la gente había ido para que la vieran. Medio Nueva York acudió al acto conmemorativo. Se convirtió en un acontecimiento social. También desde un punto de vista profesional habría estado bien estar allí, yo habría podido utilizar *El Sonámbulo* para explicar nuestro vínculo con Brik, lo

importante que *El Sonámbulo* era para él.

¿Te molesta haberte perdido el entierro y el acto conmemorativo?

Por supuesto…, era mi amigo y yo tendría que haber estado allí. En aquellos días me encontraba en una nebulosa de medicamentos, de lo contrario me habría puesto hecho una furia en aquella cama del hospital de Santiago. Pero no puedes hacer nada. Nada va a cambiar. Es lo que hay.

¿Envidiabas a Pippa porque ella sí estaba allí y tú no?

Hasta cierto punto. Como envidiaba a cualquiera que estuviera allí. Pippa no es muy buena con las palabras, sí que lo es evitando conflictos. Verás, lo mires como lo mires, un acontecimiento de ese tipo es un acto político, sobre todo para alguien como Brik, que apenas tiene familia. Todo el mundo puede apropiarse de él, también las personas que apenas le conocían. En esas ocasiones está bien hacer acto de presencia y poder defenderte si es necesario.

¿Cuál es la profesión de Pippa?

A los veinticinco años tenía ya su propia empresa de restauración de arte. Ibas a su casa y te encontrabas allí un óleo del siglo XVII sobre un caballete, otro del siglo XVIII bajo el alféizar, una acuarela impresionista contra al sofá. Hacía trabajos para particulares, pero también trabajaba para museos: el Rijks, el Hermitage. Se podía pasar tres horas repasando un centímetro cuadrado con un pincel de tres pelos. Sus padres le habían prestado dinero para comprar un piso —su padre poseía todo un imperio de salones de bronceado—, pero ella les devolvió el préstamo en un tiempo récord.

¿Y pudo continuar con esas actividades en los Estados Unidos?

Fue incluso una razón más en favor del traslado. Por mediación de Brik, o en realidad por mediación de un amigo de Brik, el decano, el señor Chilton, tuvo la posibilidad de hacer unas prácticas de tres meses en el Metropolitan Museum. A través del Departamento de Arte de la universidad recibió después muchos encargos. Todas las semanas viajaba a Nueva York para recoger o entregar telas.

¿Cómo os conocisteis?

No es una historia muy romántica. Yo acababa de trasladarme a Ámsterdam e intentaba conseguir un trabajo en una editorial o en una revista. Ella iba de vez en cuando a un local que yo frecuentaba. Mis amigos me habían puesto sobre aviso; conocían un poco a Pippa y me aseguraron que no era el tipo de chica a la que te puedes llevar a la cama así como así; pero después de la hora de cierre ya estábamos metiéndonos mano en un portal como si tal cosa. Lo que sí resultó una sorpresa fue que una semana más tarde yo me iba de compras con su hermana y al cabo de dos semanas jugaba al golf con su padre y su hermano.

¿Por qué fue todo tan rápido?

Bueno, ¿por qué te enamoras? Es muy guapa y muy cariñosa. Respuestas típicas, ¿no? Tiene una manera de ser…, no es infantil, tampoco es victimista, pero sí frunce siempre el ceño. Como si el mundo fuera un obstáculo que necesita franquear con la ayuda de alguien. Y como es tan cariñosa y tan guapa, no quieres hacer otra cosa que no sea ocuparte de ella.

Pero decías que no era «muy buena con las palabras».

A veces parece no existir para ella una correspondencia exacta entre las palabras y sus significados. Puedes hacerle las preguntas más básicas: ¿Qué tal te ha ido el día?, y antes de contestar tiene que pensar como si no existiera la posibilidad de que hubiera una palabra que reflejara a la perfección sus emociones y sus experiencias. Si le preguntas qué quiere comer, puede ponerte la misma cara que pondría si estuviera haciendo un examen oral… La ves que piensa: ¿digo lo que quiero? ¿O lo que él quiere? ¿Querrá que tome algo sano? ¿Estará dando a entender que tengo que ponerme a régimen? ¿Intentará decirme que he olvidado comprar algo? Y así. Y, entre tanto, yo estoy allí esperando con la cabeza metida en la nevera. Si alguien le abre la puerta en la oficina de correos para que pase, todo se convierte en un dilema diplomático, como si un simple «gracias» no fuera suficiente. O, y ésa es la alternativa, utiliza palabras demasiado grandilocuentes para la ocasión. No dice que la entrevista de selección le pareció emocionante, sino «horripilante»; sus contactos con un taller no son imprevisibles, sino «peligrosos». Pasamos en bicicleta por delante de diez chicas con chándals demasiado holgados que deben recaudar dinero para las *novatadas* y Pippa se queda mirándolas y dice: «Esas chicas se denigran hasta lo más bajo.» Le cuento que otra revista de estudios hitlerianos tiene dificultades para conseguir anuncios de editoriales universitarias y sólo dice, con voz grave: «Significará su hundimiento.» Con semejantes palabras lo haces todo mucho más difícil.

Y entonces tú dices…

Entonces yo digo: «Por el amor de Dios, Pip, “el hundimiento”…, simplemente no consiguen anunciantes, no es que estén encerrados bajo tierra en un búnker de hormigón, reventándose uno a uno la tapa de los sesos.»

¿Ella se ríe entonces?

Sí. Mucho. Siempre se ríe con las cosas que le digo.

¿Y tú con las que dice ella?

Todos los días. Tiene una mímica brillante. ¿La has visto imitar alguna vez los andares del *Tyrannosaurus rex*? Habría podido entrar sin ningún género de dudas en la escuela de teatro. Sabe cantar a la

perfección todas las canciones de Burt Bacharach.

Tú seguro que no tienes ningún problema con las palabras, ¿verdad?

Lo que yo esperaba de ella era muy simple, muy elemental: ella había participado en el homenaje de Nueva York, yo no. En esas ocasiones confías en que ella sea tus ojos y tus oídos. Lo único es que esa cariñosa, inteligente y educada Pippa, que es incapaz de contar un chiste con gracia aunque su vida dependa de ello, no ofrece nunca información así sin más. Todo lo que quieras saber tendrás que sacárselo, como si no le entrara en la cabeza que esa clase de cosas son importantes. ¿Quiénes habían hablado en la ceremonia? ¿Qué habían dicho y cómo lo habían dicho? ¿Qué fue gracioso y qué emocionante? ¿Quién generó más comentarios?

¿*Y estás seguro de que no te tomas a mal que ella estuviera allí y tú no*?

Ya lo he dicho, yo no podía estar; era simplemente lógico que fuera ella. No le di instrucciones, ninguna lista de tareas que hacer ni nada por el estilo. Pero a ella no le llaman la atención las mismas cosas que a mí.

¿*Te contó algo sobre Philip de Vries*?

¡Nada! Ni una palabra.

¿*Y no te molesto*?

No. No estoy enfadado, ya te lo he dicho.

Te das cuenta de que eres tú quien se está haciendo las preguntas, ¿no?

Estoy tranquilo.

¿*Y por qué no la llamas entonces, Friso? ¿No le habías prometido que la llamarías cuando llegaras*?

Y justo en ese momento, como pasa con estas cosas, sonó el teléfono…, como siempre, con un volumen más alto y aterrador de lo que esperas. Las lucecitas que se encendían y parpadeaban en el aparato del hotel hicieron que me diera cuenta de lo oscura que estaba mi habitación. Descolgué con un brazo medio dormido:

—*Hello, this is Philip de Vries calling*.

Éstas fueron probablemente las palabras más desconcertantes que habría podido oír, como si el auricular me hubiera escupido agua helada en el oído.

—*I'm looking for Friso de Vos*.

El teléfono me temblaba en las manos, impaciente, flirteante, porque aquello era el principio de algo. Las últimas semanas había estado planeando lo que le diría, cómo le provocaría, pero algo irreversible surgía en mi interior, como la leche que sube cuando empieza a hervir. Si no era rabia, sería incredulidad…, o sí era rabia, contra mí mismo, por haberlo tenido todo en cuenta salvo su

presencia efectiva, por no haberme planteado que él también podía asestar el primer golpe, que una línea telefónica va en dos sentidos. La constatación de su existencia. Yo me había aventurado, anónimo y seguro, en esta habitación cuatro días antes de nuestro debate, pero él estaba ahora allí, intangible, invisible, pero ineludible, una presencia inmaterial que llenaba todo el cuarto y exigía una reacción que yo, joder, Friso, no tenía preparada. Aquello era demasiado para mí.

—*Hello*?

Le oí respirar, una fuerte inspiración como cuando sales a la calle después de una nevada y quieres sentir el frío dentro de los pulmones con toda su intensidad.

—Se ha equivocado de número —respondí en neerlandés, y colgué el auricular en la horquilla de baquelita con demasiada fuerza.

Saqué del minibar una botellita de Coca-Cola que vacié en un vaso. Saqué de la bolsa de plástico las zapatillas de algodón del hotel, de un blanco impecable, me las puse y, sin saber por qué, me dirigí al pequeño distribuidor que había entre el cuarto de baño y la puerta de la habitación —probablemente para oír el sonido que producían las firmes suelas de goma de las chanclas sobre el mármol— y, una vez allí, abrí la puerta sin motivo. Izquierda, derecha; no se veía a nadie, no se oía ni una mosca.

Había respondido en neerlandés. En neerlandés. En el examen final de acceso a la universidad había sacado un ocho en alemán y un nueve en francés, *merci beaucoup*; hablaba por teléfono, escribía correos electrónicos y enviaba mensajes de texto en inglés todo el día, a veces hablaba conmigo mismo en inglés, y ahora había respondido en neerlandés. Como una vaca estúpida. Como un subnormal profundo. ¿Qué quería de mí? ¿Por qué me había llamado? Era consciente del enorme desprecio que albergaba por su amistad con Brik, su *supuesta amistad con Brik*, pero ni yo había esperado que una simple frase suya pudiese desencadenar una oleada de agresión desenfrenada como aquélla.

Oí que se abrían las puertas del ascensor al final del pasillo y, sólo instintivamente, miré hacia allí; salieron dos hombres con trajes grises, nada especial en sí, lo único raro era que uno de ellos parecía tener algo en la oreja. Antes de que pudiera identificar ese «algo» como un pinganillo, salió un tercer hombre detrás de ellos al que ni siquiera me hizo falta mirar a la cara para saber quién era por su estatura, les sacaba una cabeza a los demás, y el majestuoso peinado oxigenado sobresaliendo muy por encima de su séquito. Allí, en estado salvaje, en la vida real. Los dos guardaespaldas de delante, porque eso es lo que debían de ser, me habían visto allí de pie, así que habría resultado sospechoso que de pronto retrocediera asustado para entrar en mi habitación. Me quedé en el umbral de la puerta, entre el cuarto

y el pasillo, y cuando estuvieron a un par de metros esbocé una amable sonrisa e incliné levemente la cabeza. El único que reaccionó fue Geert Wilders, como no podía ser de otra forma, dibujando una sonrisa sorprendentemente cálida en su fatigado rostro:

—Buenas tardes, caballero —dijo en alemán en tono amistoso.

—*Bon soir* —le respondí.

Volví a entrar en la habitación y observé por la mirilla cómo Wilders y su cortejo recorrían el pasillo, y tan pronto como desaparecieron de mi vista me apoyé de manera instintiva contra la pared, sin aliento, y no habría estado más asustado si hubiera sido el Balrog de Moria el que pasara por el pasillo.

3

Felix estaba esperándome en la cafetería del hotel, en una pequeña mesa del tamaño de un *frisbee*, con la espalda casi dentro del árbol de Navidad, pero con una estupenda vista a la Staatsoper. Se tomaba su Wiener Melange con la cucharilla, cauteloso, como si estuviera alimentando a un pajarillo.

—¡Friso, viejo coloso!

Me alegró que me abrazara, como para confirmar los objetivos formulados antes (Pippa) para mi estancia allí. Felix tenía un rostro inmaculado y delicado, y era de complexión delgada; los diez kilos de músculo y carne que se te añaden entre los catorce y los diecisiete años nunca llegaron en su caso. Le solían echar menos años de los que tenía, pero no le importaba. Yo no conocía a nadie tan organizado y responsable como él. Cuando aún vivíamos en los Países Bajos, no era raro que se dirigiera a ti en una fiesta para decirte que en ningún caso debías olvidar pedir el certificado de que estás dado de alta como autónomo si querías trabajar por cuenta propia, o, «aún mejor», que debías pasarte por la Cámara de Comercio. Decía cosas como «que sea placentero para ti también» cuando le deseabas un buen fin de semana y «en modo alguno» cuando le preguntabas si molestabas. Cuando tenía dieciocho años sus padres fueron a esquiar y perdieron el control del volante en una de esas típicas curvas en herradura y él tuvo que ir a vivir con sus hermanas y con su hermano a casa de los abuelos, donde se ocupaba de todo el mundo, como hijo mayor que era y, al mismo tiempo, el adulto más joven. Llevaba a sus hermanas a jugar al tenis y se encargaba de las compras más pesadas para su abuela. Pippa le conocía desde mucho antes que yo y estaba convencida de que ésos habían sido sus años de formación: las primeras semanas, meses tal vez, después de que fallezca tu pareja o uno de tus padres, no tienes tiempo para el duelo, yo lo sabía…, hay que elegir las flores, la música, tienes que hablar con el notario, escribir tarjetas, hay que cancelar los seguros y las suscripciones, y todo eso supone una excusa perfecta, ya que te ves obligado a concentrarte en algo distinto de la Muerte y la Ausencia. A veces era, decía Pippa, como si Felix nunca hubiera superado esa primera fase, como si todavía, después de tantos

años, utilizara la organización de las cosas de la vida para librarse de la obligación de vivir realmente esa vida.

Felix Westerveld. Experto en el campo de la política colonial del siglo XIX. Podías preguntarle todo lo que quisieras acerca del Incidente de Fachoda, la Guerra de los Bóers o el general Gordon de Jartum. Todavía no tenía el título de doctor, porque ¿qué facultad de letras hoy en día iba a destinar fondos para esas cosas? Así pues, daba clases a alumnos de primer y segundo año, publicaba en distintas revistas académicas y, de esta manera, confiaba en recopilar suficiente material para un doctorado. Era un hombre bajito, todo un personaje, pero todo el mundo le quería y le admiraba en secreto, por ejemplo yo. Hoy llevaba unos oxford relucientes, un pantalón marrón de pana ancha y una chaqueta de espiguilla, elementos que, combinados entre sí, no se correspondían en absoluto con la persona insoportablemente hipster que él era, con su pelo demasiado largo de colegial y las colosales gafas de montura negra. En su rostro estrecho, pálido, que probablemente nunca tenía que afeitarse, parecía como si esas gafas las hubiera comprado en una tienda de artículos de fiesta, pero no, ésa era simplemente otra de las cosas que se podía permitir.

—Qué estupendo verte de nuevo.

—El placer es mío —dije.

—Estás más delgado, de veras.

—Ya puedo ponerme los pantalones de Pippa.

—Pídete al menos una de esas tartas que hacen aquí, son deliciosas.

Con mil dificultades, un camarero arrastró una silla junto a la mesita de Felix, mientras que éste volvía a sumergirse, fascinado, en su programa… También eso resultaba agradable, que no te soltara los habituales «¿cómo estás?» y «¿qué tal ha ido el viaje?», sino que con la misma familiaridad y naturalidad empezaba a enumerar cuál debería ser nuestro programa para los próximos días.

—Esta tarde tenemos que ir aquí. Escucha: «Auditorio, Museo de Historia del Arte. 21.00 horas. El campeón europeo de videojuegos Dittrich Hollman (Alemania, 1998) se enfrenta al subcampeón mundial Mike Dixon (Canadá, 1987) en una partida de *Medieval: Total War III*, la última versión del juego de estrategia en tiempo real producido por la empresa de comunicación y desarrollo de software Creative Assembly, en la que recrearán la batalla de Crécy (1346).»

—Eso suena épico.

—Es aún mejor: «La partida se proyectará en dos pantallas, mientras Pierre Declerq, medievalista de la Universidad de Canberra, y Bertrand Cromwell, autor de innumerables novelas históricas con gran éxito de ventas, comentan las imágenes en directo. ¿Se repetirá la

historia o el resultado habrá sido distinto esta vez, cuando se depongan las armas? Entrada gratis.»

—¿Podemos apostar?

—El jueves tenemos que ir a esa gala en el Schloss Schönbrunn, irá *tout le monde*. ¿Ya has confirmado la asistencia?

—*Not yet.*

—Y luego, el fin de semana, llegan los auténticos bombazos. «Actores de la nueva miniserie de la BBC sobre el Blitz serán entrevistados en público sobre…»

—«Entrevistados en público», eso suena siempre como si fuera una especie de castigo corporal prohibido en nuestros días.

Felix sonrió y señaló con el meñique detrás de mí:

—¿Has visto a Pretzel, allí en el rincón?

Me di la vuelta y vi sentado a Raimund Pretzel, quizá el historiador alemán más importante e ilustre de después de la Reunificación, invitado habitual de esta clase de congresos, generalmente como conferenciante estrella sobre el este y el oeste, el milagro económico alemán, el futuro de una Europa unida, etcétera, etcétera. Ahora Pretzel estaba oculto tras una mesa, rodeado de asistentes y cuidadores. El año pasado aún se movía con muletas, ahora iba en una silla de ruedas motorizada con una bombona de oxígeno a la espalda que debía de contener oxígeno suficiente para una inmersión de cincuenta metros por lo menos. Unos tubitos le entraban por la nariz. La cabeza y el cuello formaban un ángulo antinatural, mientras hacía movimientos raros y ruidosos con la boca, como un caballo que se atraganta. Alguien le había puesto un sombrero y llevaba un parche en el ojo.

—Dios mío. Parece un pirata.

—Por lo visto, cuando se muera, le pondrán su nombre a la enfermedad, tan rara es.

—Lo único que no tiene deformado es su fe en la *Sozialdemokratie*.

Nos reímos los dos y después le conté lo de Wilders, y Felix dijo que le encantaría caerse de culo con la silla, con la exageración caricaturesca que la situación merecía. Le hablé de los guardaespaldas y de que él me saludó amablemente y que en conjunto había sido increíble. ¿Qué estaba haciendo aquí, no estaría…? Como un poseso, Felix empezó a pasar las páginas de su programa y luego las de su smartphone; por supuesto Wilders no estaba anunciado en ningún lugar, pero tampoco pudimos encontrar ningún «*mystery guest*», ni ninguna parte del programa en la que constara un orador «t. b. a.», *to be announced*, por confirmar, y, además, ¿de qué podría hablar? Era de locos, dijo Felix. ¿Cómo pudiste pegar ojo? ¿No tenías miedo de que unos yihadistas asaltaran el hotel? ¿Y qué me dices si Al Qaeda

asaltara el hotel y Wilders llamara a tu puerta para esconderse debajo de la cama?

—Primero tendría que prometer que subirá la edad de jubilación.

—Guau —dijo Felix—. Con todas las cosas que habrías podido elegir, políticamente correctas y demás, y te decides por el plato más liberal y de derechas del menú.

Esto era lo más lejos que Felix podía llegar criticando; se sobrepuso y me habló con un tono de *business as usual*:

—Dime, Friso. El viernes. Tu debate con ese Philip de Vries. ¿Estás preparado?

—He escrito un texto, una especie de sainete protagonizado por Brik.

—Pero si a ti no te gustaba escribir.

—Y no me gusta. Prefiero redactar, organizar cosas, escribir correos electrónicos. Con cada número de *El Sonámbulo* me paso dos semanas para escribir un prólogo de dos mil palabras. Ese artículo que iba a preparar en Chile, sobre los hombres que se llaman Hitler. Estuve tres días sentado mirando la pantalla del ordenador antes de que se me ocurriera una frase para empezar.

—¿Y qué decía esa frase?

—«En Chile, la columna vertebral atrofiada de Latinoamérica, no vive sólo Hitler Lima *fils*, sino también Hitler Lima *père*, el hombre al que no le pareció que su nombre tenía tanta carga cultural que no podía transmitírselo con orgullo a su hijo.»

—«Atrofiada.»

—En efecto.

—Bonita palabra.

—Sólo para encontrar esa palabra me pasé un día entero.

—¿Es un derivado de «atrofia»?

—Eso creo, sí.

—¿No estás seguro de lo que significa?

—Intento cultivar una sintaxis abierta.

—¿Y qué clase de escena has escrito?

Le hablé a Felix de la escena, algo entre la ficción y la no-ficción, un poco a la manera de Dorothy Parker, satírica, en la que Brik está con Jake Gladney dentro de un taxi en Londres y, de repente, se le ocurre cómo quiere que sean los estudios hitlerianos. Brik me contó una vez que fue así; la anécdota, inteligente e íntima, serviría como introducción, demostraba mi total compenetración con el pensamiento de Brik. Lo que no le conté a Felix fue la llamada telefónica de Philip de Vries. Por su capacidad racional, Felix no había sido nunca un interlocutor empático, raras veces tenía paciencia para aguantar pequeñas guerras y obsesiones particulares. No habría entendido que

le colgase enseguida y me habría explicado a su manera pedante que si hubiera hablado un poco con él, aunque sólo hubiera sido un minuto, habría sabido lo que quería y no me habría quedado, como ahora, dos horas tumbado en la cama, con un jet lag de caballo, totalmente desvelado, temeroso de que en cualquier momento volviese a sonar el teléfono… porque el teléfono no había vuelto a sonar. Cuando bajé de mi habitación esa mañana, el conserje me dijo que, en efecto, alguien había pedido en recepción que me llamaran por teléfono; él mismo le había atendido; el visitante había dejado una tarjeta de visita y el conserje me la entregó. Sus datos aparecían impresos en ella y debajo, escrito con bolígrafo: «¡Llámame! *Let's get together.*»

—¿Qué aspecto tenía? —le pregunté.

—De su edad, el mismo color de pelo, aproximadamente la misma estatura, diría yo.

Let's get together, ¿por qué? ¿Qué quería, que nos hiciéramos amigos? ¿Esperaba crear un club de fans de Josip Brik conmigo? Esa llamada me había tocado un nervio y yo simplemente no quería, me inspiraba un «No» por principios, un rechazo instintivo primigenio, me resultaba demasiado…, como si te llamara tu padre biológico, perdido hace mucho tiempo, y quisiera asistir de inmediato a tu cumpleaños, ser un abuelo para tus hijos e ir a comprar zapatos contigo. Pero en este caso no era ningún padre, sino un hermano…, alguien que pensaba que él y yo éramos el mismo, que éramos brikianos de la misma especie. Pero había diferencias. Niveles. Todo el mundo había estado en contacto con Brik en todas partes, pero había subdivisiones de escalafón a diferentes distancias: una junta de colegas, amigos, redactores, productores, periodistas, doctorandos, universitarios, todos se daban empujones para estar cerca de Brik, y él, como *generalísimo*, sabía muy bien a quién permitía entrar y cuándo. Y yo ni siquiera podía decir con seguridad si Philip de Vries formaba parte de esa cohorte. ¿Quién era, aparte del invitado peor escogido de un programa de televisión demasiado popular? Para resolverlo con la terminología de la Alemania nazi, yo era por lo menos Martin Bormann, mientras que ese De Vries no pasaba de voluntario neerlandés de las SS que aparece en la película *Eric, oficial de la reina* y sale volando por los aires mientras está cagando en una letrina rusa.

Felix pidió dos tartas de chocolate.

En 1346, el ejército inglés está alineado entre los pueblos campesinos de Crécy y Wadicourt, y el rey Eduardo III y su heredero, Eduardo de Woodstock, el Príncipe Negro, no ven hasta muy avanzada aquella tarde estival cómo las primeras oleadas de soldados franceses y mercenarios se abalanzan sobre ellos por el ondulado paisaje bretón

y chocan uno a uno contra sus líneas cerradas: primero los ballesteros genoveses y después la caballería francesa.

Los ballesteros no pueden hacer nada…, ha llovido, tienen las cuerdas de sus ballestas mojadas y blandas, y las flechas no llegan a las líneas inglesas, mientras que ellos ya hace tiempo que se encuentran al alcance de las flechas de los arqueros ingleses, que descienden y los matan fácilmente. A las flechas sigue la caballería, que prueba las espadas con sus propios ballesteros cuando éstos se retiran sin permiso («¡Vendidos!», grita la nobleza francesa); pero cuando llegan a las líneas inglesas los caballos están extenuados y, arrastrando sus cascos, no abren brecha alguna en el muro de escudos pintados con la cruz de San Jorge. Las espadas y las hachas tiran a los caballos, los caballeros franceses caen con sus pesadas corazas y la infantería inglesa los ensarta con alegre facilidad en el viscoso barro húmedo de Bretaña. Más adelante aumenta la gloria de la Casa de Plantagenet cuando el jovencísimo Príncipe Negro se mezcla en el ardor del combate, *sweet sixteen*, y sufre las primeras abolladuras en su armadura negra con incrustaciones doradas. La nobleza francesa se verá diezmada ese día y pasarán unos buenos diez años antes de que la Casa de Valois pueda volver a movilizar un ejército semejante.

También ahora, casi setecientos años después, la batalla de Crécy se iniciaba con el avance de los ballesteros, aunque en esta ocasión era el campeón de videojuegos alemán, de quince años, quien dirigía a los ballesteros genoveses hacia el flanco derecho del ejército inglés; quedaron igualmente al alcance de los arqueros ingleses antes de que pudieran devolverles el golpe, pero en cualquier caso él parecía abrir más el campo, no quería verse constreñido por las limitaciones geográficas del terreno.

Desde la sala del auditorio, del joven alemán podía verse poco más que una nariz afilada sobresaliendo de una capucha verde fosforito que se había calado en la cabeza. Su rival canadiense era un muchacho regordete que vestía una camiseta en la que se distinguía el estampado de un grupo de rock. Con unos auriculares enormes y un grado máximo de concentración, sacaba una y otra vez la lengua pasándosela por los labios sin cesar, como una lagartija que percibe algo en el aire. Poco antes, cuando se sorteó a cara o cruz quién iba a jugar con qué ejército, había levantado el puño; a él le tocó el inglés y se puso muy contento, como si la historia fuera un patrón cuya sistemática regularidad no le dejaría en la estacada.

En las dos pantallas podían verse un río azul celeste y un bosque increíblemente frondoso, entre los que se desplegaba un tortuoso valle verde en cuyos extremos había miles de muñequitos animados de vistosos colores que estaban aguardando las órdenes de sus dirigentes. El escritor y el historiador que comentaban muy activos la batalla

podían llevarnos volando como en un helicóptero por encima del campo de batalla, y haciendo *scroll* con la rueda de sus ratones comprimían los píxeles, acercaban la imagen y veías nítidamente a los pequeños caballeros remolonear en sus pequeños caballos, reales como la vida misma, aunque todos llevaran armaduras y armamento idénticos y estuvieran engalanados con demasiado lujo, con estandartes y penachos, como muñequitos de plástico. El escritor contaba que al Príncipe Negro no le llamarían así hasta un siglo y medio después de su muerte, y el historiador dijo que ese tipo de batallas era una rareza, porque la Guerra de los Cien Años consistía sobre todo en lo que los franceses llaman *chevauchée*, pequeñas incursiones a caballo en las que se saqueaba la costa. Hechos aislados a la espera del relato.

Pronto colocó el canadiense a su Príncipe Negro en las primeras filas, una que era muestra de arrogancia o de inseguridad; todas las tropas dentro de un radio determinado del príncipe contaban con la ventaja de un ciento diez por ciento de puntos de vida, mientras que si el Príncipe caía en combate aparecía el hándicap de que todo el ejército bajaba a un noventa por ciento de puntos de vida (los desarrolladores del videojuego le habían otorgado estos mismos valores en el lado francés a la figura del conde de Luxemburgo, Juan I de Bohemia, llamado el Ciego). Lo mismo ocurría si caía el estandarte del rey; cuando el rey moría, la partida se perdía de inmediato.

El alemán hizo que sus ballesteros, tal vez mil figuritas, hombrecillos con blasones negros y calzas moradas, formaran una hilera más larga de lo habitual, pues así estarían menos agrupados y los arqueros británicos no llegarían a infligir +25 de daño, sino +15, pero eran mucho más vulnerables a un ataque de la caballería, con un daño que iría de +35 a +50. Al mismo tiempo, adelantó con cautela su primera línea de jinetes, por lo que el canadiense hubo de elegir entre mandar que sus jinetes hicieran picadillo a los ballesteros, para que sus arqueros pudieran concentrarse en la caballería francesa, o mantener juntas las líneas, asumir el pequeño daño de los ballesteros y frenar con su caballería el daño potencialmente mayor de los jinetes franceses…

El escritor: Según las reglas del juego, tienes que elegir entre dos males…

El historiador: … y él está aplazando esa decisión.

Y es que el canadiense no hacía nada, sólo esperaba que actuara el alemán, que en el último momento hizo girar a sus caballeros al galope hacia la izquierda, directamente contra los arqueros. Como si atravesaran un campo de trigo alto, fueron hendiendo las filas de los arqueros, que se hallaban vulnerables en el extremo de la línea inglesa. Al mismo tiempo, encargó a sus ballesteros que volviesen al

centro del campo para enlazar con el flanco izquierdo francés, que aún no había actuado. Ahora ocurrían muchas cosas a la vez. El escritor y el historiador se pisaban los comentarios, mientras que el público en la sala se animaba, bullicioso. Ahora el canadiense sí que enviaba su caballería contra los ballesteros en marcha y los exterminó en un pispás, y luego ordenó al grupo que diera media vuelta y se dirigiera al flanco derecho, donde la caballería francesa había expulsado a casi todos los arqueros. Siguió una batalla de caballería contra caballería frente a las líneas inglesas de infantería, que el canadiense mantuvo cerradas; los comentaristas acercaban la imagen y nos mostraban caballeros en sus monturas repartiendo leña a diestro y siniestro, y hablaron en términos elogiosos del jugador, que seguía resueltamente con Eduardo III el orden de la batalla original.

Los dos jugadores estaban ubicados de tal manera que no podían ver las pantallas en la pared a las que mirábamos nosotros, el público, unas doscientas personas. Sólo veían lo que se desarrollaba en el campo visual de sus propias figuras, por eso el canadiense tardó en enterarse de que mientras intentaba impedir que se retirara la diezmada caballería francesa, un enorme bloque de infantería francesa corría directamente a su flanco derecho, acercándose mucho a su caballería. Sabiendo que ya no podía conseguir mucho, atacó frontalmente a la infantería, pero el alemán ya había posicionado delante a sus lanceros, quienes con sus largas lanzas ocasionaron +20 de daño adicional contra la caballería.

Como ya se había encargado de los ballesteros, ahora podía mandar a su bloque de infantería sin mayores preocupaciones directamente a la línea inglesa; lo que siguió fue un combate de miles de soldados de infantería, en pocos minutos, todas las líneas se deshicieron, desbordándose en su totalidad en una masa de combates y muertos. El alemán se retrepaba y se estiraba, mientras que el canadiense pegaba la cara a la pantalla y los comentaristas se volvían locos acercando imágenes de aquí y de allá, nos mostraban la figura del Príncipe Negro, al que el canadiense había lanzado a la lucha, confiando en que fuera justamente eso lo que les diera un empujoncito extra a sus hombres, pero que enseguida se vio rodeado; repartía mandobles entre la infantería y los lanceros desde su caballo blanco como si tuviera que espetarlos en el suelo, un movimiento automatizado, y vimos retroceder sobre su cabeza los puntos en la franja de la vida, pasando del verde al naranja y al rojo, hasta que fue derrumbándose poco a poco por completo, con caballo y todo, la espada se volvió gris y cada vez más transparente, y por fin sus píxeles se derritieron, un charco de aceite que se dispersaba en el agua, y el Príncipe Negro quedó totalmente absorbido por la tierra verde.

—Yo me dejé una vez barba, no hace mucho tiempo —contaba Felix—, a principios del año pasado o así, una espesa barba de Moisés en el desierto. En primera instancia como experimento, para ver si me daba un aspecto de persona más adulta, y después por pura curiosidad. Al cabo de un tiempo, el pelo empieza a tener vida propia, ¿sabes?, empezó a rizarse y algunos pelos eran muy suaves y rubios y otros secos como la paja y oscuros, y cuanto más crecía el pelo, más rojizo se volvía. ¡Tenía una barba bermeja, de verdad, tío, se parecía al duque de Alba! Es el tipo de cosas que sólo descubres haciéndolas. En las mejillas y por ahí no me salía mucho pelo, pero en la barbilla sí. En realidad, no era más que una perilla. El pelo también me lo dejé largo, e incluso en un momento dado llegué a tener una pequeña coleta, nada de cola de caballo auténtica, sino un moñito, como el que llevan los samuráis, sólo que los samuráis creo que no tienen barba.

—Resulta difícil imaginarte con barba —le dije.

—Claro —corroboró Felix—. Justamente fue por eso. Creces y haces cosas y te creas un modelo o un patrón, cuanto más va dibujándose tu historia detrás de ti, menos piensas en ese patrón que define tu futuro, ¿me sigues?, y entonces a veces debes hacer simplemente algo para apartarte de ese patrón, ¿entiendes?, para romper por así decirlo con todo lo que has hecho hasta entonces.

—¿Así que te dejaste barba?

—Sí, claro.

Felix miró su copa, vacía, de nuevo, con una suerte de sabiduría consternada. Estábamos en la cafetería del Museo de Historia del Arte, en la primera planta, entre dos salas repletas de Brueghels y Arcimboldos. Eran las once en punto y los vigilantes, colocados estratégicamente, no apartaban la vista del público joven que acababa de ver hacía un momento la victoria de los franceses en Crécy y ahora se había distribuido por la cafetería y los peldaños de la magnífica escalera de mármol que llevaba al vestíbulo central, una escalera con la suntuosidad del lugar en que las princesas pierden sus zapatos de cristal. Por allí también habían pasado princesas de verdad, allí se habían celebrado bailes, *Sissi was here*. Una araña colgaba de la cúpula con incrustaciones de pan de oro al menos treinta metros por encima de la escalera, como un enorme árbol de Navidad invertido. Qué maravilloso es el pasado en realidad, pensé; que siga existiendo todavía, tan a la vista, con tanta plenitud.

Felix, entre tanto, empezaba a hablar otra vez de Wilders:

—¿Habrá fuerzas de seguridad en el hotel?

—¿El AIVD, el Servicio Nacional de Seguridad de los Países Bajos?

—Por ejemplo. Tenemos que investigarlo.

—Tienes razón, Watson. *Data, data, I cannot make bricks without*

clay.

—Es gracioso que pienses que si esto fuera una novela policiaca, yo sería Watson y tú Holmes.

—¿Acaso no es ésa la idea en que se basa toda la ficción, en que te identificas automáticamente con el héroe?

—Pero Sherlock Holmes no es realmente un héroe, es más bien un fenómeno de la naturaleza.

—Yo, cuando leí *El corazón de las tinieblas*, me identifiqué con el río.

—Yo, cuando leí *La muerte de Iván Ilich*, me identifiqué con la muerte.

En lo que por lo visto había pasado a ser pista de baile, dos jóvenes empezaron a bailar alrededor de una chica que movía la pelvis con poca gracia pero con una entrega ardiente, casi al ritmo de la música. Los porteros, que por regla general tenían que vérselas con un público distinto, sonreían aprobatoriamente. Uno de los chicos bailarines se puso a hacer el robot.

—En realidad, ahora podría irme perfectamente a la cama —dijo Felix—, pero en realidad también podría pimplarme otra sambuca de éstas.

—Pago yo la ronda.

La verdad es que tendría que haber dejado que Felix se fuera a la cama, pero aquello me gustaba: en vista de que me había decidido a proclamar esa semana el gran renacimiento de nuestra amistad, debía atacar en esos escasos momentos en que él hablaba abiertamente de sí mismo y bebía demasiado. Y, además, si me iba al hotel, quién sabía si allí no estaría esperándome el teléfono, sonando con solicitudes de amistad de Philip de Vries o con órdenes de evacuación por parte del AIVD.

En la barra del bar había dos medievalistas conversando animadamente, tal vez trazando una historia especulativa sobre cómo habría sido la Guerra de los Cien Años con una victoria francesa en Crécy, pero por lo demás sólo veía por allí a veinteañeros y treintañeros. No sé muy bien cómo me había imaginado a los estudiantes vieneses, pero no me esperaba esa colección de hipsters, antisistemas, chicas con cola de caballo y chicos con *blazers* de lana que podrías encontrarte en cualquier ciudad universitaria del mundo occidental.

Regresé al sillón en el que, entre tanto, Felix se había quedado dormido y le coloqué la copa de tal manera que no pudiera volcarla.

Habría tenido que ser yo quien hablara en el homenaje: sobre nuestras veladas de fútbol, sobre su repentino interés por la moda, sobre la vez que visitamos a su madre el 4 de Julio en Belgrado y él

echaba de menos Estados Unidos, y le hubiera gustado tantísimo estar allí en la fiesta nacional de su país de adopción. Podría haberle dicho a todo el mundo todo lo que sabía de Brik, lo que tan sólo sabía yo, y punto. Entonces ya no habría habido que demostrar nada más. De mi boca habría salido una breve y sincera elegía, y habría podido dejar claro que canonizar a Brik con afirmaciones generalistas sobre sus opiniones y su obra no haría ningún bien a la sociedad. Y Pippa, con su estúpido comentario cuando le mostré aquel programa de televisión, sus estúpidas ganas de justificarlo todo y a todos, Pippa que ni siquiera podía acompañarme en la rabia. Mucho peor, había fruncido un ceño compasivo cuando le hablé de Philip, y dijo que le parecía muy raro, *realmente muy raro*, y se había ido después a la otra habitación y se había puesto a hablar por teléfono como si no pasase nada con su madre; la empatía sincera no pasaba de ahí.

«No sabes lo que es el fuego», le había enviado por sms.

«Soy un volcán que se hace pasar por un iceberg», me contestó ella más tarde también por sms. Emoticono de carita feliz.

Un debate con Philip de Vries humillante; yo ya sentía vergüenza ajena. Él debía de saber que yo sabía que él apenas tenía nada que ver con Brik, tal vez lo había visto un día de nada a saber cuándo, joder, y que esta vez un bloc no le serviría de nada.

Nada es tan insufrible como cuando alguien te miente y tú sabes que te está mintiendo… y él sabe que tú sabes que él miente y sigue mintiendo.

Ahora había más gente bailando. Me tomé un trago de la copa de Felix y sonreí, satisfecho, creo, ante la visión del escritor de bestsellers en edad de jubilación que renunciaba valientemente a cualquier noción de respetabilidad y, junto con la que probablemente era su esposa, comenzó una maravillosa combinación ejecutando con los pies un *two-step* y con los brazos el baile de los pajaritos. Ahora sí que cumplía el congreso con su lema: «hacer confluir ideas enfrentadas».

Añadí el contenido de la copa de Felix al poco que quedaba en la mía y eché un traguito prudente. Me gustaba la textura de la sambuca, el componente de jarabe para la tos.

La probabilidad de que él estuviera allí era pequeña: ya hacía tiempo que lo había sopesado. La programación más destacada, sobre todo para los estudios hitlerianos, se desarrollaba al otro lado del centro de la ciudad, en el paraninfo universitario, donde una colección de catedráticos con cátedras especialmente prestigiosas debatían sobre Hitler en Viena, terreno muy trillado; pero, a pesar de todo, me sorprendió la alegría que me entró cuando comprobé que no era suya la mano que me dio un golpecito en el hombro.

—¿Puedo preguntarte algo?

La reconocí; era la chica que había visto el día anterior en el hotel y que había querido decirme algo antes de que Vikram Tahl la interrumpiera.

—Tú eres Philip de Vries, ¿no? Creo que ayer estaba detrás de ti en la cola, en la recepción del hotel.

¿Cómo había pronunciado mi nombre el recepcionista? «Vos, De, Friso.» Claro.

—Yo me llamo Nina.

—Y yo —dije, sorprendido y al mismo tiempo milagrosamente aliviado— soy Philip de Vries.

Nos estrechamos la mano. Llevaba unos leotardos negros y un jersey verde menta que hacía las veces de vestido; tal vez acabara de cumplir los treinta, y nada de lo que pudiera llevar habría disimulado que estaba en plena forma de una manera casi exagerada. También comprendí que si intentaba explicárselo a otra persona, me interrumpiría con la observación de que no estaba haciendo otra cosa que describir «simplemente a una tía buena», pero era algo más: no sólo las piernas, las caderas, las nalgas, el vientre, los pechos, sino todo, la plenitud de su piel, la claridad de sus ojos; era como si acabaran de crearla, todas las piezas eran tan recientes, tan terriblemente sanas que me producían una sensación de comezón y vulnerabilidad, como si tuvieras un tomate hermoso y perfecto en la mano y supieras que, para cuando quisieras empezar a comértelo, ya comenzaría a ablandarse y a arrugarse. Pero eso debe de ser mi innato sentido de la exageración.

—Saliste en la televisión, ¿no? Para hablar de Josip Brik, ¿no?

—Efectiviwonder —dije. Y pregunté si también tenía apellido.

—Sí, lo tengo.

—Pero no puedes hacerlo público por lóbregas razones, ¿no?

Se rió de oreja a oreja:

—Bart.

—¿Bart?

—Como el nombre «Bart». Los profesores antes veían mi nombre en una lista de asistencia y creían que era un chico.

—Pero eres una chica.

—Sí que prestaste atención en biología.

Pensé que estaba repantigado en una postura demasiado perezosa y que si quería seguir adelante con la farsa de Philip de Vries tenía que adoptar una actitud más activa. Me incliné hacia delante, hacia ella, conspirativo:

—¿Y es «Bart» con una «t» o con una «d» al final?

—B-a-r-t-h. Pero la hache es muda.

—Bonito nombre. Nina Barth. Mi madre se llama Nina.

Mi madre no se llamaba Nina en absoluto. En otro momento de inspiración, le indiqué una silla que había frente a mí. Se sentó y señaló a Felix.

—¿Está… borracho?

—Más bien cansado, creo. Ha llegado hoy. No ha bebido mucho, pero bebió muy rápido.

—¿Qué estáis bebiendo?

—Sambuca.

—¿Puedo probarla?

Le di mi copa, tomó un pequeño sorbo y me la devolvió.

—Anís.

—Me gusta su textura melosa.

—Tengo rímel en el bolso. Podríamos pintarle algo en la cara.

—¿Un bigote de Hitler?

—¿No te ha pasado nunca, en este tipo de congresos grandes y raros, que te entran ganas de hacer una travesura extravagante?

Me pregunté si, al decirlo, estaba intentando flirtear, y por lo visto ella imaginó lo que estaba pensando, o quizá notó de cualquier modo que esa conversación podía descarrilar demasiado rápido, demasiado fácilmente, porque la sonrisa juguetona le desapareció del rostro y empleó un tono menos personal.

—¿Conoces la Burgers Foundation? Trabajo para ellos. Es una fundación con sede en Brasschaat que trabaja para particulares en el mercado del arte y de las antigüedades. Gestionamos y restauramos objetos y colecciones históricos. También organizamos tres veces al año una conferencia en nuestra *maison* de Brasschaat, para nuestros clientes pero también para todas aquellas personas que estén interesadas.

Gracias por el panfleto informativo, pensé. Le pregunté si vivía en Brasschaat.

—En Amberes. Antes vivía en Ámsterdam y veía que se me hacía muy cuesta arriba mudarme a Bélgica, pero ahora me gusta mucho la ciudad. Y ese que está allí es mi jefe.

Saludó agitando el brazo a dos hombres que se encontraban a cierta distancia y ahora se nos acercaban. A uno le había visto con ella en el hotel; vestía un caro traje azul y calzaba zapatos de piel con hebilla, y también allí llevaba el fedora puesto. Tenía una gabardina plegada sobre el brazo, de forma que no se le veía la mano; si aquello hubiera sido una película de Hitchcock, sería allí donde llevaría oculto el revólver. Me tendió la mano:

—¿Tú eres Philip de Vries? Nina dijo que te había reconocido. Sweder Burgers.

—Encantado.

—Éste es mi socio Markus Winterberg.

Su socio era un hombre corpulento con un traje menos chic. Tenía la cara un poco inexpresiva y una especie de calvicie inversa: sólo le quedaba un pequeño redondel de cabello rojizo, del tamaño de un posavasos, en la coronilla: una kipá de pelo. Me saludó asintiendo con la cabeza.

—¿Suelen venir a menudo a *End of History*?

—Estamos presentes todos los años en este congreso para estrechar lazos con nuestra red de historiadores de arte —respondió Nina en nombre de su jefe, que ahora se lanzaba a hablar:

—Estoy convencido de que en nuestro negocio hay que crear una variedad de contactos tan grande como sea posible, desde los catedráticos más prominentes hasta los filósofos más profundos, pasando por autores de bestsellers y por los estudiantes de Fullbright más normales. Una diversidad inspiradora.

—Sí —dije—. Diversidad. Es como si todos los colores del arcoíris confluyeran aquí.

—Josip Brik dio una vez una conferencia para nosotros —dijo Burgers—. Fue de lo más inspiradora.

—Eso es lo que quería contarle ahora —añadió Nina diligente.

No recordaba que Brik hubiera estado nunca en Brasschaat, y pregunté cuándo.

—En una ocasión. Hace años.

—¿Estás pasando un mal momento —preguntó Ninaahora que ha desaparecido tu mentor?

—Al principio… —dije, introduciendo una pausa que debía resultar contemplativa— al principio es un milagro que no te diluyas de tanta pena y tantas cosas, como un pedazo de jabón en la bañera.

«Pena y cosas», ése era el vocabulario futbolero que le iba al papel. Ahora Nina me ponía la mano de forma ostentosa en el brazo, mientras los dos hombres asentían, dando su aprobación.

—¿Y ya estás preparado para sucederle —preguntó Burgers—, para mantener vivas las ideas de Brik y predicarlas como el auténtico evangelio?

—Desde luego, nadie puede suceder a una persona como Brik. Sus conocimientos, su intrepidez, su *gravitas* eran únicos.

—Casi siempre, cuando alguien dice algo así, después viene un «pero».

—Pero consideraría un gran reto dar continuidad al ideario de Brik.

Lo dije con tanta devoción como me fue posible, modestamente humilde, porque estaba seguro de que ese cabrón lo habría dicho así.

Nina y Burgers asintieron con la cabeza, Winterberg se quedó

mirándome con una sonrisa difícil de interpretar, mientras se ponía una mano en la barriga, como se la ponían los duques del siglo XVI en los cuadros, satisfechos con la abundancia de su sobrepeso.

—¿Cómo conociste a Brik? —preguntó.

¿Cómo conociste a Brik?

Esa pregunta ya la conocía yo. Esa pregunta la había tenido en mis labios desde aquella tarde en la casa desvalijada de Brik, y naturalmente conté la historia, la historia de Philip en la televisión, cómo tuve que ir a recogerle al hotel, en mi condición de becario, para que diera una conferencia, y que me le encontré en calzoncillos en su habitación. Pero lo conté mejor; tenía un público entregado y no quería dejar escapar esa oportunidad; conté además que me había encontrado ante la puerta de su habitación una bandeja con un recipiente de helado de chocolate vacío y esos envoltorios en los que McDonald's empaqueta sus hamburguesas; conté que Brik siempre decía que sólo podía pensar bien si tenía las mandíbulas triturando, y el problema era que jamás dejaba de reflexionar, que me encontré a Brik en la cama con los periódicos abiertos, pero que también tenía encendido el *pay per view* y que estaba viendo una película sobre una invasión de extraterrestres, justo esa escena en la que la nave espacial destruye la Casa Blanca, y que Brik comentó lo perverso que era ese patriotismo americano en Hollywood que siempre iba ligado a las ansias de autodestrucción, pero que aquella destrucción de las películas apocalípticas era indolora, porque los *good guys*, las personas con las que debemos identificarnos como espectadores, siempre sobreviven o mueren en momentos de un purificador espíritu de sacrificio: por algo las sectas evangélicas que habían proclamado el Arrebatamiento y el Venga a Nosotros tu Reino eran un fenómeno endémico norteamericano. Conté que Brik se había puesto los pantalones y que le costó abrochárselos y que señaló a los envoltorios de comida rápida y que yo le pregunté: «Es usted su peor enemigo, ¿no?», y que me pareció emocionante decirlo, porque sugería un vínculo personal que todavía no tenía con él, y que Brik no tuvo más remedio que reírse y dijo: «*Yesch*, Dios mío, no acierto a pensar en nadie que pueda causarme más daño del que yo ya me causo.»

Se rieron de esto y yo continué, o, aún mejor, no había quien me parara. Ahora me daba cuenta de que aquél era un papel estupendo; conocía el escuálido anecdotario de De Vries, y además poseía de primera mano la pericia para insuflarle carne al esqueleto: yo era un mejor Philip de Vries de lo que él mismo jamás podría llegar a ser.

Conté que le había visto muchísimas veces en calzoncillos, que era como un animal en el sentido de que nunca se avergonzaba de su cuerpo o ni siquiera se le ocurría pensar nunca en él. Conté «una de mis anécdotas preferidas»: que estábamos almorzando en Ámsterdam,

en el elegante hotel del Dam, y se indispuso, algo técnico de la tensión sanguínea, y se lo llevaron en una ambulancia, lo que a él por supuesto le pareció una chorrada. Lo sacaron en camilla del concurrido comedor y, mientras pasaba por delante de la fila de turistas que estaban aguardando una mesa libre, se puso a gritar: «*It's the food! It's the food*!»

Nina volvió a reírse con ganas, una risa amplia y franca, las comisuras de la boca le superaban con creces las aletas de la nariz, lo que dejaba libre un extenso panorama de dientes blancos y encías tan rosadas como sus labios.

Esa anécdota del «*It's the food*» la había leído una vez en la biografía de un actor inglés, pero era exactamente el tipo de humor que le gustaba a Brik, y además este proceso de mitificación requería personas que hinchasen sus historias sobre Brik y el papel que ellas habían desempeñado en las mismas, así que el modo de narrar la historia era algo realmente propio de Philip de Vries. Al igual que era también algo propio de Philip de Vries acariciar muy suavemente la rodilla de Nina, por debajo de la mesa, para que su jefe no pudiera verlo.

—¿Dejó testamento?

Esa pregunta, tan concreta, formulada en voz tan alta por Burgers, casi me sacó de golpe del modo Philip de Vries.

—Eso no está nada claro. Naturalmente, no tenía hijos. Supongo que la familia que vive en la antigua Yugoslavia es quien más posibilidades tiene de reclamar los futuros derechos de autor. Realmente, no creo que tuviera mucho dinero ahorrado.

—¿Y la casa del norte del estado de Nueva York?

—Hay planes para hacer allí un anexo de la universidad o una residencia de escritores.

—¿Has estado alguna vez allí?

—Un par de veces. (No me resultaba nada claro a quién estaba interpretando ahora, si a mí o al otro.)

—Y tiene una colección enorme de películas, libros y arte antiguo, ¿no?

—En efecto.

—¿Conserva allí toda su biblioteca y las colecciones?

—Exacto.

—Oí que habían entrado a robar.

Con una sacudida, como alguien que se está cayendo, Felix se despertó. Se restregó los ojos y miró con exagerado interés un cuadro de la pared, probablemente en un intento de simular que no estaba dormido, sino que sólo se había distraído un momento.

—Es hora de irse a la cama, amiguito —le dijo Sweder Burgers con

una sonrisa sardónica.

Cuando Felix y yo salimos fuera, caía un manto de fina nieve. La estatua de María Teresa apenas se veía y sentías crujir los copos bajo las suelas de los zapatos. Comprobé que, si dabas cuatro pasos, la primera pisada ya había desaparecido con la nieve nueva. *Winter is coming*. Por lo demás, no había nadie más en la plaza, no hacía frío y yo llevaba a Felix agarrado de un brazo.

—Sigo pensando que podemos encontrárnoslo en cualquier momento —dijo Felix.

—No lo creo. Apuesto a que está en el paraninfo de la universidad.

—¿De veras? ¿De veras? —preguntó Felix con la exageración propia de los borrachos.

—Ésa es mi teoría, al menos —le dije, explicándole que si las reuniones importantes de estudios hitlerianos tenían lugar allí, era allí donde él debía de estar; era agradable recalcarlo así, que nosotros, por tanto, en absoluto formábamos parte de las reuniones importantes, como si fuéramos nuestro propio club de disidentes que decidía lo que era relevante y lo que no. Felix se quedó mirándome con cara de asombro:

—¿De quién estás hablando ahora? ¿Es que has visto que Wilders estaba en el programa?

Wilders, por supuesto. ¿Por qué siempre le olvidaba?

A través del pasadizo del palacio, dejando atrás el museo de Sissi, llegamos al elegante Kohlmarkt. En algún lugar de por allí tendríamos que torcer a la izquierda, alejándonos un poco más del centro, hacia el megahotel donde se alojaba Felix, que entre tanto ya no decía nada y tenía la mirada cada vez más vidriosa, y cada cinco minutos decía que quería descansar.

La ciudad era más pequeña de lo que esperaba, nada de bulevares, sino pequeñas calles que te pasabas de largo si no andabas muy atento. Estrechas callejuelas reverberantes con adoquines irregulares y postigos cerrados ante las ventanas. Si te apetecía jugar un poco a las películas de espías, ése era el momento que tu héroe se percatara de que le estaban siguiendo; tacones en los adoquines mojados. Los oía también ahora, los pasos acelerados, pero no me extrañé ni me preocupé por saber quién sería. Ya lo sabía, pensé, el truco es no mirar.

—Nos has alcanzado rápido —dije.

—Tal vez suene absurdo, pero de repente me han entrado ganas de nadar.

—¿Nadar?

—Sí, en el hotel hay una piscina cubierta. Bastante grande. Pero

cierran a las once y media, creo. Así que tenía que darme prisa.

—¿No estás en el Sacher? —le pregunté.

—Ya quisiera yo. Allí está sólo Sweder. Nosotros, los currantes, nos alojamos con todos los demás asistentes al congreso. Está aquí, a la vuelta de la esquina. Tu amigo también se aloja en ese hotel, ¿no?

Nina se había anudado el chal alrededor de la cabeza, como una gorra improvisada contra la nieve. Me la imaginé en bañador.

—¿Nadas mucho?

—Todos los días cuarenta largos. Menos los fines de semana.

—¿Y en qué piensas durante esos cuarenta largos?

—En nada. Es como si recitaras la tabla del cuatro. Es automático.

Felix había palidecido entre tanto y, justo cuando quise volver a agarrarle por debajo de la axila, se resbaló en un escalón. Nina lo cogió de un brazo y yo del otro, y juntos lo volvimos a levantar. Me pasé su brazo por encima del hombro para poder agarrarle mejor.

—¿Puedes, Philip? —preguntó Nina.

—Me llamo Felix —dijo Felix.

El hotel tenía un nombre corporativo y era imposible no verlo. Un portero de noche nos saludó cuando entramos por las puertas automáticas. En el vestíbulo podíamos girar a la izquierda, hacia un bar de donde provenía mucho ruido, o a la derecha, hacia las habitaciones. O bajar las escaleras, dijo Nina, hacia la piscina y el *spa*.

—¿No te apetece venir a nadar conmigo?

Era ese momento. Vi que llevaba un fino anillo de oro en el dedo anular. ¿Lo llevaba también en el Museo de Historia del Arte? Seguro. Felix se había abrazado a sí mismo y le castañeteaban los dientes.

—Creo que será mejor que lo lleve a la cama.

—Que descanses entonces, Philip.

—Gracias —dijo Felix.

Llevé a Felix a su habitación, le ayudé con la tarjeta magnética y lo senté en una silla. Le ayudaría con los zapatos pero el resto debía hacerlo él solito. Me agradó que su habitación fuera mucho más pequeña e impersonal que la mía. El dinero de la señora Chilton funcionaba. Alguien había hecho la cama tan ajustada y rígidamente que parecía como si quisiera castigar al colchón por ser blando. Félix se dirigió a su encuentro tambaleando, cayó de bruces y desapareció, totalmente inconsciente.

Todo había ido bien. Mantuve el control. Abandoné el casino en el momento en que mi montón de fichas estaba en el punto más alto. No había sido temerario. Lo único que tal vez podía achacárseme era no haber ido lo suficientemente lejos. Lo mismo podía decirse de Markus Winterberg y Sweder Burgers, que ahora estarían yéndose a casa diciendo: «Tipo simpático ese Philip. Chaval inteligente. Es bueno

saber que la herencia de Brik está en sus manos», en lugar de pensar «Qué exagerado fantasmón». Había sido una provocación de baja intensidad. Tal vez tendría que haber mantenido el ritmo de ingesta de Felix, quizá una sambuca más me habría animado un poco a entrar en el melodrama victoriano, con hijos pródigos que malgastan fortunas y hasta el final no se sabe que no son el hijo largamente desaparecido. En algún punto había abandonado la oportunidad de dar un paso en falso. Debería haberme asegurado de que Philip de Vries no recibiese jamás una invitación de Brasschaat.

Estaba satisfecho, pero a la vez no lo estaba, y por si esa paradoja no fuera suficiente volví a sobresaltarme cuando me topé con Nina, que iba en albornoz y chanclas de dedo, en el momento en que se abrieron las puertas del ascensor. Como si no supiera si llegaría a tener resistencia para una segunda oportunidad.

—¿Ya duerme?

—Como un tronco. Como un tronco extenuado y borracho.

Ella sonrió y yo también, y de repente ya no supimos qué más decir hasta que las puertas del ascensor volvieron a abrirse en la planta baja.

—Es una pena lo de la población —dijo ella.

—¿La población?

—La polución. El humo. Las nubes. De lo contrario, podríamos haber visto a Cástor. Ahora se halla en su máximo punto de esplendor desde hace diecinueve años. No me mires con esa cara, no hay segundas intenciones. Cástor es simplemente una estrella. Sólo una estrella. No es el símbolo de nada.

—¿Te sabes de memoria las constelaciones?

—¿Tú no?

Me lo estuve pensando, primero como Friso de Vos, luego como Philip de Vries. No era que me resultase más fácil hablar como este último, pero tenía la sensación de que podía permitirme más licencias. Podía reavivar cualquier cliché del mundo y presentarlo como una sentencia llena de sabiduría. Conectarlo todo con Brik.

—¿No te pasa nunca que, cuando estás metida en el arte, como yo estoy metido en la historia, te asalta de repente la idea del universo en expansión, esos miles de millones de años, y piensas en lo que habría antes de esos miles de millones de años y en la importancia que realmente tiene lo que estamos haciendo aquí en la tierra con nuestros portátiles?

Ésa era una de las típicas notas al margen de Brik, de vez en cuando, para relativizar.

—¿La idea de que las estrellas en realidad sólo son grandes burbujas de gas? ¿De que el Sol al final terminará por engullirnos?

¿De que en este momento, mientras hablamos, nos atraviesan la carne innumerables cantidades de neutrinos?

—*Neutrino's, they are very small / they have no charge and have no mass and do not interact at all /* puntos suspensivos */ like dustmaids through a drafty hall*.

—Muy bien.

—¿Sabes lo que pasa, señora Barth?, que intento no pensar en la carne.

Ella se rió:

—Estoy leyendo a Brik.

—¿Sí? ¿El qué?

—*La máquina roja*.

—Anda, fíjate. La gran obra de referencia de Brik.

—Es enormemente fascinante lo que escribe sobre lo que los franceses llaman *décalage*, ¿lo pronuncio bien así?, la sensación de que te encuentras en un huso horario distinto de aquel en el que estás. Ahora estoy en ese capítulo. Sobre la diferencia entre una experiencia y el relato de esa experiencia. Que la literatura y el teatro y las grandes películas surgen porque los personajes reconocen de sí mismos que son un prisma a través del cual viven sus aventuras. Shakespeare lo pone en boca de Hamlet: «*Time is out of joint.*» ¿Y quién dijo que sentía que toda su vida era un programa de televisión?

—Warhol —dije—. Andy Warhol después de que le dispararan; el disparo le sacó de su vida habitual de tal manera que todo lo que experimentó después del atentado lo percibía como si lo viera en la televisión.

—¿Conoces tú esa sensación?

—La estoy sintiendo ahora mismo.

Al principio estaba satisfecho; me sabía a medias el poema de Updike, tenía preparado el comentario sobre el *décalage*. Hasta un poco después no me percaté de algo distinto: Nina mentía. Lo del *décalage* no se encontraba en *La máquina roja*, sino en un pequeño volumen de ensayos, *Herr Doktor Alzheimer*, sobre la conciencia de uno mismo y el recuerdo, 130 páginas, con mucho interlineado, que por lo demás todavía no se había traducido al neerlandés, a pesar de las promesas hechas por su editorial. ¡Mentía! Había sido Pippa quien me había llamado la atención sobre esta cita, un par de semanas atrás, cuando la vio en un artículo de un diario flamenco y se preguntó si la periodista en cuestión la había elegido porque el volumen era mucho más delgado que *La máquina roja* y por tanto había podido sacarla de allí más fácilmente que repasándose las 650 páginas sobre Robespierre y Hitler.

Eso fue lo que pasó, probablemente; ésa era la suma de todas las

noticias sobre su muerte y de todos los recordatorios: todo el mundo conocía las frases ingeniosas de su obra sin tener que haber leído realmente nada. Quizá fuera eso lo que quedaba de ti después de muerto como figura pública, como escritor, como *talking head*. Entre tanto, se quedó mirándome con una sonrisa encantadora, como si esperara algo de mí. ¿Y por qué no iba a dárselo?, pensé. ¿Porque no era honesto para con Nina? Si ella mentía acerca de su conocimiento de Brik, entonces yo podía hacerlo también. ¿Porque no era honesto para con Philip de Vries? Si él podía hacerse pasar por amigo del alma y sucesor al trono de Brik, entonces yo podía hacerme pasar por un doctorando sobrevalorado como él, y en ese caso mi mentira sería mucho más modesta que la suya. No había sido yo quien se había hecho pasar por él, era él quien se hacía pasar por mí.

—Oye, Nina —dije—. ¿No tendrías por casualidad un bañador para mí?

4

Londres, 1985:

El muchacho pálido dejó resbalar en el asiento trasero su robusto cuerpo con cierta sensación de fatalismo, hasta tan abajo que la cabeza apenas le asomaba por encima de la ventanilla, como si fuera una estrella de cine que no quería ser vista por el objetivo de algún paparazzi inexistente.

«Ay Dios», decía. «Ay Dios, ay Dios, ay Dios.»

Su acompañante tendría unos buenos veinte años más. Llevaba gafas de sol —¿a esas horas?— y un traje negro arrugado con corbata negra, y si no hubiera tenido la mejor sonrisa del día en el rostro, habrías pensado que se trataba de un pobre hombre que venía del entierro de un viejo amigo.

«Bueno, Josip, no es para tanto.»

«¿De veras? Ha sido terrible.»

«No, hombre, era una gala, todo el mundo lo ha pasado de puta madre y tú has hecho de capitán de la fiesta.»

«¿De capitán? De capitán de un escuadrón de kamikazes, querrás decir. Jake, he llegado a pensar que Lord Percival Parker iba a pegarme un tiro.»

«No, hombre. Quizá ha habido un momento, entre el segundo plato y el postre, en que un par de personas han tenido que contener a Percy y volver a sentarle en la silla para que se calmara un poco, pero no lo ha visto nadie de las otras mesas.»

Con un pequeño gesto de la mano, como una mujer que se aparta un mechón del rostro, el taxista ajustó el retrovisor para asegurarse de que los dos pasajeros llevaban realmente gorras de cazador. Y sí: ambos llevaban la misma gorra a cuadros con las orejeras abrochadas arriba…, igualita que la de Sherlock Holmes. Cuando el coche alcanzó el Mall y pasó Buckingham Palace dejándolo a la derecha, el más joven había apoyado la pesada cabeza en la ventanilla empañada y se tapaba la cara con la mano.

«¿Se ha ido enfadada Dorothy Pope Loundon?»

«Dorothy es la que más se ha reído de todos. En mi opinión, todas

las mujeres de esos profesores de Oxford se estaban desternillando contigo, esta gente sabe valorar cuando alguien monta un espectáculo. Alguien que no es tan estirado. Se ha ido, creo, porque no podía sacarse el cubito de hielo que le has metido por el escote sin quedarse medio desnuda en la mesa. O sea que ningún problema.»

«¿Y ese hombre que ha tirado del cable eléctrico?»

«Ése ni siquiera era un invitado. Todos los invitados estaban como locos contigo. Ese hombre era el *maître d'hôtel* y estaba un poco preocupado porque no querías dejar de cantar, y había también otros comensales en la sala que probablemente no esperaban una fiesta así. Creo que simplemente estaba asustado porque habías conseguido apropiarte de un micrófono de detrás de la barra.»

Con un hilo de voz, como si no fuera él quien preguntaba, sino un enanito que llevaba encerrado en la boca:

«¿Y sonaba por lo menos un poco bien mi canción?»

«Tienes un trémolo muy agradable, Josip. Eso no te lo iguala ni Charles Trenet. Lo único es que parecía, aunque puedo haberme equivocado, que hacia la mitad te has confundido con la letra, creo que has cantado media estrofa de "Nathalie".»

«¿De verdad? ¿Qué he cantado entonces?»

El hombre de las gafas de sol se incorporó, se puso la mano izquierda en el corazón y con la derecha hizo un gesto como si fuera su propio director de orquesta:

La Mer

Près des étangs

Une bande d'étudiants

L'attendait impatiemment

Entre frase y frase hacía ruido de trompetas. *On a ri, tururú tururú, on a beaucoup parléeeeee*.

«Ay Dios, Ay Dios, Ay Dios. Quiero irme al hotel y meter la cabeza en una fuente con hielo; las ostras no me han sentado bien, te lo repito, no me han sentado nada bien.»

«Querido Brik, claro que han sido las ostras.»

Ahora hundió la cabeza entre las manos y el taxista creyó oír por un instante un lloriqueo. Lo que el taxista por razones lógicas no podía saber era que desde los profundos abismos de la desesperación escalaba un hombrecillo, una idea que era como un alpinista que subía cada vez más arriba, por encima de las oscuras rocas cortantes, hasta acabar saliendo a la luz: lo que Josip Brik pensaba estaba inspirado en la gala de Baker Street, el encuentro anual de etiqueta para los fans de Sherlock Holmes, al que había podido asistir únicamente porque había escrito hacía poco un artículo con Jake Gladney para el *Baker Street Journal* sobre la popularidad (acaso

inesperada) de Holmes en la Alemania nazi. Era la única ocasión en la que confluían las dos corrientes de pensamiento sherlockholmiano: por un lado los doyleanos, centrados en la Sherlock Holmes Society of London, que no sólo analizaban las novelas, sino también la vida del creador, Sir Arthur Conan Doyle, sus arquetipos, sus epígonos, el contexto de su obra, etcétera, y por otro los sherlockianos, reunidos en torno al club Baker Street Irregulars, que ignoraban a Doyle y centraban sus investigaciones sólo en Holmes, como si fuese una persona real.

Se quedó mirando a su mentor, que estaba sentado junto a él; Jake Gladney había sido hitleriano desde finales de los años sesenta, uno de los primeros en ser contagiados con el virus. Desde 1968 dirigía un departamento que clasificaba, catalogaba y fechaba todos los datos y todos los estudios sobre Hitler, por oscuros que fueran. Como si cada hecho, cualquier nota del dentista, todas las dietas, todos los uniformes pudiesen explicar algo sobre el culto a ese hombre y el vórtice de destrucción al que había precipitado a toda Europa, con Alemania a la cabeza. La cuestión era simple, reflexionó Brik, abrumadoramente simple: ¿qué pasaría si tratásemos a Hitler como lo haría Baker Street Irregulars?, ¿qué pasaría si sólo estudiáramos al Hitler de la ficción? ¿No tendríamos, al igual que con Holmes en el caso de los Irregulars, una idea mucho más clara de lo que él significaba, prescindiendo de los límites que imponen los hechos?

Esa noche se encerraría en la habitación del hotel y haría en el papel de cartas gratis un primer borrador para un proyecto de investigación, un grupo de trabajo, una serie de ensayos…, ¡algo! Pediría café y tarta o helado, algo grasiento. Ya no le interesaba su cuerpo, olvida las náuseas, olvida el dolor de estómago.

I am a brain, Watson. The rest of me is mere appendix.

2. PHILIP & FRISO

Hasta el día en que conoció a Philip van Heemskerk, en la vida de Rink de Vilder nunca se había producido nada que le permitiera lucir impunemente sus cualidades personales.

MARJA BROUWERS,
Casino

5

Por la mañana, el sol naciente brillaba a través de los visillos e iluminaba las sábanas y las paredes tapizadas en un cálido tono isabelino. Fue ella la primera que habló:

—Hace un día fabuloso. Fuera.

—¿Fuera?

—Este día, el sol, la nieve. Es fabuloso.

—¿De verdad? No me he fijado.

—¿Haces eso muy a menudo?

—¿Por qué?

—Por nada. Ese «no me he fijado». Tan *smooth*.

—*Smooth criminal*.

—No lo sé. Tal vez sea demasiado, como si lo hubieras hecho ya cien veces…, ¿lo has hecho?

—Pregunta estúpida.

—Me parece importante.

—¿Por qué? Si lo hubiese hecho cien veces, ¿te resultaría entonces más fácil haber caído en la trampa de adúltero experto?

—Qué palabra más dura. «Adulterio.»

—No hay que tener miedo de las palabras.

—Creo que sólo quiero saber si he mordido el anzuelo.

—Morder el anzuelo… Crees que te he puesto una trampa. Sería un buen atenuante, ¿no? Un engaño suaviza el otro, ¿no?

—Por lo menos explicaría algo.

—Y explicar es comprender y comprender es perdonar.

—No voy a pedir perdón ahora, oye…, tampoco soy tan débil.

—Nunca he dicho que fueras débil.

—Lo has dado a entender. Que buscaba una excusa. Eres el tipo de persona que…

—¿Es éste el momento en que empiezas a buscar una pelea? ¿Para distanciarte?

—¿Vas a ponerte a psicoanalizarme ahora? ¿En serio? ¿Es eso lo que quieres?

—No. Pero percibo… un patrón.

—¡Sigmund Freud de los cojones!

—Ahora voy a empezar a aplacar todo el asunto, ¿vale?

—¡COJONES!

—Soy el aplacador. Llevo puesta una gorra, un uniforme y una señal de STOP. Escucha al aplacador.

—¡Ooh!

—Muy bien, muy bien.

—Una mierda, muy bien.

—¿Sí? ¿Te has recuperado ya?

—Sí.

—¿Ya estás tranquila?

—¡SÍ!

—Ven aquí.

—Lo siento.

—Yo también lo siento.

—Pero ¿ya habías hecho esto antes?

—Alguna vez.

—Cuenta.

—¿De verdad?

—Sí, cuenta.

—Ella era griega. Pelo rizado, nariz… Un poco mayor que yo. Fue hace un par de años en Estambul, cuando se celebró allí el congreso *End of History*, ya sabes. Simon Schama y Slavoj Žižek eran los conferenciantes estrella y casi llegaron después a las manos por la cuestión de si Robespierre era o no un dictador sanguinario.

—¿Acaso puede haber dudas al respecto?

—Diciendo que no estaba ávido de poder, por ejemplo, que no gobernaba por gobernar. Que de todas formas nunca fue un autócrata. Que su Terror funcionaba. Que Francia quebró en el 93, que había una guerra civil y que se veía atacada por media Europa. Y que para termidor de un año después Francia ya estaba saneada, libre y era próspera. Él sabía que no se puede hacer una revolución sin revolución, pero hoy en día ya nadie quiere…

—Guau.

—Me estoy yendo por las ramas, ¿eh?

—Bastante.

—Me pasa algo curioso con Robespierre.

—Continúa con esa mujer griega.

—Trabajaba también en los Estados Unidos, en la Costa Oeste. En algo que tenía que ver con estudios de la mujer. ¿Quieres saber cómo era? Muy gorda, cabello oscuro, con esos agradables ricitos que se te enrollan en el dedo, boca gruesa y ancha, perfume, muy femenina. En

fin, había dos hoteles enormes y sin gracia donde todo el mundo se alojaba. Yo estaba con un par de conocidos en el bar y quería ir a mi habitación a recoger algo cuando me la encontré en el ascensor, muy enfadada, intentando hacerlo funcionar con la tarjeta magnética. La ayudé y entonces nos dimos cuenta de que no se hospedaba en ese hotel sino en el otro.

—¿Y luego?

—Y luego, y luego. Vino al bar a sentarse con nosotros, los del grupo, y en un momento dado nos quedamos los dos solos.

—Muy bien.

—Ésta es una bonita parte de tu cuerpo, ¿tiene nombre?

—Mi culo.

—No, esta parte, el triangulito donde termina la raja del culo y empieza la espalda. ¿O «raja» te parece una palabra fea?

—La piel ahí…

—… es fina. Con relieve. Como una naranja.

—Pues muchas gracias.

—No, precisamente tiene un tacto muy agradable. Como si mis dedos fueran parte de ese lugar.

—¿Quién dio el primer paso? ¿Ella o tú?

—No me acuerdo muy bien de si hubo un primer paso. Más bien fue el hecho de que nos quedáramos solos los dos. ¿Sabes?, hay varias revistas que incluyen siempre esos «cuestionarios de Proust» en la última página. Una lista de esas con preguntas cortas. «¿Es usted atractiva?» «¿Cuál es su mayor temor?» Y: «¿Qué cualidad aprecia usted más en un hombre?» Mi respuesta es siempre la «ambición». Como hombre, siempre debes querer algo, avanzar. A veces tiene el raro efecto de que quiero presentarme de repente a trabajos para los que sé que no soy apto, trabajos que no me gustan en absoluto, pero tal como yo lo siento debo aspirar a ellos porque, de lo contrario, no sería lo suficientemente ambicioso. ¿Suena idiota?

—Así pues, ¿la sedujiste con la ambición?

—No. Tal vez. Pero estábamos allí los dos solos, era ya tarde, ella estaba allí sólo para ser seducida, me pareció; me lo sigue pareciendo. Aún recuerdo que tuve la absurda idea de que si no le pedía que me acompañara a mi habitación, sería una enorme descortesía por mi parte.

—Dios mío, ¿la sedujiste tan sólo por cortesía?

—No fue realmente seducción. Dije algo como: «Vaya, y ahora vas a tener que irte a tu hotel…»

—A lo que ella respondió: «¿No puedo meterme en la cama contigo?»

—Creo que sólo dijo literalmente, bastante cansada: «¿Y no puedo

acompañarte y ya está?»

—Es más fácil.

—Es más claro.

—Cuál sería tu respuesta a la pregunta: «¿Qué cualidad es la que usted más aprecia en una mujer?»

—Eso es peligroso. Suena muy denigrantemente sexista que respondas con «ambición» o «inteligencia» en el caso de un hombre y que para una mujer respondas con «que sea bella».

—Es casi tan terrible como decir «que sepa cocinar».

—¿Tú qué responderías?

—¿En un hombre? La honestidad.

—¿Y en una mujer?

—El camuflaje.

—Buena respuesta.

—Pero ¿qué tal el sexo?

—¿Ahora mismo, contigo?

—Con la griega.

—También puedo decirte qué tal ha estado contigo.

—Oh, ya sé muy bien cuál sería la respuesta, muchacho, gracias. No, limitémonos a la griega.

—¿Quieres saberlo de verdad?

—Sí.

—Muy pero que muy oral.

—Qué puta.

—Sabía que ibas a decirlo.

—Qué pedazo de puta.

—Pues no preguntes.

—Cuéntame más cosas.

—¿Con cuánto detalle quieres oírlas?

—Lo normal. Todos.

—¿Sabes lo que es el beso negro?

—Ja, ja, anda ya.

—Muy bien. Una de las primeras cosas que me dijo, y llevaríamos entonces como unos dos segundos o así en la cama, fue: «Te dejo que te me corras en la boca.» Enseguida pensé: dejémoslo así; si se puede, *si me das permiso*, ya deja de ser excitante.

—Tan sólo intentaba esforzarse.

—¿Tú crees?

—Suena como a la historia de una de esas mujeres que acaba en la cama con un hombre joven y de repente se ve inmersa en una brecha sexual generacional. Empiezan a pasarle por la cabeza a toda velocidad, como en un carrusel embalado, todas las imágenes

pornográficas que ha visto en su vida y todas las revistas femeninas que ha leído. Y luego, de pronto, se le ocurre la demencial idea irreprimible de que tiene que hacerse la fácil y la informal en plan porno. Y todo el tiempo está preocupada por si sus labios vaginales te parecen demasiado grandes y naturales y si se ha depilado lo suficiente.

—Buena teoría.

—Nosotras las mujeres nos comprendemos entre nosotras. Conozco a muchas de esa edad que viven el sexo de una manera más racional de lo que tú piensas. Por regla general las mujeres divorciadas, de treinta y muchos, cuarenta, salen y deciden con antelación si van a volver a casa con alguien. Se reflexiona sobre el asunto. No vayas a pensar que todo se reduce a vuestras dotes en el arte de la seducción.

—¿Y esto entonces? ¿Entre tú y yo? ¿Cuándo tomaste la decisión?

—Sin comentarios.

—Ya.

—¿Has vuelto a hablar con ella después alguna vez?

—Muy a menudo. Me la encuentro con cierta regularidad, en la universidad y congresos. Nos saludamos y nos preguntamos qué tal nos va. Todo con mucha cordialidad.

—Todo muy profesional. Como si todo hubiera transcurrido según lo acordado. Como la seda.

—Es como si por un momento entraras con ella en otro mundo. Un mundo en penumbra o como quieras llamarlo. Estás con ella, es bonito y agradable y luego vuelves otra vez al mundo real. Nadie puede saberlo. Ése es el acuerdo.

—Me pregunto si dentro de un año le contarás exactamente la misma historia a alguien. Pero esta vez sobre mí. ¿Y qué contarías entonces? ¿Qué actos, qué acciones?

—Nada de historias. A veces pasan cosas que no hay que traducir en historias.

—¿Lo prometes? Qué bien lo dices. Tendrías que hacerte gigoló.

—¿Eso da dinero?

—Si eres bueno en algo, el dinero llega solo.

—¿Y dónde encontraría la clientela?

—Una paginita de Facebook. Un anuncio eufemístico en eBay. Podría presentarte a algunas de mis colegas un poco mayores, esas mujeres que andan frisando los cuarenta, con matrimonios aburridos, les iría muy bien. La cartera llena de fotos de hijos, tarjetas del seguro y mogollón de dinero en efectivo.

—Muy convincente.

—De esas mujeres con las que puedes hacer lo que quieras, que sólo piensan en entregarse… Espera: ¿te estás empalmando? ¿Lo veo

bien?

—Ajá.

—Increíble. Hablo de prostitución masculina y se te pone tiesa.

—Ven aquí.

—Pareces otro. Tu mirada. Tan penetrante.

—Que vengas te digo.

—(…)

—(…)

—Ni se te ocurra correrte en la boca.

La semana antes de salir para Viena, Pippa y yo habíamos ido a nadar a la piscina de Brik cuando justo se desató una tormenta espectacular. Primero comenzaron a golpear contra la parte inferior de la fachada gruesas gotas, como pajarillos desorientados, después empezó a oscurecer muy rápido, hasta el punto de que a las cuatro de la tarde creíamos hallarnos en una noche sin luna con el retumbo en el cielo acercándose como una maleta con ruedas por una calle estrecha, y al final unos relámpagos como latigazos abrieron en diagonal la capa de nubes con estruendo, justo por encima de nosotros. Las gotas sueltas en el cristal se transformaron en un río de agua corriente, y yo me quedé mirando afuera, asombrado, y sentí que se apoderaba de mí una locura deliciosa. Era un tipo especial de locura, infantil, una mezcla de temeridad y afán de destrucción, y disfruté de cada estallido que resonaba un poco más lejos, en algún lugar del bosque tras la granja de Brik, y donde debían de reventar los viejos robles hasta convertirlos en cerillas. Las descargas se hicieron más fuertes y frecuentes, tan cercanas que después de cada impacto podías percibir el zumbido de la electricidad durante todo un segundo. Tenía piel de gallina en los brazos. Por un instante me pareció que Pippa chillaba, pero ¿qué sentido tiene chillar cuando ya lo hace el cielo que tienes encima?

Ella se había sentido incómoda desde el comienzo, esa piscina, tan cerca del bosque, el tipo de escenario donde en las películas de miedo abren a los adolescentes en canal. Pero yo me había quitado los pantalones y me había zambullido desnudo en el agua; un minuto más tarde, enormemente pudorosa, ella saltó detrás de mí con sujetador y tanga. Ahora que estallaba el jaleo, se me acercó nadando con el labio inferior temblándole y me rodeó con las piernas y los brazos.

Algo desaparecía, algo estaba desapareciendo. Sabíamos que era la última vez que estaríamos allí y que sentiríamos algo de Brik, su energía, su ambiente: una semana más y la empresa de mudanzas se llevaría sus cosas al almacén, la facultad decidiría lo que iba a pasar con el inmueble. Al cabo de cinco minutos, la tormenta estaba a la

altura de la cordillera que se encontraba a un par de kilómetros de allí y después desapareció de la vista sin más, deslizándose por detrás de las montañas, y enseguida quedó un cielo claro resplandeciente.

Salí de la piscina, me dirigí a la parte inferior de la fachada y me quedé mirando las nubes que seguían su curso, como si quisiera despedirme de ellas. Aquello era un final. Volví de nuevo las mejillas mojadas hacia Pip, que estaba dentro del agua, agarrada al borde de la piscina. Me acarició las pantorrillas pálidas cuando me acerqué, masajeando fascinada mi carne intensamente blanca.

—Qué encantador pescado blanco estás hecho.

—Una trucha —dije yo—. Un besugo.

—Un zorro blanco.

Aunque a veces me quedaba a dormir en el sofá de Brik tras una charla nocturna, si él no quería que cogiera el coche después de un par de vinitos, nunca me había bañado en su piscina, le conté a Pip. Nunca me había sentido lo suficientemente cómodo. Y quizá no quería impresionarle con mi constitución atlética de entonces, como si mi buena forma fuera a hacer destacar su obesidad. Pip no dijo nada, ya lo sabía todo. Le conté que debía de haber sido, en cualquier caso, la primera vez que me bañaba desde que hice una excursión con mi asociación de estudiantes, cien años atrás. Pippa sonrió:

—¿Y tampoco llevabas bañador entonces, señor nudista?

Cuando le dijimos a Brik que nos íbamos a separar, nos habló de su matrimonio fracasado; se había casado demasiado joven, para empezar, pero cuando hizo carrera, dejó de prestarle atención a su amor, en su cabeza ella existía sólo como objeto, una isla, o una pared en la que podías colgar baldas, algo evidente que estaba en casa esperándole, no una personalidad a la que le puedes poner adjetivos.

—Hasta que no empezamos a tramitar el divorcio no volví a encontrar adjetivos para ella, *yesch*; viva, inteligente, detallista, ¡tiquismiquis!, jurídicamente competente, incorruptible, paciente. ¡Ja, ja! Adjetivos que armonizan con tu peor adversario en el tribunal. Palabras peligrosas. Años después me la encontré y entonces me llamó la atención el aspecto tan glamouroso que tenía. Grandes ojos azules, espeso cabello oscuro. El divorcio le había sentado bien, pensé. Hasta más tarde no me pregunté si no había tenido siempre ese aspecto y lo que pasaba era que yo nunca le había prestado atención. ¿Me prometéis que a vosotros no os pasará lo mismo?

Nina y yo no llegamos nunca a la piscina. No sentí hasta ahora, ahora que salía de su hotel, el bañador desechable en el bolsillo de mi abrigo, todavía en el paquete al vacío en que nos lo habían vendido en recepción por treinta y cinco euros y noventa y nueve céntimos cargados directamente a la cuenta de Nina. Casi inmediatamente

después de volver a meternos en el ascensor, uno de los dos había tirado del otro hacia sí.

Las cosas iban deprisa. *Matters progressed*.

Tiré el bañador en una papelera y decidí volver a Hofburg, simplemente porque de momento era el único punto de la ciudad desde el que sabía orientarme. Todavía quedaba un centímetro de nieve, justo lo suficiente para darle a todo esa sensación de eternidad típica de las nevadas. Me levanté el cuello del abrigo y metí las manos en lo más profundo de los bolsillos. El frío era agradable, abierto, cortante, en el aire parecía haber más oxígeno de lo normal.

Lo absurdo era que ahora la nube de lujuria prácticamente se había apartado de mí, y también las imágenes habían perdido su fuerza. Tenía que esforzarme para recordar la noche, la sucesión de acontecimientos, las cosas que dijimos, sus gruñidos porque no me daba prisa con el condón, que quería hacerlo de pie ante el espejo, que quería verse, se había levantado un poco los pechos y me había mostrado las pequeñas cicatrices de la operación, dos suaves líneas blancas sobre una piel rosada; no tenía «nada, nada en absoluto» a los veintiún años y se había regalado, con el dinero de una pequeña herencia, una buena copa B; no era algo que se considerara de buen tono en sus círculos estudiantiles, pero ella se sintió el doble de mujer después.

¿Qué olor tenía? ¿Cómo se quitó el bañador? ¿Cuándo tuve un momento de calma para quitarme el reloj y meterlo cuidadosamente en el zapato para no perderlo? En la cama ella me había dicho cosas, pero ¿qué?

Estaba casada, sí, su segundo aniversario de boda había sido el mes pasado y había recibido una cadena de oro con un pequeño colgante; ¿por qué no le parecía suficiente? ¿Qué buscaba? Se lo preguntaba a sí misma retóricamente. Yo no tenía respuesta para la pregunta y sólo podía ofrecerle lo que ofrecía siempre: la idea de que aquello no estaba ocurriendo en aquel universo, el universo real de registros civiles y patrimonios compartidos, sino en un agujero en el tiempo del que nadie tenía que saber nada, un segundo mundo.

¿Quién besó primero al otro? Teniendo en cuenta lo que acababa de decirme, había sido yo. Me sorprendió; yo era quien la había seducido, yo era quien la había incitado a cometer adulterio, por supuesto que no había sido al revés. Pero yo nunca había estado en Estambul, nunca había terminado con una griega en la cama, eso no iba conmigo, quizá fuera propio de un crápula como Philip de Vries, él era capaz de coger a una mujer por el cuello del albornoz y medio follársela a través del bañador en el ascensor. Si yo había hecho una cosa así, seguro que fue sólo porque ella me había estado incitando toda la noche. Esa necesidad «de hacer una travesura», aquella mano

en mi brazo en el museo. Nadar nunca ha significado sólo nadar, pensé, pero quizá sí que fuera una consecuencia de haber tratado demasiado con Brik: el deseo profundo de que una cosa determinada significase también, con toda certeza, otra cosa; que aquí también fuese siempre allí, que sí fuese también no, que la ira fuese también felicidad, siempre aquella capa de más.

«Llámalo ironía», dijo Pippa una vez con voz entrecortada y lágrimas de enfado, «lo que tú quieras, estupendo, pero también es como si no te atrevieras a encarar la responsabilidad de un solo significado concreto, una sola consecuencia, un solo interés.»

¿Era honesto con Pippa? «Querido diario: esta noche he estado en un agujero en el tiempo del que no hace falta que nadie sepa nada, muy lejos de todos los universos reales de registros civiles y patrimonios compartidos.» Por otra parte, ¿le incumbía a alguien? No si hoy me encerraba en mi habitación de hotel de cinco estrellas, pedía algo al servicio de habitaciones, veía la televisión de pago y esperaba hasta que Felix hubiera dormido la mona y pudiéramos ir a cenar a algún lugar que nos pillara de camino. *Keep a low profile*. Y por mucho que pudiera recordar Felix, el camarada doctor Korsakoff ya habría intervenido entre tanto.

Salí del hotel con paso rápido, no quería encontrarme con nadie. Ahora empezaba a relajarme. Noté que me apetecía café y algo grasiento. A ella le había dado la tarjeta de visita de Philip, «*Let's get together*», había borrado su número y lo había sustituido por el mío, y le había dicho que era una tarjeta antigua.

Me había acostado con Nina, pero ella no se había acostado conmigo, al menos no con Friso. Ésta era la típica lógica vuelta del revés que le encantaba a Brik.

Mientras Nina dormía, había estado estudiando su cuerpo bajo las mantas: esa mirada bajo las sábanas tenía algo escabroso, era ridículamente bella, su cuerpo en reposo era de una naturalidad absoluta, como un animal, en cambio el mío parecía como si todavía no tuviera sus partes bien pegadas. Tan anguloso. Mi torso. Las venas de las muñecas, los tendones visibles en los hombros, en las piernas. Después de haber adelgazado tanto, mis pies parecían el doble de grandes de repente, pies de payaso bajo piernas zanquilargas.

Me sorprendí a mí mismo riéndome de oreja a oreja por la calle. Lo había hecho tres veces con Nina. Tres. No estaba mal para alguien que no podía subir una escalera sin quedarse sin aliento; mi ritmo cardiaco latía triunfal en la punta del capullo.

Las siguientes tres o cuatro horas las pasé en las cadenas y tiendas del Kohlmarkt, donde me probé docena y media de pantalones, camisas, chaquetas y zapatos, pagando con la tarjeta de crédito negra reflectante de la señora Chilton, que, muy amablemente, me había

llamado esa mañana para indicarme que había estado mirando los extractos de su tarjeta y que apenas había gastado nada. Querido muchacho, pégate la vida padre. La conexión era nítida. Sonaba como si estuviera a mi lado en el ascensor.

—¿Qué hora es allí ahora? No pueden ser más de las… ¿qué? ¿Las cinco?

—Yo soy una persona madrugadora, Friso, y para citar las palabras de nuestro antiguo presidente: *Go out and shop*.

En una joyería pude contemplar cómo un hombre que superaba con mucho la edad legal de jubilación me grababa en una pluma estilográfica de plata «*Für Pippa*» mientras me contaba en su alemán austriaco que llevaba haciendo eso durante toda su vida. La pluma costaba un sueldo mensual medio, y si hacía falta podría afirmar que el color azul del cuerpo coincidiera exactamente con el color de los ojos de Pippa. Engaño y autoengaño. Desde una silla transparente de Philippe Starck informé a los vendedores de una tienda de moda italiana de que no me gustaban ni los blucher ni los derby, ni las chaquetas cruzadas ni la lana súper 120s. Brillaba demasiado. La primera sobre la que nos pusimos de acuerdo fue un *covert coat* marrón grisáceo de una sarga más espesa de lo normal; dos vendedores me miraban con los brazos cruzados y la boca fruncida, después declararon que el azul marino no tenía por qué ser mi color a toda costa, y a continuación me ataviaron con un suave traje azul grisáceo que tal cual, sin ningún retoque, me quedaba que ni pintado. Nunca me había ido bien una talla tan pequeña; la 46 para casi todo.

Cuando me quité la camisa en el probador, uno de los vendedores ya estaba preparado junto a la cortinilla con una camisa desabotonada; levanté los brazos y dejé que me la pusiera como si yo fuera una mujer y él mi cita galante. Sentí que por toda la espalda me recorría un escalofrío de placer provocado por la importancia que el personal me atribuía, la absoluta urgencia de que mis necesidades indumentarias se satisficieran de manera clara.

Con dos grandes bolsas en las manos (enfundadas en guantes de piel de becerro), volví en dirección al hotel; nuevos copos de nieve pendían otra vez en el aire, mientras que frente a la entrada de la Ópera el conductor de un autocar turístico estaba ayudando a subir uno a uno a sus pasajeros, que parecían manatíes; norteamericanos, según se oía, Mr. and Mrs. Airbag, demasiado viejos y obesos para andar por ahí sin ayuda. Un día u otro llegaba el momento de ser responsable y quedarse en casa.

Brik tal vez estuviera más gordo, pensé. O igual de gordo. Pero él se había ganado a pulso su peso, como un camionero, había ido engordando a lo largo de los años. Su gordura era suave, fresca, manejable.

Yo, en cambio, en el reflejo de los escaparates tenía el aspecto de uno de esos hombres de negocios del anuncio de la CNN, «*live in one continent, work in another*». Tan agudo, tan despierto, eso costaba unos cuantos miles de euros, pero al menos ibas vestido como si ningún huso horario fuera capaz de amilanarte. El portero me abrió la puerta e hice un gesto con la cabeza hacia los norteamericanos.

—¿Cuántas tartas Sacher se han comido?

—Señor, nuestra cocina hace horas extra.

Puse un pie dentro del hotel y enseguida me di la vuelta otra vez. En el vestíbulo vi a dos vigilantes apostados, un poco separados el uno del otro, que seguramente estaban allí por mí. Yuki Hausmacher estaba sentada en una banqueta con una parka naranja, masticando chicle con la mirada un poco perdida y un grueso rimero de papel en las manos. El regalo anunciado por su jefe Vikram Tahl. Enfrente, con las manos en la espalda, contemplativo, como el entrenador que va perdiendo en la prórroga, se hallaba Markus Winterberg de pie, el *associate* sin especificar de Sweder Burgers. Parecía como si estuviera observando el cartel del conserje donde se daba cumplida cuenta de los conciertos, pero vi que sus ojos miraban por encima, escudriñaban el vestíbulo. No sé muy bien por qué sabía que era a mí a quien estaba esperando, pero lo sabía con toda seguridad. Era conmigo con quien quería dar. ¿Intercambiamos alguna palabra ayer? ¿Hablaba acaso neerlandés?

Hice un gesto al portero.

—¿Señor?

—Me gustaría entrar en el hotel por una puerta de servicio.

No se lo pedí por favor, él tenía que saber que negarse no era opción, y como si le hubieran hecho esta petición mil veces, sin ningún «por qué» me llevó por una callejuela a la vuelta de la esquina del edificio y llegamos a una sólida puerta que se nos abrió hacia la cocina. Acababan de dar las cinco y dos cocineros se hallaban ante unos fogones de acero impolutos, donde se oía crepitar la grasa hirviendo: en las sartenes, los dos grandes filetes empanados parecían continentes sin descubrir en la abundante mantequilla. Desde la cocina, pasamos por un pequeño pasillo a través del cual llegué a la caja de la escalera sano y salvo, dejando atrás el vestíbulo.

—Brillante —le dije al portero.

—Señor.

En mi habitación había una nota de la recepción con dos mensajes. 1. Del señor Philip de Vries. Si puede devolverle la llamada a la mayor brevedad. 2. Del señor Philip de Vries. En el caso de que lo hubiera perdido, su número de teléfono, es el…

Me hizo bien. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba

de que tenía razón. Yo no le había suplantado, me había suplantado él a mí, cuando apareció en la televisión y se puso a dar un discurso en la ceremonia, representando el papel de hijo pródigo de Brik. Menudo gilipollas. Ahora me tocaba a mí comerme toda la comida de su plato. *I drink your milkshake*. No iba a llamarle; es fabuloso el poder que encierra no hacer nada.

Pippa no me había llamado todavía, así que yo no la llamé tampoco.

Llamé a Felix.

Empezó a hablar como si nada, con la típica actitud de Felix. Querido muchachote, mis más sinceras disculpas por haberte fallado tan terriblemente ayer. Ya se le oía. Lo delataba aquella articulación tan clara y forzada. Sonaba cansado, pero no quería que se notara. Su modo funcionario estaba al acecho. Todo debía ser correcto. No podía hablarle de Nina sin recibir a cambio sus consejos supuestamente sabios pero a la vez moralistas; pero quizá inconscientemente quería reflejarme en su firmeza.

—¿Tú has pasado buena noche? ¿No ha habido incursiones del Servicio Nacional de Seguridad? ¿No has tenido que esconder a ningún populista debajo de la cama? —me preguntó.

—He descansado de maravilla y he andado trajinando un poco por la ciudad…, ¿te has formado ya una opinión de Viena?

—Estaba pensándolo justo ahora. Llevo recorriéndola un par de días y todavía no he encontrado ninguna observación original presentable.

—Es una ciudad difícil para formarse una opinión.

—La Heldenplatz no es tan bonita como debería ser —dijo—. La sucesión de edificios clásicos transmite elegancia, pero la plaza, en lugar de reflejar esa elegancia, con grandes campos y bulevares, está atravesada por una carretera de dos carriles llena de coches y hay un montón de aparcamientos donde amarra una flota de autobuses turísticos.

—Yo siempre recorro las fachadas de la Heldenplatz en busca del balcón donde Hitler anunció el Anschluss en 1938 —dije—, porque parto del hecho de que seguro que hay alguien que lo espera de mí. Quizá también lo espere yo de mí mismo.

—«La Marca Oriental del pueblo alemán…»[1] Multitudes vitoreantes, tal vez más de un cuarto de millón de personas. Pero no podías tomárselo a mal; los nazis habían cerrado escuelas y fábricas, así que la gente no tenía nada mejor que hacer aquellos días.

—Me pongo allí a mirar sin más y cada diez metros veo una escalinata nueva que puede ser tomada en consideración. No me hace falta saber el lugar exacto, realmente no importa tanto, pero tengo que

saberlo. Por lo visto, me resulta imposible visitar Viena sin que todo me haga pensar en Hitler. De la misma manera que en Madrid todo me lleva a pensar en Franco, en Londres todo me hace pensar en Churchill, y en Arnhem, en la operación Market Garden.

—Así nos hemos criado —dijo Felix.

—Yo soy uno de esos chicos que nunca podrá superar no haber vivido la Segunda Guerra Mundial, no haber tenido nunca la posibilidad que sí tuvo ese Eric Hazelhoff Roelfzema.[2]

—¡*Tirambula*![3]

—¡*Tirambula*!

En la plaza a la que daba mi habitación hacían algo dedicado a Wagner. Había dejado de nevar. Todo el alumbrado estaba apagado y la plaza cortada al tráfico. Los turistas miraban desde detrás de las vallas, y también los vieneses, que ahora se habían convertido en turistas. En la oscuridad, la plaza parecía moverse, como parece moverse el agua quieta cuando la luna brilla en ella. Hombres y mujeres vestidos de negro movían despacio trozos de plástico negro. El plástico reflejaba la oscuridad, otorgándole brillo. La oscuridad se movía como una bandera negra. La música sonaba muy amortiguada a través de la ventana, no pude distinguir a la orquesta. Desde el plástico oscuro ahora ascendía luz. El volumen de la música subía. Las luces se movieron hacia delante, en forma de V, casi sincronizadas, como las olas llegan a la playa casi en sincronía. Quizá las luces fueran cisnes posándose en el agua oscura, quizá fuera Lohengrin. Debíamos ver en aquello más de lo que se veía a primera vista. Un par de siglos de Wagner. Debía representar el pasado en el presente, pero yo ahora no lo veía.

Pedía a gritos una metáfora. Me molestaba, me exigía que le diera un significado más profundo, una doble carga.

Ahora veía que una larga comitiva se dirigía desde la entrada del hotel a la entrada de la Ópera. Era una representación para invitados, la élite del congreso. Reconocí a Mathilda Wilson, a Vikram Tahl. Un par de equipos de televisión lo grababan todo. Busqué a Sweder Burgers entre el público, pero no le vi; tampoco a Nina. Me pregunté si a mí, en el caso de que Brik hubiera estado allí, también me habrían invitado.

Abrí el portátil, abrí iTunes y encendí la televisión. En lugar de aparecer el menú de opciones del hotel, la pantalla siguió en negro. Cambié de canal con el mando a distancia, pero no pasó nada y tiré el mando a la cama. Apenas oía los aplausos de la plaza.

Me lavé los dientes en el cuarto de baño, me quité los calcetines y vi que ahora empezaba a encenderse una luz en el televisor. En la imagen se veía una habitación. Una cama grande frente a un pequeño

escritorio. Detrás se veía un pequeño recibidor donde todavía no se había encendido la luz. Justo debajo en la imagen había probablemente una hora y una fecha, pero habían difuminado las cifras. Podías ver que se movía algo en la oscuridad, dos figuras forcejeaban, algo cayó suavemente al suelo, una de las figuras se escabullía. Y entonces salieron de la oscuridad, entrando en la luz, a toda pantalla.

También ahora me impactaba el cuerpo de Nina. No había nada casual en él; no sólo las uñas pintadas y su pelo púbico perfectamente depilado, todo traslucía premeditación, revelaba un complot físico. Tenía los pechos alegres y redondos, como los dibujaría un niño pequeño. Y luego yo, detrás de ella. Me quitaba los zapatos con los pies, me desabrochaba el cinturón, me quitaba los calcetines, casi me caía. Comprobé de pronto en la imagen que mis ojos eran vulnerables. Estaban tan expuestos. No me quedaba en la cara ni un gramo de grasa. Ella me ponía la mano en el pecho y me empujaba hacia la cama, me desabotonaba la camisa y me quitaba los pantalones.

Tanto en la grabación como en la realidad me sentaba a los pies de la cama, casi con la nariz metida en la pantalla. Sentí que me retumbaba el corazón, estaba calmado, pero los latidos me resonaban hasta el paladar.

La mamaba con unas arremetidas que nunca había experimentado en la vida real, me atacaba la polla como la participante de un concurso que tuviera que comerse un plato de entrañas de oveja por mil quinientos euros; chupadas prolongadas, listo en un pispás. Eso no era la vida, intentaba decirme a mí mismo, eso no era auténtico, pero ahí estaba yo tumbado, como un imbécil, como un cadáver muerto y estúpido, con los brazos como objetos inertes junto al cuerpo, los hombros caídos; era como un niño pequeño en una óptica o en una inmobiliaria intentando demostrar a sus padres que se aburre un montón. Ahora veía que ella levantaba la vista un par de veces para ver si yo estaba en lo que debía estar, pero yo seguía sentado con la mirada perdida y la boca abierta.

Y entonces (leía mis propios pensamientos) moví la mano derecha, extendí el brazo hacia su cabeza, para animarla. Mi mano se movía despacio, un movimiento lento, parecía uno de esos cuadros en los que Jesús le habla a un pecador de la fe verdadera; pero retiraba la mano antes de tocarla. Había cambiado de idea. A continuación se sentaba sobre mí, me acompañaba con la mano para que entrara en ella, y yo seguía sin hacer nada todavía; ella movía la pelvis rítmicamente y yo ponía las manos en las rodillas, *that's it*, como si no quisiera que la cosa fuese demasiado indecente, ni demasiado ordinaria, mientras aquellas formidables tetillas quirúrgicamente perfectas rebotaban delante de mi nariz.

Nos giramos, por iniciativa suya; todo era iniciativa suya y yo me preguntaba si eso era algo típico de las mujeres, si tenían un programa por etapas, o seguían una danza, primero esto, luego eso, se acabó. Una idea preconcebida de lo que formaba parte del menú, lo que se le ofrecía a su pareja y lo que no. Ahora estaba yo arriba. Al principio ni siquiera me percataba de que no había ninguna regularidad en mi empuje, o que empujaba raro de todos modos, torcido, un clavo con el que una y otra vez yerras el golpe, sólo veía mi triste excusa para lo que debía de ser un culo, nalgas pálidas y arrugadas. Lo que me había dejado en Chile. Lo que había desaparecido de mí. En algún lugar se abrió algo.

Ahora me veía decir algo y recordaba qué era, me leí los labios en la pantalla. «Quiero que te pongas delante como un caballo.» Ella se dio la vuelta, sobre sus rodillas y codos, con el culo en pompa hacia mí; desde la perspectiva de la cámara, su cuerpo adquirió la forma de un signo de interrogación puesto de canto. Yo tenía una perfecta polla de tamaño medio, pensé. También está bien saberlo. No se me ocurría cuál había sido el momento determinante, por qué llegaba ese punto de inflexión. Le agarré el culo con las manos, me salió su piel entre los dedos como si hubiera cogido mantequilla. Por primera vez vi los músculos pronunciados que me subían del hueso púbico, por primera vez me vi el vientre: nunca había estado en tan buena forma. Con cada movimiento veía tensarse nuevas superficies, músculos a lo ancho y a lo largo. Una tableta de chocolate que me bajaba desde el pecho hasta el pubis.

En la televisión me vi tocándome a mí mismo, mis manos recorriéndome el vientre y el pecho. Pero seguía empujando sin cesar, como un metrónomo. Había curro. Ella hundió la cabeza en la almohada, con cada embestida se estremecía con mayor intensidad, se movía hacia el cabecero, vi su mano derecha sobre la cama aferrándose a la nada, descontrolada. Y vi mis propias manos agarrando algo sin que pareciese que yo era consciente.

Me veía yo allí en Viena, en la televisión, retorciéndome los pezones.

Pareció por un momento muy breve, nada más correrme sobre su espalda, como si ella mirara a un lado —rápidamente, un mínimo movimiento de cabeza—, justo hacia la cámara.

Con un clic, la imagen se fundió en negro y me vi reflejado en la pantalla con una expresión desconocida en el rostro, ausente, hueca. Era un terreno muy trillado. Esas películas puedes verlas cada día en internet, me sabía de memoria el sitio web, estilo amateur, los chicos y chicas que grababan algo cuando estaban de subidón y, al separarse, las parejas despechadas lo subían a la red. Había otras emociones que deberían prevalecer, otras cosas que debería sentir, toda una serie de

preguntas que debería plantearme, pero en ese momento, en primera instancia, la admiración por mí mismo superó a la sorpresa.

Lo que por supuesto no quería decir que ésta no llegara, la sorpresa, el pánico ciego, el latido desesperado del corazón que sentía palpitar tan arriba de la garganta que tenía ganas de vomitar.

6

Hitler estaba vivo. En muchos lugares. En Chile, la columna vertebral atrofiada de América Latina, no sólo vivía Hitler Lima *fils*, cuya existencia le había inspirado a Brik mandarme para allá, sino también Hitler Lima *père*, el hombre al que no le parecía que su nombre tenía tanta carga cultural que no podía transmitírselo con orgullo a su hijo.

Poco después de haberme tropezado al bajar del avión, me recibió en su amplio despacho de decoración minimalista Amanda Romero, catedrática de Historia Civil en la Universidad de Santiago. Una asistente me trajo una botella de agua y Romero me ofreció asiento en un sillón que estaba un poco demasiado hundido. Ella, por su parte, estaba sentada con la espalda bien recta delante de una mesa de cristal con forma de hígado y cogió uno de sus libros, con el prestigioso título *deThe Oxford History of Chile*. Empezó a leerme: En la corte del Tribunal Supremo había una tal Pepsicola Phillipe, en el primer equipo de fútbol del Colo-Colo jugaba un Adidas Gómez y en el grupo femenino de música pop Bailamos cantaba y bailaba una tal Blancanieves Díaz. El escritor angloindio Salman Rushdie introdujo en su novela *El suelo bajo sus pies*(1999) a un futbolista chileno con el nombre clásico de Héctor Aquiles. El nombre era, además, una paradoja brillante, dijo ella, del tipo que tenía patentado Rushdie: Héctor Aquiles, troyano y griego, víctima y asesino, y sería totalmente increíble si no fuera porque el hijo del embajador chileno en las Naciones Unidas, una figura conocida en la alta sociedad del país, se llamaba Héctor Aquiles.

Más tarde me leí su estudio y di también con una referencia a *El papagayo del teniente* (1965), la única novela de Gabriel García Márquez que se desarrolla en Chile, en la que tres jóvenes rivalizan por la mano de la hija del alcalde: Minimaxi González e Ivanho Sucre pierden disputa, mientras que Donalduk Marinha parte por fin con la bella Ariel Bulnes hacia la puesta de sol. Tralalá, así continúa la historia.

En opinión de Romero, este tipo de nombres tan poco ortodoxos era consecuencia de la ola anticlerical que recorrió la política y los medios de comunicación chilenos en las décadas de los veinte y los

treinta del siglo pasado:

—Tienes que hacerte una idea de cómo era la sociedad chilena a principios del siglo XX. Enormes cantidades de emigrantes entraban en este país, las ciudades grandes eran un crisol de alemán, italiano, español, irlandés, griego, etcétera. Para no favorecer a ninguna religión y fomentar así las tensiones étnicas, las autoridades llevaron a cabo una rígida política de separación entre Iglesia y Estado desde el inicio. Lo que vemos es que los nombres habituales, que por lo general remiten a santos y a mártires, desaparecieron masivamente en aquella época en beneficio de nombres seculares, a veces inspirados en la política, pero con mayor frecuencia inspirados en la cultura pop norteamericana, que a partir de la década de los cuarenta alcanzó un auge sin precedentes. Llamarse Hitler no era un asunto tan grave.

Su teoría coincidía con una investigación realizada por uno de los estudiantes de Brik, que además de a los Hitlers había localizado también a cinco Stalins, tres Churchills y dos Mussolinis en la guía telefónica. Como iba muy lento tomando notas de la clase particular que me estaba dando Romero, a veces la pobre tenía que hacer una pausa. Vi que no se percataba de mi jet lag y me pareció un poco infantil sacar el tema, pero de repente quebró su rostro ausente con una sonrisa y dijo:

—Oye, chico, vete a dormir un rato.

Asentí y sonreí radiante, ya que siempre me he prestado a que me mimen.

—Mañana tengo que ir a Aquila.

—Eso está muy lejos.

—Tengo una entrevista con alguien que se llama Hitler y que le ha puesto ese mismo nombre a su hijo: Hitler Lima.

—Ése sí que es un nombre tristemente célebre —dijo—. Ve con cuidado.

Era el Hitler más conocido de Chile y había unos cuantos. Brik había encargado que le buscaran una estudiante que hablara español; antes de que yo partiera, la estudiante se presentó rebosante de alegría en mi despacho de *El Sonámbulo*. Podías encontrarlos en la guía telefónica nacional, así, sin más, entre todos los nombres normales y corrientes clareaba éste como una estrella fugaz. Hitler Mendoza, Hitler de la Huerta, Hitler Fazal. No pudo encontrar el nombre en Facebook —política de empresa de la red social para evitar que las personas creen cuentas con nombres de asesinos en serie y criminales de guerra—, pero sí encontró los Hitlers fonéticos, un Diego Ytler Bravo y un Ytler Macadanes.

Hitler Lima vivía en Aquila, una localidad costera a quinientos kilómetros al sur de Santiago, en la bahía de Jáuregui. Se encontraba

en la guía telefónica sin más, con su nombre completo. Eran seis horas de viaje. En la cafetería más grande del paseo marítimo había pintado un logotipo rojo de CocaCola, que debido a la brisa marina salada se había curtido y parecía una calcomanía vieja. Aquila no había sido nunca una atracción turística. Desde el bulevar tenías unas vistas a un extraño panorama; diversas corrientes provenientes del Polo Sur empujaban el agua del mar a la bahía, lo que le confería un aspecto insólitamente blanco y claro. Al mismo tiempo, la arena de la playa era negra como el carbón debido a la actividad volcánica de miles de años atrás, de modo que en verano era imposible andar por ella con los pies descalzos por lo caliente que estaba. Agua blanca, arena negra, el negativo de como debería ser.

Desde la playa se veía la casa de Lima, en la prolongación del paseo marítimo. Estaba un poco apartada de la población: una caja cuadrada, rodeada de altos pinos podados dispuestos en círculo en torno a la casa como guardianes.

Hitler Lima ya era mayor, pero caminaba derecho, con el pecho sacado hacia delante. Un hombre orgulloso. Un gaucho. Todavía tenía una buena mata de pelo blanco plateado y un espeso bigote rectangular. De la cadera le colgaba una pistolera que ahora estaba vacía, pero en cuanto salía fuera, e iba a la provincia, me contó, se llevaba el revólver de seis balas consigo. Me llevó por su casa y me mostró la perrera en el jardín, donde había cuatro dóberman con el pelo negro y brillante. Sacó a uno, que enseguida se sentó alerta, con las orejas erguidas. Lima le echó una golosina al suelo y el perro no se movió. Pasaron diez o veinte segundos hasta que le hizo una señal y el perro se lanzó a por ella.

La señora Lima nos trajo de la cocina una bandeja con café y galletas balanceándola de forma experta por encima del andador. Las galletas las había hecho especialmente por mi visita, y después de darles un solo mordisco le dije que estaban muy ricas.

—En realidad, deberíamos acordar que esta conversación transcurrirá según nuestras condiciones —dijo el señor Lima.

—Tal vez podría usted entregarle las preguntas de antemano para que él —la señora Lima no le llamaba por su nombre— pueda determinar con antelación de qué quiere hablar y de qué no.

—No hay ningún de antemano —dije yo—. Estoy aquí ahora.

La señora Lima y su esposo intercambiaron una mirada y no estaba muy claro a favor de quién se había decidido el diálogo, pero el señor Lima empezó a hablar. Había crecido en el interior, en un pueblecito dedicado a las plantaciones, entre las ramificaciones del río Garenta. Actualmente, el pueblo había sido invadido en su totalidad por la jungla y prácticamente olvidado, salvo por un puñado de arqueólogos e historiadores que visitaban el osario que se hallaba oculto, al igual

que en las novelas de aventuras, tras una cascada un poco más adelante. Eran los huesos, cráneos y columnas vertebrales de los indios mapuche, acosados y masacrados de manera sistemática desde el siglo XVI por los conquistadores. El padre de Hitler le llevó allí con él cuando todavía era un niño, subieron durante dos horas hasta alcanzar la cueva, y en la silenciosa oscuridad los huesos brillaban como la luna y su padre le dijo que no debía temerle a nada, mucho menos a los muertos.

Lima era un arribista, me contó. En la provincia podría ser el hijo de una persona importante, pero en la ciudad era ante todo un provinciano. Cuando iba extendiendo multas en uniforme por las calles de Santiago, los infractores que aparcaban en sitios indebidos le espetaban que se largara a la jungla; cuando estuvo en la brigada social, los yonquis y las putas se reían de él por su acento:

—He llegado a soportar que chulos y asesinos me explicasen cómo se iba a los sitios sin que se lo preguntara. Era de todo punto embarazoso.

El suceso que le hizo famoso ocurrió poco antes de que le ascendieran al servicio de seguridad. Un día normal y corriente, como tantos otros de entre semana, él y su compañero pasaron con el coche por delante de un banco, donde vieron que había alguien medio escondido en la puerta. No se había dado ningún aviso de alarma, pero cuando se detuvieron y bajaron del coche, dispararon a su compañero, que murió al instante. («Éramos perfectamente reconocibles como policías, con nuestros bigotes y nuestras gafas de sol.») En algún lugar de su cabeza se abrió una puerta y, sin pararse a pensar en absoluto en las posibles consecuencias, entró en el banco corriendo y las balas empezaron a pasarle rozando por las orejas —una le arrancó un gemelo de la chaqueta, otra le chamuscó el relleno de la hombrera—, pero Hitler Lima disparó cuatro veces, ni una más, y mató a los cuatro asaltantes. Los rehenes salieron indemnes y a él ni siquiera le faltaba el aliento.

—A veces oyes por ahí que hay personas que sufren una especie de *black-out*, que después no se acuerdan de nada. Yo me acuerdo de todo. Las balas me pasaban como a cámara lenta por delante. Recuerdo muy bien cómo entraba la luz en el edificio, y la mirada de los atracadores al abatirlos.

—¿Cómo era?

—Como si no se lo pudieran creer.

Lima mostró en el cuarto de estar las llaves de la ciudad de Santiago que le entregaron cuando se jubiló, y buscó una cinta de vídeo en la que estaba grabada la entrega de la «medalla al valor».

—Sus quince minutos de fama —le dije.

—No, qué va —replicó sin ninguna ironía—, la cinta de vídeo sólo dura dos o tres minutos.

El reproductor aceptó la cinta de vídeo con el sonido de un robot que tiene problemas para tragar, y al cabo de diez segundos de ruido de fondo apareció una ceremonia en pantalla. La cámara mostraba una hilera de hombres que saludaban al general Pinochet, quien en ese momento todavía no había subido al escenario. La imagen se trababa a veces. Sonaba música militar y la voz en off costaba entenderla, la cámara se acercaba a los hombres uno a uno. El tercero que apareció fue Lima: sus ojos seguían teniendo la misma calidad de azul acero, pero en la cinta tenía la piel de la cara tensa y segura de sí misma; ahora sí que llamaba la atención la anchura de su mandíbula. «H. Lima» estaba en imagen. Tenía el bigote espeso y negro y majestuoso, estirado en el labio como un animal entrenado.

Pinochet, con un uniforme blanco con toda clase de galones y charreteras dorados y de colores, hizo un alto frente a Hitler Lima, que sacaba pecho más derecho que una vela. El realizador pasó a otra cámara con un primer plano del general. Pinochet parecía frágil, pero quizá eso se debiera a que yo sólo le conocía de anciano de las noticias, y ese futuro influía en la historia: un espejo de dos caras. Después de haberle impuesto la medalla, el general volvió a saludar a Lima. Aunque no supieras qué iba a decir, podían leerse las palabras en sus labios sonrientes.

—*Heil Hitler*! —rió de oreja a oreja Pinochet.

Fue después cuando empezó todo realmente. Los colegas comenzaron a ponerse firmes, chocando los tacones al pasar él por delante, le recibían con una amplia sonrisa y le respondían «*Jawohl, mein Führer*!» si les pedía que le trajeran café. Un par de veces tuvo que abrirse camino por un pasillo de honor de manos derechas levantadas, y cuando durante una reunión semanal en que informó de que había resuelto una investigación, el comisario jefe le dijo que nunca había dudado de que llevaría el asunto a una «pronta *Endlösung*».

—Pero no vaya a pensar que era verdad. Era simplemente…, cómo lo llaman…, humor de oficina. Al igual que otras personas llenan los azucareros con sal, para que te eches lo que no debes en el café. No tenía nada que ver con el asesinato de judíos.

¿Qué era lo que sabía del origen de su nombre?

—Mi padre era el supervisor de la plantación de cacao. Todo el mundo trabajaba para él en el pueblo, todo el mundo se hallaba bajo su responsabilidad. (…) El correo llegaba dos veces por semana, los martes y los viernes. Pocos sabían leer o escribir, pero todo el mundo mostraba un saludable interés por las noticias, así que al final del día mi padre cogía el periódico y se lo leía en buena parte a sus

asalariados, que no perdían ripio. (…) Las historias procedentes de Alemania eran muy inspiradoras por aquella época, eso no podrá usted negarlo. También en Chile la Depresión había traído problemas, y allí había alguien (alguien de procedencia humilde) que levantó todo un país. Alemania era un país al que mirábamos con envidia. Cuando mi madre me tuvo, Hitler era un nombre inspirador.

Eso fue en abril de 1940, justo antes de que la Alemania nazi arrasase Europa occidental. Su padre recortó una fotografía del periódico en la que Hitler posaba ante la Torre Eiffel. Lima lo recordaba, lo que hace pensar que la foto seguía estando colgada en alguna parte mucho después de que la guerra hubiera terminado. En aquella época, una guerra era otra cosa, dijo. No era el tema tabú que es ahora. Formaba parte de la política.

La conversación fue mucho más allá, habló de su padre, que tenía dificultades para comprender la realidad de la Segunda Guerra Mundial; de su vida como padre de cuatro hijos; del hijo al que le había puesto su nombre, sólo porque «es lo que hay que hacer»; padres e hijos, *never easy*, tralalá…; habló de los cuadros de su hijo y me mostró uno que le había regalado el día del padre; yo iba apuntándolo todo. A cada pregunta que le hacía, él tenía una respuesta educada y precisa; su esposa nos trajo dos cervezas frías y una fuente con cacahuetes. Pinochet ya no volvió a salir en la conversación.

Lo más raro era que yo había ido allí por un nombre, por un caso que era más *human interest* que historia, y todo me parecía estupendo, no me hacía muchas preguntas al respecto. Pero bueno, tal vez éste fuera uno, durante los años más terribles del régimen de Pinochet hizo carrera en el servicio de seguridad, quizá llevó alguna vez a un grupo de diez o quince personas por la trampilla de carga de un avión, a los socialistas, a los disidentes, y después esperaba hasta que hubieran dejado de gritar, a que sus cuerdas vocales ya no pudieran más, y luego los lanzaba en algún lugar de la costa desde tres kilómetros de altura. Me lo preguntaba y más adelante me pregunté si hizo realmente eso el régimen de Pinochet o alguna otra junta militar sudamericana, siempre los confundía, los malvados, sus métodos. ¿Acaso era Chile el país de los campos de fútbol y Argentina el de los aviones? ¿O era al revés? Nunca he estado muy interesado en los excesos específicos del totalitarismo en sí.

En ese momento no tenía ni la más remota idea de lo que me iba a pasar, no sabía nada de la infección que, a la sazón, circulaba por mi cuerpo como un servicio secreto, Brik todavía gozaba de buena salud, Pippa en ese momento llevaba ya mucho tiempo sin ser mi novia, amante, compañera, como se lo quiera llamar. Había orden.

Me puse a pensar en cómo me habría sentido allí en otra época,

con un bloc y mis preguntas y un casete para grabar, cuando los aviones de la junta aún sobrevolaban el cielo. Menos libre, más temeroso, sin duda, pero entonces habría tenido una misión: sacar a la superficie algo oscuro. Amanda Romero, de la Universidad de Santiago, ya me lo había advertido; creo que todavía tenía en la cabeza el papel de los periodistas de entonces, con el riesgo incluido. Pero frente a mí no había más que un *pensionado*, un señor mayor que parecía como si ya ni siquiera le interesara mentir para su propio beneficio, simplemente decía lo que pensaba. Si ése era el último rostro que habían visto innumerables disidentes en esta vida, ahora me miraba amable y pasivo, y yo le devolvía una mirada amable y pasiva.

Pasivo. Amable. Calmado y sereno.

Ésa era la divisa, ése era yo. Frente a la revolución permanente de torpezas de Brik, frente a sus deslices, sus desaires, intencionados y sobre todo no intencionados, yo era el cuerpo diplomático. La corbata me quedaba bien, el color de los calcetines armonizaba con el de los zapatos; deshacía los malentendidos, le seguía como un aspirador de mano. Le disculpaba ante sus anfitriones a cuyas cenas llegaba una hora tarde; le disculpaba cuando incumplía los plazos, por todos los libros y películas que pedía prestados y después se dejaba olvidados en trenes y aviones. Yo desmantelaba conflictos, no los creaba.

Y luego Pippa, para quien yo funcionaba como una señal de tráfico. Yo nunca iba en bicicleta a su lado, sino un cuerpo por delante de ella, para que pudiera ver qué dirección tomaba cuando cambiaba de carril; le decía cosas como: «Cuando el semáforo esté en verde, cruzamos.» Todo para evitar que se quedara encallada dudando en medio de un cruce, demasiado insegura para avanzar, demasiado cabezona para retroceder.

Ése era mi papel. Se esperaban cosas de mí. Calmado y Correcto.

Y sin embargo iba yo por allí, precisamente yo, con grandes pasos de pánico por el pasillo de mi hotel de cinco estrellas. Correr. Ése fue mi primer impulso. Un instinto primitivo, como los que el ser humano siempre ha tenido, salir corriendo a toda pastilla de los incendios forestales, de las inundaciones, de los pterodáctilos, de los smilodones, de los osos, de los lobos, de incursiones de las hordas mongolas. Pero ¿de qué estaba huyendo ahora? De mí-mismo-que-noera-yo-mismo. De cámaras digitales. De emisoras de televisión pirateadas, de grabaciones secretas. De alguien con quien no había coincidido nunca.

Por lo demás, no corría de verdad, pues llamaría la atención; daba pasos de los que das cuando intentas salvar un charco. No es que pudiera verme alguien en el pasillo, pero bueno: eso mismo pensaba también anoche en la habitación de Nina.

Conseguí por los pelos meter un pie entre las puertas del ascensor que se cerraban, y me di de bruces con el búnker ambulante de Raimund Pretzel, *Pantzer Pretzel*, y una enfermera que le estaba metiendo los dedos índice y corazón por la nariz formando la V de la victoria, probablemente para ajustarle mejor los tubos del oxígeno. *Sic transit gloria mundi*. A través de los cristales de culo de botella de sus gafas vi que uno de sus ojos, el que no había sido tapado con un parche, estaba nítido y examinaba mi rostro detenidamente. Las puertas del ascensor volvieron a cerrarse. Esperé a que la enfermera terminara y me incliné hacia él, con las manos en las rodillas y con una estúpida sonrisa en el careto que pretendía ser inocente, como la que pones frente a un niño pequeño o a un animal de un zoo infantil.

—Señor Pretzel, ¿me permite decirle que sus publicaciones siempre me han resultado muy sugerentes?

Naturalmente, quería demostrarme algo a mí mismo: que era capaz, en ese momento, de mantener una charla, que mi mente podía mantener a raya toda la adrenalina que me recorría el cuerpo. *Mind over matter*, el intelecto por encima del bajo vientre.

Me miró con el ojo nítido y le apareció un amago de sonrisa en la boca torcida.

—Gracias —dijo, apenas con un hilo de voz—. ¿Se dedica usted a la historiografía?

—A los estudios hitlerianos.

Asintió con un movimiento de cabeza, algo que todavía podía hacer, y dijo entonces con la voz forzada de alguien que intenta hablar a través de una flema:

—Un campo de investigación muy fascinante.

Pasé un momento de vergüenza cuando le respondí cuál era mi campo de estudio; este hombre, que había dado forma con sus investigaciones históricas a los debates sociales actuales sobre la reunificación de Alemania, sobre las intervenciones europeas en la guerra de Yugoslavia, ¿no tenía mejores cosas en su fatigada cabeza que estar con un grupito de teóricos concentrados en sí mismos? Pero después no pude evitar que su reacción me resultase decepcionante. Y él también. Muy fascinante, sí, realmente fascinante.

—Tengo entendido que en su campo de estudio no hay ningún tema que sea demasiado insignificante, ¿es eso cierto?

No me podía demostrar lo que me quería demostrar; al menos no lo podía hacer yo mismo, en el ascensor, apenas diez minutos después de que la pantalla de la televisión hubiera cambiado a negro. Se abrió una trampilla, un agujero en el techo.

—Yo investigo el porno hitleriano, ¿lo conoce usted? —pregunté —. Se dice que en la Alemania nazi no se producía porno (aunque si

miramos con nuestras gafas pornificadas de hoy en día la propaganda de Leni Riefenstahl, vemos bastante *innuendo*, con todos esos niños rubios sin camisa), pero lo compensaron con creces en la década de los setenta, cuando el porno nazi se convirtió en todo un subgénero, ¿lo sabía usted? Yo investigo a los actores, los estudios cinematográficos, los presupuestos, las reacciones críticas, al público destinatario. He contado las escenas sexuales. Tantas felaciones, tanto sexo lésbico, un uso muy frecuente de accesorios. *Nazisploitation* o *Nazi sexploitation*, como quiera llamarlo. Con especial atención al ámbito sadomasoquista que aparece tan frecuentemente, pequeñas niñas ocultas en escondrijos que deben hacer cosas para hombres uniformados. O mujeres uniformadas que dominan a hombres. Una perla del género es *Ilsa, la loba de las SS*, una cinta apasionante, por cierto, de 1975, sobre la comandante de campo Ilsa, que todas las noches elige a un preso y lo viola, lo único es que, debido a su libido insaciable, se enfurece cuando su víctima eyacula y lo castra de inmediato. Al final, elige a un prisionero de guerra americano que es capaz de aplazar tanto el orgasmo que utiliza en su provecho la debilidad de la comandante. De esto se desprenden cuestiones evidentes: ¿de qué es metáfora la potencia norteamericana? ¿Qué analogía encontramos en la insaciabilidad alemana? Todo tiene un significado y a la vez otro. Se dice que antes de convertirte en un experto en algo, necesitas al menos tener diez mil horas de experiencia; bueno, señor Pretzel, pues yo estoy en ello. Fascinante, ¿verdad?

Pretzel respondió con un chaparrón de estornudos entre los que llegué a entender algo similar a «su nombre».

—¿Mi nombre? Qué buena pregunta. Me llamo Philip de Vries. D-E-V-R-I-E-S. Y entre «de» y «Vries» un espacio, son dos palabras. En la edición de primavera del *Journal of Contemporary History* hay un extenso artículo mío. Ocho mil palabras. Me pasé todo un mes escribiéndolo. «El cunnilingüista, la fijación oral en el lenguaje peyorativo de la "Nazi exploitation" 1969-1975.»

—Lo buscaré —dijo, ahora con buena voz, mientras miraba visiblemente a otro lado, algo incómodo. Yo di una palmada con las manos y levanté los dos pulgares, gesto internacional del gilipollas, y salí de un salto por las puertas del ascensor, que estaban abriéndose.

—¡Guay! ¡Mi nombre es Philip de Vries, no se olvide!

Lo más insólito era que lo tenía todo preparado; *Ilsa la loba*, Leni Riefenstahl, todo lo había leído alguna vez, todo se me había quedado colgando en algún sitio, y ahora se soltaba, como la suciedad incrustada cuando la dejas en remojo. Datos e ideas. Como confeti. Como caspa. Teorías. *Oh, Moro, extraño hombre negro, siempre con la boca llena de tesis y sin una mala puerta de iglesia en que clavarlas*.

Quieres decir tan llena de heces.

Pobre Pretzel. Necesitaba beber algo para recuperarme del caos de mi imaginación. Y comer algo. O algo de dinero, algo que comprar, algo para tranquilizarme y volver a relacionarme con esos miles y miles de personas de la ciudad que se consumían despacio en dirección a la Navidad. Atravesé deprisa el vestíbulo del hotel —¡no correr!, ¡no correr!— y volvía a estar allí el implorante rostro de Yuki Hausmacher, que se me acercaba deslizándose como un fantasma por el pasillo de una iglesia, el papel apretado entre las manos.

—¡¿Señor De Vos?!

Ése era mi nombre, pero el señor De Vos se había ausentado un instante, el señor De Vries gozaba ahora de prioridad.

—¡Un momento!

Así que entré en lo profundo de la tarde a través de la puerta giratoria poco antes de que pudiera abordarme. En la plaza, cerca de la Ópera, el espectáculo de Wagner había terminado. Retiraban las vallas de contención y todos los turistas volvían a tener vía libre. Me encaminé de nuevo a la Heldenplatz y llegué en un momento, pues Viena era ridículamente pequeña, y cuanto más me acercaba al hotel de Nina, mayor era mi sensación de que se me estaba pasando algo por alto. Era una imagen lo que me había perdido, la idea de un resultado. Al parecer, los mejores atletas siempre podían visualizar cada movimiento antes de entrar en acción, con todo detalle, saben exactamente cómo entrará el balón por la escuadra; yo no tenía ni la más remota idea de cómo podía terminar todo aquello, qué me acarrearía, con quién tendría que vérmelas y, si esto tenía una solución fácil en la que sólo tuviera que pedir disculpas, cuál era. Lo único que me veía haciendo era entrar en el hotel y sacar de los dos bolsillos de mi americana dos de esos anticuados revólveres redondos y como Hitler Lima en el banco del atraco, ponerme a disparar a todo el mundo, uno a uno, como si fueran los bolos de una bolera: a los porteros, los conserjes, los botones, la recepción, las mujeres de la limpieza, los huéspedes, Nina, Sweder Burgers y Philip de Vries, en medio de una nube de pólvora y humo, como Bonnie & Clyde reencarnados en un solo hombre.

Never mind.

No fue necesario. Nadie estaba esperándome en el vestíbulo del hotel y nadie estaba esperándome en la habitación de Nina. No recordaba el número, pero sí que la habitación estaba en el quinto piso, allí donde el pasillo terminaba en un *cul-de-sac* y había un cuadro grande y barato de lo que debía representar a un oficial de caballería de la época del Ausgleich. Era la habitación 519. La puerta estaba abierta, la habitación vacía, la cama hecha con las sábanas limpias. Olía a limón. En el lugar donde debía de haber estado la cámara, justo

encima de una lámpara fija, había quedado colgando un pequeño trozo de cinta adhesiva, del tamaño de una tirita.

En la recepción también fueron tan amables como cabría esperar: la señora de la habitación 519 había pagado y se había marchado esa misma mañana. Desgraciadamente, no podían informarme de su destino. La repentina partida hablaba por sí sola, pensé. Era una fuga o una confesión de culpa.

En el mostrador de recepción me asaltó una sensación de cansancio y de hambre y de aburrimiento, aunque también eso me resultara difícil de creer. Al principio pensé que era el vacío producido por un anticlímax, pero era más que eso: era como si me hubieran hecho algo (¡y me lo habían hecho!) y quisiera empezar a vengarme (*revenge!*) de quien fuera, pero nadie daba la cara y no me quedaba más remedio que volver de nuevo a mi habitación de hotel con su lujo artificial.

El hambre fue lo más fácil de solucionar. Al final de la calle del hotel ardían las luces de unas cuantas tiendas y quizá también de cafeterías, y no mucho después me detuve ante la puerta de una tienda nocturna bastante vulgar. En lo alto del escaparate colgaban paquetes de compresas y cuchillas de afeitar de marcas de segunda, de la misma forma que en las charcuterías cuelgan los mejores embutidos ahumados, un muchacho de Oriente Medio detrás de la caja jugaba aburrido con su móvil. Las marcas de dentro eran tranquilizadoras; familiares logotipos, colores y formas conocidos. Había un par de clases de patatas fritas, pero el envase era el de siempre; las botellas de refresco de cola eran de un plástico más suave que en los Países Bajos, como en todas partes, pero los nombres de las marcas te ofrecían la sensación familiar de que transitabas en la segura hegemonía de mercado cultural tan segura del primer mundo, que realmente nadie podía ni quería hacerte daño. Era la internalización, la personificación de la teoría de los arcos dorados: que dos países en los que se hayan establecido franquicias de McDonald's nunca se declararán la guerra.

Haribo macht Kinder froh. Pagué y me fui con la bolsita de golosinas de melocotón a sentarme en los muebles de jardín que había delante de la tienda y que hacían de terraza de la cafetería cerrada de al lado.

El borde exterior de azúcar estaba duro, aunque si lo traspasabas notabas enseguida el suave pero también fuerte relleno dulce, una suerte de pulpa química. Había golosinas de melocotón de diferentes tamaños y ése era mi favorito, el tamaño más pequeño, que comparativamente tenía una mayor superficie exterior. Me gustaba la parte dura, la densa, los granos de azúcar rugosos en la lengua.

Me pasaron por delante varias personas, una mujer de la edad de mi madre que llevaba entre el pulgar y el dedo corazón un kebab enrollado, como si en realidad se estuviera comiendo unos *hors-*

d'œuvre, como si quisiera engañarse a sí misma pensando que realmente no se estaba tomando de cena un kebab enrollado. Tenía los ojos grandes y el flequillo corto. Bajo las comisuras de la boca había un poco de salsa de ajo. Lucía un chal largo que le envolvía complicadamente el cuello, pero llevaba el abrigo abierto, por lo que pude ver la tarjeta de identificación con el logo del congreso.

—Que aproveche —le dije.

—Buenas tardes —respondió ella.

Sin duda iba de camino al hotel, donde sin duda se alojaría en el mismo tipo de habitación que Nina. Ojalá me la hubiera cepillado a ella, pensé sonriendo, mientras volvía a entrar en la tienda para comprar otra bolsa de golosinas de melocotón. Volví a sentarme y sentí que se me empezaban a quejar los músculos de las piernas.

Me metí en la boca dos o tres golosinas a la vez. Me llevó a pensar en el soldado del final de *Adiós a las armas* que, mientras su amante se muere de parto, se zampa cuatro o cinco platos de chucrut. *I was not made to think. I was made to eat. My God, yes*. Pippa era la única mujer a la que había visto leer con placer a Hemingway; Brik lo odiaba. Cuando la bolsa estuvo vacía, me metí el dedo en la boca y luego lo pasé por el fondo de la bolsa, para que se le pegaran todos los granos de azúcar, y me lo chupé. No era un sabor que durara mucho.

—Buenas tardes —oí, y levanté la vista hacia los indiferentes y acuosos ojos de Markus Winterberg.

En la estrecha calle, donde el sonido de los pasos debía de poderse percibir tan fácilmente, no le había oído acercarse. Pero sonreí y levanté la bolsa de golosinas vacía:

—Se acabó. Llega demasiado tarde.

—En realidad, confiaba en que fuera camino de su hotel, señor De Vries. Al señor Burgers le gustaría hablar con usted. —Él también sabía cómo pedir las cosas de manera que no te pudieses negar, me pareció. Volví a sonreír—. El señor Burgers no le quitará mucho tiempo. Le está esperando en su suite del hotel.

—¿Se trata de lo que creo que se trata?

—El señor Burgers se lo explicará.

Winterberg hablaba neerlandés, pero estaba claro que no era nativo. Era como si les diera a todas las palabras un peso mayor del que tenían.

—¿Durará mucho?

—Eso difícilmente puedo valorarlo yo.

De sus labios grasientos y carnosos pendía un asomo de impaciencia y superioridad. Muy bien, pensé. Así que es esto. El desenlace. Y que te den. Todo este trajín de la *mistaken identity* no es culpa mía. Estaba en todo mi derecho. Él fue quien se hizo pasar por

mí. Él estuvo en la televisión y habló en el servicio conmemorativo y salió en el periódico y tendría que haber sabido muy bien que ése no era su papel, que era el mío. Así pues, a por todas; casi lo dije en voz alta. Venga, haz de mí lo que quieras.

A Burgers no se le veía de momento por ningún lado cuando entramos en su suite, pero Winterberg me aseguró que llegaría enseguida. En el ínterin, dijo, podríamos dedicarnos a otra cuestión. Sacó de un sobre dos fajos de papeles y me entregó uno a mí. El texto se hallaba impreso en papel de cartas de la Burgers Foundation de Brasschaat, Bélgica.

—El señor Burgers le pide que vaya leyéndose esto, si no le importa.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Léalo. Regreso enseguida —dijo, y salió de la habitación. Yo me quedé mirándole, los anchos hombros, los tres pliegues en la grasa del cuello.

Me quedé solo. La suite era agradable. Me había esperado paredes revestidas de madera, macizos aparadores y otras cosas que asociabas a la Viena de los Habsburgo (patas de mesa de marfil, bastones que ocultaban estiletes, cortinas que absorbían la luz y una tendencia general al suicidio), pero la habitación estaba decorada con un estilo sobrio y moderno. Grandes ventanales que daban a la Ópera. El sofá gris arena que me había indicado Winterberg para que me sentara no tenía cojines ni perifollos, sino que era anguloso y todo de una pieza.

A pesar de todo, durante el primer par de minutos fui incapaz de leer. Sólo mantuve clavada la mirada en las hojas de papel. Las letras en el papel de Winterberg al principio no formaban palabras. Flotaban. Quizá estaba histérico (después de todo, Viena era la ciudad donde se había descubierto la histeria, ¿no es cierto?). Debía leer y eso no tenía por qué suponer un problema. Era a lo que me dedicaba, el equivalente a cuarenta horas por semana a tiempo completo. Leer, subrayar cosas, mejorar la puntuación, hacer observaciones al margen. Yo era mejor leyendo cosas que participando en ellas. Ya desde niño en la escuela primaria, mentía o exageraba sobre cientos de aspectos sólo para ver hasta dónde podía llegar antes de que me pillaran, aunque jamás me pillaron, hasta que una vez conté que me había terminado un libro de caballerías en una semana. La señorita no creyó que no me hubiera saltado ningún capítulo, que no hubiera «hecho trampas». Pero era verdad. Me lo había leído realmente en una semana. Me puse furioso, era un insulto a mi honor. Un par de años después volvió a ocurrir, cuando mi profesor de secundaria se negó a creer que me había leído *El señor de los anillos*. Todavía recuerdo que ese profesor empezó a provocarme en clase: si se lo ha leído de

verdad, señor De Vos, díganos, ¿cómo se llama la araña? ¿Por qué Boromir detesta a Aragorn? ¿Cómo llaman los elfos a Gandalf? ¿Quién es el auténtico «señor de los anillos» del título? *There is but one lord of the rings*, dije yo, *and he does not share power*, y para dar más fuerza a mi argumento y a mi ira y mi orgullo me aseguré en los cursos siguientes, siempre que tenía clase con él, de tener la novela más voluminosa posible sobre mi mesa y empezar a leerla ostensiblemente.

No sé si fue eso lo que me empujó hacia la literatura, la historia y los estudios culturales, y de esa manera hacia Brik y *El Sonámbulo*, pero en ese momento, cuando era un adolescente inestable, que me di cuenta de que se trataba de una manera clara y evidente de obtener poder. Leías un libro y lo sabías: conocías a los personajes, sabías por qué eran quienes eran, poseías el conocimiento. Pasabas los dedos por las páginas, notabas el olor del papel: cuanto más viejo, más amarillento, más dulce. Nunca me tomé la lectura como una obligación, siempre como algo útil.

Eso me ayudó. Acordarme de por qué leía. Podía llamarme al orden: lee ese texto, Friso.

> Era un trozo de maqueta: una fachada doble, tal vez de treinta centímetros de ancho, dos plantas de columnas tan altas como el dedo corazón, detrás una fachada con nichos, donde, en el mundo ficticio que representaba la maqueta, habría habido bustos. Desde cierta distancia parecía hecha de marfil. A Brik le volvía loco, había pagado por ella un par de miles de dólares; no porque fuera un trozo roto del modelo a escala de la Germania de Albert Speer, que se encontraba en la Cancillería del Reich como una casa de muñecas, sino precisamente porque no lo era. El trozo de maqueta había salido a subasta por más de diez mil dólares: un teniente del servicio secreto ruso la había sustraído supuestamente de las ruinas del búnker de Berlín, en la primavera de 1946. En la maqueta había una carta del oficial soviético, un tal Arkady Rossovich. Berlín estaba tranquila a pesar del elevado dinamismo, escribía. Las personas evitaban el contacto visual. Le escribía a su madre que a veces estallaba una tormenta de invierno y que todo el mundo acababa con los ojos rojos y húmedos por la carbonilla y la pólvora que todavía llevaba el frío viento.
>
> Rossovich había empezado la guerra con cierto estupor; era profesor de lenguas clásicas en un pequeño instituto de San Petersburgo, Leningrado, y trabajaba en una monografía sobre los mitos de Aquiles cuando le llamó a filas el servicio secreto. La guerra le había sacado de sus autores clásicos para llevarlo a la actualidad; del arte a las armas. «Ahora debo dejar a mi Horacio», le escribía a su hermano nada más concluir la

Operación Barbarroja, «y concentrarme en Clausewitz, Maquiavelo y *Mein Kampf*.»

Lo que había llevado a Rossovich a Berlín era un rumor, y justo en esa fase en la que el Telón de Acero empezaba a materializarse, los rumores podían pesar más que los hechos. Era la historia de que Hitler, el sonámbulo, seguía vivo, y que tal vez le habían concedido refugio incluso en una de las zonas occidentales. A él no le cabía ninguna duda de que lo que más tarde se conocería como el *survival myth*, la obstinada creencia de que Hitler había escapado del búnker donde se encontraría su cuerpo carbonizado, era un jueguecillo, una pista de información ficticia pensada para crear inquietud entre los aliados. No se lo había dicho nadie, pero comprendía cómo funcionaban las cosas: su presencia proporcionaba una tapadera al Kremlin.

Winterberg entró con una bandeja con tazas y una tetera.
—¿Quién ha escrito esto? —pregunté.
Winterberg se encogió de hombros.
—Léalo como si no importara —dijo, y eso fue lo que hice.

En el invierno de 1945-1946, Rossovich entrevistó al círculo de políticos, militares y servicio doméstico que había pasado los últimos días de la Alemania nazi en el Führerbunker. Habló con Traudl Junge, que estaba recuperándose de la difteria en un hospital de la zona británica, un ser frágil con ojos de besugo, la secretaria que había anotado el último testamento político de Hitler. Habló con Ewald Lindloff, miembro de la guardia personal de Hitler detenido, que había rociado personalmente con gasolina los cuerpos de Hitler y de su amante secreta; él mismo no sabía a ciencia cierta si había hecho bien o no. Habló con Albert Speer, callado como un sarcófago, que decía frases calmadas que parecían proceder de una profundidad más insondable que la de su propia persona. El arquitecto del Reich tenía convicciones profundas sobre una sola cosa; se le veía en la mirada. Mesmerismo.

Intentaba hacer todo el trabajo de campo y todas las entrevistas por las mañanas, para poder escribir a mano por las tardes sus experiencias en fichas pautadas que luego, por la noche, pasaba a máquina después de cenar. Mantenía diferentes cuotas de palabras; consciente de que la precisión y la concisión se valoraban, tenía la norma de que la versión mecanografiada debía ser como máximo la mitad de la versión manuscrita. Cada día apuntaba sus progresos (lista de teléfono; número de palabras; hora de irse a la cama) en un diario.

No sabía bien qué esperaba encontrar en las ruinas del Reichstag. Se había advertido de la posibilidad de que hubiera bombas trampa. Su intención no era saquear, no esperaba encontrar teléfonos de oro ni cuberterías de plata para llevarse a casa. Era curiosidad. Desde el Volga hasta Berlín había visto a muchachos de su edad, a veces amigos suyos, correr derechos contra las ametralladoras alemanas, se perdían vidas como lágrimas en la lluvia. Columnas de humo negro procedían del Reichstag y ahora le resultaba imposible no ir a mirar allí. Tenía que saberlo. Qué había allí, en ese centro neurálgico de la guerra.

Se quedó perplejo al comprobar lo fácil que le resultaba acceder a los lugares donde había muerto Hitler. En la entrada encontró a dos soldados rusos, muchachos desgarbados, aburridos como ostras, que le dejaron entrar a cambio de un par de cajetillas de cigarrillos; descendió por una escalera apenas iluminada que le recordó las estaciones de metro moscovitas. Grafiti en las paredes, escritura cirílica.

En la parte de abajo, los pies le desaparecieron en las aguas residuales que le llegaban a la altura de los tobillos. Fue difícil para él, con su formación clásica, reprimir una sonrisa y pasar por alto el simbolismo de toda la situación: estaba entrando en la historia de manera subterránea y clandestina, en la penumbra, como un profanador de tumbas relamiéndose con los tesoros del faraón.

También pensó en una antigua leyenda noruega que dice que, al morir, los grandes hombres penetran en la montaña y a veces, durante las largas noches, puedes oír sus voces procedentes de lo más profundo de la tierra; pero la intención de Hitler era que después de él no quedara ninguna montaña, ninguna voz procedente de las profundidades, ni tierra, y seguramente nadie que estuviera allí arriba para escucharla.

—Esto está escrito realmente de manera muy rara. No es la forma de escribir para un catálogo de vuestra Foundation, ¿no?

Pero tenía que controlarme, pensé con un sobresalto; esa experiencia con la redacción final la tenía Friso, no Philip. Yo era el de las destrezas, no Philip.

—Siga leyendo —volvió a decirme Winterberg.

Así que eso fue lo que hice, muy obediente.

Su linterna alumbró una rata que de inmediato se quedó rígida como un palo, mirándole fijamente. En el bolsillo de la chaqueta, Rossovich encontró un trozo de goma que arrojó al

bicho. La rata se alejó con un salto y se metió en el agua para irse nadando; así es como nadan las ratas, pensó.

Una escalera le llevó a una red de galerías que daban a pequeñas habitaciones despejadas. La humedad goteaba por todas las paredes, el olor nauseabundo a fuego, orina, gasolina y vacío resultaba cada vez más perceptible. El papel y la basura flotaban en el agua. Tendría que haber regresado con botas de caña alta, con más luz, con un par de asistentes, pero ahora estaba allí solo, entre archivadores descerrajados y mesas destrozadas. En un escritorio había un teléfono negro con el cable cortado. Hubo un tiempo en que ese cable no estaba cortado, pensó; un tiempo en que se hallaba operativo. Hubo un tiempo en que ese cable se aferraba como un tentáculo al continente, órdenes con consecuencias. «*Mein Führer*: noticias del frente occidental. Se ha perdido la cuenca del Ruhr.» «Que inunden las minas. A los judíos les costará veinte años que vuelvan a ser practicables.»

Había abolladuras en las paredes que le parecieron agujeros de bala. Como en el Prinsenhof de Delft. Pasó las yemas de los dedos por encima: ¿quiénes se habían suicidado allí? ¿Quiénes habían corrido por allí, desesperados?

Miró hacia el teléfono. El tintineo era un sonido disonante, un sonido malignamente alegre en un mundo subterráneo de golpeteo sordo y desgarrador. Aquella primavera en Berlín se generaron treinta metros cúbicos de escombro por habitante.

—*Mein Führer*: los aeropuertos han sido alcanzados por un bombardeo de precisión. La Luftwaffe no puede despegar.

—La Luftwaffe, hace tiempo que tendría que haberla liquidado.

Fue vadeando por el agua salobre hacia una habitación pequeña que servía de antesala a una habitación mayor; allí podías imaginarte un reparto de papeles, una disposición de espacios. Cámara y antecámara. Jefe y secretaria.

—Traudl, querida niña, no te quedes aquí más tiempo, rodeada así de tanta muerte.

Las manos y los dedos le temblaban constantemente, como si accionara un telégrafo invisible, pero ¿quién recibía aún los mensajes?

La habitación grande estaba llena de armarios abiertos y cajas vacías. Buscó lo que debían de haber sido las literas de los hijos de Goebbels —Helga, Hildegard, Helmut, Holde, Hedda, Heide, de edades entre los tres y los doce años—, pero tenía miedo de encontrarlas. Una imagen: Magda Goebbels se arroja

a sus pies: ¡no lo hagas, piensa en nosotros, en el sueño nacionalsocialista! Él la aparta bruscamente, ¡*nada de dramas*!, porque él sabe que este sueño podrá soñarlo muy poco tiempo. A 8,2 metros por encima, gritan los berlineses desesperados sin saber dónde deben buscarlo. El Ejército Rojo va acercándose casa por casa.

«¡Que Axmann movilice a las Juventudes!»

Una nueva antesala, otro escritorio. Otro teléfono, *Fegelein*!, en la mesa una máquina de escribir: las varillas retorcidas, la cinta desgarrada. Al lado una mesa, perfecta por si quieres dictar a la mecanógrafa.

—Sobre todo conmino a los dirigentes de la nación y a todo el personal a la observancia puntual de las leyes raciales y a la resistencia implacable contra el gran emponzoñador de todos los pueblos, el judaísmo internacional… ¿¡*Quieres volver a leerlo otra vez, Traudl*?

Había un segundo escritorio en la antesala, en el centro otro teléfono negro resplandeciente, como el busto de un lisiado.

Speer apareció para despedirse. Ministro de Armamento y Munición. Dijo que tenía el deber de confesarle que se había negado sistemáticamente durante los últimos meses a cumplir la orden neroniana de Hitler. Había saboteado la estrategia de tierra quemada y había paralizado las fábricas de munición. «Consideraba mi deber decírselo.»

Hitler lo escuchó con tranquilidad, ausente, con el pensamiento en las fábricas de ceniza del Este, que habían seguido funcionando. Guardó silencio, Speer se fue y el teléfono sonó.

—¡*Führer*, ya hemos perdido el contacto con Wenk! Los rusos…

—No os preocupéis, no os preocupéis. Yo siempre sé lo que hay que hacer.

Aquí habría cerrado la puerta a sus espaldas de un portazo, con tanta fuerza que no quedaría nada de la puerta.

No estaba cerrada con llave. Las paredes del cuarto estaban calcinadas; también esto se lo habían contado, concretamente dos soldados indiferentes. Bormann, dijeron (¿cómo lo sabían?), había querido destruir los aposentos privados de Hitler, pero el fuego se apagó solo. Demasiado poco oxígeno. Bormann fue el primero que entró en la habitación. Humo de pólvora. Olor a almendras. Ella se había acostado junto a él, colocándole el pelo ondulado sobre los hombros, y poco a poco fue desapareciendo la sonrisa siempre forzada de su rostro. Por fin.

Casi había escrito mal su nuevo nombre en el libro de familia, un par de horas antes. Había escrito Eva B y luego había borrado la B, ahora era Eva H. «Eva Hitler, nacida Braun.» Como siempre, había hecho lo que él le pedía; ahora él notaba el peso de ella en el hombro, cómo se le cortaba la respiración. Esto había ocurrido hacía menos de un año. Y luego él se había apuntado con su Walther PPK. *Made in Germany since 1931*. La sensación de la pistola. El peso sólido en su mano derecha. Las afiladas acanaladuras de las cachas de la culata en las yemas de los dedos. El cañón corto, apenas más largo que un dedo índice. Habían hablado de eso: ¿la boca o la sien? Yo siempre sé lo que hay que hacer. La sien. Al interior de la montaña.

—¿Sabía que ha habido innumerables versiones cinematográficas sobre Hitler, pero que el número de escenas en las que se ve de verdad su muerte pueden contarse con los dedos de una mano? ¿A qué se deberá? —dije, *just making conversation*, porque ya habíamos publicado unos seiscientos artículos sobre el tema en *El Sonámbulo*.

—Cobardía.

—Es más bien una suerte de autocensura, dictada por…

—La equivocación que comete es que me está hablando a mí como si yo fuera Brik. Pero yo no soy Brik. Brik está muerto. A mí no me interesan las escenas de las películas. Yo vivo —dibujó un círculo en el aire con el dedo— en este mundo.

¿Qué podía decirle a alguien que decía esas cosas? Alguien que decía algo semejante y que te miraba a continuación meloso, te servía una taza de té y te preguntaba:

—¿Un azucarillo?

—Dos —le dije.

—Vaya, vaya, qué golosón está usted hecho.

Eso sonó tan flagrantemente homosexual que lo único que pude hacer fue mirar hacia otro lado, concentrándome en el texto.

Arkady Rossovich: «Vomité de repente. Como no había vomitado nunca. Primero pensé que era por el entorno, el hedor, el agua insalubre. Pero era yo mismo. Fue como si me estuviera dando cuenta de algo sin formularlo, como si de pronto se llenara un vacío hasta los topes. El búnker. El Reichstag. Este final. Esta historia se encontraba en un mundo distinto al que nosotros habitábamos.»

El texto de Rossovich continuaba, y cada vez era más difícil de seguir. Cómo había pasado las manos por el agua como si fuesen un cedazo; que creía una y otra vez estar oyendo voces, ecos, y que por fin había visto flotar en el agua el trozo de

maqueta y había salido huyendo hacia fuera con ella.

Hasta que años más tarde no lo trasladaron a la zona de Viena ocupada por los rusos, Rossovich no encontró un anticuario interesado en la pieza; a petición de éste, había escrito la carta. El anticuario vienés vendió la pieza a su vez a un colega italiano, y a través de Venecia llegó a manos de un turista norteamericano, y así fue como el objeto hizo su entrada en el mercado del coleccionismo. Los expertos la examinaron y llegaron a la conclusión de que debía de tratarse de una de las casas que iban a construirse en la suntuosa avenida de siete carriles Prachtallee, entre la Puerta de Brandeburgo y el Volkshalle. La pieza se vendió unas diez veces, cada vez por un precio más elevado, hasta que un simple examen demostró que se trataba de una falsificación. En primera instancia, alguien de la casa de subastas había dudado de la carta de Rossovich; no por la historia en sí, sino por las letras, pues estaba casi seguro de que la carta se había escrito con un tipo de máquina de escribir que no había salido al mercado hasta principios de los años sesenta. Al final lo que resultó incuestionable fue una muestra de la maqueta: resultó que contenía una suerte de componente plástico que no se había descubierto hasta los años sesenta. El objeto no tenía ni cincuenta años de antigüedad. Arkady Rossovich nunca había existido.

En lo que a Brik concernía, esto lo único que hacía era aumentar más el valor de la reliquia, dijo alegremente; no porque la pieza hubiera estado realmente en los aposentos privados de Hitler, sino porque los diez coleccionistas anteriores se lo habían creído de buena gana.

Ahí terminaba la historia, aunque debajo había tres palabras, tres palabras que de algún modo sellaban un destino: «Philip de Vries.» ¿Quién escribía así? Philip de Vries escribía así.

—Avisaré al señor Burgers.

Golpeó con el puño una puerta y Sweder Burgers entró deslizándose en la habitación, relajado y con los mocasines puestos. Llevaba unos pantalones de pana y una chaqueta gris de lino; tenía un rostro lo suficientemente amable, una nariz recta y unos ojos penetrantes rodeados de suaves ojeras y unas mejillas que empezaban a colgarle. El tipo de rostro que presenta el telenoticias de las ocho. Le veía ahora por primera vez sin sombrero; desde cierta distancia parecía como si alguien le hubiera marcado con una plancha a la altura de lo que debería haber sido el nacimiento del pelo. Un triángulo rojo le resaltaba en la frente y hasta que no lo vi de cerca no me percaté de que ese triángulo estaba formado por un par de docenas

de puntos rojos, muy simétricos, sin duda el trabajo profesional de una de las mejores clínicas privadas que Austria podía ofrecer.

—Philip. Me alegro de verte. Tenemos que hablar.

Nada de miradas ofendidas, ningún tono sarcástico al decir mi nombre, o mejor dicho su nombre. De Nina no sabía nada. Nina, Nina, Nina. Las grabaciones debían de ser un error. Se trataba de algo distinto. *Hold your engines*.

Decidí no decir nada, no sacar el tema de Nina, nada de disculpas, nada de brindar información que nadie me pedía, nada para dispensarme de aquella audiencia: o se me vería el plumero como falso Philip de Vries, o descubriría qué información quería sacarle ese Sweder Burgers. Me mantendría serio, conforme a mi papel, y no le miraría el pelo fijamente, repito, no se lo miraría, porque de repente me asaltó la duda de si ese reciente implante de cabello estaría bien hecho o si el nuevo nacimiento del pelo de Burgers le quedaría demasiado cerca de las cejas, con efectos simiescos.

Winterberg cerró las puertas que separaban un aposento del otro, como una especie de clausura formal de las presentaciones, como si ya pudiera empezar la conversación. Se sentó, cruzó las piernas y empezó:

—Querido Philip, ¿me permites que te cuente una historia?

Se lo permití.

—Imagínate. Quizá conozcas los hechos. Supongo que conoces los hechos. Pero lo que me interesa es la interpretación. Así que escucha. En 1954, Simon Wiesenthal recibe desde Argentina una tarjeta postal de un viejo conocido que escribe que había visto pasearse por ahí a ese «asqueroso cerdo de Eichmann». Ésta es la historia conocida. Es lo que sabemos. Trabaja de jefe en una fábrica de la Mercedes-Benz y vive en un barrio periférico al norte de Buenos Aires. Tiene un pasaporte falso con el nombre de Ricardo Klement. Nada más recibir las primeras noticias, el Mossad y el Shin Bet organizan una misión en Argentina, reúnen un equipo de once agentes secretos que le siguen y le observan durante todo el mes de abril de 1960, sin ser vistos. 11 de mayo de 1960. El equipo del Mossad está a punto de asaltarle cuando, al salir del trabajo, emprende el breve paseo que le lleva de la parada del autobús a su casa, en la calle Garibaldi número 14. Hechos, Philip, hechos. Eichmann no se baja del autobús del que se baja siempre. ¿Dónde está? Uno de los equipos del Mossad se esconde en un coche que finge sufrir una avería; los amables transeúntes les ofrecen ayuda, los agentes deben dar las gracias pero rechazar la ayuda sin llamar la atención. La tensión aumenta, ¿deberían abortar la misión? Me gusta contar esta historia. Media hora más tarde, Eichmann se baja de un autobús, como quien mete la cabeza en la guillotina. Uno de los agentes secretos se le acerca, con calma forzada, imitando los andares

arrogantes que ha visto en las playas sudamericanas, donde los chicos y las chicas van por ahí brincando sin ninguna conciencia del pasado reciente, de la destrucción, de las personas que hay entre ellos que intentan ganarle a la historia por la mano; el agente camina con un exagerado contoneo, chasquea quizá con las yemas de los dedos y se dirige al anciano calvo del maletín, en español: «*¡Hola!*» o «*Buenas noches, señor*». Se encienden los faros de un coche aparcado, para Eichmann es como mirar directamente a un sol sin calor. Bam. Se lleva la mano a los ojos, demasiado tarde, una telaraña de flashes de luz en su retina. Dos hombres lo echan al suelo, lo meten en un coche, pasan por delante de un control policial, hacia una especie de cobertizo. Alguien le obliga a sentarse en una silla, le ata, le sacan el rebujo de algodón húmedo de la boca: «¿Es usted Eichmann? ¿Es usted Eichmann? Señor Klement, el juego ha terminado. Puede elegir: un tiro en la nuca ahora o ser procesado en Israel.» Esta historia se puede contar con más detalle, con más emoción, cazador y presa, camuflaje y descubrimiento. Yo lo he vivido. Conferenciantes que estiraban durante dos horas la Operación Garibaldi hasta que un suspiro fraternal de alivio recorría la sala cuando subían al antiguo miembro de las SS, drogado y disfrazado de auxiliar de vuelo, al avión de El Al. Un suspiro de liberación. *We did it*! Dime, ¿te estoy contando algo nuevo?

—Conozco la historia.

—Naturalmente, naturalmente. Un chico listo como tú. Esto es poco más de lo que sale en la Wikipedia, supongo, completado con algunos trazos de mi fantasía. Imagínate que Eichmann hubiera optado por el tiro en la nuca. Imagínate que los agentes del Mossad, en lugar de a por Eichmann, hubieran ido a por Mengele. Eso no se me va de la cabeza desde hace algún tiempo. El año pasado uno de los agentes del Mossad contó en *Der Spiegel* que su equipo no sólo tenía a Eichmann en el punto de mira, sino también a Josef Mengele. Pronto descubrieron que vivía también en Buenos Aires y el jefe del Mossad presionó al líder del equipo: ¿no podía secuestrar también a Mengele mientras tenía a Eichmann retenido en el escondrijo y llevárselos a los dos a Israel? Josef Rudolf Mengele, 16 de marzo de 1911. Sus hazañas las conocerá usted también, sin duda, ¿no? El ángel de la muerte de Auschwitz. *Hauptsturmführer*. Obtuvo una Cruz de Hierro por sus acciones en el frente oriental, en Ucrania. Luego fue trasladado a Auschwitz-Birkenau, donde supervisaba como médico jefe los transportes que entraban en el campo. Seleccionaba quién debía ir directamente a las cámaras de gas y a quién se le perdonaba la vida, si durante mucho o poco tiempo también. Supongo que ya conoce su currículum médico. Los experimentos con mujeres embarazadas, con niños, con enanos. Las amputaciones, las esterilizaciones, las

vivisecciones sin anestesia, los tratamientos con electrochoque. Enumerar sus actividades en Auschwitz casi se puede calificar de pornografía del Holocausto; su extremismo repugnante no puede sino causar un efecto sensacionalista en el oyente. Sobrevivió al derrumbamiento del Tercer Reich y huyó después a Argentina. A Buenos Aires. Casi se precipitó en los brazos del Mossad. Casi, pero se escabulló por poco. Dime, Philip, ¿sabes lo que es que te saquen de un tren con tus padres, tus hermanos y hermanas, tus tíos, tus tías y que te examine un médico indiferente que luego te envía a unas duchas donde te gasean junto con un par de cientos de desconocidos muertos de miedo?

—¿Usted sí lo sabe?

—Lo que sabemos es que el jefe del equipo de espías contestó con un no rotundo a la solicitud de su superior. Requiere una clase especial de convencimiento negarse a una petición así. Su equipo ya tenía bastantes preocupaciones con Eichmann; un secuestro más y toda la misión habría corrido peligro. Le doy muchas vueltas porque todo habría sido muy distinto. Aquí. En nuestra manera de relacionarnos y en nuestros temas de debate. ¿Qué idea habríamos tenido de los nazis sin el juicio de Eichmann? Sin Eichmann tendríamos la banalidad del mal, y aunque la expresión de Hannah Arendt se malinterpreta a menudo, tampoco tendríamos participación pasiva. Sin el inefable e insípido Eichmann sólo tendríamos al flamígero y malévolo Mengele, un médico que realizaba terribles experimentos sin sentido, sólo por sadismo, sin que se lo mandara nadie. Un hombre que no se había sometido al «juicio de la sociedad», como Eichmann, sino que se había dedicado a practicar abortos ilegales en Sudamérica que habían provocado la muerte, que sepamos, de dos chicas. Sólo con Mengele no habríamos tenido que reflexionar nunca sobre el carácter de cada pueblo o nacionalidad, sobre *Befehl ist Befehl*, las órdenes son órdenes, sobre cómo es posible que ciudadanos normales hagan funcionar sin dificultad y sin protestar una máquina más que criminal.

Aquí paró un momento y por primera vez se tomó un traguito del té que ya debía de haberse quedado frío. Del bolsillo del pantalón se sacó un pañuelo y se enjugó la frente roja, y me pareció, desde donde yo estaba sentado, que había un par de gotas de sangre cuando volvió a doblarlo.

Algo se encendió en mí, algo suave y perezoso, y pasó poco tiempo antes de que comprendiera que era una sensación de reconocimiento. Esta conversación no era mucho más extensa que las entrevistas que yo tenía a veces cada semana en mi despacho de *El Sonámbulo*: ¡qué lejano parecía aquello ahora! Personas que llamaban por teléfono y te lanzaban sus ideas y yo allí, asintiendo amablemente, paciente, los

escuchaba, sin dejar que la mierda rabiosa con que me acribillaban me pusiera nervioso: *Señor De Vos, si me permite molestarle: ¿qué le parecería un artículo de tres mil palabras sobre la popularidad de los bigotes hitlerianos en la década de los cuarenta en Flandes? Sería un artículo perfecto para una revista como* El Sonámbulo. *Tengo más de mil quinientas fotografías de particulares*.

—Philip, ¿tú podrías darme un ejemplo de qué más no hubiéramos tenido con Mengele en Jerusalén?

¿El iPhone? Pero no dije nada. También eso lo había aprendido: no te abandones al sarcasmo fácil. Pero él siguió callado también.

—Suponía que se trataba de una pregunta retórica —dije tan sólo.

—Piensa en todos tus temitas de Josip Brik. Todas las películas, todas las novelas, todos los chistes de mal gusto, toda esa «imaginación» tan enaltecida por él. Con Mengele sentado en el banquillo de los acusados no nos habríamos planteado la pregunta de por qué «personas normales», *tales como tú y como yo*, bua, bua, snif, snif, pudieron hacer lo que hicieron. Con Mengele no habríamos necesitado ninguna imaginación para responder a esas preguntas, tendríamos sólo los hechos profundamente oscuros que no hay manera de endulzar, suavizar o deformar con esa ficción a la que Brik era vorazmente adicto. Habría desromantizado a los nazis.

Desde el momento en que entré en la *suite*, tenía cierta sensación de incorporeidad, no en el sentido místico, sino a un nivel puramente cognitivo. «Friso, mírate cómo estás sentado, y mira qué extraños desastres estás causando.» Pero el momento de desvelar mi verdadera identidad ya había pasado, estaba claro, y por primera vez me alegré de que así hubiera sido. *Temitas de Josip Brik*. La sensación dulce y plácida había desaparecido de improviso. Burgers maquinaba algo.

—Cuéntame, ¿quién era Amon Göth?

—¿Va a someterme a un interrogatorio?

—Philip, por favor, *indulge me*.

—Verdugo en el campo de concentración de Płaszów. Ahorcado por los polacos. Conocido por *La lista de Schindler*.

—¿Y Paul Blobel?

—Coronel de las SS, responsable de las masacres de Babi Yar, condenado a muerte en Núremberg.

—Bingo, y dime, Philip, ¿no te parece increíble que alguien como tú pueda recitar todo eso de memoria? ¿Que tengas todo ese conocimiento preparado como una bala en la recámara?

—En primer lugar, soy historiador y, además, esas cosas te las sabes porque sí, como puedes cantar las canciones de Abba sin haberte comprado nunca un CD del grupo. Son cosas que un telespectador estándar no puede evitar saber.

—Ésa es una cita de Brik, ¿no? Eso de Abba. La reconozco, oye. Ése es el problema de tu Brik: que cuando se le ocurría algo brillante, no cesaba de repetirlo en todas las entrevistas y en todas las conferencias. Mi réplica: «*Oh yes, at Waterloo Napoleon did surrender.*»

—¿Qué quiere decir?

—Napoleón no se rindió en Waterloo. Lo hizo una semana después, en Rochefort, a setecientos kilómetros de allí. ¿Cuántos millones de chicos y chicas habrán grabado en sus mentes erróneamente ese dato histórico gracias a Abba?

—También cantan *The history book is almost repeating itself*, ¿no?

—Qué va. Tengo entendido, Philip, que tienes una deuda de estudios considerable. Treinta y siete mil euros, ¿es cierto? Estoy dispuesto a liquidar esa deuda por ti.

Eso de la deuda era la noticia más divertida que había oído ese día; ese chapucero de Philip de Vries tenía un agujero con el banco de treinta y siete mil euros, era tan divertido que casi me olvidé de preguntarle con una indignación simulada cómo lo sabía.

—A través de canales —me dijo.

—¿Qué tipo de canales? ¿Canales radiculares, canales navegables?

Era peor que un chiste malo. Por lo visto, mi intención era aplazar el momento de preguntar qué tenía que hacer a cambio de aquellos treinta y siete mil euros. Pero acabé preguntándoselo.

—Sé que Brik ha dejado una colección enorme. Películas raras, grabaciones de radio antiguas, primeras ediciones, carteles publicitarios, unas cuantas acuarelas. Todo eso me importa un pimiento. Lo que sí que me importa, Philip, es esto.

Levantó al aire la segunda pila de papeles, que Winterberg todavía no me había enseñado, y me la entregó.

—Éste es el inventario. Lo he conseguido también a través de «canales de alta mar».

Era cierto: yo también había tenido ese texto en mi bandeja de entrada y lo había mirado muy por encima. Antes de que la casa de Brik fuera desalojada, se inventarió todo lo que poseía, hasta el último par de calcetines.

—No hace falta que lo leas, oye. Nos costaría horas. Además, estoy buscando algo que no está en esa lista.

—¿Y qué es?

—Confiaba en que me lo dijeras tú. ¿No suena ninguna campanita? Qué pena, qué pena. Te lo revelaré: busco a Arkady Rossovich. Busco la maqueta de Speer, de la que tú, Philip, pareces saberlo todo.

Tuve que recomponerme. Reducir la marcha. Sonreí y le devolví el inventario.

—No quiero ser un aguafiestas pero, según mi texto, la maqueta es

falsa. El propio Brik lo decía.

—«El propio Brik lo decía.» Gilipolleces. Pero tengo mis razones para dudarlo. Tengo mis razones para creer que la maqueta de Speer es bastante auténtica. Y que la ausencia de la maqueta en el inventario no es ninguna casualidad.

—¿Quién podría no haberla incluido?

—¿Quién entró a robar el mes pasado en casa de Brik?

—Unos adolescentes. He oído. Unos chavales borrachos.

—Tal vez. Tal vez debía parecer que quienes habían entrado eran unos chavales borrachos. Tal vez no robaran nada valioso, sólo causaron algunos destrozos… para que a nadie le llamara la atención que faltaba un pequeño fragmento de una maqueta.

—Pero ¿qué puedo hacer yo al respecto?

—Quiero, Philip, que vayas a hablar por mí con el señor y la señora Chilton. Simplemente a tomarles un poco el pulso. Sé de tus vínculos con ellos. Te vi en el homenaje. Pero no te hagas ilusiones, los Chilton no son tus amigos. Tú no formas parte de su círculo social. El uno por ciento. No les debes nada. Sé que la señora Chilton paga tu habitación en el hotel y me atrevo a apostar a que esos zapatos nuevos tuyos también proceden de ella.

—¿Y qué pasa si descubro que tienen la maqueta?, porque eso es lo que sugiere usted, ¿no?

—Pregunta incorrecta. Eso déjamelo a mí. Escucha, ¿sabes lo que debes preguntarme ahora? Debes preguntarme: «Pero, señor Burgers, si le tiene tanta manía a Brik y a la colección de quincalla hitleriana romantizada, ¿por qué está tan interesado en ese trozo de maqueta?»

—¿Se lo tengo que preguntar también con esa voz de pito?

—Mi respuesta a esa pregunta sería: «Philip, la fase en que estamos ahora es demasiado prematura para poder hablar con sinceridad sobre el asunto.» *Play ball and you'll find out*.

Tenía que preguntarlo:

—¿Y qué pasa si le digo que gracias pero que no, gracias?

Burgers sonrió, cogió el pañuelo y empezó a enjugarse de nuevo la frente.

—*We'll cross that bridge when we'll get there* —dijo.

—¿Conoce usted *El Sonámbulo*?

Creo que quería averiguar si lo había hablado también con otros, concretamente con Friso de Vos, redactor jefe nunca bien ponderado de *El Sonámbulo. Revista de Estudios sobre Hitler desde 1991*, «guardia pretoriano unipersonal», que aparecía en los agradecimientos de al menos cuatro de los últimos cinco libros de Josip Brik, con nombre y apellido, en calidad de lector apasionado de sus textos, colaborador inteligente y persona a la que recurrir para cualquier cosa.

—¿Quién es? —preguntó Burgers.

—No es quién, es qué: una revista académica. Con reportajes que tratan sobre Hitler. Brik estaba involucrado en ella.

—Yo no leo revistas —dijo resuelto.

—¿Por qué yo?

—… preguntó David a Dios. Es lo que hay.

—«Es lo que hay.»

—¿Por qué me miras la frente?

—Hace un tiempo todo el mundo decía: «Todo puede estropearse.»

—Pero ¿sabes lo que pasa, Philip? Que es verdad que todo puede estropearse.

Se quitó con un dedo una gota de sangre que le resbalaba despacio desde el implante hacia la ceja. ¿Dónde estaba Google cuando lo necesitabas? ¿Por qué esos individuos no estaban en Facebook para saber a quién tenían delante? ¿Y era una amenaza, eso último?

—Tengo la sensación de que en cualquier momento haremos unas ceremonias de iniciación con un apretón de manos secreto.

—¿Apretón de manos secreto? ¿Quieres que te deje ver un apretón secreto?

Enseguida se arremangó, con energía, no tanto como un boxeador *gentleman*, sino más bien, pienso, como el ex yonqui que satisface su pena de servicios a la comunidad enseñando a los adolescentes sus marcas de pinchazos. También desató la correa de cuero de su reloj, para que pudiera ver perfectamente esa zona de la muñeca que, por mucho que tomes el sol, nunca se te pone morena, donde mejor pueden verse las venas y la piel es más fina y vulnerable. Había cinco números tatuados de mala manera: 82265.

Mi primera reacción no fue tanto de sorpresa, o de repulsión, como de ingenuidad sincera: no podía ser tan viejo, ¿no? Sí, con cada nueva expresión del rostro se le doblaban los pliegues de manera distinta que la vez anterior, como en un monedero viejo de piel, pero no podía tener más de cincuenta o cincuenta y cinco años, era imposible. Estuvo esperando a que dijera algo, lo que hice con una voz más entrecortada de lo que me esperaba:

—¿Supongo que esto no es un truco mnemotécnico para recordar el código de su tarjeta?

Él sonreía ahora, con una amplia y cálida sonrisa, y habló con un tono de voz mucho más amable que antes:

—¿Te dice esto algo, Philip? ¿Piensas alguna vez en ello? ¿En las personas normales, las víctimas normales? Esto me lo recuerda todos los días. Los muchachos como tú quieren pensar sólo en el glamour del Tercer Reich, las historias emocionantes dignas de trasladarse a la pantalla del cine, los *führers* y comandantes que aparecen tan negros

en su malignidad que os tienen fascinados, como una buena película de terror. Todo relumbrón, vosotros sois los paparazzi de los historiadores, siempre interesados en las estrellas, el destello de esos uniformes lustrosos con calaveras. Eso es lo que Brik os enseñó, ¿no? ¿El Gran Brik que dijo una vez tan orgulloso, satisfecho de su propio hallazgo, que la cifra de películas, novelas, obras de arte y documentales sobre la guerra superaba a la cifra de personas que habían muerto en ella? Muy divertido, pero dime, Philip, ¿de cuántas de esas víctimas te sabes de memoria el número de serie? ¿Dónde están las víctimas en esa muestra de prosa hitleriana que rodea el juguete de tu maestro?

—Yo no tengo ningún fetiche nazi, no soy antisemita ni nada por el estilo —dije, y antes de que hubiera terminado de hablar, ya estaba sintiendo lo impotente de mi afirmación; tan pronto como niegas algo que nadie te pide, ya has perdido el combate, y luego el «ni nada por el estilo» era la guinda en la cagada.

—Hablé una vez con Edward Said, un hombre fascinante, dio una conferencia en este congreso, hace años, sobre el racismo latente en los libros de Jane Austen. Él afirmaba que Jane Austen era una escritora rotundamente racista. Pero si no aparece ni un solo personaje negro en todos sus libros, le dije yo. Precisamente por eso, me respondió él. La omisión es la peor forma de racismo.

82265. Los números eran claramente legibles. No le preguntes por qué los tiene, me dije. No le sigas el juego. Aférrate a la ironía, aférrate a tu falso yo. No eres tú el objeto de debate, sino Philip de Vries. No le preguntes si es un número de familia. No defiendas a Brik, no piques… Pero se inclinó hacia mí, *big smile*, y me dio unos golpecitos afables en la rodilla, como mofándose.

—¿A que es difícil, señor De Vries, hablar con personas que se toman las cosas en serio?

Pero ¿tomarse qué en serio? ¿El Mossad, Eichmann en Jerusalén? ¿Cómo de en serio debías tomarte a alguien que llevaba un tatuaje del Holocausto? ¿Alguien que no podía ser judío? ¿Verdad? Ya sólo ese nombre. ¿Por qué este no judío querría inculcarme un sentimiento de culpa antisemita? ¿De dónde venía su animosidad hacia los Chilton? ¿De qué los conocía? ¿Winterberg era su musculitos? ¿Era Nina su putita? ¿Tenía acceso a información personal en el Ministerio de Educación? ¿Qué tenían que ver Eichmann y Mengele con mi deuda de estudios?

¡Yo no tenía ninguna deuda de estudios!

Preguntas, preguntas. No es que estuviera de humor para respuestas. Mi humor de aquel momento era un cuadro de Rothko. La realidad era que no me había asustado tanto de lo que dijo como de la

manera en que lo dijo. Un momento hablaba con un sarcasmo despectivo, al otro era todo sonrisas, la voz iba navegando de lo nasal a lo profundo desde el fondo de la boca. Todo lo que decía debía de pensarlo realmente. Si era falso, si sabía que le estaba tomando estúpidamente el pelo, me habría contado algo concreto, habría argumentado. Lo de ahora era un collage verbal delirante e inconexo sobre la Segunda Guerra Mundial. Con la misma amabilidad de antes, una mano cálida sobre mi hombro: «Piénsatelo, Philip. *No pressure.*»

Raro.

El teléfono me gimió en el bolsillo de la chaqueta. Era un prefijo de Norteamérica; el prefijo internacional de los Estados Unidos era 01, *number one*, el país de los países. Ojalá fuera Pip, ojalá.

—Hola, Friso, ¿qué tal te va hoy? —me preguntaba la señora Chilton.

Hablé despacio:

—He ido de compras. Americanas y corbatas. Puede usted estar orgullosa de mí.

—Eso es exactamente lo que quería oír. Es estupendo que te estés pegando la gran vida, que te estés dando el gustazo. Es justo que alguien como tú, que todavía tiene tan presente la muerte de Brik, se lleve una buena bonificación.

Su voz sonaba más dulce de lo habitual, había un toque empalagoso.

—¿Sabes con quién voy a almorzar mañana? Con esa amiguita tuya. ¿Se llama Pippa? Me he enterado de que es capaz de hacer cosas fabulosas con cuadros viejos.

—Qué bien.

—¿Quieres que la salude de tu parte, Friso? Dime, ¿hay algo más que quieras decirle?

Suspiré, me restregué los ojos.

—¿No hay nada que quieras contarle sobre Viena?

Su voz descendió, al menos una octava. Las nubes oscuras se estaban confabulando.

—¿No ha pasado nada especial allí que quieras contar? *I'm happy to be your messenger*.

—Transmítale mi cariño más sincero —dije, colgué y vomité las golosinas de melocotón sobre los zapatos nuevos.

7

La primera Navidad que pasé con Pip estuvimos en casa de sus padres, que todavía seguían viviendo en el amplio y viejo bungalow en el parque natural de Heuvelrug, en Utrecht, donde Pip se había criado. Me mostró el jardín trasero con su césped minuciosamente recortado y me contó que allí tenía uno de los recuerdos más intensos de su juventud, un momento casi existencial. Fue así: también entonces era Navidad, ella tenía unos cinco o seis años y había salido fuera un momento, detrás del perro. Desde el jardín había mirado al interior de la casa y vio a su padre junto al árbol de Navidad, a su madre, a sus hermanos y a su hermana, y de repente le asaltó la idea de que ella no estaba en aquella habitación. Estaba fuera, no estaba con su familia y eso no suponía ningún problema. Seguía existiendo también sin su familia. En su simplicidad, fue una sensación que le impactó: yo también soy alguien.

Sus padres me enseñaron orgullosos fotos de cuando era joven mientras tomábamos el aperitivo, y ahora la veía ahí de pie en ese mismo jardín y me la imaginaba en su versión de seis años de edad. Conforme se hacía mayor, su cabello adquiría un rojo más oscuro y explícito, del café con leche al té Earl Grey. Me gustaba: se hacía mayor. Yo quería estar allí.

Pippa & yo. El problema era que nos iba muy bien. Teníamos actividades en común, hacíamos cosas. Todos los sábados acudíamos al mercado bío y comprábamos productos frescos de la tierra a los campesinos, almorzábamos en un tenderete que llevaba un matrimonio mayor mientras los dos leíamos el periódico en silencio. Íbamos juntos al *sing along* de un club musical. Un par de amigas suyas vinieron a cenar y yo preparé y serví las tapas: gambas, tomatitos rellenos, melón con jamón. Todo iba cada vez mejor. Cuando tuve que sustituir a Brik en un congreso en Austin, Texas, Pippa me acompañó. La veía sentada en la sala mientras yo me colocaba tras el micrófono, su pelo recogido, la mano en el cuello, estaba nerviosa por mí, *en mi nombre*, y eso me calmaba. Yo iba pronunciando las frases —que eran un poco de Brik— relajado, como si se me estuvieran ocurriendo sobre la marcha:

—Si nos fijamos bien, vemos que hay algo que falla en el Hitler de la *Valkiria* de Bryan Singer. Ni siquiera es su aspecto exterior, el pelo claramente demasiado largo, el bigote que parece un poco grosero: por los estudios realizados, sabemos que desde 1935 no existen fotos suyas en las que tenga el bigote más ancho que las aletas nasales. El actor le interpreta de manera bastante plausible, la dicción es correcta, los ojos se le inyectan en sangre, como a alguien que ha pasado mucho tiempo sin dormir. En la escena que veremos ahora mismo, está hablando de Wagner, de cuál era la tarea de las valkirias, y habla lo suficientemente hitleriano, con un desinterés hacia el oyente que no debemos perder de vista, pero es demasiado evidente que se trata de una maniobra del guión. Es en la espalda encorvada en lo que les pido que se fijen. La manera de andar. La trémula mano derecha. Nos resulta conocido, pero no es Hitler. El actor no interpreta a Adolf Hitler, está interpretando a Bruno Ganz haciendo de Hitler en *El hundimiento*. El actor interpreta al actor que interpreta a Hitler. Un mundo dentro de un mundo.

De Texas nos fuimos a Nueva Orleans, Luisiana, donde nos quedamos una semana más de lo que teníamos pensado; comimos, follamos y bailamos sin ritmo en pequeños locales donde tocaban jazz en directo. Decidimos empezar a ahorrar para unas vacaciones otoñales en cualquier isla tropical. Hacíamos planes a corto y a largo plazo. Teníamos nuestras rutinas, nuestra manera de hacer, nuestras escenas, nuestras obras de teatro para dos.

Yo: Oye, Pip, ¿qué hacemos para cenar? Te dejo que lo decidas tú.

Ella: Mmm…

Yo: *Take your time*.

Gran sonrisa.

Yo: No hay respuestas incorrectas.

Ella: ¿Tal vez una ensalada del restaurante italiano de la esquina con todas esas flores?

Yo: Por Dios, Pip, allí ya comimos ayer.

Eran nuestras riñas de amantes cotidianas. Con una vocecita de hacer globos con chicle: «¿Todavía me quieres?» Yo, mientras le acariciaba la punta de la barbilla con el pulgar y el índice: «Cariño, yo no te he querido nunca.» Nos partíamos de risa.

O si ella había estado toda la tarde sin decir casi nada, ocupada recomponiendo un cuadro o sumida en la lectura de un libro, y de repente decía algo sin importancia: «Este té está muy rico», yo saltaba medio neurótico: «¡Joder, Pippa, ¿es que no puedes cerrar el pico ni un momento?!» Ése era nuestro humor.

Había también momentos en que empezaba a contar algo de su juventud por propia iniciativa, las cosas que había vivido, su vida

antes de conocerme, pero esos momentos quedaban cortados la mitad de las veces porque tenía un talento desmesurado para empezar a hablar justo cuando las luces del paso a nivel se ponían en rojo, o cuando pasábamos por delante de un organillo en una calle comercial estrecha. En la autopista llena de baches que llevaba a Nueva York, nos adelantaron seis camiones cargados hasta los topes con herrajes sueltos y sí, claro, Pippa empezó a hablar de cómo se había encontrado el cuerpo de su abuela muerta cuando era pequeña, clinclanclunclán. E incluso entonces lo contaba sorprendida e insegura, como si hablara de otra persona y ni ella misma se explicara cómo era posible que supiera tantos detalles.

Si había problemas soterrados, no se manifestaban en la sexualidad. Pip siguió pareciéndome invariablemente atractiva, me ponía caliente incluso con las cosas más cotidianas. A cierta distancia, la gente pensaba siempre que estaba muy delgada, y también tenía una cara fina y una nariz estrecha, pronunciadas clavículas, sus manos eran nervudas y podías rodearle las muñecas con el índice y el pulgar, pero si la veías desnuda, había carne en todas las zonas apropiadas. Tenía el cuerpo blanco como la nata y blando como la masa de pan. Los pezones eran pequeños y apenas se distinguían de su color de piel, pero cuando los besaba, la sangre los encendía al instante con un rojo ardiente. Me podía pasar todo el día pensando en ellos.

Tenía una especie de arrogante ofuscación para los números; en realidad, le parecía que no podías exigirle que las cantidades y las cifras le dijeran algo concreto. Mañana tendremos veintiún grados, leía yo en el periódico. «Y a mí qué», decía Pip. Su hermano mayor contó que ahora iba a ganar al año noventa mil euros brutos. «Eso no me dice nada.» Brik leyó de un estudio realizado recientemente que sólo durante la época de la Gran Purga de Stalin ya habían sido fusiladas setecientas mil personas. «No me dice nada.» Brik y yo nos quedamos mirándola con la boca abierta mientras ella daba un tímido paso atrás:

—¿Eso es mucho, en proporción?

—Pippa, setecientas mil; imagínate que Brik y yo nos ponemos a disparar a todos tus trescientos y pico amigos de Facebook, y lo hacemos dos mil veces seguidas. ¿Te parece mucho? ¡Si no es así, serías una perfecta apparátchik!

Brik se rió tan fuerte que tuvo que sujetarse la tripa con las dos manos para no caerse de la silla. Pip se encogió de hombros; ya me conocéis.

Le salían por toda Nueva Inglaterra trabajos de restauración, y yo no era de esos hombres a los que les sienta mal que una mujer gane más que ellos. Yo le dejaba con toda tranquilidad que pagara la cuenta, y en el restaurante familiar del barrio ya ni siquiera se

extrañaban. Ella también gastaba más: en gruesas faldas de tubo de lana, en una docena de camisas blancas diferentes que yo apenas podía distinguir, en enormes libros de sobremesa llenos de fotografías brillantes de carreteras vacías y ramas de árboles nevadas.

En primavera, Jim, el hermano menor de Pippa, salió finalmente del armario, una noticia de la que nadie en el mundo se sorprendió ni por un segundo. En los tres años que hacía que le conocía, había pasado de un peinado con pelo largo andrógino, a lo David Bowie, a un peinado de colegial rubio platino cortado a máquina con la raya a un lado a lo Draco Malfoy. Los polos que llevaba le estaban tan ajustados que cada vez que movía un brazo se le veía el ombligo. El proceso completo era un cliché tras otro, me parecía a mí, pero Pippa decía que tal vez no fuera tan raro, que quería pertenecer a un grupo y que para eso tenías que adaptarte a un código indumentario. En cualquier caso, como si su actualización de estado en Facebook no fuera suficiente, emprendió una gira mundial Big Gay con la tarjeta de crédito de su padre para comunicar personalmente a todo el mundo su Revelación: primero fue a Madrid, donde la hermana menor de Pip estaba haciendo prácticas; después fue a Edimburgo a ver a su hermano mayor, que acababa de ocupar un cargo pomposo en el Banco de Escocia, y después a Nueva York, pero no a nuestro apartamento de Ithaca, porque no tenía ánimo para subir al norte del estado con el tren, así que tuvimos que ser nosotros quienes fuimos a verle a él, a su hotel de diseño de Greenwich Village, donde estaba esperándonos en el bistrot, veintidós años, un pañuelo palestino, una botella de prosecco y una bandejita de caviar de beluga, al fin y al cabo no era su dinero.

Pero no tenía motivos para quejarme. Fue una tarde muy relajada. Nos enseñó dónde podían beberse los mejores cócteles del Village, Pippa se compró un vestido, yo me compré una caja recopilatoria encuadernada en edición de lujo de la historia en tres partes del Tercer Reich escrita por Richard J. Evans. Deambulamos por el parque y por fin entramos en el Metropolitan Museum. Su alegría y excitación resultaban contagiosas, y los cócteles que nos habíamos tomado durante el almuerzo nos dieron una sensación de calidez y pereza. Además, Pip y su hermanito eran un público agradecido a la hora de escuchar mis disertaciones:

—La atmósfera casi mística de este cuadro no sólo se encuentra en el aciago cielo oscuro que pende sobre Toledo y confiere a tantos edificios un brillo plateado, mirad también cómo representa El Greco los edificios; son fríos, sin vida, abandonados, como si ya fueran ruinas, como si El Greco no estuviera pintando desde su propio tiempo, sino desde el futuro.

«Cómo sabes tantas cosas», decía Jim una y otra vez.

—¿Qué nos muestra Singer Sargent aquí? Ella está de pie de frente con el cuerpo vuelto hacia nosotros, pero al mismo tiempo aparta la cabeza. Se trata de mostrar y ocultar, ofrecer y negar, *Madame X* es una obra que juega magistralmente con el juego de la atracción sexual.

Otra vez: «¿Y cómo sabes eso?»

Pippa tal vez conocía esa clase de cosas mejor que yo, siendo una historiadora de arte titulada, pero ella nunca diría algo semejante. Y si tenía que ser sincero, mi truco era que yo en realidad no sabía tanto: la gracia es conocer el lenguaje, el vocabulario, los referentes, encontrar una paradoja en cada contraste, en cada negro y en cada blanco, y presentarla como la verdad más profunda de la ambivalencia, como un doble sentido, como paradigmas opuestos. ¿No era todo el arte, los libros, las películas y la música simplemente una cuestión de marcos de referencia cambiantes?

No lo dijo con mala intención, él no era así; Jim simplemente estaba contento con su nueva vida, la vida en general, y con todo su entusiasmo siguió insistiendo en nuestro futuro que él no podía ver de otra forma que de color de rosa. ¿Cuándo cuándo cuándo vais a casaros de una vez? Si hay una pareja que esté preparada para el matrimonio, esa pareja sois vosotros. Friso, *if you like it then you should've put a ring on it*, y tú, Pippa, estarías tan guapa de blanco… Blanca como la nieve, blanca como una princesa, blanca como…

—Blanca como Saruman —dije yo.

—¡Ay Dios mío! —zureó él—, pero si Saruman es el mago malo, ¿no?

Le pasé el brazo alrededor de los hombros y le dije que nunca había estado tan orgulloso de él como en aquel momento, y nos reímos los tres tan estentóreamente que el resto de los visitantes se quedaron mirándonos.

El problema era que todo nos iba tan bien que no había ningún momento de pausa, ninguna distancia. Desde que empezamos a estar juntos, tomamos un rumbo ascendente de felicidad doméstica sin escalas. Cualquier modificación de rumbo, por mínima que fuera, exigía tirar del freno de emergencia. Creo que fue eso

Un par de semanas después de la visita de Jim, Pippa tuvo que volver a Nueva York para un proyecto de restauración en una sociedad antigua, algo vinculado a la ONU. Yo estaba en la cama leyendo mientras ella hacía la maleta, y con el rabillo del ojo vi que metía un par de vestiditos que nunca se pondría de ninguna de las maneras porque, según todos los pronósticos, simplemente haría demasiado frío para llevarlos. Así pues, volví a sacarlos, con cuidado para que no se arrugaran, y Pip se me quedó mirando con los ojos como platos, perfectamente redondos y grandes como monedas, y de

repente me tiró la maleta a la cabeza. Naturalmente, falló, pero bueno, yo me quedé perplejo y ella estalló:

—Es como si siempre estuvieras empujándome a algún sitio, y yo no quiero tener una relación que me obligue a apartarte todo el rato, pero entonces tú aún empujas más. Por el amor de Dios, déjame espacio para vivir.

—¿*Espacio vital*? —pregunté como sólo yo sabía hacerlo, con una ceja levantada.

—Sí, espacio vital. Joder, Friso. *Lebensraum*, digámoslo así, que parece ser la única forma en que un terrible e intolerante fascista como tú puede entenderlo, *fucking Le-bensraum*!

Aquí acabó la discusión. «No irse nunca a la cama enfadados» era la divisa, y no lo hicimos. Se calmaron los ánimos, pero algo quedó en el ambiente. Yo no era en absoluto ningún fascista relacional que quisiera dictar reglas para todo, pero había algo que compensar, así que durante los días siguientes estuve alegre, cociné, le envié mensajes atentos. Pero cuando regresó de Nueva York volvió a tomarse mal una broma:

—Esos chistes tuyos, oye, ¿nunca te das cuenta de que eres el único al que le hacen gracia?

Tuve que ponerme a pensarlo. Dije que no era cierto.

—Claro que no es cierto. Brik se ríe también. Él es tu público. Pero ¿cuántas veces me he reído yo de veras?

Y cuando te indican así que hay todo tipo de cosas de las que no te enteras, la única pregunta racional es: ¿de qué más cosas no me entero? Por ejemplo, de que a mí también se me olvidaba reír a veces. Por ejemplo, de que mucha gente dice que las buenas relaciones se basan en silencios cómodos, en la idea de que no hace falta decirse nada para estar a gusto, y pensé que eso también valía para Pippa y para mí. Pero cuando me puse a reflexionar un poco más, me di cuenta de que siempre era yo el que rompía nuestros silencios, y si seguía reflexionando más, resultaba que tenía que ver con que de alguna manera no confiaba en los silencios de Pippa, porque nunca podía desprenderme de la idea de que no estaba a gusto callada, sino que era como si estuviera cumpliendo una condena, como si esperase que acabara algo.

Ni siquiera era que estuviéramos molestos o enfadados, pero terminamos por caer en una dinámica en la que analizábamos y nombrábamos todos nuestros comportamientos hasta la exasperación, hasta tal punto que de pronto todo parecía forzado. Era extraño. En un momento estás ahí y al momento siguiente hay menos de ti y te preguntas en dónde ha desaparecido esa parte tuya. Como si existiera en algún lugar fuera de ti y pensaras que tal vez podías recuperarla, y

entonces de repente sientes que simplemente se ha perdido para siempre.

Estuve observando mucho a Pippa esos días, buscaba algo en su mirada. Algo de reconocimiento, algo que ratificara nuestro empate y que pudiera interpretar como un signo de solidaridad. No veía nada. Una tarde cité un poema: *Cómo hemos llegado a esto / de querer dormir juntos siempre / a no querer volver a vernos*. Lo dije sin más, ni siquiera tenía intención de decir algo trascendente, simplemente me pasó por la cabeza. Pero Pip hizo sólo un movimiento de aburrimiento con los labios, como si se le hubiera quedado algo entre los dientes, y dijo sin mirarme realmente:

—No irás a ponerte ahora dramático, ¿no?

Eso fue lo que me dijo. (¡Ella! ¡A mí!) Algo se trastocó, en algún lugar, y me levanté y no pude aguantarme de decir algo autónomo y definitivo, aunque lo formulé como el miembro paradigmático de la generación más estúpida de este nuevo siglo:

—Quizá debamos empezar a preocuparnos ahora tú de tus cosas y yo de las mías.

Y se marchó. La misma Pip a la que poco más o menos tenía que ayudar a cruzar la calle, que siempre confundía el bruto con el neto, había encontrado en menos de cinco días un apartamento con suelo de madera y techo ornamental por cuatro perras en el barrio más elegante de la antigua ciudad universitaria.

3. EL MACGUFFIN

I'm so gifted at finding what I don't like the most so I think it's time for us to have a toast let's have a toast for the douchebags.

KANYE WEST,
«Runaway»

8

Esto era el vals vienés hasta aquel momento:

Un sano y rubio muchacho holandés vuela a Viena, Austria, y se instala en una hermosa habitación de hotel sabiendo que por allí andará prácticamente la totalidad de historiadores, sociólogos, críticos culturales, escritores, filósofos y periodistas que son alguien en su sector. Los estudios hitlerianos ofrecen una amplia gama de ámbitos de investigación que coinciden y se solapan en algunos puntos y cada vez se alejan de una manera más acelerada del objeto histórico original (1889-1945); aquí en Viena se encuentran colegas y rivales potenciales. Sin embargo, en principio este muchacho holandés apenas sale de su habitación. Hay tensión en el ambiente: se han imprimido folletos, se han diseñado páginas web, ondean estandartes en las fachadas, el tema «¿Qué significó Josip Brik para el pensamiento sobre Hitler y la guerra en el siglo XXI?» se ha planteado y se debate en voz alta, y el problema es que él no tiene una respuesta directa. O sí que tiene esa respuesta, pero duda de que haya consenso. De alguna manera, no puede quitarse de la cabeza la idea de que aquí va a producirse una especie de desestalinización de Brik, de que se arrimará a la mesa redonda con su discurso impreso ardiéndole como un secreto candente en el bolsillo interior de la chaqueta y que, cuando empiece a hablar, la gente comenzará a abuchearle y a golpear con los zapatos en la mesa. ¡*Buu!* ¡*Fuera Brik!* Le hace gracia la idea. Sí, sí, ése es el peor de los casos, y otros escenarios son infinitamente mucho más probables. Y sin embargo no puede evitar la sensación de que debe estar preparado, duro como una piedra: citas, frases ingeniosas, observaciones dispuestas como balas en la recámara, y debe poder rechazar las objeciones.

¿Podrá hacerlo él solo? ¿Necesita un aliado?

Este chico conocía a Brik de la Universidad de Groninga. Uno es profesor y el otro, alumno. Un honesto reparto de papeles. Uno de sus compañeros de clase contaba que una vez estuvo junto a Brik en una parada de autobús. Era el mes de junio y la temperatura estaba en torno a los treinta grados. Ni una nube en el cielo. Y entonces el compañero de clase descubrió que, si se colocaba bien, la sombra de

Brik podría cubrirle por completo. Literalmente. «¡Ese tío es tan enorme, colega, que puede servirte de sombrilla!»

¿Qué veía cuando le miraba? Porque era de eso de lo que se trataba. Como ser pensante, al menos tenía que ver algo más profundo que la mera superficie. Conocía los chistes de sus compañeros. Cuando acababan de empezar las clases, vio a Brik en el centro de la ciudad y estuvo siguiéndole un trecho. Como un tigre por la jungla, sabiendo que podrá domeñar todo aquello que se le cruce en el camino, el *apex predator*, la cúspide de la cadena alimentaria: así veía caminar a Brik. Se notaba que pensaba. Tras aquellos ojos ocurría algo, pensó, y supo que sonaba muy pazguato, pero veía a Brik mirar los escaparates, la publicidad, le veía observar a las personas y supo, ¡lo supo de veras!, que no había nada de lo que aquel hombre no pudiera liberarse con su cerebro. El nosequé alfa, cómo se decía eso… El cerebro alfa.

Ahora lo único que queda es la producción de ese cerebro, los libros, las películas en YouTube, uno o dos estuches recopilatorios con documentales, de venta en las mejores tiendas muy especializadas. ¿Duda de su amor por Brik? Ni un segundo. ¿Duda del amor de Brik por él? Bueno, sí, hay clases y clases. Había diferentes ambientes por los que Brik transitaba, diferentes repartos de papeles. ¿Es más importante para él su estudiante *favorito* que su redactor *favorito*? ¿Tiene preferencia su editor habitual o su camarógrafo habitual? ¿Con quién pasaba más tiempo? ¿Cuenta la *cantidad* de horas pasadas con él o la *calidad* de esas horas? Hay tantas personas que tienen tanto que ver con Brik de manera diferente.

Ahora está muerto (en su cabeza oía a su padre corregirle: «*Fallecido*, ha *fallecido*; los gatos y los perros se mueren, las personas *fallecen*»), y la gente intenta averiguar con cautela si se aplica una mentalidad de «por orden de llegada». ¿No se apelotona todo el mundo alrededor de ese cuerpo enorme para reclamar los primeros derechos, como se apelotonaban los griegos para luchar por la coraza del caído Aquiles? ¿Dónde estoy yo?, piensa el muchacho, ¿puedo designarme a mí mismo ejecutor del testamento, conservador de su obra (signifique eso lo que signifique), tal vez incluso *biógrafo*?

¿Qué pasa con ese otro estudiante favorito de Brik? ¿Qué sabe él que yo no sepa?

Tráete a una chica guapa, decía Brik siempre cuando invitaba a una copa o daba una conferencia con charla posterior, algún acontecimiento de índole social. Eso era algo que le gustaba: que Brik diera por hecho que en cualquier momento él podía abrir una lata de chicas guapas.

Así pues, ahora está solo en su habitación de hotel en Viena con nada en la televisión salvo los saltos de esquí, con ese incomprensible pseudoalemán de los austriacos, y en algún lugar de allá fuera, como

satélites en órbita, girando en torno a él. Lo sabe instintivamente. Ésa es la razón por la que le resulta tan difícil salir de la habitación. Aunque nadie se manifieste abiertamente y descubra sus intenciones, sabe que hay gente dispuesta a hincarle los dientes para ver lo salada que sabe su sangre.

El señor y la señora Chilton, de la universidad de origen de Brik, han sido tan empalagosamente dulces con él que su instinto le dice que hay algo ahí de lo que no se puede fiar. Aunque le gustaría poder fiarse, porque lo haría todo mucho más fácil. La sensación de que puedes dejarte caer hacia atrás porque alguien va a cogerte antes de que te caigas. Pero no sabe muy bien qué quieren realmente de él. Y aunque fuera algo concreto, no se atrevería a decir cómo de concreta es realmente su influencia.

Hay un hombre bajo cuyo sombrero se esconde un patrón de punto de costura con folículos sangrantes, con dinero a espuertas y graves insinuaciones sobre la colección de Brik, a saber por qué. Hay chicas rubias que le sonríen agradablemente. No sabe hasta qué punto lo vigilan, hasta qué punto corre su nombre. No sabe cuántas personas piensan que pueden sacarle algo ni sabe las opciones que tiene, o si hay gente que quiera chantajearle realmente, obligarle a tomar determinadas decisiones utilizando la violencia. Y ni aun así se atrevería a decir cómo es de concreta su influencia. No sabe si se trata de un grupo internacional de criminales profesionales que graba a los huéspedes del hotel con cámaras ocultas y después los chantajea. Él no sabe nada. Hay *unknown unknowns*, incógnitas desconocidas. No sabe lo que no sabe.

En realidad, no quiere buscar ningún aliado, en realidad quiere estar siempre sólo a disposición de Brik. Pero si hay tantas fuerzas moviéndose fuera de su campo visual, ¿cómo sabe si tendrá los reaños suficientes para no negar tres veces a Brik antes de que cante el gallo?

Naturalmente, recibe apoyo. Correos electrónicos alentadores de colegas brikianos. Mensajes de ánimo de un par de sus antiguos profesores. Un par de catedráticos que le envían consejos. Correos de redactores de programas de opinión que sondean si no ocurre nada en Viena que sea lo suficientemente interesante para comentarlo en la emisión. En eso se fija el muchacho neerlandés. Intenta mirar con los ojos de la cámara, intenta ver cosas, sintetizar cosas que sean dignas de contar a los centenares de miles de telespectadores de la televisión pública.

Y correos cariñosos de su novia. Cariñosos correos tipo: «Vamos, tú puedes, campeón» de su novia. Dulces sms, mensajes de texto de buenas noches. Un amor del que nunca debe dudar.

No asiste a ninguna de las conferencias de su especialidad, sí que va a un par de museos, pero los cuadros no le dicen nada. El azul

grisáceo de los paisajes pastoriles de Brueghel, los tontorrones rostros de frutas de Arcimboldo. Naturalmente, tiene suficiente formación académica para reconocer el valor más profundo de las obras de arte, pero lo único que sucede dentro de su cabeza cuando ve los cuadros es que en algún lugar se ha marcado como vista una casilla de todos los cuadros del juego del Memory que tenía de pequeño que ya ha visto en persona. *La torre de Babel*: vista. *El rinoceronte de Durero*: visto. Después, rápido a la base otra vez.

Pero el mundo exterior penetra también sin compasión por la barrera de seguridad que es la puerta de su habitación de hotel: cuando se despierta, alguien le ha deslizado una nota por debajo de la puerta. Es del formato DIN A4, doblado a lo largo, como suele hacerse con las cartas del menú. Las letras están mecanografiadas y puede percibir el relieve con las yemas de los dedos.

> Somos jóvenes y el amor es un campo de batalla. El pasado lleva ya demasiado tiempo dominando al presente. Los gestos que deberían ser atemporales llevan demasiado tiempo secuestrados por significados antiguos. Ya en la época de César los generales saludaban a sus soldados con el brazo derecho extendido, como signo de respeto y solidaridad. Un brazo extendido como un signo de la alianza. Doce años de fascismo alemán han roto ese signo, doce años de un siglo pasado. Ha llegado la hora de la deshitlerización del brazo derecho. Hacemos un llamamiento para que los profesores saluden así a sus alumnos de secundaria, los actores a sus fans en la alfombra roja, los presentadores de televisión a sus telespectadores. Hacemos un llamamiento a los futbolistas para que alcen su brazo después de marcar un gol, como símbolo de desvinculación con un drama antiguo, como símbolo de un tiempo nuevo. Liberad el brazo derecho. La historia no puede hacernos nada. Somos el Frente de Liberación del Brazo Derecho.
>
> GUILLAUME BEAUJOLAIS, École des beaux-arts, Paris-Nord.
> FATIMA MEERBURG, Rijksakademie, Ámsterdam.
> ROBBIE DECOSTER, MOMA curatorial program, Nueva York.

Hasta ahora todo lo que le ha pasado encaja, absolutamente todo, pero esto es excesivo. El Frente de Liberación del Brazo Derecho. En el escrito hay un sello oficial con una cuenta de Facebook y un número de teléfono; al principio, confía en que sea una broma, que vayas a la cuenta y que te reenvíen a una iniciativa comercial, una página web de publicidad de un licor nuevo con un nombre impactante, Gladiator's finest, pero el instinto le dice que es real. La gota y el vaso;

todo lo que ha ocurrido desde la torpe muerte hotelera de Brik era lo suficientemente realista, pero el realismo está aumentando ahora a demasiada velocidad, llegando a una cantidad excesiva e histérica. Justo lo que él no quiere. La acumulación de acontecimientos verosímiles resta verosimilitud. La lógica cava su propia tumba. Si los acontecimientos empiezan a comportarse como una intriga, entonces cuidado (decía siempre Brik): entonces ya no son acontecimientos, sino pasos, escalones que nunca sabrás a qué sótano te llevarán.

Al menos, así era como yo me imaginaba que estaban transcurriendo los días vieneses de Philip de Vries.

Esa anécdota de la marquesina seguro que la conocía, y muchas otras semejantes. En Groninga circulaban cientos de anécdotas sobre Brik. También me parecía lógico que recibiera correos electrónicos de apoyo, él sí, porque eso es lo normal cuando sale tu careto en la televisión. Lo de la «muerte» y el «fallecimiento» me pareció que encajaba a la perfección con su apariencia de buen burgués. El que me tuviera metido en la cabeza era lógico, de lo contrario no intentaría contactar conmigo tan reiteradamente; su inseguridad era evidente, de lo contrario no estaría buscando tan servil y denigrante una *entente cordiale*, mientras que yo estaba recibiendo por él las bofetadas mentales, las insinuaciones, los vídeos; mientras que yo mantenía a distancia a los Burgers y Winterbergs y Chiltons y Ninas de este mundo.

También me parecía lógico que le hubieran pasado un manifiesto por debajo de la puerta de su habitación del hotel, porque yo también me había encontrado uno debajo de mi puerta y di por hecho que habían sido repartidos por todos los hoteles conocidos del congreso, ya fuera un manifiesto serio o un proyecto artístico lúdico. Al principio me asustó Sweder Burgers. El aceite y el fuego. Ojalá no animara eso a Burgers y a su Winterberg a actuar de una manera más rápida, dura y perentoria. Pero si me paraba a pensarlo un poco, y eso fue lo que hice, resultaba que tal vez fuera lo mejor, que podía convencerle de que justo esa clase de iniciativas favorecían a su bando. Nadie estaba deseando que llegaran deportistas de élite saludando como Hitler; esta clase de excesos podía ayudarle precisamente a movilizar gente para su causa, una causa que a mí, ahora que lo pensaba bien y con mayor detenimiento, de hecho no se me había explicado nunca del todo.

Seguro que era típico de Philip de Vries ver los cuadros sólo para ir tachando los que ya había visto, como seguro que también era propio de él hacer comparaciones con los clásicos —la coraza de Aquiles, la traición de Pedro—, se le notaba en aquel texto idiota sobre el búnker y Arkady Rossovich: las metáforas pomposas, los mitos nórdicos, la

incapacidad de abordar la muerte si no es a través de imágenes de la Antigüedad. La idea equivocada de que hacer referencia a los clásicos irradia efluvios intelectuales y literarios, y no una concepción del arte burguesa previsible y estrecha de miras.

¿En qué más cosas pensaba Rossovich? (O, mejor dicho: ¿en qué más cosas le hacía pensar De Vries?) En Clausewitz, en Maquiavelo: nombres altisonantes que evocan todo un mundo y te pueden hacer vencer fácilmente, pero ¿quién va a creerse que los has leído de verdad?

Me quité el sueño restregándome los ojos. Me miré al espejo, en bóxers, e hice el saludo hitleriano. Después aparté el manifiesto y volví a hacer el saludo hitleriano mientras me hacía un bigotito debajo de la nariz con los dedos índice y corazón. El look no me favorecía. Me puse un traje antracita nuevo y una camisa gris niebla con una corbata de lana de franjas azul y ocre. Era conmovedor lo competente que parecía.

Había que imaginarse también a otras personas haciendo el saludo hitleriano: hombres del tiempo, grupos de rock. No sólo los presentadores de televisión podían hacer el saludo, también los participantes de los concursos («¡A jugar!») que salían al escenario; directores y actores de cine que recibían un premio. Los revisores de tren. El Frente de Liberación del Brazo Derecho debía hacerse fuerte sobre todo entre los revisores de tren. Y funcionaría, además. Las primeras veces sería innovador, controvertido. A la gente había que pedirle un poco de responsabilidad, pero eso era precisamente lo que se necesitaba: una argumentación racional. De eso se trataba: de sacar de la irracionalidad algo con una carga tan fuerte. Para eso sirve el arte (*What is art? Art is the possibility of grasping the unreal —Oh really?* —. Lemas que quieren decir tanto que al final no significan nada. Abstracción, vocabulario, ambivalencia, marcos de referencia cambiantes, etcétera). A todos los chavales de catorce años a los que nada les gusta más que contar chistes de judíos, un chiste de Hitler, un chiste de cuántos-judíos-caben-en-un-cenicero… les ganarías por la mano: si lo hacen los profesores, pues a los alumnos deja de interesarles.

Me reí. Pocas veces habría habido un plan más condenado al fracaso. Cuanto mayor fuera la intervención del Frente de Liberación del Brazo Derecho, más brazos derechos se alzarían al cielo, altos, rectos y hacia delante, hacia un horizonte muy muy lejano, y más gente odiaría, odiaría, odiaría. Los culpables deberían aparecer rápidamente en todos esos programas de debate de la televisión, el guión ya estaba preparado. *Philip de Vries, ¿podría explicar, brevemente, qué demonios tiene de bueno esta campaña*? Era genial. No podía evitarlo, aquello me esperaba. Tenía que llamarlos.

Ninguna de las tres veces que sonó el teléfono me lo repensé, tampoco cuando lo cogieron:

—¿Diga?

—Soy Philip de Vries —dije en inglés—. Me alojo en el hotel. Acabo de encontrarme algo debajo de la puerta.

—¿Nuestro manifiesto?

—¡Exactamente!

—¿Lo ha leído?

—Por supuesto, y me preguntaba si era posible incluir algo en él. Para empezar, mi nombre: me llamo Philip de Vries. «Philip», tal como suena, y luego «de Vries», escrito «D-E-V-R-I-E-S» y un espacio entre «de» y «Vries», y soy el biógrafo de Josip Brik, ¿sabe?

—Yo soy Guillaume.

—Muy bien, Guillaume, ¿sabes lo que pasa?, estoy totalmente de acuerdo con vuestra campaña. Es una manera nueva de pensar muy convincente. Es algo que necesitamos. Y, ¿sabes?, yo soy el biógrafo de Josip Brik, el gran filósofo hitleriano. Seguro que le conoces. Espero haber terminado la biografía para el año que viene, el título provisional es *Brikà-brac, la vida de un animal pensante*, diferentes editoriales, de ámbito nacional e internacional, han adquirido ya los derechos. Así que pensé que tal vez os sería de ayuda mi apoyo.

—Pero… eso sería estupendo. Brik era nuestro… héroe. Como ya escribimos, abogamos por una desideologización de nuestro cuerpo, una desnazificación de nuestros riñones, nosotros, como artistas, creemos fervientemente que…

—Lo que yo estaba pensando, Guillaume, perdona que te interrumpa, es: ¿no podéis añadir mi nombre al manifiesto? ¿No podríais ir a repartir más folletos los próximos días por otros hoteles de Viena? Porque entonces podríais añadir mi nombre a vuestra lista, Philip de Vries, y poner después: «biógrafo de Josip Brik», porque así comprenderá todo el mundo quién soy y os veréis además respaldados por *the force of the power* de Josip Brik, ¿no os gustaría.

—¿Que si nos gustaría? ¡Sería fabuloso! —dijo Guillaume.

Merveilleux, añadió. *Superbe*. Tuve que deletrearle una vez más mi nombre y después tapar el micrófono con la mano, porque de lo contrario tal vez le habría alarmado mi fuerte risa, mientras él me contaba obediente que hoy imprimirían más manifiestos para repartirlos por los otros hoteles del congreso. Colgué y me tiré sobre la cama riéndome muy muy alto, una risa que sonaba sorprendentemente atávica y hueca. El biógrafo de Josip Brik. Philip podría volver a la televisión a hablar de Brik, pero ya nadie volvería a tomarle en serio.

Joder, pensé cuando ya había parado de reír… ¿Así que Brik era el

héroe de todos aquéllos?

La noche anterior, después de Nina, después del vídeo, después de Winterberg, Arkady Rossovich y Sweder Burgers, después de la señora Chilton, me había tumbado en la cama con los ojos como platos. Una formalidad, pensé. El sueño nunca me vencería, demasiada adrenalina, una sensación demasiado intensa de que iba a ocurrir algo, algo que lo transformaría todo. Pero como un niño que se propone en Nochevieja no dormirse antes de las doce y después se despeja por los fuegos artificiales, mi hostigado cuerpo no dejó pasar la oportunidad. Sólo me desperté una vez, cuando empezaba a hacerse de día. Salí de la cama para orinar y pensé en todo lo referente a mi vida. Encendí el portátil y descubrí lo que ya suponía, a saber, que el sitio de la Burgers Foundation tenía un diseño fabuloso, con música clásica de fondo que empezaba a sonar nada más abrirse, y tenía una página en la que aparecían los doce colaboradores del Sr. Dr. Sweder Burgers, con fotografía y datos de contacto, y que entre esos doce colaboradores no estaban ni Nina Barth ni Markus Winterberg.

Estuve buscando un poco más en Google y escribí las direcciones de cuatro anticuarios de Viena donde Arkady Rossovich podría haber vendido el botín de su saqueo. Después me volví a la cama y me dormí en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

Ahora me apresuraba por la Heldenplatz —¿se podía caminar por esa ciudad sin pasar por la Heldenplatz?— con el cuello del sobretodo levantado, como alguien que no quiere ser reconocido. Porque ése era mi papel, eso era en lo que estaba pensando todo el rato. Acontecimientos que tomáis la forma de una intriga: ¡venid! Una acumulación de acontecimientos verosímiles: ahí es nada. Se había puesto en marcha una intriga, una sobre engaño y chantaje, en la que había que dar pasos lógicos. Me habían tendido una trampa y yo había caído, se había mostrado el material del chantaje y ahora sólo tenía que esperar a que el chantajista se revelase. Tras lo cual, yo tendría a mi vez la posibilidad de abandonar mi papel de Philip de Vries. Mientras que Friso no fuera —mientras que yo no fuera— el objetivo, tenía todos los triunfos en la mano. Había algo seguro y tranquilizador en ese plan por etapas. Me mantendría en mi papel y todo se resolvería por sí solo.

Así pues, no era yo quien cruzaba la vía del tranvía y se dirigía a Maria Theresien Platz mirando furtivamente a mi alrededor, como haría alguien que sospecha que le siguen, ése era mi personaje. No era yo quien entraba en el anticuario con la espalda erguida y actitud resuelta, observaba callado los relojes antiguos, las pesadas estatuas de madera de gitanos y caballeros, no era yo quien miraba paciente con las orejas aguzadas los paisajes nevados de maestros menores. No era yo quien esperaba oír sólidas pisadas y notar una mano en mi

hombro. ¡Quizá incluso un revólver en la espalda!

¡Qué fabuloso era ser intelectual! Esa conciencia, el hecho de que siempre contabas con ese metanivel, era el perfeccionamiento de lo que Brik me había enseñado: que sí también significaba no, blanco también negro, aquí también allí, la vida también ficción.

Calmado y sereno.

Pero no me pusieron ninguna mano en el hombro ni ningún revólver en la espalda. La narración se hacía esperar. El primer anticuario de mi lista, en efecto, llevaba ya tres generaciones en el oficio, pero se había establecido en Viena hacía sólo cuatro años. «¿Por qué quiere saberlo, caballero?», me preguntó el amable señor que había tras la caja registradora. Le di las gracias con una sonrisa y desaparecí («No era yo quien desaparecía…») hacia el anticuario número dos, del que también recibí una negativa. Llevaban ya sesenta años en ese inmueble, en esa calle. En buenos y en malos tiempos; a veces costaba aguantar, «pero *je maintiendrai*», dijo el propietario de la tienda, claramente satisfecho de su ingenio, después de que yo le dijera que era neerlandés. Habían vendido cuadros a norteamericanos, a soviéticos, a museos, a empresas, a miembros de familias reales; pero nunca habían vendido nada que no fueran cuadros, en todo caso alguna escultura, y esto, a lo sumo, como un favor de cortesía a clientes fieles. «Lo siento.»

De momento, la intriga estaba encallada. Lamentablemente. Lo único digno de mención que ocurrió, por lo demás, fue que vi a Philip de Vries, el auténtico, en persona. Cruzaba una calle comercial cuando le vi, con el rabillo del ojo, mientras entraba en unos grandes almacenes. Le seguí. Llevaba un abrigo largo y claro, y en el cuello un pañuelo que le ondeaba con descuido. Alto, delgado, tupé rubio, Goebbels habría hecho virguerías con él. Se parecía a Ric Hochet. Caminaba con paso ligero y subió con agilidad por las escaleras kitsch de imitación art-déco de los grandes almacenes, como si estuviera en su casa.

Ése era él. *Ése era él*. Cada peldaño que subía suponía una revelación, como si estuviera viendo arder el agua. También existía fuera de mi cerebro, como si mirara por la ventana y viera galopar a San Nicolás en su caballo blanco por encima del tejado, *allá va él*, el sucesor al trono de Josip Brik. Su alumno favorito. Podías imaginártelo fácilmente en la primera fila de bancos en el aula, tomando apuntes a todo trapo, quedándose mucho tiempo después de que la clase hubiera terminado, con la esperanza de obtener un minutito del precioso tiempo de Brik. Vaya, chaval. Su cabello era al menos igual de rubio que el mío, los dos éramos igual de altos, y probablemente teníamos la misma edad. ¿Nos parecíamos? Por lo visto se nos formaban las mismas arrugas en los ojos al reírnos, quizá

teníamos también la misma nariz. ¿Tenía yo también esa sonrisa autocomplaciente?

No es que quisiera hablarle, desde luego que no; procuraba una y otra vez que un maniquí impidiese el contacto visual directo entre los dos, que al menos hubiera dos filas de ropa entre nosotros, para poder sacar una camisa, unos pantalones y un camisón de una percha si miraba hacia mí. Se detuvo un momento y cogí un jersey rosa de un estante, lo alcé a la altura del rostro e hice como que observaba el tejido de lana fina, intenté ver de reojo si Philip me estaba mirando. No me miraba, únicamente se estaba orientando un poco, y el único que estaba pendiente de mí era un vendedor esperanzado. Volví a doblar el jersey más deprisa de lo que lo había desdoblado y me apresuré otra vez tras él, hacia la cafetería, teniendo que contenerme para no correr. Ahora me encontraba a tres pasos, pero él sólo tenía ojos para una señora un poco mayor que se levantó de la mesita y le abrazó muy cordialmente. Puse rápidamente en la bandeja un panecillo de fránkfurt grasiento para poder hacer cola en la caja que estaba cerca de su mesa. Él le estaba soltando una historia en un alemán de Austria impecable, y pasó un tiempo antes de que pudiera entenderlo, ya que primero debía reponerme de la constatación de que nunca había oído a un neerlandés hablar tan fluidamente alemán, mucho mejor que yo, sin acento, y sólo después se me ocurrió la posibilidad de que ése no fuera Philip de Vries, sino simplemente otro colega delgado y rubio de los diez mil que pueblan esta ciudad. De cerca parecía también mayor y más inteligente.

¿Era él? No era él.

En los servicios me eché un chorro de agua en la cara y me imaginé que el agua se secaba en cuanto entraba en contacto con mi piel, como si cayera en una placa de cocina. Me peiné el pelo con los dedos hacia el mismo lado que el Philip falso y me levanté el tupé de la misma manera. No tenía un pañuelo como el suyo, pero sí que podía subirme el cuello de la chaqueta de la misma forma.

Markus Winterberg se dio cuenta.

—Tiene el pelo distinto.

Como no podía ser de otra manera, él estaba allí sentado, en un banco de la Marcus Aureliusstrasse, justo en el momento en que yo pasaba por delante. El banco estaba de espaldas a una pequeña plaza donde había niños jugando alrededor de una estructura de trepar y gritando como gaviotas. Tenía vista franca a la puerta principal del anticuario número tres, donde confiaba en que pudieran decirme más sobre Arkady Rossovich y la maqueta de Speer. En los otros bancos había mujeres, niñeras probablemente, que vigilaban con un ojo a sus niños mientras parloteaban entre sí en un idioma que no era el austriaco. La cabeza de Winterberg lucía pálida y resplandeciente,

como si se hubiera echado demasiada crema. Pelaba una manzana y gozaba claramente con el reto de conseguir mantener en una sola pieza la serpentina surgida de la monda de la piel.

—Los indios comían manzanas para mantenerse despiertos —dije —. Era un antiguo truco de guerra.

—¿Conoce a muchos indios?

—He visto muchas películas de vaqueros.

—Mira por dónde. Pues yo tengo esto para mantenerme despierto —dijo sacándose una lata de Coca-Cola del bolsillo del abrigo.

—Una manzana y una lata de Coca-Cola. Una combinación saludable.

Me hizo un gesto para indicar que podía sentarme y quité un poco de nieve del banco. Cortó un par de trozos de la manzana, se los llevó a la boca con la navaja y se ayudó a tragarlos con un trago de la lata.

—Cuando era pequeño, me quitaron una vez la mitad del intestino en una operación, y a lo largo de los años he descubierto que digiero mejor la comida si me bebo una buena cantidad de Coca-Cola.

Una pelota salió rebotando por la estrecha carretera, y antes de que un niño pequeño pudiera salir corriendo tras ella, una de las niñeras tuvo que tirarse casi en plancha para agarrarle por el pescuezo. El niño empezó a chillar, la niñera le cogió y le frotó la espalda. Winterberg se levantó, cruzó la calle y sacó la pelota de debajo de un coche aparcado; para un hombre de su estatura, se movía con facilidad, estaba en forma, entrenado. En la pelota había impresos personajes de dibujos animados, una especie de koala azul y una princesita india. Se dirigió al niño que lloraba y me imaginé cómo le vería el chaval, como si estuviera en la cubierta de un barco y viera que se le acercaba directamente un iceberg. En cualquier caso, en cuanto el niño tuvo la pelota de nuevo, dejó de gimotear.

—¿Dónde se crió? —le pregunté cuando volvió a sentarse.

—Adivine.

—Seguro que no es neerlandés de nacimiento. Así que ahora estaba pensando… Israel.

—¿Cree que soy un *sabra*?

—Eso suena como una marca de coches.

—Así se le llama a un israelí nacido y criado en Israel.

—¿Entonces eso es usted? ¿Un *sabra*?

—¿Lo dice por el tatuaje del señor Burgers?

—Ese tatuaje… Todavía no sé muy bien qué debo pensar del señor Burgers.

—Ante todo no se preocupe, yo no tengo intención de hablar tanto como él.

—El señor Burgers tiene, en efecto, cierto talento oratorio.

—Ciertamente es un hombre con muchos talentos.

—¿Y cuáles son los talentos de usted?

Levantó las cejas, juguetón, tal vez casi flirteando. Con la navaja hizo un círculo en el aire, como si fuese a decir algo. Aguardé una explicación que no llegó. Se puso la navaja en el muslo, se limpió la boca con la manga y levantó las manos, estiró los dedos separándolos, como si quisiera que le contara los diez.

—Yo soy un hombre que trabaja con las manos —dijo—. Puedo hacer cosas, romper cosas. Si pienso algo, puedo actuar en consecuencia. No necesito rodeos…, puedo hacer cosas yo solo. Y si puedes hacer cosas solo, no hace falta que rindas cuentas a nadie. No necesito tener paciencia con los demás. Probablemente haya pocas personas en esta ciudad, en este congreso, con tantos callos en las manos como yo. Eso está bien. Es fabuloso. Ellos tienen librerías y yo tengo callos.

Volvió a darle un bocado a la manzana y volví a esperar hasta que se lo acabara.

—No me gustan los artistas y no me gustan los intelectuales —dijo Winterberg.

—Muy bien.

—Los intelectuales piensan que son el cerebro de un país. Y no lo son. Son la mierda.

Me quedé reflexionando un poco.

—Eso suena como a algo que podría haber dicho Stalin —le dije.

—Fue Lenin, en una carta a Trotski.

Lev Davídovich Bronstein. Esas cejas de nuevo. Sacó la monda de la manzana del bolsillo de su abrigo y la cortó en pequeños trozos que a continuación echó a un par de palomas que exploraban debajo de una papelera unos cuantos metros más adelante.

—Ustedes no son los primeros que me han pedido estos días que lea algo —le dije, *just making conversation*.

—Mientras seamos los más importantes…

—¿Le dice algo el «Frente de Liberación del Brazo Derecho»? ¿No ha visto el manifiesto de esa iniciativa intelectual con veleidades artísticas?

—La diferencia entre usted y yo es que si yo utilizo la palabra «frente» no estoy hablando de una iniciativa artística.

Me quedé con la mirada perdida y oyendo gritar a los niños que jugaban. Era consciente de que tenía la mirada perdida, pero no podía evitarlo. Quizá estuviera histérico, pero necesitaba tiempo. Todo lo que me había dicho se podría interpretar como una amenaza y al mismo tiempo nada de lo que me había dicho se podía considerar una amenaza. Israel. ¿Israel significaba Mossad? ¿Él era uno de esos espías

freelance como los que salen en las películas de espionaje, uno de esos que se dedican a joder a redactores jefe de revistas académicas entre el tráfico de secretos nucleares y los asesinatos por encargo? Cada peligro que percibía, cada mínimo indicio sospechoso tanto de mi propio cerebro desbocado como del suyo. Y lo sabía. Estaba interpretando un papel al igual que yo, todo ese monólogo que pronunció sobre los intelectuales y la mierda… De acuerdo, de acuerdo, él interpretaba su personaje, pero entonces yo también tendría que hacerlo.

—Guau —dije por fin—. Guau, lo del frente es algo muy guay.

Ahora que lo miraba, era difícil de explicar, pero tenía algo femenino en el rostro. Un asomo de algo. Podía ser muy bien un marica como una catedral.

—Ahí está el anticuario —dije—. ¿Por qué no entra usted mismo?

Me sonrió ampliamente, burlonamente, y era la primera vez que le veía sonreír así. Tenía las encías blancas, bolsas grises le colgaban como cortinas bajo los ojos.

—El señor Burgers es muy conocido en el mundo de las antigüedades. Él no puede entrar como si nada en cualquier sitio.

—Así que para eso me tienen a mí, ¿no?

—Así que para eso le tenemos a usted.

Al abrir la puerta sonó una campanilla. Entré y me desabotoné el abrigo (probablemente para indicar: «Mire, llevo corbata, concédame su confianza») y me di cuenta de que volvía a sentir un ligero hormigueo en la mano derecha, como si tuviera el síndrome del túnel carpiano, y también como si me hubiera vuelto a despertar con un calambre en el cuello y la sensación de que mis intestinos fueran lazos de regaliz.

La tienda llevaba el nombre de la calle en la que estaba: Marcus Aurelius. No era mal nombre para un anticuario. El negocio constaba de tres espaciosas habitaciones unidas, de las que una se hallaba dominada por un piano de cola negro cerrado. Sobre el piano había un par de jarrones orientales y un desnudo griego. Había un cartel en el teclado que decía NOT FOR SALE. El resto del negocio era un caos organizado que hacía pensar en el castillo de Moulinsart de los cómics de Tintín; allí te encontrabas de todo mezclado: armaduras, bustos de compositores y soberanos destronados, fotografías enmarcadas de regimientos de finales del siglo XIX o de principios del siglo XX, figuritas de bronce, budas grandes y pequeños, había un armario con —entre otras cosas— porcelana azul de Delft, alfombras persas en el suelo, máscaras africanas colgando de las paredes, naturalezas muertas de paisajes europeos, sables y cuchillos de —calculé— cinco

siglos diferentes, como si una máquina del tiempo desbocada se hubiese dedicado a escupir objetos inconexos por la tienda.

Al fondo, un hombre con una gabardina y una gorra plana de tweed hablaba con otro más joven que llevaba chaqueta y le impartía una pequeña clase sobre el valor histórico de la figurita que tenía en las manos. Me saludó una señora con el cabello corto y gris y un plumero en la mano. Llevaba un jersey rosa pálido y una cadenilla de oro con medallón alrededor del cuello de cisne.

—Buenas tardes, caballero.

Seguro que pasaba de los cincuenta; le temblaba la piel del cuello como a una gallina. Sus ojos eran claros, azules y lo suficientemente amables, pero cuando me sonrió vi que tenía los dientes extraordinariamente cortos y transparentes, como si nunca hubiera cambiado los de leche.

—Buenas tardes, señora —dije yo—. Qué bonita tienda tiene.

—Gracias. ¿Busca un regalito para estas fiestas?

—¿Tiene usted suficiente papel de regalo? —dije señalando una armadura.

Rió abiertamente, muy alto, llevándose la mano al pecho (Ay, Friso, qué gracioso eres). Dejó el plumero.

—¿Es usted coleccionista? —preguntó.

—No exactamente.

—Pero sí un *connaisseur*, ¿no es cierto?

—Ésa es una bonita palabra.

—No suelen visitarnos personas de su edad. Las cosas antiguas les parecen… antiguas.

Se rió de su propia ocurrencia y yo me reí con ella.

—Algunas personas entran aquí simplemente para echar un vistazo —dijo—. Otras para comprar algo. Y el resto entra para comprar por encargo de otras personas.

—¿Es muy frecuente eso?

Se quedó mirándome con algo parecido, supuestamente, a un asomo de sonrisa. Me estaba observando, pensé; me estaba evaluando.

—Suele ocurrir que recibimos a compradores que actúan en nombre de terceros porque la tercera parte no quiere revelar su identidad al resto del mundo.

—Estoy aquí en Viena por el gran congreso de historiadores *End of History*, quizá haya leído usted algo.

—Oh, claro, ese congreso universitario. He de decirle que nos ha venido como agua de mayo. Llevamos toda la semana atendiendo a asistentes al congreso. Naturalmente, eso es lo bueno de una tienda como la nuestra: la sensación histórica de poder tener en las manos algo auténticamente antiguo.

Asentí con un gesto de cabeza. En efecto, en efecto, la sensación histórica.

—Yo soy redactor jefe de una pequeña revista universitaria y por casualidad publicamos hace poco un artículo sobre un objeto antiguo que probablemente vendieron aquí —intenté. Se quedó mirándome, insegura. Entra en materia, pensé—. Se trataría de una pieza (dije «*a piece of history*», traduciendo mal al inglés) que quizá vendió usted aquí hace unos veinte años.

—Muy bien.

—Se trata de un fragmento de una maqueta.

—¿Puede ser más específico?

—Se trata de un fragmento de una maqueta de la Germania diseñada por Albert Speer, que probablemente fuera encontrada en el búnker de Hitler, en Berlín. Habría llegado aquí después de la guerra. Un ruso, si no me equivoco, se la vendió a su tienda. Su tienda debió de volver a venderla hace unos veinte años.

Su modo de mirarme cambió ligeramente; se le cerró la boca, se le achicaron los ojos, como si algo le estuviera cerrando el rostro con llave.

—En todo caso, el fragmento de maqueta tal vez no sería auténtico, sino una imitación —añadí rápidamente.

—Me resultaría difícil aceptar que alguna vez hubiéramos podido llegar a vender algo falso —sonó a mis espaldas—. Era el muchacho con la chaqueta. La alopecia se le había presentado pronto y la expresión de su cara era seria, con más o menos los mismos dientecillos que la mujer.

—Éste es mi hijo. Somos una empresa familiar. Llevamos en el negocio más de setenta años. Si tiene datos más concretos sobre su maqueta, tal vez pueda mirar en nuestros archivos —dijo ella mientras le hacía un pequeño gesto con la cabeza al hijo, que volvió a escabullirse en dirección al hombre con la gorra plana de tweed, que ahora observaba admirando unos bastones con bellas incrustaciones.

La seguí a una mesa con ornamentos de madera donde roncaba un indolente gato rojo. De un cajón sacó una pesada caja de hierro que contenía cientos de pequeñas tarjetas y hacía las veces de fichero.

—¿Y de esa maqueta, o del ruso que la vendió, puede contarme algo más?

—Sí que puedo. Se trataría de una parte de la maqueta y habría llegado a su tienda a través de un tal Arkady Rossovich.

—¿Tiene alguna idea de en qué año?

Negué con la cabeza. Desesperado. ¿Qué era lo que sabía en realidad? ¿Qué datos tenía? *Data, data, data, I cannot make bricks without clay*. Ella también debió de pensarlo, dejó de pasar tarjetas y

volvió a cerrar la caja.

—¿Es usted periodista?

—No exactamente —le dije.

—¿De dónde es usted?

—De los Países Bajos. Pero trabajo en los Estados Unidos.

—¿En qué sector me dijo?

—Tal vez suene absurdo, pero me dedico a los estudios hitlerianos. Investigamos…, bueno, todo lo relacionado con Hitler.

—¿Me dijo que tenía una revista?

—Exacto. *El Sonámbulo*. Fundada por Josip Brik, si le dice algo ese nombre.

Miró hacia otro lado y esbozó una sonrisa secreta, cuyo significado sólo ella conocía.

—¿Y podría decirme su nombre?

—Philip de Vries —le contesté.

Apuntó el nombre en una tarjeta que a continuación me mostró.

—¿Se escribe así?

—De Vries con V, no con F. Así está bien.

Su boca había vuelto a adoptar una expresión seria, pero tenía algo burlón en el rostro.

—Dígame, señor De Vries, ¿está usted aquí por nuestro gabinete alemán?

—En efecto —dije de manera intuitiva. No decir «¿eh?», no titubear, no preguntar «¿qué es un gabinete alemán?».

Ahora me hablaba con una voz mucho más dulce:

—Ya me lo imaginé al verle. No me pregunte por qué sé ese tipo de cosas, pero las sé. Lo veo enseguida. Sígame.

¿Y por qué no seguirla? ¿Por qué no? Hazlo como si fuera algo que siempre hicieras, hazlo como si fuera la cosa más normal del mundo. Sigue sonriendo. Desde que había entrado, no había dejado de sonreír, tanto que me estaban dando calambres en las comisuras de los labios. Porque eso era lo que hacía, eso es a lo que siempre recurría: era blanco, era rubio y era más guapo que el promedio. Vestía con buena ropa. Había llevado aparato corrector desde los trece hasta los dieciséis años, tenía la sonrisa blanca y perfecta de una ortodoncia de miles de euros reembolsados por el seguro sanitario. ¿Quién no querría que estuviera a su lado? Al igual que la señora Chilton, que me contó su aventura…, ¿quién no querría hacerme partícipe de sus secretos? Todo en mí transpiraba Europa, Occidente, el primer mundo, así que daba por hecho que todo el mundo me trataría con los miramientos y la decencia intrínsecos al primer mundo, que era también donde estaba. Yo era mi propio talismán y tenía que empezar a poner a prueba mi suerte, así que la seguí, bajando por la escalera

de madera, hasta el sótano. Nos dirigimos hacia una amplia habitación que hacía claramente las veces de oficina. Había todo tipo de archivadores y sobre un sólido escritorio zumbaba un ordenador anticuado. De un cajón del escritorio sacó una llave y me señaló hacia una puerta ancha, donde había una cerradura con un código numérico.

—He de pedirle, señor De Vries, que sea discreto con respecto a lo que voy a mostrarle ahora. ¿Puedo contar con su discreción?

—Por supuesto que puede —le dije.

Primero giró la llave dentro de una cerradura que estaba a la altura de la rodilla, después colocó el cuerpo entre la cerradura y mi persona, para que no pudiera ver el código que tecleaba. Se encendió una lucecita verde y sonó un pitido prolongado y aprobatorio: desde la cerradura se produjo tal tensión en la puerta que ésta casi se abrió por sí sola.

—Este cuarto no se lo mostramos a todo el mundo —me dijo.

Empujó un poco más la puerta con la palma de la mano, de modo que pude ver la habitación y enseguida una bandera con una enorme esvástica.

—Pase.

El cuarto no tenía más de cuatro metros por cuatro, como mucho. La luz entraba por las pequeñas claraboyas que había en el techo. Sólo podían verse los pies de los transeúntes; la posibilidad de que alguien mirara adentro era minúscula, ese imponderable ya se había tenido en cuenta. Desde arriba se oían los pasos de su hijo, pero la música clásica de vals procedente de la radio ya se había apagado.

—Somos una tienda apolítica. Nuestros clientes tienen intereses específicos, y a nosotros nos gusta cumplir los deseos de nuestros clientes.

Pero no era verdad, pensé. *Bullshit*. Estábamos en un templo clandestino. Allí se vendían reliquias, y para venderlas se necesitaban creyentes. Si abrieras la tapa de su medallón, ¿a quién te encontrarías? Adivina adivinanza. Entré en el recinto. En la parte de arriba, en un aparador, había más de diez cuchillos largos, de los que habían dado el nombre a aquella noche de 1934. Donde terminaba el mango y empezaba la hoja se había tallado una cruz gamada ornamental. Su voz dulce volvió a resonar:

—Fíjese lo afilada que está todavía la hoja. Y mire allí, justo encima del mango, ahí tiene el número de serie. Por el número de serie sabemos dónde sirvió el soldado al que pertenecía el cuchillo.

Estos comentarios eran propios de una persona orgullosa de su mercancía. Una profesional, pensé. Junto al aparador había una amplia pared llena de libros. Pasé los dedos por los lomos.

Rassenkunde des deutschen Volkes, de Hans F. K. Günther. *Rasse und Seele*, del Dr. Ludwig Ferdinand Clauss. *Der Giftpilz* de Julius Streicher. Con las yemas podía sentirse el relieve de las letras sobre los lomos de piel. En el armario había una carta enmarcada, firmada por Joseph Goebbels, y un retrato fotográfico enmarcado de Leni Riefenstahl, firmado por la propia Riefenstahl. El polvo de los estantes se había limpiado minuciosamente, las cubiertas de los libros estaban en fila como soldados. Entre dos bustos de Hitler, uno en bronce oscuro y otro en mármol blanco, había cinco, diez, quince ejemplares de su libro *Mein Kampf*; ediciones antiguas encuadernadas en piel, el papel amarillento que a mí siempre me había gustado tanto: notaba el olor, dulce, pero ahora demasiado dulce.

En mitad del cuarto había una vitrina de madera del mismo formato y la misma altura que una mesa de billar. Bajo el cristal se veían cuatro pistolas Luger colocadas la una al lado de la otra. Las armas descansaban sobre una tela de felpa roja elegante y las iluminaban unos focos especiales, como si fueran las llaves honoríficas de la ciudad. De las dos primeras pistolas colgaban pequeños papelitos manuscritos, tan ocultos que tenías que esforzarte para poder leerlos, pero no tan ocultos como para que no pudieras leerlos: 5.000 euros, 8.500 euros. Junto a las armas se habían colocado cartelitos con texto, como los que esperarías en un museo:

«Arma de servicio del *Hauptsturmführer* Dieter Wisleceny, 19 de enero de 1911, Regulowken — 4 de mayo de 1948, Bratislava, número de las SS 2.177.889, galardonado con la Cruz de Hierro de primera clase por el valor mostrado en la Operación Barbarroja.»

«Arma de servicio del *Hauptsturmbannführer* Ditrich Ernst zur Lahn, número de las SS 2.891.626. Nacido el 22 de agosto de 1920 en Salzburgo, Imperio Alemán — muerto por el *Führer*, el Pueblo y la Patria en Königsberg, 8 de marzo de 1945.»

Hizo un gesto hacia la cuarta pistola de la fila. Leí el breve texto de la tarjeta: «Arma de servicio del mariscal de campo Otto Moritz Walter Model, Genthin, 24 de enero de 1891 — Duisberg, 21 de abril de 1945.»

Volvió a mirarme con aquella sonrisa servicial, como si fuera una azafata y me pasara a hurtadillas una bolsita extra de anacardos:

—Eso no necesita mayor explicación, supongo. Ésta era su arma personal de servicio, que utilizó hasta el final. Usted ya debe de saber que el mariscal de campo Model en 1945, bueno, sí… —Con el índice y el pulgar simuló una pistolita y se la puso en la sien. ¡Pum!, dijeron sus labios sin emitir sonido—. Estamos muy orgullosos de esta pieza. No hace mucho que ha llegado a nuestras manos, pero puedo decirle que ya hemos recibido varias ofertas.

—¿Y cómo sabe usted que ésta era la pistola auténtica, si me

permite preguntar?

—La prudencia me impide contarle demasiado sobre la procedencia exacta de nuestras piezas, pero confío en que comprenda que nuestra familia lleva cinco generaciones siendo propietaria de esta tienda. Tenemos una red estable de clientes y proveedores, por lo que podemos garantizar como ningún otro la autenticidad de nuestros artículos.

¿Qué había hecho o dicho yo para merecerme su confianza y que me mostrara aquello? ¿Qué había en mi rostro para que «ya hubiera imaginado» al verme que aquello era que lo estaba buscando? ¿Era «Brik» la palabra mágica? De nuevo preguntas que no podía hacer en voz alta. El truco está en ir reduciendo el enigma.

Junto a las pistolas de la vitrina había un libro abierto, *Mein Kampf*, como no podía ser de otro modo. En la portada había algo escrito. Una letra suelta que parecía un rayo, o una runa nórdica, y al lado una palabra escrita en diagonal, una *J* y una *L* mayúsculas pegadas, de manera que formaban una *H*, una *i* sin punto, una *t* que se parecía más a una *a*, una *l* que se parecía a una *i* y una pequeña ola doble en la que tenías que ver probablemente una *e* y una *r*.

—Esto no está en venta —dijo sonriendo, pero con firmeza—. Es una herencia familiar.

Era la primera vez, pensé, que veía la firma de Hitler. En directo. Nazis. De repente me vino a la memoria lo que había dicho el señor Chilton: «No sólo existieron en las películas.» *They were real people, you know*. Ese recuerdo, Brik y yo tomando café delante de nuestra pequeña oficina, al sol, riendo, me devolvió a la realidad; ya no miraba el libro de la vitrina, sino que vi de repente el reflejo de mi rostro en el cristal. Mi aspecto era mucho más joven de lo que yo me sentía. El pelo exactamente igual que el del falso Philip. De pronto me sentía ahogado; no era un nudo en la garganta, sino una sensación de asfixia, como si desapareciera poco a poco el oxígeno de la habitación. Tenía que sobreponerme. Iba dándome cuenta de forma lenta, pero era evidente. Había visto tantas esvásticas en tantas películas, tantas novelas, tantas entregas de *El Sonámbulo*, cientos de miles… Pip se había quejado a veces de que hubiera tantos libros en nuestra casa con cruces gamadas en la tapa, ya no quería seguir viendo la biblioteca. Pero aquello era distinto. Aquello era a cara descubierta. Tropezarse cara a cara con una bandera con una cruz gamada encerrada bajo siete llaves…, aquello era otra cosa. Aquello, aquella habitación, aquel sótano. El aspecto secreto le otorgaba a la bandera un significado. Era la primera vez, en todo aquel tiempo, que veía una esvástica que significaba algo. Tropezarse con ella así era como entrar en un váter en el que no habían tirado de la cadena, y el tufo era el que consumía el oxígeno.

—En caso de que localizara esa maqueta del búnker, señor De Vries, piense en nosotros. Seguro que le encontraríamos salida.

Cuando salí afuera, Winterberg ya no estaba sentado en su banco. Sentía el cuello, la espalda y los hombros como si llevara un menhir encima y alguien hubiera olvidado darme la poción mágica, pero no me importaba. El aire fresco pocas veces me había sabido tan puro.

9

Naturalmente, Felix estaba terriblemente excitado cuando el taxi giró a la izquierda, por el largo e iluminado camino de entrada del castillo de Schönbrunn, y un puñado de agentes de policía con chalecos antibalas nos indicaron que paráramos al borde de la carretera. Uno de ellos llevaba una pesada ametralladora terciada al pecho como quien alimenta a un niño recién nacido; otro nos alumbró la cara con una linterna, directamente sobre la gran sonrisa de Felix, mientras uno de sus colegas miraba debajo del coche con un aparato con un palo largo. Le devolvieron el carné de conducir al taxista y el agente hizo un gesto de que podíamos continuar. A lo largo de la pista de entrada había estandartes rojos con los rostros y los grandes nombres del congreso, los Simon Schama, Salman Rushdie y Peter Sloterdijk; las Mathilda Wilson y Madeline Steinberg. Pretzel se encontraba entre ellos, aunque seguramente no sería capaz de dar ningún discurso, pero también la enorme cabeza de perro fiel de Brik ondeaba al viento, algo que Felix tampoco pudo ver porque estaba, por así decirlo, meneando la cola en el asiento de atrás desde que había visto que había puertas detectoras de metal en la majestuosa entrada del palacio.

—Ya sabes lo que significa eso, Friso. ¿Por qué tendría que haber tanta vigilancia si no?

Ese dispositivo de seguridad. Invitados importantes. Un hombre con pinganillo nos cacheó antes de que pudiéramos mostrar las invitaciones, y sólo después se nos permitió pasar por los arcos para una *second opinion*. Felix seguía hablándome sin cesar mientras un segundo hombre con un cuello más gordo, si cabía, volvía a cachearme con mayor brusquedad, porque el detector de metales había empezado a sonar cuando pasé por culpa de la hebilla del cinturón, como resultó a la postre.

—Está aquí, no puede ser de otra forma. Encontrarse a una notoriedad así, aquí, en estado salvaje. Es un poco como si de repente te toparas con un tigre en el centro de Ámsterdam.

Al vigilante no le pareció bien.

—Señor, quiero que retroceda cinco pasos para que pueda hacer

mi trabajo.

Felix le obedeció pero continuó hablando un poco más alto:

—Parece que es más alto. En persona.

Sentí la gelidez de las manos del vigilante cuando me las pasó por las piernas. También hacía frío. El viento me traspasaba la tela de los pantalones; volvería a nevar. Miré a lo alto: los focos hacían clarear impecablemente la fachada amarillo mantequilla del Schloss, que se dibujaba contra el cielo oscuro. El palacio quedaba iluminado como una nave espacial acabada de aterrizar.

—Probablemente llamará la atención de inmediato. Ese pelazo rubio. Tampoco sabría qué decirle. ¿Hay que ponerse a discutir con él? En cierto sentido, en tu posición estás un poco obligado. Como intelectual. Éste es el momento de comentar ese programa suyo del partido, en el que nos habla de los peligros del nacionalsocialismo pero con «nacional» escrito entre comillas. ¡Entre comillas! Como si Hitler, en realidad, hubiera sido un socialista y el nacionalsocialismo sólo fuera una especie de sabor del mes. Socialismo boloñesa. Socialismo salsa barbacoa.

Nos sumamos a una fila inquieta. La visión de lo que pasaba dentro estaba obstaculizada por los chales ondeantes de las mujeres que teníamos delante. Se quejaban en italiano, gesticulaban, hablaban con signos de exclamación. Les inspeccionaron los bolsos de mano. Dos azafatas que tiritaban de frío dentro de sus brillantes vestidos de gala comprobaron nuestras invitaciones con marca de agua y nos ofrecieron el libro de honor para que firmáramos.

—¿Qué puedes decirle a un hombre así? —continuó Felix—. Quiero decir, ¿qué le preguntarías a Hitler si te encontraras con él?

Un tigre en el centro de Ámsterdam. Me tomé mi tiempo, recorrí con la mirada, arriba y abajo, la página del libro de honor, buscando «P. de Vries» o quizá «De Vries, Philip», y después «S. Burgers», «M. Winterberg», o «N. Barth»; los enemigos se multiplicaban, pero con tan poco tiempo era imposible ver nada y las azafatas miraban algo impacientes. Apunté mi nombre y cuando lo vi, *Friso de Vos*, me pareció que mi firma resultaba absurdamente insegura, como si no estuviera seguro de lo que había escrito. Miré a Felix:

—¿Al Hitler de Múnich o al Hitler de Berlín?

—Al Hitler de Berlín —respondió Felix.

—¿Que qué le preguntaría?

—Sí.

—Si no hubiera preferido dedicarse a la pintura artística.

Me oí a mí mismo decirlo. Dentro nos topamos enseguida con las espaldas de un par de centenares de hombres a los que, reunidos en el gran vestíbulo, se les pedía que alzaran las copas. Por lo visto, nos

habíamos perdido el discurso de bienvenida. De las columnas neoclásicas colgaban los estandartes rojos del congreso entre los retratos oficiales de los Habsburgo, que nos miraban desdeñosos desde su altura en la eternidad. En un escenario había un personaje con pinta de político, cabellos blancos con correcta raya blanca a un lado, que mantenía en alto su copa de champán y atacaba sin asomo de reserva el *Gaudeamus igitur*. No me habría esperado que alguien se atreviera a pedir a un grupo de profesores, intelectuales, periodistas, artistas y estudiantes que cantara a coro, y mucho menos me habría esperado que el grupo cantara; desde luego, no con la entrega que de inmediato resonó a voz en grito por la sala. La letra de la canción se proyectaba en una pantalla. Hacía el mismo efecto que un himno nacional: únicamente abriendo la boca y cantando las atávicas frases, los asistentes al congreso abandonaban el reblandecimiento de las largas conferencias y el aterimiento del clima frío, y se dejaban llevar por un hermanamiento de espíritu internacional. *Post iucundam iuventutem / post molestam senectutem, nos habebit humus*. El crítico literario que veía cómo se reducía cada año su aportación al suplemento de libros del periódico, el catedrático al que apenas le quedaba presupuesto para sus doctorandos, poetas y pensadores, almas perdidas, sonaban como si hubieran estado esperando con ilusión durante semanas aquel momento; cada sílaba de latín se cantaba con un convencimiento pleno y sincero de reafirmación. En otras circunstancias, probablemente aquello hubiera sido lo que me esperaba de la vida, en lo que confiaba que fuera la vida, entrar en un salón de un palacio y que todo el mundo allí, hombres y mujeres, estuviera vestido con traje de etiqueta, personas que conocían a Shakespeare y a Tarantino, a Tocqueville y a Kissinger, con quienes podías enzarzarte en una conversación sobre… sobre prácticamente cualquier cosa. Sonaba nuestro himno nacional. Aquélla debería haber sido nuestra sociedad, nuestra nueva república, una meritocracia de conocimiento, toda aquella gente tan erudita…, pero, ya lo he dicho, en otras circunstancias. Entonces sí que me habría puesto a cantar a voz en grito con todos, entonces sí que me habría sentido miembro del club, entonces probablemente me habría puesto detrás de Brik en la polca y los golpecitos en su espalda los habría sentido como si se descargaran en la mía. Pero ahora no disfrutaba de nada. Había una distancia, y no era sólo Brik. Sólo miraba a los occipucios, intentaba distinguir una coronilla de otra, el tupé domado de Philip de Vries, la kipá de pelo de Winterberg, los folículos reubicados de Sweder Burgers y quizá también, por qué no, el casco de pelo de la señora Chilton. Sentía a mi lado la energía neurótica de Felix, que cantaba a coro de manera impecable, porque en su día había sido programado de tal manera que siempre interpretaba el papel que se requería de él;

pero a él también le vi mirando, también buscando, en su caso una cabellera de rubio oxigenado.

Intro Friso. Me había esperado que tan pronto como se detuviera el canto la gente se volvería, que todo el mundo me miraría, sonaría por todas partes mi nombre o al menos el de Brik, antigua estrella de ese congreso; o en realidad, en lo más profundo de mi ser, no lo había esperado en absoluto, sino que me habría gustado esperarlo, me habría gustado sinceramente tanto tener la esperanza de que las personas siguieran las indicaciones escénicas del guión al que yo había ido a parar. *Intro Friso*. Porque en realidad no me sorprendía que los únicos que recibían atención fueran las camareras, cuyas bandejas con champán y canapés habían sido asaltadas como unas rebajas de otoño. Desde una de las salas se oía ahora música en directo, un grupo de jazz no muy alegre con una cantante negra que cantaba con un acento casi brikiano una canción del Great American Songbook.

Anodder seashon, anodder reashon

For making whoopee.

Felix me cogió suavemente del brazo y me llevó atravesando una corriente de personas en dirección a una sala contigua.

—¿Tú le has visto? Yo no. Pero seguro que aquí no estaba todo el mundo. Este palacio tiene, ¿cuántas?, ¿diez salas para los invitados? Vamos a dar una vuelta.

Había una energía inquieta por doquier, los asistentes hablaban entre sí pero el foco no estaba en la conversación, todo el mundo miraba a su alrededor, buscando interlocutores mejores, más conocidos, más exitosos. ¡Mira, ahí tienes a ése! ¡Mira, ése es tal y cual! Oías el eco de los nombres; algunos me sonaban, otros no.

—Mira, allí tienes a Nicolaas Fokker.

Y, en efecto, allí estaba Nicolaas Fokker, pequeño, palurdo, famoso. Autor. *Écrivain européen*. Tenía el aspecto de un director de banco jubilado. Su vida la conformaban el caviar y las crackers. Se decía que era amigo personal de la reina. Cada año se quedaba esperando una llamada de Oslo que no llegaba, y con las manos metidas en los bolsillos estaba inmerso en una conversación con un muchacho de rizos salvajes y ojos tristes que con su bolígrafo y su bloc de notas parecía que venía del periódico del instituto:

—Ah, sí, la lista de personas que *no* lo han ganado es, naturalmente, mucho más impresionante.

El muchacho escribía con solemnidad. Tres metros más adelante, pasamos junto a dos mujeres, una joven y otra mayor, que también estaban mirando a Fokker. Tuve la sensación de que tenía que conocer a la más mayor y bajita de las dos: apenas le sacaba una cabeza al carrito de la compra, vestido caro, rostro arrugado; tenía los dientes

blancos y excesivamente grandes para su boca, como si hubieran pertenecido antes a otra persona. La muchacha se dirigía a ella:

—Santo cielo, lo que escribiste sobre Fokker…

—Bueno, tampoco fue para tanto…

—No, quiero decir…, se lo merecía, pero al leer tu reseña parecía como si mirase a través del visor de un francotirador en las montañas que se alzan sobre Sarajevo.

Aunque era muy tarde, seguía entrando gente que huía del frío; era una fiesta sin horario. Los camareros ahora lo tenían difícil para atravesar la multitud con las bandejas. Oímos a una mujer reírse muy alto y en algún lugar se cayó una copa al suelo.

—Aquí no vamos a encontrarle —dijo Felix.

Vi a Vikram Tahl hablando con un hombre que le sacaba una cabeza, y así, desde cierta distancia, pude contemplar por primera vez su magnífico juego de piernas. Era como un boxeador. Cada movimiento de cabeza de su interlocutor, él le acompañaba con un movimiento propio para estar siempre justo delante, era infalible. Tahl hacía gestos, estaba claro que no obtenía lo que quería:

—Pero ¿cómo es posible que no te intereses por la historia de la India? —preguntaba con una sonrisa forzada.

—Pues ya ves. A esos colegas nunca les he perdonado lo que le hicieron a Ben Kingsley en *Gandhi*.

Agarré a Felix del brazo para que Tahl no nos viera; en uno de los alféizares estaban sentados dos hombres con bigote que se habían agenciado claramente una bandeja y daban cumplida cuenta de las albóndigas a toda velocidad. Se reían con ganas (uno: «¿Y lo peor? ¡Me había entregado su antología poética en Comic Sans!»). Junto a ellos se encontraban los dos rostros más jóvenes que había visto hasta entonces, dos muchachos *blazers* demasiado grandes.

—¿Y cuál es tu guerra favorita? —preguntó uno.

—La Guerra de Crimea, en lo que a mí respecta, tiene todo lo que puede esperarse de una buena guerra —contestó el otro.

Dos chicas jóvenes se hallaban un par de pasos más adelante, quizá fueran sus acompañantes. Me parecían algo mayores, más seguras de sí mismas. Una le contaba con una sonrisa de superioridad a la otra:

—Y entonces él me miró así, y me dijo: «Chica, no hablemos de *les mots*, de ti me interesan mucho más *les choses*.»

—Vaya, como si fuera Foucault quien estaba ligando contigo.

En medio de la sala en la que entrábamos ahora había un equipo de operadores y justo delante de la cámara estaba Madeline Steinberg, descendiente de la familia de pianistas, con sus cincuenta primaveras y un traje de cóctel más corto de lo que cabría esperar para aquella estación del año, o en realidad para cualquier estación del año. Bebía

algo con una aceituna dentro. Era una mujer que había ganado el Booker Prize con su primera novela, hacía tropecientos años, y que después no consideró necesario volver a escribir otra, ya que había perdido el interés por el género. Ahora escribía libros con subtítulos como «Sobre la conciencia de las palabras» y «Cuando los escritores callan». Tenía un cuello largo y unos ojos viejos, cálidos y élficos. Mechones grises aquí y allá hacían las veces de reflejos en su cabello oscuro; llevaba muchísimas pulseras en ambas muñecas, suficiente oro y plata para comprar una tribu de indios.

Brik me había prevenido alguna vez contra ella: falsa como una gata, decía. Y la chismosa más grande del circuito, así que ten cuidado. «Y ten el doble de cuidado porque es una asaltacunas. Intentará devorarte, y eso es algo que no quiero que os pase ni a ti ni a mi querida Pippa.»

Hablaba con voz dulce al micrófono del hombre que la entrevistaba.

—Su megaconocimiento tenía algo de vulgar, como si quisiera siempre mostrarte cuánto sabía.

Felix se puso de puntillas para mirar por encima de la multitud. Me animó a seguir andando. Yo me quedé a escuchar lo que decía Steinberg, que seguía:

—Era de un pueblo de mala muerte de la antigua Yugoslavia, eh, no lo olvides, seguro que era sobrecompensación. *Excusez les mots*.

Agarré a Felix del brazo. ¿Había oído lo que había dicho? ¿Estaba hablando de Brik? Se encogió de hombros.

—En la sala de aquí al lado hay música en directo, así que allí no estará. Qué guay estaría si tú y yo pudiéramos decirle unas cuantas verdades a Wilders. Dos jóvenes intelectuales buscando pelea. Si me esperas un rato aquí, voy a mirar arriba, ¿vale?

Felix no aguardó mi confirmación y se escabulló. Esperé a que Madeline Steinberg hubiera terminado con los periodistas y me acerqué a ella. Mi querida Pippa. Tranquilo, me dije a mí mismo. Tienes la fuerza necesaria. Vuelve al modo cambiar de piel. Una vez más en el papel.

—Madeline Steinberg, ¿no? Philip de Vries, encantado. Creo que Josip Brik nos presentó una vez.

—Estoy casi segura de que no.

Lo dijo divertida y me dio un prolongado apretón de manos.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Los chicos jóvenes como tú pueden invitarme siempre a champán —dijo riendo.

El champán vino en una bandeja. Steinberg me miró con los ojos como platos, curiosa.

—Es increíble encontrar aquí sola a una mujer como usted.

Volvió a sonreír, ahora insegura. Yo exageraba a propósito.

—Y bien, señor Philip, ¿qué le ha traído a Viena?

—Brik, naturalmente. Estoy aquí para participar en un debate mañana sobre el legado de Brik, qué le hacía tan especial. Cómo podemos interpretar mejor a Brik. Lo que aprendí en mi intenso trato con Brik es que Brik a cierta distancia tal vez parecía el profesor despistado, pero que el propio Brik sabía muy bien qué era lo que mejor funcionaba. —Ahora intentaba utilizar el nombre de Brik en cada frase: Brik, Brik, Brik; debía darle la impresión de que Philip de Vries era el grosero más presumido y fanfarrón del congreso—. «Philip», decía siempre, porque yo me llamo así, «Philip, mi peor enemigo soy yo mismo, porque esperemos que nadie me haga más daño del que ya me hago yo.»

Seguro que no estaba acostumbrada a mantener conversaciones en que no se le preguntara nada, en las que no la cubrieran de cumplidos por su último libro, ensayo, aparición en la televisión o reportaje en su casa de la revista ¡*Hola*!, así que no le pregunté nada y esperé.

—Así que le conocías bien, ¿no? —preguntó por fin, poco inspirada.

—Más aún, este reloj me lo regaló Brik —dije levantándome la manga para que pudiera ver el reloj que me había regalado mi madre cuando terminé la carrera. Era sencillo pero elegante, con manecillas de oro, numeración romana y una correa de piel de cocodrilo—. Una vez le dije a Brik que no tenía reloj. Entonces me dio el suyo. Realmente tuve la impresión de que me adoptaba como hijo.

—*Oh, really*? —reaccionó ella—. El hijo que nunca había tenido, seguramente.

Veía cómo se desvanecía su interés por mí, con los ojos escaneaba toda la sala para ver si había personas más interesantes. Me fue bien. No había nadie y se sobrepuso, volviéndose de nuevo hacia mí.

—Dime, ¿estás tú también vinculado a esa revista, *El Sonámbulo*?

—No —le dije—. *Pourquoi*?

Me quedé muy satisfecho conmigo mismo por ese «*pourquoi*».

—Bueno, ése era un tema pendiente que yo tenía con Brik. Hace un par de años le escribí una carta, o se la escribí a *El Sonámbulo*, en realidad. Era una respuesta al reportaje que hizo Brik sobre Srebrenica con motivo de la enésima conmemoración del genocidio.

—Recuerdo bien ese artículo —le dije, como lo diría la voz en off de un anuncio.

—Le escribí una carta al respecto. Me pareció honesto enviársela y no esperar a que Brik publicara en una compilación para el público en general y hacer la crítica después.

—¿Y qué decía su carta?

—Que de todos modos el artículo contenía algunos fallos estúpidos. Hemingway no se suicidó en Cuba, sino en Kechum, Idaho. Klaus Barbie no era austriaco, sino prusiano. Algo que debería saber. Pero sobre todo se trataba de los primeros artículos de Brik, de finales de los ochenta, cuando todavía existía el Muro. Ya entonces escribía artículos críticos con la cultura, pero siempre contenían cierta indulgencia, cierta moderación, como si se marcase unos límites, como si hubiera una verdad que podía aplazarse. Tras 1991 desapareció esa limitación. De repente, empezó a escribir con mucha más autoridad y convicción. Mucho más *sentencioso*. Tardé un tiempo en darme cuenta de qué había cambiado: fue el derrumbamiento de la Unión Soviética, la muerte de la opción socialista. En algún lugar de su cabeza siempre había tenido en cuenta al socialismo como alternativa a la vida occidental y ésa era su puerta abierta. Cuando aquello desapareció, primero el Muro, luego la Unión Soviética, sólo le quedó un camino. Fue algo que se me ocurrió de pronto al leer ese artículo sobre la Guerra de los Balcanes: que el gran crítico irónico de la ideología en realidad tenía una base completamente ideológica. En fin, le envié la carta a Brik y recibí como contestación un amable correo electrónico en el que me decía que le parecía estupendo que le llevara leyendo tanto tiempo y que, desde luego, entregaría la carta a la redacción de *El Sonámbulo*. Esa carta nunca se publicó.

Era un análisis más agudo de lo que me habría esperado de ella. Forcé una sonrisa.

—No estoy al corriente —dije, y por primera vez decía la verdad, que sentí como un idioma extraño en mis labios.

Me miró perspicazmente y yo no quería que me notara nada en el rostro.

—¿Estaba hablando ahora mismo de él, ante las cámaras? —le pregunté.

Pero ella vio algo. Sonrió, discreta y satisfecha.

—Dice mucho que pienses que hablaba de él. Yo que tú lo consultaría con un psicoterapeuta, muchacho, ¿sabes lo que pasa?… Eh, mira, Nicolaas Fokker.

Y, en efecto, había entrado en la sala arrastrando los pies, quizá buscando las cámaras. Steinberg me puso al día:

—Es uno de los invitados de honor esta semana. La ciudad de Viena va a hacerle entrega de una medalla porque ha escrito novelas en las que decía que la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto fueron cosas realmente terribles.

—Está bien que alguien se haya atrevido por fin a escribirlo —dije.

Ella se rió:

—Es un mierda de tío —dijo—. Tengo que ir un momento a decirle hola, gracias por el champán, Philip.

Saludó a Fokker con tres besos al aire y se marchó. «¿Sabes lo que pasa?» No me lo digas, pensé. Ahora estaba solo. Normalmente, puedes ganar tiempo yendo al bar, haciendo cola, pidiendo algo, y así pasaba un cuarto de hora, pero allí había personal por todas partes dispuesto a surtirte al instante de todo lo que te hiciera falta.

Me llamó la atención ver cuánta gente sola había. Sobre todo hombres; apenas los veías entre la multitud, pero estaban ahí. Estaban un poco sin hacer nada, con las etiquetas de los nombres pegadas en las solapas, en las que también podía poner perfectamente a qué centro de día había que llevarlos si se perdían. No iban a ninguna parte, no hablaban con nadie, tamborileaban con los dedos en la copa al ritmo de la música, miraban los cuadros de las paredes con una atención exagerada. Un hombre con una barba como la de Tolstói tenía una cortina en la mano y palpaba la tela entre el índice y el pulgar con mucha minuciosidad, como si de un momento a otro fuera a pedirle a uno de los camareros un retal de dos por tres. Haber leído muchos libros no quiere decir que puedas relacionarte fácilmente con otras personas. Yo estaba solo. ¿Estaría Philip también solo?

—Y tú eres Friso de Vos.

La respuesta a mi pregunta. Una vez hice *puenting* con Pippa en Tailandia, durante nuestras primeras vacaciones juntos, porque quería impresionarla, aunque no hacía falta, saltando al vacío desde una grúa que había en una feria en la playa; lo que sentí me hizo recordar el momento en que termina la caída libre y la goma vuelve a tirar de ti hacia arriba, ese momento en que están tirando de ti tanto la resistencia de la cuerda como la fuerza de la gravedad. El rostro que tenía ante mí no se parecía tanto al mío como temía, un miedo que nunca me había atrevido a formular del todo, pero éramos la prolongación el uno del otro. Su boca y sus dientes eran distintos, más plenos, más grandes, los ojos más redondos, pero teníamos las mismas líneas verticales, mandíbula, nariz, orejas. Nuestro cabello era idéntico, igual de rubio, la misma combinación de mechones que caían hacia delante y al lado, aunque el suyo parecía más fuerte, como si fuese de una sola pieza.

Un tigre en el centro de Ámsterdam; una vez estuve al lado de Brad Pitt en una librería y me pareció más bajo de lo que me había esperado, más viejo también, pero llenaba el espacio con una suerte de energía extraña que te hacía caminar recto. Yo sabía que aquella energía no procedía de él, sino que estaba en mí, pero él la activaba.

—Te he reconocido enseguida. Soy Philip de Vries. De Brik.

Extendió el brazo para estrecharme la mano y yo, maquinalmente, hice lo mismo. Iba de etiqueta, pero con un traje gris, camisa blanca y

una corbata de un color marrón suave que enseguida me hizo sentirme un gilipollas por haberme adaptado al *dress coat*.

—Yo soy Friso.

—¡Ya lo sé!

—Friso de Vos. También de Brik.

—Los dos somos de Brik, por supuesto.

—¿Sí?

—Si hay dos brikianos de pura cepa, ésos somos tú y yo.

—*Oh really*?

—¡Sí! Tú un poco más que yo, por supuesto. Qué estupendo conocerte, Friso.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Brik hablaba muchísimo de ti, de veras.

Sonreí como un imbécil. Él también se rió, con una amplia y relajada sonrisa Profident, como si no estuviera sonriendo sino exhibiendo los dientes ante mí igual que lo haría un viejo verde en un parque.

—No, de veras. Yo te tenía envidia. Todas las cosas que hacíais juntos. Una vez me contó que fuisteis en un coche barato de alquiler a visitar a su madre anciana, en algún lugar a las afueras de Belgrado, y que a la menor pendiente cuesta arriba el motor se paraba y os alternabais para empujar el coche, pero que tú eras incapaz de moverlo cuando él estaba dentro. Qué gracioso.

Seguía aferrándome la mano, rebosante.

—Philip —dije, pero no pude terminar la frase; no porque me interrumpiera, sino porque no sabía qué decirle ni por dónde empezar. No había nada de ironía en su persona, sólo una suerte de alegre inocencia, como la que te encuentras en los perros falderos. ¡El amito ha vuelto, ha vuelto! Estaba sencillamente feliz de estar allí, sinceramente feliz de conocerme.

—Llámame Flip —me dijo—. Todos mis amigos me llaman Flip.

Flip. «Llámame Flip.» Por favor, pensé, por favor, esto no.

—No había tenido ocasión de responder a tu llamada —le dije—. ¿Querías hablar de nuestro debate de mañana?

—No. Estoy metido en algo extraño —me dijo (su voz era un poco cantarina, quizá de Frisia occidental, muy alejada de lo que recordaba de sus apariciones en televisión)—. Me llamaron por teléfono, la semana pasada o así. Del crematorio. Que nadie les había dicho qué tenían que hacer con las cenizas de Brik.

Conseguí decir:

—¿Qué?

—A Brik le incineraron, a las afueras de Groninga. ¿Sabes? En

Uithuizen. Me llamaron para preguntar a quién debían enviarle la urna con sus cenizas.

Esto no, pensé.

—Así que les dije: «Eh, pues voy a recogerlas yo.»

Hizo un gesto a una camarera que pasaba en ese momento, le lanzó una amplia sonrisa, él recibió otra y le cogió dos copas de champán de la bandeja. Me dio una a mí y levantó la suya:

—Salud —dijo.

Let's have a toast for the douchebags.

—Salud —dije yo a mi vez.

Vació la copa de un trago. Volvió a sonreírme.

—Tal vez sea un poco extravagante, pero me he traído la urna. Está en mi habitación del hotel. Pensé que tú sabes mejor que nadie qué debería hacerse con ella. Brik te adoraba de veras. Pensé que tú seguro que sabes qué hacer.

—¿Tienes las cenizas de Brik?

—Sí.

—¿Contigo?

—¡Sí! ¡Me las traje con el equipaje! Sólo tuve que rellenar un formulario especial, y pasar por un escáner diferente en el aeropuerto de Schiphol. Ningún problema. ¿A ti también te ha dado dinero esa Liddie Chilton? Me llamó más tarde, después de lo de Nueva York, en la ceremonia, me preguntó si podía darme algo de dinero para que me comprara un traje bonito y reservara una habitación en un hotel como Dios manda de Viena. Guay, ¿eh?

—Superguay —dije.

—Me pareció estupendo en realidad, he reservado un hotelito barato y con el resto del dinero me iré de vacaciones. Le pregunté a mi novia: «Babe, ¿adónde quieres ir?» Y, pum, enseguida reservé dos billetes. El 26 de diciembre nos vamos a Bali. *Thank you very much*. Quiero decir, a alguien como Brik le importaba un cuerno la ropa que llevaras, ¿no es cierto?, así que ¿por qué no iba a gastármelo en otra cosa? Tú has estado muchas veces en este congreso, ¿no? ¿Ahora que Brik ya no está es muy diferente? Quiero decir, y tal vez esté siendo muy ingenuo ahora, oye, o demasiado fan de Brik, pero cuando el *primus inter pares* desaparece así, ¿no es un poco como si hubiera muerto el rey? ¿Qué es lo que queda después?

—Una república —dije.

—Es como triste, eso de una república. Siempre llega después de algo; después de un reino, después de un imperio. Nunca existe por sí sola, como si no fuera el estado natural.

Recordé lo que Brik escribió en *La máquina roja*: cuando el verdugo Sanson mostró la cabeza goteante de Luis Capeto al público de la

Place de la Révolution, no ocurrió nada. La gente dio gritos de alegría y se fue de nuevo a casa. Lo realmente impactante, escribía Brik, fue que París continuaba como si tal cosa con su vida cotidiana. Volvieron a abrirse las puertas de la ciudad. La gente fue al mercado, comió en las tabernas, barrió la acera de sus casas y se fue a la cama. El comienzo de la república se proclamó sin fuego de mosquetes ni bramidos de cañón, sin fogatas jubilosas o bailes de felicidad.

Era como si lo oyera: «*¿Quién eres tú, Friso, mi delfín o mi Robespierre?*» ¿Y si no éramos delfines, qué es lo que quedaba entonces?

—Muy inteligente de tu parte —le dije, como si le hiciera un regalo. Él se encogió de hombros.

—Parece ser que el príncipe heredero español estará aquí esta noche. Le regalan una obra de referencia de cuarenta tomos sobre la época de Franco. Por eso hay tanta seguridad.

—Oye, Philip —dije dominándome—, ¿quién es Arkady Rossovich, tío?

Se rió:

—¿Cómo demonios sales ahora con eso?

—Arkady Rossovich. La maqueta de Hitler. La robaron de la casa de Brik.

Me puso la mano en el hombro y amplió más su sonrisa.

—Estás de broma, ¿no?

—No.

—¿Conoces a los X-Men?

—Por supuesto.

—Arkady Rossovich es un mutante ruso, Omega Red. Un malo.

—¿Cómo?

—Escribí sobre él para un número de *Blondie. Revista de Estudios Hitlerianos*. La conoces, ¿no? ¿El número anual de la ficción hitleriana? Escribí un artículo de *fan fiction* sobre Brik.

—¿*Fan fiction*?

—Sí. Sobre Brik. Me pareció divertido. Inventarme una especie de historia sobre él. Tengo ambiciones literarias, en realidad más ambiciones literarias que ambiciones académicas, y eso me pareció una forma magnífica de trasladar las ideas de Brik a una historia de suspense. ¿Te gusta escribir?

—Lo odio.

—Ja, ja, bueno, yo no.

—¿Toda la historia, toda aquella de la maqueta, es ficción?

—¡Totalmente!

Sonreí, él respondió a mi sonrisa con otra. Qué colega más alegre.

Nunca había tenido una conversación con Felix que hubiera sido tan relajada como aquellos cinco minutos con él.

Vagamos de una sala a la otra, buscando un lugar más tranquilo. Me contó algo sobre un libro que estaba leyendo, yo miraba al interior de la sala, como si no fuera suficiente haber encontrado a Philip, como si pudiera haber otro Philip rondando por allí. Me dijo que, por consejo de Brik, estaba peinando la biblioteca rusa cronológicamente y que tenía dificultades para distinguir todos aquellos nombres. Pero en realidad yo no le escuchaba, miraba por encima de su hombro lo que se acercaba. Como un rompehielos a través del mar de Barents, Markus Winterberg venía derecho hacia nosotros, apartando al resto de los invitados a un lado como si fueran témpanos de hielo. Tras su grueso cuello vi acercarse el fedora de su amo.

—Vaya, chaval —le dije a Philip, que me miró algo sorprendido—. Vaya, colega, con tu ficción llegarás muy lejos, deberías tomar conciencia de lo que resucitas.

Winterberg se echó a un lado para que Burgers pudiera unirse a nosotros con su esmoquin. Nos quedamos los cuatro formando un círculo. Nos miramos unos a otros.

—Buenas noches, señor De Vries.

—Hola, señor Burgers —dije yo.

—¿Nos conocemos? —preguntó Philip.

—Usted me debe algo, supongo —dijo Burgers.

—*A Lannister always pays his debts* —dije yo.

—Habíamos quedado en que esta noche me ofrecería más información.

—¿Información sobre qué? —preguntó Philip.

—Sobre Arkady Rossovich —dije guiñándole un ojo a Philip.

—¿Arkady? ¿Te refieres a mi Omega Red? —preguntó él.

—¿Conoce él la maqueta? —preguntó Winterberg.

—Señor Burgers —dije yo—, ¿me permite que le presente a un buen amigo mío…?

—Una maqueta maravillosa —se rió Philip.

—Es sin duda el mejor estudiante que Brik tuvo jamás, el más fiel.

—¿Ha leído usted mi relato?

—¿Qué relato? —preguntó Winterberg.

—¡El de la maqueta! —respondió Philip.

—No es mi hermano, pero sí es hijo de mi padre —dije.

—Adivina adivinanza, ¿quién soy? —se rió Philip de Vries sin darse ni cuenta de lo que estaba pasando.

—Philip de Vries, ¿quieres contarle a este señor por qué escribiste ese relato sobre la maqueta de Rossovich?

—Fue un encargo para un número de ficción de *Blondie. Revista de Estudios Hitlerianos*. Era *fan fiction*. Pero no se publicará hasta el mes que viene, cómo sabe usted…

—¿Philip de Vries? —preguntó Winterberg.

—*That's me* —dijo Philip—, ¿por qué?

—Él es Philip de Vries, señor Burgers, señor Winterberg. El autor de una *fan fiction* sobre Brik. Eso es lo que era la maqueta —dije—. *Fan fiction*. Con énfasis en «*fiction*».

—Eh, no serás de los que desprecian como género la *fan fiction*, ¿verdad? —dijo Philip.

—Entonces, ¿quién eres tú? —me preguntó Burgers a mí.

—Perdón, pero ¿quién es usted en realidad? —le preguntó Philip a él.

—Yo soy Sweder Burgers, de la Burgers Foundation, entre otras cosas —le respondió él.

—Y del puto Mossad o el Shin Bet o algo así, seguramente —añadí yo, aunque no terminé la frase en voz alta. La mirada se me quedó atrapada en una espalda desnuda y un cuello largo bajo un cabello rubio muy corto y perfectamente moldeado con secador. Tenía los brazos delgados pero los hombros angulosos, musculados; hombros de nadadora, pensé. Llevaba un escote muy pronunciado en la espalda de su vestido azul ultramarino que permitía ver el bronceado homogéneo, de solárium bien calculado, de la piel. Su mano encontró la mano del hombre que estaba a su lado, un señor mayor al que no había visto nunca. Él se inclinó hacia ella y le dijo algo al oído. Ella se rió mientras le hablaba, flirteando sin duda. Quizá le dijera su nombre, *Nina Barth*, o quizá ahora tenía otro nombre.

—¿Y usted es Philip de Vries? —preguntó Winterberg.

—Sí, y él es Friso de Vos. De Brik —dijo Philip.

¿Cuánto debía de ganar ella en una velada como ésa?, me pregunté. ¿Qué valor habría tenido yo? La mano del caballero se movió suavemente desde los hombros hacia abajo, palpando con las yemas de los dedos su espalda desnuda mientras le hablaba al oído. ¿Se la habían enviado, como hicieron conmigo, o se había aproximado él? Probablemente ni siquiera sabía que estábamos allí detrás de ella, el desenlace de lo que había puesto en marcha, a cuatro o cinco metros de su espalda, pero completamente inaudible debido al alboroto de la gente parloteando y la música procedente de la sala de al lado. Con el dedo corazón él iba trazándole lacitos en la espalda. ¿Cuánto tendría que pagar? Se me pasó una idea por la cabeza como un relámpago: ir con la tarjeta de crédito de la señora Chilton a un cajero automático y sacar la cantidad de dinero necesaria para estar con ella. Aunque fuera un asunto más de territorialidad que de

nobleza, tuve la sensación de que si me decidía a intervenir ahora, podría salvarla de ese tipo asqueroso.

—Friso de Vos —dijo Winterberg.

Volví a prestarles atención:

—Friso de Vos, redactor jefe de *El Sonámbulo. Revista de Estudios Hitlerianos desde 1991*. Encantado.

—Pero, entonces, ¿no es cierto lo del anticuario, no existe ningún gabinete alemán? —preguntó Burgers.

—¿De qué están hablando? —dijo Philip—. ¿Por qué piensan que él es yo?

—Allí tienen todo lo que un nazi le pediría a Papá Noel en Navidad —le contesté a Burgers.

—Joder, cómo se parecen estos dos —dijo Winterberg.

—Eso no es ninguna puta excusa, Markus —dijo Burgers.

—Pregúntenselo a Nina —dije yo—. Está allí.

—¿Dónde? —preguntaron Burgers y Winterberg a coro, asustados.

Pero la entropía también tiene su fin. Al final las cosas se materializan. Lo abstracto se vuelve concreto. Al principio no lo oí muy conscientemente, pero lo oí. La música ya había cesado, arrastraban instrumentos por el escenario. También Burgers lo oyó, porqué él también dejó de hablar y se quedó mirándome, llevándose un dedo a la oreja. Yo asentí con la cabeza.

—¿Quiere Philip de Vries subir al escenario?

Siguió un zumbido estridente, de alguien que había acercado demasiado un micrófono al altavoz. Winterberg estaba callado y yo le puse la mano a Philip en el hombro para que comprendiera que también tenía que mantener la calma.

—¿QUIERE PHILIP DE VRIES, POR FAVOR, SUBIR AL ESCENARIO?

Se quedó mirándome.

—Soy yo —dijo.

—Eres tú —dije.

—¿Habré ganado algo? —Se rió y se fue, pasando entre los invitados que le abrían paso. La fabulosa mujer vestida con el traje azul ultramar se apartó a un lado; le vi la cara y el perfil y comprobé que no era Nina, su frente era más grande y la nariz más pequeña, sin equilibrio. Desvió rápidamente la mirada cuando vio que la miraba, mucho más tímida de lo que Nina sería jamás. Philip, entre tanto, ya había llegado al escenario, en el que se encontraban dos chicos y una chica en medio de los instrumentos clásicos. La sala era grande. No pude ver bien sus rostros a esa distancia, me moví en dirección al escenario y noté que Winterberg me seguía de cerca. En el momento en que Philip subió, recibieron la atención de todo el público.

Ocurrieron muchas cosas al mismo tiempo: la chica empezó a declamar en el micrófono —«¡Somos jóvenes, el amor es un campo de batalla! ¡El pasado lleva ya demasiado tiempo dominando al presente! ¡Ya es hora de despertar! ¡En nuestro tiempo! ¡Hace demasiado tiempo que significados antiguos secuestran gestos eternos!»— y Philip seguía mirando divertido, pensaba probablemente que le habían elegido al azar de entre todos los de la sala, como en el circo, para sostener el aro por donde saltaría el león, pero esa expresión desapareció pronto cuando —«¡Un brazo estirado como signo de unión! ¡Doce años de fascismo alemán…!»— los dos chicos que había a su lado estiraron altivos el brazo derecho al aire, ofreciendo el saludo hitleriano al público, que de inmediato empezó a abuchearlos.

—¡Ay, joder! —exclamé.

Y, naturalmente, Philip no participó en esa locura, por lo que uno de los muchachos, enfadado, intentó cogerle el brazo para levantárselo por la fuerza —«¡Ha llegado la hora de la deshitlerización del brazo derecho! ¡La historia no puede hacernos nada!»—, pero Philip se soltó de un tirón, por lo que el muchacho resbaló justo en el momento en que llegaban los de seguridad. Philip fue el primero que recibió: el primer vigilante que subió al escenario le hizo un placaje de hombro que le levantó del suelo de golpe y le hizo aterrizar sobre la batería, provocando un barullo ensordecedor. Era difícil seguir el caos desde donde estábamos: se repartían bofetadas, se oía claramente el sonido de ropa desgarrándose, las personas del público recibían empujones, se caían; los muchachos del saludo hitleriano desaparecieron rápidamente entre un terremoto de esmóquines negros alquilados del personal de seguridad, mientras el público chillaba, un violonchelo se partía en dos y a la chica del micrófono —«¡SOMOS EL FRENTE DE LIBERACIÓN DEL BRAZO DERECHOOOOOO!»— la levantaba por la cintura un vigilante cuadrado y se la cargaba a hombros como si fuera una criatura.

—Markus, vámonos de aquí —oí que decía Burgers, muy enfadado.

A Winterberg pude verle apenas con el rabillo del ojo: tenía la mano delante de la boca, como si quisiera comprobar el olor de su aliento, pero no era eso lo que hacía. Hablaba a un micrófono pequeño unido a un cable que le salía de la manga:

—*Abort mission, I repeat, abort mission. Stand down*.

Antes de que él se sumergiese también en la multitud, nuestras miradas se cruzaron un instante, un breve instante, y me pellizcó en la muñeca. No enfadado, ni exasperado, sino amistoso, quizá incluso con una suerte de admiración profesional.

La urna, pensé. Brik.

Pieter Brueghel (*c*. 1525-1569), *Cazadores en la nieve* (1565), Kunsthistorisches Museum de Viena.

Reaparecía pues de repente la intriga que llevaba esperando dos días. Los peones se habían comportado de la manera esperada. Yo también. Cuando salí, volvía a nevar, y por un momento pensé que los miembros del equipo de seguridad que iban malhumorados en dirección al castillo venían a por mí, pero pasaron por delante y siguieron hacia el interior, donde se celebraba la fiesta. Nadie me siguió.

Noté en la calma total que me embargaba lo cansado que estaba. Se me había agotado la ira.

La frase más habitual de las películas es siempre *Let's get outta here*, «Larguémonos de aquí», la imagen más usada en la literatura para crear ambiente parece que es «En algún lugar, a lo lejos, ladró un perro», o algo por el estilo. Fui mirando mis pisadas y contaba cuánto tiempo pasaba antes de que la nueva tanda de copos de nieve las borrara, una imagen también muy recurrente en la ficción, simbolismo fácil, la historia que se borra. Treinta segundos, cuarenta segundos. Las pisadas aún se veían.

¿Quería decir algo aquello? ¿Había una verdad más profunda allí encerrada? ¿Había alguien esperando a que metaforizara mis propias pisadas?

Se terminó. Listo.

Con los puños cerrados, metidos en los bolsillos del abrigo, seguí recorriendo los extensos jardines del castillo, los arbustos recortados, el estanque. Dos cisnes flotaban sin rumbo en el agua, que iba rizándose tras ellos en forma de unas uves cada vez más amplias.

¿Eran de verdad? ¿No emigraban los cisnes al sur en invierno?

Tenían los ojos oscuros y los picos inexpresivos como todos los picos. Quizá sea ésa la razón por la que nunca se puede sentir una simpatía real por las aves; sus rostros no transmiten nada. Nunca parecen interesarse de veras por nada. Podían ser también cisnes

falsos, pensé, quizá equipados con cámaras en los ojos, pequeños motores de hélice bajo las patas, para que unos miembros de la seguridad, valiéndose tan sólo de un mando a distancia, pudieran vigilar sin ser vistos, en algún lugar dentro de una habitación, a los invitados que paseaban por el jardín. Ese cartelito en el que ponía PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED, ese tornillo grueso, tal vez fuera un micrófono.

Pensar todo aquello resultaba agotador. Pensarpensarpensar.

I was not made to think. I was made to eat.

Ya a cierta distancia pude oír charlar y reír a los vigilantes, así que no debió de producirse un gran pánico en el castillo, o en cualquier caso todo volvía a estar bajo control.

«Frente de Liberación del Brazo Derecho: desactivado. No ha habido supervivientes.» Friso, deja de pensar.

Se callaron cuando estuve cerca de la salida, me desearon a coro buenas noches y uno me indicó que nada más pasar la puerta, enseguida a la derecha, encontraría taxis esperando.

Me gustaba la manera en que la nieve amortiguaba mis pasos, como si anduviera en calcetines. Habría querido quedarme más tiempo en los jardines del castillo, pero tenía una misión. Había cinco taxis y elegí aquel del que no salía ni música pop ni las noticias de la radio. El taxista tampoco dijo nada, condujo tranquilo por las anchas calles de la ciudad al hotel de Philip. Para distraerme de los pensamientos que me asaltaban, me concentré en mi cuerpo: fui revisando mis facultades, intenté registrar cada pequeño dolor. Un molesto tirón muscular en la parte baja de la espalda, las yemas de los dedos hormigueando, un músculo orbicular que me escocía, un latido del corazón que se aceleraba por momentos, los hombros levantados y contraídos…, todo achaques que se habían convertido en normales desde Chile, que se habían vuelto familiares. Los porteros del hotel habían abandonado sus puestos y estaban tras el mostrador de recepción, junto con los recepcionistas, inclinados ante un pequeño televisor. Aun sin ver la pantalla, podías deducir que se trataba de un partido de fútbol, probablemente en el tiempo de descuento; la voz del comentarista sonaba ronca y excitada.

—Lamento tener que molestarles —dije—. Pero he perdido la llave de mi habitación.

—¿Cuál es su nombre?

—Me llamo De Vries, escrito D-E-V-R-I-E-S.

El muchacho introdujo los datos y miró apático.

—¿Habitación número 612?

—Exacto —le dije.

—Un momento, por favor.

Tecleó un par de cosas y se volvió de nuevo hacia el televisor durante los veinte segundos completos que pasaron hasta que un aparato repiqueteante escupió una tarjeta magnética nueva.

—Buenas noches —dije.

Fue tan fácil, se correspondía tanto con lo que me había imaginado que sería. Haz que tu imaginación se convierta en la realidad. No confíes en la seguridad, no confíes en la privacidad, no creas que nadie va a sentirse responsable de ti. En el hilo musical del ascensor que me llevó a la sexta planta sonaba «Chica de Ipanema». Habitación 612. Como si fuera la cosa más normal del mundo, metí la tarjeta en la cerradura y, como si fuera la cosa más normal del mundo, parpadeó una luz verde y el cerrojo de la puerta se desbloqueó.

Era la misma habitación que la de Nina, pero más grande. El mismo olor familiar y aséptico de habitación de hotel. Recorrí el pequeño pasillo, el mismo tipo de pasillo que aquel en que le había quitado a Nina el albornoz. Cama de matrimonio, sábanas beige, almohadas blancas. «Quiero que te pongas delante como un caballo.» Nina…, ¿dónde estaría ahora? ¿Estaría haciendo lo mismo en una habitación de hotel en Ámsterdam o en Londres? ¿Sería cada vez más fotogénica con cada actuación? A cierta distancia, el escritorio parecía de madera maciza, caoba o algo por el estilo, pero sólo hacía falta poner un dedo para comprobar que era un conglomerado barato y pintado. Los tiradores redondos de los cajones no eran de cobre auténtico. La silla de madera era incómoda. En el cajón derecho sólo había cosas del hotel: menú del servicio de habitaciones, normas de la casa, papel de cartas. En el cajón izquierdo había una carpeta; correos electrónicos impresos que confirmaban la reserva del vuelo y del hotel, un plano de la ciudad, unos cuantos papeles del congreso, horarios de conferencias. Nada personal, sólo papeles que demostraban su preparación laboriosa y entusiasta para el congreso…, ¿qué esperaba encontrar aquí?

¿Dónde estaba la urna?

Aquello tendría que haber sido fácil: si Hollywood nos ha enseñado cómo es la guerra, la televisión nos ha entrenado cómo trabajan los detectives: mira «sin enfocar», como decían en la serie favorita de Pip. Mira más allá de las cosas. No veas sólo lo que son, sino lo que pueden ser. Mira cómo se relacionan entre sí.

Volví a cerrar el cajón con cuidado, como me decía siempre mi padre. Con cuidado porque no quería romper el silencio de la habitación. Brik muerto, imperdonablemente muerto, y yo aquí, completamente solo.

La historia la hacen los hombres en habitaciones pequeñas.

En el minibar no había nada que no debiera estar: una botellita de Coca-Cola (0,2 litros) por 4,99 euros; una botellita de whisky (0,125

litros) por 11,99 euros; una tableta de chocolate con leche (0,25 kilos) por 3,99 euros. Abrí la botella de whisky con los dientes, probé el hierro del tapón y eché el contenido en uno de los vasos del minibar. Le añadí la Coca-Cola, tomé un trago y lo escupí, en parte en el vaso. Dulce y amargo.

En el armario ropero había una cazadora como la mía. Goretex, impermeable, a la moda pero de una manera recalcitrantemente conservadora. Registré todos los bolsillos y sólo encontré un ticket de una tienda del aeropuerto. Mi mano se detuvo en una camisa azul que colgaba de una percha, palpé el cuello y la saqué de un tirón, desgarrando el botón superior. Hice lo mismo con la segunda camisa. Volví a registrar todos los bolsillos de una americana y un pantalón a juego. Nada de nada.

En el cuarto de baño sólo había un neceser: lo vacié en el lavabo. Usaba la misma mascarilla para el cabello que yo y tenía otra variante del mismo dentífrico biológico salado de Pippa.

Por último. La cómoda. Ningún pánico. Eran tres cajones amplios, tres posibilidades. Cajón superior: calzoncillos bóxer, camisetas, camisas, todo impecablemente doblado. Tres corbatas cuidadosamente enrolladas. Lo tiré todo en dirección a la papelera, más hacia los lados que adentro, mi turno de conquistar Jerusalén. Entre la ropa otro libro, claro, *La máquina rojaen* neerlandés. Leía a Brik traducido. No podía con seiscientas páginas de texto en inglés. En la portada la firma de Brik, una fecha, «Groninga», y debajo, con sus trazos infantiles: «Para Ph., lo prometido es deuda. JB.» Dentro había un par de post-its, pero por lo demás parecía totalmente nuevo. Tal vez no había leído nunca *La máquina roja*. Me daba la sensación de tener algo distinto de un libro en las manos. Algo vivo. Lo abrí un poco más, sentí cómo el duro lomo se resistía, sentí que la resistencia cedía. Seguí apretando hasta que la tapa se rompió y me sorprendí a mí mismo al oír que se me escapaba un gemido, era lo que se debía de sentir al estrangular a un cachorro. Justo en el medio de la B de Brik ahora había una gruesa arruga. Arranqué la página con la firma y me la metí en el bolsillo. El libro lo tiré, la sobrecubierta se separó del resto de las páginas, como un par de alas completamente impotentes, el libro se estrelló en algún lugar detrás de la cama.

Segundo cajón. Nada. Calcetines de todos los colores del arcoíris. Muy moderno. Un par de zapatillas de deporte. Un jersey con capucha. Nada interesante.

Cajón inferior, tu última puta oportunidad, Philip de Vries. ¿O debería decir: «La última oportunidad para ti, Friso de Vos»? En el momento en que agarré el tirador y sentí lo ligero que era el cajón, lo supe. Nada. Vacío. Y mi cabeza de nuevo llena a rebosar.

Friso de Vos, delfín de Josip Brik, su pretendido biógrafo, conocedor de

su obra, o debería decir «amante», ¿no sentías ninguna compasión por Philip de Vries?

¿Te refieres a «Flip de Vries»?

No, dejémonos por un momento de bromas, ¿no sentías ninguna compasión? Sé sincero.

Era, en cierto sentido, como si no existiera realmente. Como si yo le hubiera inventado. Y en aquel momento, en aquella habitación de hotel, preferí no admitir que sí existía.

¿Por qué fuiste tan destructivo en aquella habitación de hotel?

Ver todas sus cosas, creo; lo único que hizo fue empeorarlo todo.

¿Por qué?

Concretaban tanto su existencia. Y hacían tan real mi intransigencia.

¿Cómo te sentías en la habitación del hotel?

¿Sabes?, yo estaba allí en su habitación y empecé sin más a jadear. Me faltaba el aliento.

¿Y a qué se debía? ¿Tensión? ¿Angustia?

No tenía miedo. Era más bien como si acabara de zamparme cinco platos de cocido. Como si estuviera insoportablemente harto. Como si tuviera que desabrocharme el botón superior del pantalón.

¿En qué pensabas?

Un compañero de la universidad, perteneciente al mismo club estudiantil, de vuelta en Groninga me contó que cuando falleció su padre, se le abrió en algún lugar de la cabeza un documento sobre el cáncer y todo lo que se relacionaba con la muerte de su padre, aunque sólo fuera indirectamente, se copiaba y se pegaba y quedaba declarado sagrado. La corbata negra de punto que llevaba en el funeral, las canciones que se tocaron, «You Can't Always Get What You Want» y el canon de Pachelbel, y a través de Pachelbel una película antigua de Robert Redford, porque en ella aparecía en un lugar destacado esa pieza musical. Recordaba a la hija de alguien en el departamento de oncología, que lloraba enfurecida en el cuarto reservado a las familias e insultaba a Lance Armstrong, porque no podías decir «si no dejas de luchar, lo derrotas», porque no puedes derrotarlo y *fuck you Lance Armstrong*, y así llegó Lance Armstrong al documento, y a través de él, ese presentador neerlandés de programas de deportes, porque esos dos iban juntos como un cocodrilo y el pájaro que le limpia las escamas al cocodrilo.

Poco después del funeral nos fuimos de viaje a Venecia para celebrar los cinco años de la asociación estudiantil (*pegado*); él también vino, visitamos el museo de Peggy Guggenheim (*pegado*) y disfrutó de la distracción, pero cuando al cabo de un año estaba jugando con la PlayStation a un juego en el que un asesino a sueldo

saltaba y trepaba por las calles y los canales de Venecia, se vio retrotraído a esos días y se sintió tan desgraciado que casi vomita.

Contaba que dos o tres días después del funeral el hijo de un famoso escritor neerlandés tuvo un accidente mortal, y que después el escritor publicó un libro sobre el hecho. Toda la prensa escrita de los Países Bajos proclamaba lo horrible que era lo de ese hijo, y lo era, pero su padre también había muerto, había muerto al mismo tiempo, y eso era también horrible y no oías hablar a ningún puto periodista de eso, y ese libro fue así también cortado y pegado.

¿Y llegó a cerrarse ese documento?

Al final sí.

¿Y en tu documento qué había?

Nada.

¿Nada?

Nunca quise abrir ese documento, me resistía.

¿La idea de un documento semejante no es también que lo absorbas, que lo asumas de manera que (y perdona por el cliché) puedas aceptarlo?

Yo prefería rechazarlo. Quería luchar para no permitir que entrara nada. Creo.

¿No es cierto que si bien se corta todo, no siempre se pega? ¿Que tu portapapeles acaba bloqueado con todos esos datos que no se publican?

Sólo es una metáfora.

Estás rabioso, ¿eh?

«You can't always get what you want.»

¿Por qué tienes tanta necesidad de culpar a algo o a alguien?

Imagínate si no pudiéramos echarle la culpa a nadie.

¿Qué pasaría entonces?

Entonces nada tendría importancia. Entonces todo sería pura casualidad.

Un hombre se asoma a una ventana, el marco se rompe, él se cae y muere. Es un marco en el que las personas llevan quizá treinta años apoyándose, y justo con él se rompe. ¿A qué otra cosa puedes achacarlo que no sea la casualidad, estúpida mala suerte?

Nos defendemos de la casualidad convirtiéndola en la esencia de algo, otorgándole significado a la muerte de Brik, haciéndola encajar en una historia. Aunque tuviera que inventarme yo la historia.

Pero toda esa ficción… ¿no es también una forma de autoengaño?

Entonces la vi. Estaba en una mesilla de noche, grande, en realidad era inevitable verla, pero la urna tenía un aspecto tan industrial que no había llamado nunca mi atención; pensé que era una lámpara, o el armario de los contadores, un elemento de la habitación. Me había esperado que la urna fuera una especie de jarrón, pero era más bien

un barril.

Allí estaba Brik. Me la puse en el regazo (¡me «lo» puse!), no podía sacarme de la cabeza la idea del barril. Un barril de cerveza lleno de Brik.

¿Me atrevería a mirar? ¿A tocar?

Pero si abrías la tapa de la urna, no podías tocar nada: las cenizas estaban protegidas, envasadas al vacío como el café, debajo de un precinto de papel de plata, como el que hay que quitar cuando abres un tubo de pasta de dientes. Pasé el pulgar por el papel de plata, trazando ochos, y pude sentir el vacío, la succión, la fuerza antinatural que lo mantenía todo junto: si seguía apretando, atravesaría el papel de aluminio, y metería el pulgar en las cenizas, en Brik.

La idea me atraía, siempre es muy tentador romper un vacío, un paquete de café, ese primer instante en el que el vacío desaparece; como si el café respirara, un primer aliento, como algo que despierta de un sueño criónico, un hálito de vida.

El peso del barril en mi regazo era agradable, como un niño dormido.

Como cuando no te das cuenta de que te has quedado mirando absorto a algo, así estuve yo allí sentado un tiempo. El suficiente en todo caso para que me invadiese el silencio de la habitación de hotel. Una narcosis de calma.

Desde luego no me quedé dormido, pero sí me sentí amodorrado. Me vi a mí mismo allí sentado como si fuera una persona distinta en la cama de Philip, con las cenizas de Brik en el regazo, y de repente me imaginé que tenía las cenizas de Brik en el regazo en su granja de Groninga. No me quedó nada claro por qué, pero de repente podía imaginarme muy bien sentado con las cenizas de Brik en el banco de madera que tenía en la cocina.

Y podía imaginarme que el jardín estaba repleto de amigos suyos, sus colegas; podía imaginarme cómo conseguía llamar la atención de todos sin alzar la voz y cómo me seguían.

Lo tenía muy claro. Saldríamos desde la casita de Brik, de dos en dos como una clase, por el sendero del jardín, pasando por el arriate de rosas y por el naranjo. Cruzaríamos la acequia por el puentecito de madera hasta llegar al campo de los vecinos de enfrente, que estaban esperando allí y que se unirían a la cola de nuestra comitiva en silencio. Entraríamos en sus campos de trigo, que se extendían hasta el final del campo, un par de cientos de metros más allá. El cereal alto se mecía susurrando al viento, un mar dorado y amarillo que parecía que se abría para dejarnos paso. Aunque no hay en los Países Bajos, oiríamos el canto de los grillos, un muro invisible de sonido.

Los hombres se quitarían la chaqueta y se la colgarían al hombro,

las mujeres llevarían grandes gafas de sol. Sentiríamos la calidez del clima en los brazos desnudos, mi mano encontraría la de Pippa. Se hablaría poco, pero las palabras que se dijeran irían acompañadas de sonrisas familiares, rostros amables.

Al final de los cereales tomaríamos la escalerita de piedra y subiríamos al dique. El mar de Wadden resplandecería. Caminaríamos por el dique hasta el tramo de camino que se adentraba algo más en el mar, donde había un banco en el que normalmente descansaban los ciclistas mientras se comían un bocadillo. Ahora no, ahora el banco estaría vacío. Pippa me tendría agarrada la mano hasta que llegáramos al banco y luego me pondría la mano en la parte baja de la espalda, como apoyo mientras me subía al banco.

No empezaría a hablar enseguida. Primero miraría abajo y absorbería los rostros: delante de todos estaría Pippa, con los brazos cruzados, la mirada concentrada, nerviosa por mí con todo su amor; sus padres y su hermanito Jim cerca de ella, la mano de su padre en el hombro; Felix estaría con las manos a la espalda, paciente como un cura; el señor y la señora Chilton, el brazo de él rodeándola, rostros bronceados como tiene la gente que está de vacaciones; el crítico de arte australiano apoyado en su bastón; Nicolaas Fokker con la condecoración de la Casa de Orange en la solapa; el agente de policía del condado de Onondaga, con sus ojos invisibles debajo del sombrero; el taxista vienés con el pie *kaputt* escayolado; Hitler Lima sénior y júnior uno al lado del otro te harían preguntarte si compartían realmente el mismo ADN, uno tan huesudo y el otro tan robusto, como la diferencia entre un trozo de queso y un filete de solomillo.

Desde el banco miraría hacia abajo y sonreiría, intentando establecer contacto visual con todo el mundo, eliminando la tensión del ambiente. Sweder Burgers estaría allí como el gran filántropo, coleccionista de cultura y simple admirador de Josip Brik que era; su asistente Nina Barth a su lado, alta y atlética, obscenamente sana; Marcus Winterberg, callado y solemne como un monumento; Vikram Tahl desplazando su peso de una pierna a otra, impaciente pero demasiado educado para permitir que se notara, con Yuki Hausmacher junto a él para sostenerle la chaqueta; Maarten van Rossem estaría sudando al sol del mediodía *dressed in black*; el cabello de Geert Wilders no se movería un ápice al viento; la señora Mathilda Wilson con una especie de traje de cazador de tweed y un sombrero flexible en la cabeza; Madeline Steinberg estaría envuelta en una de esas prendas que, como hombre, nunca sabes muy bien cómo denominar, no digamos ya cómo llevar, una suerte de capa o vestido que parecía un chal; perlas de sudor gotearían por la frente de la enfermera que acababa de empujar hasta la parte alta del dique la silla de ruedas de

Raimund Pretzel; los dos chicos y la chica del Frente de Liberación del Brazo Derecho estarían allí y, si miraba bien, vería que debajo de las narices de los dos muchachos parecía crecer algo, una pequeña franja de vello del tamaño de un sello que aún debía desarrollarse: por lo visto, también los bigotes debían liberarse.

En los ojos oscuros de la Susan Sontag chilena seguiría habiendo todavía la misma compasión y la misma tranquilidad, sólo que miraría preocupada de vez en cuando a un lado, al doctorando desgarbado de las *Hitlerian Revenge Plays*, Jean-Philippe, que llevaba consigo su ambientador y la bolsa de plástico.

Yo recorrería las filas despacio con la mirada, para que las personas de detrás supieran también que las veía. Sentiría la brisa marina en la espalda, mirando como un profeta por encima de los campos llanos, la tierra prometida, los cereales, la casa de Brik, el molino, el cielo claro y azul sin matices sobre la tierra baja.

El mentor de Brik, Jack Gladney, con sus eternas gafas de sol y la gorra de Sherlock Holmes; Ilsa, la loba de las SS, notaría el sol en sus largas piernas desnudas bajo el pantaloncito del uniforme recortado, el cabello rubio tan rígidamente trenzado que parecía un arma contundente; el presentador del programa de televisión con su traje resplandeciente que parecía al menos una talla y media demasiado pequeño; la mujer griega del hotel en Estambul, con su ancha boca generosa y su cabello rizado que se te enrollaba en el dedo, «muy pero que muy oral»; Guus LeJeune, Erik Lanshof, Omega Red, Arkady Rossovich; detrás Bruno Ganz, Anthony Hopkins, el actor de *Valkiria*, el de *Malditos bastardos*, todos llegados directamente del estudio de grabación, todavía con el traje del rodaje; Adolf Eichmann, directamente del álbum de fotos de *El juicio a Eichmann. Causa penal 40/61* de Harry Mulisch; Josef Mengele, o en cualquier caso Gregory Peck en el papel de Josef Mengele en *Los niños del Brasil*, porque ¿quién conocía realmente el verdadero aspecto de Mengele?

Y detrás de éstos quizá dos docenas de estudiantes y doctorandos, los mismos rostros que te encontrabas en todas sus conferencias, callados y educados, con Philip de Vries en medio el más alto y más rubio de todos, el único que me miraba directamente a los ojos. «¡Ánimo, Friso!», me dirían sus ojos. «¡Ánimo, *brother*!»

Todos los personajes y figurantes. Los observaría y después me dirigiría a ellos, resuelto:

«Queridos todos:

»De vez en cuando le sigo hablando todavía a Brik. No puedo evitarlo, voy andando por las sombreadas avenidas del campus y me sorprendo a mí mismo diciendo: “Muy bien, Brik, ¿qué vamos a hacer?”, y entonces termino con ese pensamiento; empiezo a hablarle de un determinado problema, un determinado dilema, un correo

electrónico que he de escribir o de algo que he visto, una película, un libro que he leído. A veces repito en mi interior conversaciones que hemos mantenido, me expreso con más elocuencia que cuando lo tenía delante.

»No, él no me responde. No os preocupéis: la única voz que tengo en la cabeza es la mía.

»No lo veo a él, sino que me veo a mí mismo. Como si él estuviera en la habitación y me mirara mientras estoy trabajando en nuestra oficina de *El Sonámbulo*, detrás de lo que una vez fue nuestro escritorio; me veo allí sentado, a través de sus ojos. Hago café y leo un libro y le doy al "me gusta" en un artículo de una revista cualquiera para que todos mis amigos de Facebook puedan ver que me gusta lo intelectualmente correcto. Me veo haciéndolo y veo a Brik riéndose de mí.

»Brik no me habla, pero llevo su mirada metida en la cabeza. Estoy en el cine e intento ver lo que vería Brik. ¿En qué se fijaría? No lo hago conscientemente, me sale sin querer.

»Dicen que ésa es la definición de una persona genial: alguien que entra en un determinado ámbito y que, cuando lo abandona, ese ámbito ha cambiado para siempre. No sé con exactitud cuál era el "ámbito" de Brik, también es un término muy vago, pues Brik hacía cientos de cosas a la vez. Pero si mi cabeza es un ámbito, kilo y medio escaso de materia gris debajo del cráneo, Brik lo ha cambiado para siempre. Por pequeña y personal que sea, es una herencia. Es una sensación de privilegio: por privada que sea, en ese sentido soy su heredero. No necesitas más, me digo a mí mismo una y otra vez. Esto es suficiente.»

Después dejaría que se produjera un breve silencio, miraría a la gente, tragaría saliva y en un tono algo más agudo, más objetivo, continuaría hablando.

«No hay mucho que se pueda decir en contra de un hombre como Josip Brik.

»Y qué si resultaba que no enviaba todas las cartas de mierda que recibía a su redactor jefe, qué pasa si nunca había perdido del todo sus raíces comunistas y qué si procedía de un pequeño campesino de mala muerte, no sabía dónde había nacido Klaus Barbie y dónde murió Hemingway. Con su muerte, Brik no nos debe nada. No tiene promesas que deba cumplir, no tiene ninguna reputación que salvaguardar.»

Después mi tono volvería a ser más suave, más cálido.

«Pero Brik nos ha fallado. Muriéndose, claro. Cayéndose estúpidamente desde la ventana de una habitación de hotel se falló a sí mismo, se acabó una vida que no había acabado de florecer. Acerca

de la pena no puedo decir nada fundamental, salvo que pone punto final a un periodo de mi vida que he sentido como permanentemente inspirador y asombroso. Pero también echaba de menos a Brik cuando aún vivía, y ésa es la manera en que nos falló a todos. Nos ha dado sistemáticamente menos de lo que queríamos de él.»

Y continuaría:

«El amor que no se sacia es el mejor amor, el amor hambriento. Como escribió W. H. Auden: *If equal affection cannot be, let the more loving one be me.*»

Miraría a Pippa fijamente mientras lo dijera.

«Él nunca estaba. Queríamos estar con él, pasar tiempo con él, pero su tiempo pertenecía también a estudiantes mediocres. Queríamos tenerle para nosotros solos, pero también pertenecía a una cosa como el Frente de Liberación del Brazo Derecho. Queríamos tenerle en Norteamérica, pero él debía hablar con la familia Hitler en Chile. Queríamos tenerle en nuestro campus, pero él tenía que volver a un hotel de mierda en Ámsterdam.

»¿Sabéis lo que pasaba con Brik…?»

Pero no terminaría esa frase. De nuevo dejaría que surgiera un silencio, ahora más largo, más teatral. Abriría la boca como si quisiera retomar la frase, pero transformaría esa boca abierta en una sonrisa; desviaría la mirada y menearía la cabeza sonriendo, como si quisiera decir algo, algo definitivo, pero en el último momento decidiera guardármelo para mí.

Ese algo definitivo, eso que no diría, sería mi secreto. Aunque no existiera.

«Quien era amigo de Brik siempre estaba despidiéndose de él y hoy debemos despedirnos de nuevo: por última vez. A Brik le encantaba este lugar al lado del mar de Wadden. Tenemos sus cenizas con nosotros, aquí en esta urna. Quisiera pediros a todos que cojáis un puñado y lo lancéis al agua para después regresar a la casa de Brik, donde nos está esperando una copa. Y aperitivos variados, porque, *my god*, a Brik le volvían loco los aperitivos variados holandeses. Muchas gracias.»

Y eso sería todo. Volvería a tomar la mano de Pippa, entrelazando mis dedos con los suyos, y aguardaría mientras los presentes cogían, de uno en uno, un puñado de cenizas de la enorme urna, el barril lleno de ceniza, y lo lanzaba por encima del dique, al agua. Los Chilton, Fokker, Nina, Wilders, Gladney, Lanshof…, todo el mundo cogería un puñado y lo lanzaría. Y el viento no lo devolvería, porque la ceniza sería pesada, nada de arena suelta, sino más bien granos, granos negros, blancos y grises.

Nadie pensaría que tenía a Brik en las manos —¿estos granos son

su nariz? ¿Éstos son sus ojos?—. No; lo lanzarían, algunos con un movimiento ampuloso. «¡Adiós, Brik, que te vaya bien!», y seguirían su camino, descendiendo de nuevo por el dique, cruzando el campo.

Pippa y yo esperaríamos a que todo el mundo se hubiera ido y nos dirigiríamos al barril. Quedaría más cantidad de ceniza de la que hubiéramos pensado, puñados todavía. Pippa lanzaría un puñado al agua. Después yo.

¿Qué hacemos con el resto?, preguntaría ella.

Mira, diría yo. Ve tú delante y enseguida te alcanzo.

Pippa me besaría en la mejilla, un único beso, y, comprensiva y sin decir nada más, se iría.

El barril pesaría menos de lo que me habría esperado, como una caja de botellas de cerveza vacías siempre pesa menos de lo que te esperas. Lo levantaría con los dos brazos, hasta que lo tuviera sobre el pecho, y después volcaría el barril de una vez, como los equipos triunfadores siempre vuelcan los cubos de Gatorade sobre sus entrenadores.

La ceniza se precipitaría al agua ¡con un chapoteo!, y yo miraría cómo el agua cambiaba de color durante un instante, hasta que todos los granos de ceniza descendieran para siempre al fondo y el agua volviera a ser agua, bajo el sol, el agua que destellaría tan intensamente que sería como si le intentara comunicar algo al cielo, como una pantalla de radar en la que se encienden todas las lucecitas.

El barril estaba vacío. Brik se había ido.

Y en Viena fue como si me despertara de esa fantasía funeraria, como si después de haber estado mucho tiempo bajo el agua, por fin rompiera la superficie con la cara, alcanzando el aire.

El barril estaba todavía lleno; lo tenía en el regazo sobre la cama de Philip de Vries, pero ese instante en que derramaba la ceniza en el agua me llenó por completo. Podía volver a dejar la urna en la mesilla de noche de Philip sin ningún rencor. Esa visión era mucho más valiosa de lo que pudiera hacer con él, ninguna realidad era capaz de superarla. Era como si algo se me derritiera en el estómago, una sensación de calma que hacía meses que no tenía.

Me escabullí fuera del hotel y volví a pasear por la ciudad. Me dolían todos los músculos del cuerpo. La Heldenplatz estaba completamente blanca por la nieve, «blanca como Saruman», blanca como un documento de Word vacío.

El teléfono vibró y, sorprendido, lo saqué del bolsillo del abrigo. No recordaba cuándo había sido la última vez que lo había mirado, pero alguien acababa de etiquetarme en una foto. Hice clic en el vínculo y vi que se cargaba la página de Facebook de Felix.

Miré a mi alrededor: muy bien, esto cuadra.

En aquel balcón era donde había estado Hitler, ahora lo veía.

Pasó un tiempo antes de que los píxeles ofrecieran nitidez, pero ya en la foto borrosa y aún con grano vi los contornos de un pelazo rubio dorado. Wilders rodeaba con el brazo de manera ostensible los hombros de Felix, y en las sonrisas de ambos no había rastros de ironía. Un tigre en el centro de Ámsterdam. Un intelectual en pie de guerra. Sí, Felix le había contado superbién la verdad. Me veía etiquetado en la cerveza que tenía en la mano: «Friso de Vos, *mission accomplished*. ¡A tu salud!»

Mis reservas de cinismo se habían agotado. Se había acabado la ironía, o tal vez nunca había existido. Le di al «me gusta» simplemente para quitármelo de encima.

Una comitiva de coches de policía se acercó despacio por la carretera que atravesaba la Heldenplatz. Había luces destellantes, pero no sirenas. Flanqueadas por motos que circulaban casi a paso de tortuga, en las que iban policías con chalecos de seguridad amarillos, tres limusinas negras se deslizaban por la nieve sin hacer ruido. Me fijé en los coches e intenté mirar a ver si podía distinguir algo a través de los cristales blindados. Yo era el único que estaba en la calle; uno de los motociclistas giró hacia mí, probablemente para demostrarme que me estaba vigilando. Se quedó mirándome y vi mi imagen abombada, redonda y deformada, reflejada en la visera curva de cristal de su casco, como si fuera un espejo de la risa.

Del mismo modo silencioso en que habían llegado, los coches desaparecieron. Me di la vuelta hacia la Heldenplatz y no vi nada en realidad. No había nadie. Había vuelto a perder el balcón de Hitler. Sólo veía ese documento de Word y supe que había llegado la hora. Archivo (clic), Nuevo documento en blanco (doble clic), y la página vacía en blanco se quedó mirándome fijamente y por primera vez no se me ocurrió ningún motivo para no llamar a Pippa, ningún motivo para no querer oír su voz. Joder, joder, joder. Ya tenía el teléfono en la mano. *Fuckers*. No sabía cuánto tiempo se necesitaba para que nos unieran los satélites y llevaran a cabo su tarea las redes 3G, pero cuando apreté en mi móvil el nombre de Pip, estaba todavía lúcido, y cuando ella lo cogió en Norteamérica, tenía los ojos cerrados y húmedos y me escocían y fue como si tuviera que contener sólo con la espalda y los brazos un maremoto. «Hola, zorrito», dijo Pip enseguida, naturalmente no tuvo que decir más, nunca, porque el que estuviera allí y que su voz fuera su voz era mucho más valioso que cualquier otra que pudiese decir.

—Vamos, Vos —dijo eternamente comprensiva, tan comprensiva como me la había imaginado allí en el mar de Wadden—. Todo está bien.

EPÍLOGO

Fiona Banner, *Harrier* (2010). La obra se encontraba en las Duveen Galleries, Tate Britain, Londres

10

Mi presentación al clan familiar de Pippa se produjo, ya hace años, un domingo por la mañana en una sala de fiestas alquilada de un hotel ilustre en La Haya, donde se habían reunido todas las generaciones de los Lowenberg para celebrar el noventa cumpleaños de su abuelo. El abuelo era bajo y corpulento, su cráneo calvo parecía abollado por los lados, como un huevo antes de ser pelado, y aunque todavía seguía hablando con el acento cerrado del *working class hero* que había sido de joven, disfrutaba visiblemente cuando los camareros le trataban de usted y cuando, a cada ademán suyo, acudían presurosos con tapitas y ginebras. Era un hombre de la resistencia, tres reinas sucesivas le habían adornado con condecoraciones y medallas por los servicios prestados al reino durante el invierno de la hambruna y después. En abril de 1945 le detuvieron con propaganda clandestina encima, pero la capitulación se firmó antes de que a los alemanes les diera tiempo de encontrar algún lugar en las dunas de Scheveningen donde fusilarle como es debido.

—¿Tú eres el nuevo novio de nuestra Philomena?

—Así es —dije.

—¿Y eres historiador?

—En efecto.

—Vaya, vaya —dijo, y volvió a apartarse de mí, dirigiéndose a otra persona a la que tenía que saludar.

Pip ya me había advertido: su abuelo hacía gala de un virulento moralismo debido a su estatus de comendador de la Orden de Orange-Nassau, y en las interminables discusiones que entablaba con sus hijos y sus nietos sobre temas que iban desde la elección de carrera universitaria hasta la política de inmigración, nunca se cortaba para resolver la conversación concluyendo con «una cosa así era impensable durante la guerra, jovencita», o «con una actitud así no habrías aguantado mucho en la resistencia». En opinión de Pip, era ultraconservador y tenía la manía de ningunear a cualquier historiador que se atreviera a decir algo sobre la guerra con estas palabras: «Qué sabrá un tipo como ése. Él no estuvo allí.» Fin de la discusión. Así que yo iba avisado, pero pronto se vio que había

resultado innecesario, no me había dedicado más que aquel «vaya, vaya»: a mitad del primer plato se llevó la mano al pecho y se desplomó.

En las manos de los enfermeros de la ambulancia, su abuelo empezó a agitarse como si fuera un atracador de bancos al que por fin los agentes de policía arrastran ya al interior del furgón de prisioneros tras una larga huida, y Pip hubo de oír una vez más tronar su voz por encima de la sirena antes de que se cerraran las puertas: «Y mantened alejadas vuestras putas manos de mis órganos.»

Por lo que a Pippa respectaba, ésas fueron las últimas palabras que pronunció su abuelo en vida, porque en la ambulancia un segundo infarto lo sacudió como un terremoto, no quedaba en pie ninguna pared cardiaca, y antes de llegar al hospital los enfermeros ya habían guardado el desfibrilador.

Pippa me lo contó después; yo había regresado andando al mirador del hotel y había pedido un zumo de naranja. Nadie me requería e, inseguro con el papel que desempeñaba en todo el conjunto, seguí allí sentado. Creo que pasaron tres cuartos de hora, y sentía cómo me iba cayendo en las piernas y en la barriga la luz del sol que entraba a través del cristal de la parte inferior de la fachada, me sentía pesado y pensé que, a pesar de las sirenas, a pesar de la familia de Pippa y los huéspedes del hotel que entraban y salían, podría cerrar los ojos, reclinarme y descabezar un sueñecito.

Un cuarto de hora más tarde vi que yo era el único que quedaba de nuestro grupo original; Pippa me había dejado abandonado, por lo visto, y se había ido con sus padres al hospital sin avisarme. Un gerente me llamó la atención al respecto, con delicadeza:

—¿Puedo entregarle la cuenta al señor?

Al cabo de menos de una semana, los hombres de la familia llevaban los mismos trajes elegantes que vestían aquel domingo, pero ahora con camisas más sobrias y corbatas oscuras.

Aunque la iglesia era grande, todos los asientos estaban ocupados, y a pesar de que, según había contado Pippa, el buen hombre se había vuelto cada vez más intolerante desde el fallecimiento de su esposa, diez años atrás, intimidando a sus hijos y tratando a sus hijas como si fueran sus sirvientas personales, la mitad de los nietos ya lloraban antes de que empezara el oficio. Sus tres hijos miraban estoicos al suelo, y sus dos hijas llevaban enormes gafas de sol. Los quince nietos estaban en la segunda fila, y en la tercera fila estaba, entre otros, una señora de unos sesenta años que cada pocos segundos se llevaba un pañuelo blanco a los ojos; ella era la heredera. Para cólera y sorpresa de sus hijos, el padre había modificado el testamento de tal manera que su nueva novia disponía hasta su muerte, en usufructo, del inmueble de la Regentesselaan. Ahora los hijos le retiraban el saludo y

más tarde, pero me estoy adelantando a los acontecimientos, pleitearían con ella de manera pertinaz.

En la primera fila también había un señor mayor con una kipá, y a su lado una chica preciosa de nuestra edad, con grandes ojos marrones y un cabello rizado espeso y oscuro. En mitad del servicio religioso —después de que un ex comisario de la reina hubiera contado una historia humanista y patriótica que con algunos corta y pega debía servir para cualquier héroe de la resistencia—, la chica acompañó al que debía de ser su abuelo al púlpito. El hombre habló de la lealtad y la religión en los tiempos oscuros y de la bondad intrínseca del hombre. «Nacemos viejos», dijo. «Nacemos con la losa de toda la historia en nuestros hombros. Tenemos un pasado sumamente cargado y un presente enorme e intenso.» El hombre habló de su emigración a Israel, a finales de la década de los cuarenta. El abuelo de Pip le había ido a visitar dos veces y había dejado en herencia a su organización sionista —otra sorpresa más en el despacho del notario— unos miles de euros.

Concluyó comunicando que su nieta se uniría ahora al quinteto de estudiantes de conservatorio, que dirigiría la hija menor, la tía de Pippa. Atacaron el «Canon en re mayor» de Johann Pachelbel, y como tenía el rostro tapado por el violín, no pude ver si estaba orgullosa o tensa, pero por lo que pude deducir, tocaba cada nota de manera infalible, calmada, sentida, solemne, aunque su ejecución pareció durar un poco más de la cuenta. Cuando hubo concluido, la tía de Pip se levantó y regresó a su lugar con el violín en las manos, evitando con cautela cualquier contacto visual, y me pregunté qué mirada del público habría buscado normalmente; la de su padre, probablemente, como todas las hijas.

A continuación habló la hija mayor, una historia sobre cómo iba con su padre a la pista de patinaje, y hasta después no salió el padre de Pippa, que leyó un breve salmo:

> ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?
> Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre.
> Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo.

Por último, era el turno de Pippa, la elegida entre los nietos. ¿Qué vi entonces, cuando miraba a Pippa? Ahora veo otras cosas, pero en esa primavera que parecía pleno verano, con ese amor incipiente, era incapaz de mirarla en público sin recordar cómo habían sido aquellas noches o tardes en que nos encontrábamos casi en un permanente estado de coito, cómo me había mordido la axila sudada la primera vez que follamos, cómo había mantenido yo la mano debajo de ella cuando meaba y había sentido su cálido chorro recorriéndome los dedos, en eso estuve pensando durante toda la ceremonia mientras le

clavaba la mirada en la nuca, quince filas de madera de roble por delante de mí.

Ella fue la que me desterró prácticamente a la última fila de la iglesia, mientras que a mí me habría gustado tantísimo sentarme a su lado, como el novio perfectamente entrenado. Pero Pippa estaba convencida de que se pondría nerviosa si me veía demasiado cerca. Me sabía su texto de memoria y tenía preparadas unas cuantas observaciones útiles, pero Pippa me había dicho que no quería tener ningún apuntador después de que esa mañana le marcara algunas líneas, para que supiera dónde debía realizar las pausas con el fin de obtener un mayor efecto dramático.

—El problema es que nacemos en un mundo que ya existe. ¿Cómo nos relacionamos con él? —empezó Pippa con una voz dulce e insegura.

En la semana entre el cumpleaños y el funeral apenas había dejado que me acercara a ella. No me lo permitía; yo le enviaba sms y correos electrónicos, pero ella apenas reaccionaba. Estaba en La Haya, con sus padres. No podía ir a verme y tampoco daba la impresión de quererlo. Yo, enamorado, hormonal, como queráis llamarlo, nunca había estado más loco por ella que entonces, cuando casi no podía tenerla. Me tumbaba en la cama con un globo en la tripa que iba desinflándose despacio. Mis noches las constituían cabezaditas de dos o tres horas, llenas de sueños lúcidos, en los que de principio a fin yo era consciente de que soñaba. Me aferré como loco a un libro que Pippa se había dejado en mi casa, un ensayo de Alain Finkielkraut en cuya introducción se planteaban suficientes cuestiones para proveer de material de estudio durante todo un año a una docena de intelectuales. ¿Qué es el arte? ¿Qué es la civilización? ¿Qué es el ideal? ¿Qué es lo esencial? ¿Cómo te ayudan las novelas en la vida? ¿Cómo forma la ficción el marco de nuestra vida?

En el capítulo sobre Emily Dickinson, Pippa había garabateado cosas al margen y subrayado algunas frases. Había escrito a lápiz: «*Yo nunca* me pregunto por el aspecto de alguien sin ropa. Mentalmente siempre visto a la gente», y por mucho que leyera el texto de Finkielkraut sobre Dickinson, no pude encontrar nada que pudiera hacer referencia a ese comentario.

Los subrayados y esas observaciones y sus huellas dactilares (debía de haber comido algo pringoso mientras leía) me hacían pensar con tanta intensidad en la presencia física de Pippa que estuve varias veces con el teléfono en la mano dispuesto a llamar a un novia con la que había roto, sexo-conla-ex, deseaba tanto a Pippa que había decidido lanzarme a los brazos de su predecesora para sublimarla, para poder pensar en ella durante mi adulterio, para estar más cerca de ella mediante la traición.

Leí tres veces el epílogo de Finkielkraut, y aunque lo hubiera leído otras tres veces, no habría descubierto más coherencia entre los párrafos y entre las frases de la que ahora encontraba. Como si su repertorio de temas arrojara una sombra tan grande que su argumentación hacía invisible, Camus, Dostoievski, Blixen, Chéjov tapaban la vista. El canon fundido en bronce, tan seguro, tan muerto.

Pensé que el mensaje debía ser algo así como: la literatura no genera la verdad. Siempre hay una lucha entre un relato y el otro. Nuestro interior es un cine con una representación de sesión continua. Seguimos consumiendo y produciendo historias sin cesar. Todo lo que ocurre se narra, se les saca jugo a todos los hechos en forma de anécdotas, el objetivo de la historia es convertirse en un relato. Sobre todas las cosas pende un velo —un velo novelesco, lo llamaba Finkielkrautcon una estructura narrativa.

Al fin, envié desesperado un sms, unos versos que había visto una vez en la puerta del cuarto de baño en una residencia de estudiantes: «*If equal affection cannot be / let the more loving one be me.*»

Pasó un día. Pasaron dos días. Tres. Al cuarto día Pippa me llamó por fin para decir que se encontraba en el tren con destino a Ámsterdam, que quería pasar por casa, que todo estaba bien, que no había querido hacer que me sintiera frustrado.

Muy bien, dije, muy bien. Tranquilízate, venga.

Durante esa semana el tiempo fue buenísimo, no tuvieron más remedio que aparecer los brazos y las piernas desnudos. Pippa no quería; demasiado blanca, llamaba demasiado la atención. Le besé las piernas con la boca abierta. Al final acabó agotada, tumbada en el sofá —«como un charquito», dijo—, yo me bebí una Coca-Cola a morro y empecé a contarle de lo que creía que debía tratar su discurso en el funeral; me había tomado la libertad de escribirle un par de cosas, dije, y saqué mi bloc:

—El problema es que nacemos en un mundo que ya existe.

En el funeral llevaba su cabello rojo claro recogido en una larga cola a un lado. Sus brazos desnudos parecían aún más blancos con el vestido azul grisáceo, algo que ella ya se temía, pero que yo dije que no suponía ningún problema. Leí con ella en la copia que había sacado para mí y oí cómo a veces se comía los artículos e incluso olvidó por completo un par de veces los adjetivos. Pero no había terminado aún la segunda página, cuando se detuvo en mitad de una frase, dobló los papeles que llevaba y dijo que tal vez no le parecía «tan auténtico» leer una historia de papel; me pregunté a qué se referiría con «una historia de papel», ¿que la estaba leyendo? ¿O que se planteaba preguntas que sólo se preguntaba cuando tenía un papel delante y no en su cabeza? Y yo estaba con el corazón en un puño por lo que iba a venir, porque dijo que su abuelo era su guía para los clásicos, que la

había ayudado con el griego y el latín en el instituto y que siempre lo tenía en mente cuando escribía poemas. Hasta entonces sí que había oído algo sobre su inclinación a la poesía, sabía que tenía un cuaderno en el que hacía anotaciones, pero como nunca me lo había dejado leer, no me había tomado muy en serio sus veleidades poéticas.

Allí yace el delta, allí yacen los brazos ardientes de este río clásico… El poema que de pronto se puso a recitar de memoria estaba lleno de nombres y palabras que ni siquiera significaban nada en el contexto de sus frases, pensé: Helesponto, Alejandría, Lúxor y los reyes antiguos, *el azul centelleante de las torres de Mesina*; pero las palabras por sí mismas sí evocaban un mundo: un tiempo del pasado. Había cierta cadencia que se manifestaba despacio, palabras y oraciones que se repetían como un estribillo. Augusto, Júpiter, «*Nuestra amada república, una y otra vez renovada*». Sin que se nombraran, veías imágenes ante ti de legiones marcando el paso, salas senatoriales y formaciones de la civilización romana, y comprendías el vínculo con su abuelo, que tras la jubilación había desarrollado una fascinación por el arte militar clásico y había ido a visitar antiguos campos de batalla por toda Europa. Eso es lo que pensó todo el mundo, creo. Pero me sorprendí con otra idea: el poema de Pip trataba de la ineluctabilidad, de la historia que se te viene encima de manera imparable, y de cómo anhelas el resultado de esa historia, todo eso a lo que te resistes pero que de cualquier modo acaba siendo como debe ser.

Pronunció las frases con claridad y nitidez, y después de haberlas pronunciado regresó a su lugar, también ella sin tener contacto visual con nadie, mucho menos conmigo; regresó como un ratoncito y de repente lo sentí con toda la plenitud: su poema trataba de mí, de nuestra teleología, no podía ser de otra forma; la nueva república, éramos ella y yo, nuestra propia forma de Estado.

Naturalmente, tampoco estuve a su lado después, entre los primos y primas y sus acompañantes para recibir las condolencias. Me uní a la fila de asistentes, estreché la mano de tíos y tías, de su padre y de su madre, y luego llegué junto a Pip. Conseguí algo mejor que hacerle un guiño significativo, algo que indicaba que había comprendido su doble sentido. Se me quedó mirando con los ojos desnudos y nunca había estado tan convencido de la razón que me asistía.

—Hola, poeta —le dije.

Ahora sé retroactivamente que ése es un recuerdo falso, espurio. Sigo sintiéndolo todavía como auténtico, es como si pudiera haber pasado. Como el agua corriente puede erosionar una roca hasta convertirla en un puente natural, así se ha ido puliendo esta historia por todas las veces que la he contado. Es mi imaginación la que impone un peaje a una imagen cualquiera.

Una maquetadora de la revista en la que trabajo ahora me contó una vez que durante una mudanza encontró un montón de diarios antiguos. Abrió una botella de vino, reunió fuerzas y empezó a leerlos. Lo absurdo era, dijo, que la mitad de lo que había apuntado diez o quince años atrás, en la sagrada privacidad de su propio diario, no era en absoluto verdad. Historias de profesores que estaban enamorados de ella, compañeros de piso que la engañaban, muchachos que se quedaban mirándola cuando pasaba; quizá esas anécdotas fueran ciertas en estado embrionario, pero lo que ella trasladaba al papel, lo sabía ahora, estaba más que inflado. Nunca había sido más que una mano en el hombro, pero cuando escribía algo por la noche era incapaz de resistirse a la tentación de convertirlo en una historia digna de mención.

A veces pienso en eso, cuando pienso en Brik, pero no me lo creo. Si yo mismo he tejido una telaraña de ficción, no puedo abandonarla; en cualquier caso, todavía no.

Volví a ver a Brik una sola vez, quizá año y medio después de Viena, después de haber adelantado el vuelo para irme de la ciudad cuando el anticuario de la Marcus Aureliusstrasse se quemó en circunstancias no muy claras y después de recibir un mensaje en mi móvil de un número oculto: *Silence is golden. M. W*. Vi a Brik en los escalones poco pronunciados de una de las calles laterales del Vondelpark que salen a Overtoom, un poco más abajo de la antigua filmoteca. Aunque había muerto allí, Ámsterdam no era una ciudad que le gustara mucho. Cuando estaba en los Países Bajos, casi siempre se quedaba en Groninga y se alojaba en una pequeña granja de alquiler, junto a unos campos de altos cereales, cerca del mar, «El Texas de Groninga Este». Pero allí estaba él: no era el Brik que yo había conocido, quizá quince años más joven, un poco más delgado, el Brik antes de las hernias, todavía no tenía aquella espalda forzadamente recta, el cabello era más oscuro, pero también más fino de lo que recordaba.

En el portaequipajes de la bici, Pippa se apretaba contra mí, sus largos brazos suaves y cariñosos alrededor de mi vientre, era el día en que habíamos ido a entregar los papeles para casarnos. Ella no vio nada, miraba hacia el otro lado, y yo sólo le vi un instante, porque tal vez sea ése el acuerdo entre los vivos y los muertos, no verse realmente, sino mantenerse en esa zona acuosa del rabillo del ojo, el último lugar por el que se puede echar un vistazo justo debajo de los párpados, pero en el que nada puede enfocarse de verdad. Me gustaría decir que parecía alegre, si bien iba demasiado deprisa con la bicicleta para poder afirmarlo, y, sea como fuere, tampoco podía dejar de pedalear, pues la curva que habría tenido que tomar hacia la calle lateral habría sido más cerrada de lo que nuestra vieja y destartalada

bicicleta de mujer habría podido soportar. Había demasiados ciclistas, motoristas y corredores como para frenar de golpe. El sol iluminaba las hojas de los árboles, como oro verde, y cuando me volví a mirar una vez más, por encima del hombro, ya se había ido, *exit ghost*, desaparecido en la luz, pero eso ya lo sabía yo sin necesidad de mirar.

FUENTES

Para la escritura de los fragmentos de los estudios hitlerianos, he utilizado numerosos libros; en realidad, demasiados y demasiado de soslayo para enumerarlos todos. Sin embargo, quiero mencionar los siguientes: *Explicar a Hitler. Los orígenes de su maldad*, de Ron Rosenbaum; *El Hitler de la Historia*, de John Lukacs; *Koba el Temible. La risa y los Veinte Millones*, de Martin Amis; «La dinastía Hitler», de Leonard Haberkorn; *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, de Richard Overy; *El hundimiento*, de Joachim Fest; *Europa Central*, de William T. Vollmann; *Hugh TrevorRoper. The Biography*, de Adam Sisman; la trilogía sobre el Tercer Reich de Richard J. Evans que lo abarca todo; y el ensayo «Hitler & the sick joke» de H. J. A. Hofland.

El personaje Jake Gladney proviene de la novela *Ruido de fondo* de Don DeLillo.

Algunos fragmentos de *La república* aparecieron con anterioridad, de forma abreviada y muy adaptados, en *Das Magazin*; en *Agent-provocateurs: 20 onder 35*, compilados por Hassan Bahara y Thomas Blondeau (Prometheus, 2011); y como introducción de la reedición de *De SS'ers* de Armando y Sleutelaar (De Bezige Bij, 2012).

La república es una obra de ficción y fantasía. Cualquier coincidencia con personas reales no significa nada.

JDV

NOTAS

[1] Extracto de un discurso de Hitler en la Heldenplatz el 15 de marzo de 1938. (*N. del T.*)

[2] Holandés resistente, piloto de la RAF y espía para los Países Bajos. Paul Verhoeven adaptó sus memorias en el film *Eric, el oficial de la reina (Soldaat Van Dranje). (N. del T.)*

[3] Primera palabra de una canción popular indonesia que entona un personaje al comienzo del film. (*N. del T.*)